
ELLY
Griffiths
El secreto
del rey
cuervo
SOLO RUTH GALLOWAY ES CAPAZ DE DESCUBRIR
EL GRAN SECRETO DEL REY ARTURO
Ruth
Galloway
ARQUEÓLOGA
FORENSE
MAEVA | NOIR

La arqueóloga forense Ruth Galloway está decidida a hacer justicia tras el asesinato de un amigo de la universidad.

Dan Golding, un antiguo compañero de estudios de Ruth, muere en un incendio provocado. Solo dos días después, ella recibe una carta en la que Dan le explica que había hecho un asombroso descubrimiento arqueológico.

El decano de la Universidad de Peddle, donde Dan daba clases, pide la colaboración de Ruth. Ella, su hija Kate y Cathbad viajan a la zona de Blackpool, la tierra natal del inspector Harry Nelson.

Pronto, Ruth se ve envuelta en un misterio que involucra a las brujas de Pendle, al Rey Arturo y, lo que es más aterrador, a la madre de Nelson.

ELLY Griffiths

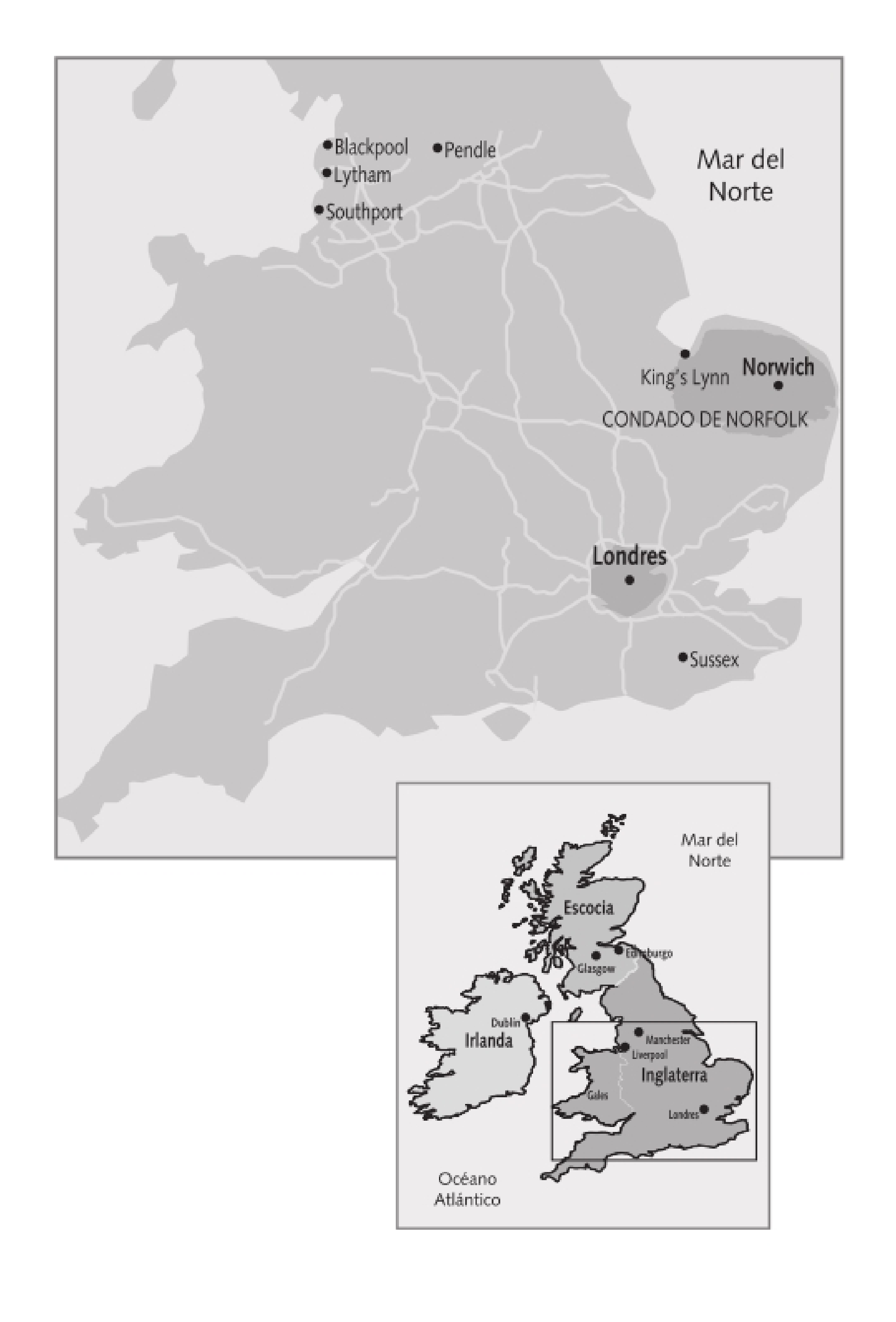
El secreto del rey cuervo

Traducción:
Jofre Homedes Beutnagel



Título original: *Dying Fall*
Elly Griffiths, 2013
Maeva, 2024
Traducción: Jofre Homedes Beutnagel

Para John Maxted
y Sarah y Michael Whitehead



Blackpool
Pendle
Lytham
Southport
Mar del
Norte
King's Lynn
Norwich
CONDADO DE NORFOLK
Londres
Sussex
Mar del
Norte
Escocia
Glasgow
Dublin
Irlanda
Manchester
Liverpool
Inglaterra
Gales
Londres
Océano
Atlántico

¡Repetid la melodía! Tenía una cadencia…
Acarició mis oídos como el dulce son
Que, alentando sobre un lecho de violetas,
Roba y regala perfume. ¡Ya es bastante!
Ahora no es tan grata como lo era antes.

SHAKESPEARE,
*Noche de reyes**

Prólogo

Al principio ni siquiera tiene miedo, aunque su habitación esté llena de humo, y aunque al llegar a la escalera el impacto del calor lo haga retroceder con los ojos llorosos. Solo es un incendio, sabe cómo reaccionar. Se lo enseñaron hace unos treinta años, cuando era lobato en los *boy scouts*. Además, vive en una casita de dos plantas, no en el *Coloso en llamas* (película que, ahora que lo piensa, debió de ver en la misma época). Sabe que la ventana del dormitorio no se abre y que la del baño es demasiado pequeña, pero que la puerta principal queda solo a unos pasos, al final de la escalera. Tampoco puede ser tan difícil.

Vuelve al baño y, sin perder la calma, moja una toalla, como le enseñó Akela. Se la pone alrededor de la cabeza y empieza a bajar por la escalera. Pues sí, es difícil, sí; no se le había ocurrido que lo fuera tanto. Siempre que leía sobre gente que se había quedado en *shock* en un incendio por el «muro de calor» pensaba: «¡Qué blandengues! Si solo es aire caliente. Lo cruzas y ya está». Pero es que esto ya no parece aire, sino algo sólido. Tiene que abalanzarse contra él con todo el peso de su cuerpo. A los tres pasos, ya no tiene fuerzas, y el calor sigue en aumento. La toalla no le permite ver bien, pero no le impide oír el fuego: una especie de rumor sordo que llena toda la planta baja. También lo huele. Es un olor industrial muy intenso.

Oye algo más: sirenas. Alguien habrá llamado a los bomberos. ¡Aleluya! Está salvado. Se deja caer por los pocos escalones restantes hasta que llega a la puerta. El pomo quema tanto que se le pega a la mano, pero no lo suelta. Lo gira con todas sus fuerzas mientras empuja la puerta con el hombro. Se le cae la toalla. De repente se ahoga. El recibidor está lleno de un humo denso y negro. No puede respirar. Gasta su última pizca de energía en cargar contra la puerta. Es cuando descubre que está cerrada con llave. Por fuera.

Y entonces empieza, ahora sí, a tener miedo.

1

Ruth oye el teléfono al abrir la puerta y se queda dudando en el umbral. Todos sus amigos tienen su número de móvil. Al fijo solo puede llamarla su madre o un comercial para aislarle las ventanas; es verdad que las de su casa tiemblan con el viento, pero es como le gusta tenerlas, «muchas gracias por llamar». Normalmente, su madre solo quiere hablar con ella para torturarla. («El otro día vi a la hija de Janice, que es médica de familia. Sigue tan delgada y guapa como siempre. Tiene tres hijos, todos tocan el violín. ¿Qué tal el régimen?») Decide ignorarlo, pero Kate, su hija de dieciocho meses, entra corriendo.

—¡Ring, ring! —grita.

Luego descuelga y dice claramente *piss*, «pipí».

Ruth le quita el auricular de las manos mientras maldice a Cathbad, el padrino druida de la niña, por haberle enseñado la palabra *peace*, «paz», como saludo multiusos.

—¿Diga?

—¿Ruth? —Es una mujer y está riéndose—. ¿Alguien acaba de decir «pipí»?

—Era Kate.

Ruth consulta su lista mental de conocidos. ¿Quién será? ¿Alguien de la universidad? ¿Una comercial especialmente campechana? El caso es que la voz le suena…

—Ruth, soy Caz. Carol.

Carol. Una de sus mejores amigas de la universidad, estudiante de Arqueología, compañera de piso, fiel cómplice de borracheras y guardadora de secretos. Ruth se siente culpable al caer en la cuenta de que el año anterior, al cambiar de número de móvil, debió de olvidarse de Caz. Hacía casi tres años que no hablaban.

—He intentado llamarte al móvil —dice su amiga—, pero no contestaba nadie.

Lo normal, porque el móvil anterior de Ruth descansa en el fondo del mar, a menos que las olas lo arrastrasen hasta alguna playa del norte de Norfolk.

—Lo siento —dice—, tengo uno nuevo, y la verdad es que soy un desastre con las actualizaciones.

—Tranquila —contesta Caz—. Me alegro mucho de oírte.

—Yo también.

Siente un arrebato de cariño hacia su amiga, siempre tan estilosa, con su pelo en punta, su dominio de los juegos de mesa con chupitos y

su afición a los cócteles explosivos y los muros de piedra seca; la anarquista de Caz, con su boina indómita. Ahora es contable.

—Me sabe fatal, Ruth. —El tono de Caz ya no tiene nada de risueño —. Te llamo para darte una mala noticia.

—Vaya…

Ruth vuelve a consultar su lista de amigos. ¿Se ha muerto alguien? ¿Alguna enfermedad? Acaba de cumplir la edad en la que sus amigos empiezan a parecer mortales. Ve entrar a Kate con *Sílex*, el gato de la casa, en brazos.

—¡Aaah! Mi *Silexito*.

—Déjalo en el suelo, Kate.

Sílex se asoma con cara de mártir tras el hombro de la niña.

—¿Qué? —dice Caz.

—Perdona, se lo decía a Kate.

—Ah, sí, no me acordaba de que tenías una hija. ¿Cuántos años tiene ya?

—Casi dos.

Le parece una tontería decir dieciocho meses, y tampoco ha percibido un interés especial por parte de su amiga, madre de tres retoños.

—Qué mona —responde esta, escueta—. Bueno, al grano. Es Dan, Dan Golding.

—¿Dan? ¿El gran Dan?

Dan Golding, «el gran Dan». Ningún arqueólogo ha molado nunca tanto. El Indiana Jones de la UCL. Ruth llevaba años sin saber nada de él, aunque siempre se lo imaginaba haciendo cosas increíblemente emocionantes, como encontrar el arca perdida de la Alianza, protagonizar una película de Hollywood o casarse con Angelina Jolie.

—¿Qué le ha pasado? —pregunta.

—Se ha muerto —dice Caz—. Lo he leído en el periódico. Trabajaba en la Universidad de Pendle, ha fallecido en un incendio.

—Madre mía…

No se le habría ocurrido en la vida: Dan Golding víctima de algo tan sencillo y devastador como un incendio. ¿La Universidad de Pendle? Es una de las nuevas, como la de Norfolk Norte, que es donde trabaja ella. No es ninguna crítica. Lo que pasa es que siempre se lo había imaginado en Cambridge o en Harvard. O buscando perlas en alguna isla de los mares del Sur.

—No sabía que estuviera trabajando en Pendle —dice de forma torpe.

—Yo tampoco. Con lo cerca que me queda…

Claro, es verdad: Caz vive en el norte.

—¡Qué horror! —exclama—. Acabo de leerlo en el periódico local: «El arqueólogo Daniel Golding aparece muerto en su casa de Fleetwood». La verdad es que al principio no me ha sugerido nada,

porque para mí nunca había sido Daniel.

—Y cómo… ¿Cómo ha pasado?

—Lo único que pone en el artículo es que murió en un incendio doméstico. Se ve que se quemó toda la casa. Lo están atribuyendo a algún problema con el cableado eléctrico.

El cableado eléctrico. Pero ¿es posible que al gran Dan lo haya destruido un trozo de cable o una toma de tierra defectuosa? No se lo puede creer.

—¿Estás segura de que es él? —pregunta, de repente esperanzada—. ¿Nuestro Dan?

—Sí. —Caz suspira con tristeza—. He llamado a su hermana. ¿Te acuerdas de Miriam, que iba dos cursos por delante de nosotras?

Ruth recuerda con vaguedad una presencia oscuramente glamurosa en alguna de sus fiestas. Miriam Golding. Había oído rumores de que trabajaba de modelo.

—¿Cómo la has localizado?

—No me ha costado nada. Está en Facebook.

Lo de Facebook nunca ha acabado de pillarlo. Es otro aspecto del mundo moderno que parece que la supere. No le ve la gracia a tener que informar a tus amigos cada vez que te preparas una taza de té; amigos que, en su caso, forman un grupo cada vez más reducido y selecto.

—Mañana es el entierro —comenta Caz.

—¿Tan pronto?

—Dice Miriam que es la tradición judía.

Ruth ni siquiera sabía que Dan fuera judío. En su época de estudiantes no hablaban mucho de religión; sí del sentido de la vida, pero no de las creencias cotidianas. Además, eran los tiempos en que Ruth no quería saber nada del evangelismo de sus padres, y que cualquier mención a Dios la habría hecho salir por patas.

—Me habría gustado ir —dice con sinceridad.

—Ya. Si el protocolo permite mandar flores, que no lo sé, mandaré un ramo de parte de las dos.

—Gracias, Caz.

—Estoy contenta de haber hablado contigo, Ruth. Ha pasado demasiado tiempo.

—Es verdad.

—Podrías venir alguna vez a Lytham.

Ruth se ríe.

—No te digo que no.

En su fuero interno está pensando que, con las cosas que han pasado en los últimos años, cualquier excursión más allá de ir a buscar comida al chino requeriría una dosis de escopolamina.

—También puedes venir tú a Norfolk —dice.

Esta vez es Caz quien se ríe.

—Nunca se sabe. Cuídate, Ruth.

Mientras hace la cena piensa que se siente más lejos de Caz, que vive en el norte de Inglaterra, que de su vecino Bob, que en ese momento está de regreso a su Australia natal. No puede ser solo la distancia. Lo cierto es que cuando Caz se casó (con Pete, otro amigo de la universidad) y fue madre, empezó a alejarse de Ruth, entonces soltera y sin hijos; de la misma manera que hace unos ocho mil años subió el nivel de los océanos y, al convertirse el río en mar, Gran Bretaña quedó separada de la masa continental europea. Tiene la sensación de pertenecer a otra especie diferente de la de su antigua amiga. Es verdad que ahora tiene una hija —es curioso que Caz no se acordara, aunque hay veces en que a la propia Ruth le cuesta creérselo—, pero sigue sin tener la sensación de ser una Madre —en mayúscula—, y tampoco es que nunca haya sido una Esposa.

El trabajo es otra cosa que la diferencia de su amiga de la universidad, que, como casi todos los alumnos de su promoción, abandonó hace tiempo la arqueología por una carrera más lucrativa.

Tiene algo quijotesco, casi excéntrico, seguir excavando, cribando y dando clases sobre hachas de sílex. Ahora que lo piensa, probablemente Dan fuera el único compañero de la promoción de 1989 que aún estaba vinculado a la arqueología. Fueron los únicos del curso en sacar matrícula de honor. En retrospectiva, sin embargo, cree recordar que ella no se apasionó por la arqueología hasta sus estudios de posgrado, cuando conoció al brillante y carismático profesor Erik Anderssen, Erik el Vikingo. En fin… Erik murió y, aunque lo siga haciendo, cada vez sueña menos con él. Ella, en cambio, sigue dale que te pego con la arqueología. Lo sorprendente es que Dan tuviera un trabajo con tan poco glamur y un sueldo tan escaso como el de ella. Ahora también está muerto.

Lleva la pasta al jardín delantero, donde hay una mesa de plástico. En atardeceres así, cenar fuera es una juiciosa precaución contra la debilidad de Kate por embadurnar de comida cualquier superficie que la rodee, y también un verdadero placer. A pesar de que aún hay luz, se palpa un aire suave, diluido. Al otro lado de la valla de Ruth hay hierbas altas, marrones y doradas, con algún que otro destello azul oscuro donde la marisma deja paso al mar. La arena reluce como un espejismo en la distancia. Al fondo, entre susurros, sube el nivel del mar, precedido por un alto vuelo de gaviotas.

Ya hace trece años que Ruth vive ahí, y nunca se ha cansado del paisaje, de la solitaria belleza de la marisma ni de la sobrecogedora inmensidad del cielo. Es un lugar aislado como pocos, con solo tres casas al borde de una carretera que no va a ninguna parte. Uno de sus vecinos, Bob Woonunga, es un poeta aborigen australiano que pasa gran parte del año en las antípodas. La otra casa, de alquiler vacacional, es de una pareja que parece haberse olvidado de que existe, aunque de vez en cuando va su hijo con los amigos de la universidad para un fin de

semana de ruido, juerga y surf. En el fondo, a Ruth le gustan esos fines de semana, aunque *Sílex* odie el olor a marihuana y los remixes de N-Dubz tengan a Kate toda la noche en vela.

Bob volverá en julio, pero Ruth es muy consciente de que no se estará mejor que en ese momento, en pleno junio. En agosto el cielo se habrá puesto gris, y las calles de King's Lynn se habrán llenado de estudiantes aburridos en busca de distracciones. Ahora, en cambio, en período lectivo y con los exámenes a todo gas, el sol tiene la poca sensibilidad de brillar un día tras otro. Le da pena por los chavales, pero para ella el buen tiempo ha llegado en las fechas idóneas.

Junio es el mes de su excavación universitaria anual, que ese año será cerca de Swaffham, en un yacimiento romano. Ruth da clases de Arqueología Forense, sobre todo a alumnos extranjeros, y le parecería una injusticia hacerles sufrir el clima de Norfolk en invierno, o incluso en primavera. La excavación de junio serán los primeros deberes prácticos que les pondrá. Para ella, también será la primera en bastante tiempo, con la ventaja añadida del cariño que le inspira el yacimiento. El primero en descubrir los restos romanos, que prometen formar parte de un asentamiento de tamaño respetable, fue Max Grey, un arqueólogo de la Universidad de Sussex, que es su… Ante la idea de definir su relación con Max, sus pensamientos huyen despavoridos, como siempre.

Cansada de tirar pasta, Kate sale en busca de *Sílex*. Ruth la sigue sin dejar de mirar el reloj: las siete. Si logra mantener ocupada a su hija media hora más, conseguirá que duerma bien. Ella también está cansada. Hacía mucho tiempo que no pasaba todo un día al aire libre. No es que no disfrute dando clases, pero su auténtica afición es excavar. Le encanta la mezcla de orden minucioso y trabajo extenuante. Pocas cosas le apasionan tanto como pasar de dar paletadas como un peón de obra a limpiar el polvo de un fragmento de hueso. La enamoran las zanjas de lados bien rectos, con los distintos estratos dibujados a la perfección. Todavía se acuerda de cuando encontró allí mismo, en la marisma, el cadáver de una niña de la Edad del Hierro que aún llevaba una pulsera de hierba en la muñeca. Fue el día en que conoció al inspector Harry Nelson.

Kate descubre a *Sílex* en el jardín trasero y se lanza a perseguirlo entre las zarzamoras. Ruth se sienta en la hierba, mirándolos, y piensa en Max, Nelson y Dan. De Dan nunca estuvo enamorada, pero en ese momento su amistad se le aparece más intensa y dulce que cualquier amor. Puede visualizar sus facciones sin problema, mientras que, por otra parte, le costaría recordar las facciones de Peter, el hombre con quien vivió casi diez años. También sus años en la universidad parecen bañados de pronto en una luz mucho más viva que la penumbra de ese atardecer en el jardín.

Piensa en Gordon Square, en el bar del sindicato universitario, en cervezas de una libra por pinta, en el autobús nocturno, en el *kebab* de

Bilal, en tardes tranquilas con la radio puesta y en Sonia cantando *You'll Never Stop Me Loving You*. ¿Por qué no se esforzó un poco más en mantener el contacto con Dan? Es consciente de que, al ser hija del Londres más obrero, ese vástago de intelectuales de Islington siempre la intimidó un poco. Se acuerda de que tocaba el piano casi como un concertista, de que sabía contar chistes verdes en varias lenguas y de que estuvo un año en Japón aprendiendo el idioma. Eran amigos e iban a la misma clase, pero en otros aspectos los separaba todo un mundo. ¿Cuándo se habían visto por última vez? Cree que en la boda de Caz. Lo recuerda improvisando al piano, con una chica muy estilosa colgada de él como una estola. «Vamos hablando», le dijo Dan después de anotarle su número en una hoja arrancada de un talonario. La hoja la ha tenido guardada muchos años (¡un talonario! ¿Aún hay alguien que los use?). El número, en cambio, no llegó a marcarlo nunca.

Kate se pone a llorar después de haberse pinchado con las zarzas. Ruth se la lleva al piso de arriba para meterla en la bañera. *Sílex* las sigue. No es la primera vez que se fija en que, si bien el gato se pasa el día huyendo de la niña, se aprecia en él un gran deseo de estar cerca de ella. Siempre sube a la hora del baño y del cuento, y suele dormir en el rellano de delante del cuarto de Kate. Lo de acostarse siempre a la misma hora, a rajatabla, es una innovación bastante reciente que Ruth está resuelta a mantener. Tras insistir en que a las siete y media hay que estar en la cama, y a las ocho con la luz apagada, por fin ha logrado reconquistar parte de las noches para su uso y disfrute. Lleva todo el día con ganas de sentarse abajo con una copa de vino y disfrutar de la sensación de que le pesen las piernas y los brazos mientras ve cualquier chorrada en la tele y piensa en la excavación.

Ahora, sin embargo, está segura de que pensará en Dan: en cuando se disfrazó de Margaret Thatcher para molestar a un dignatario de visita, en el pingüino que en teoría secuestró del zoo, en lo increíblemente bien que se sabía las letras de David Bowie y en cuando —después de emborracharse con Pernod barato— la besó en el autobús 68 a Camberwell Green.

Esa noche todo sale a pedir de boca. Kate se duerme antes de que ella, con tono intencionadamente aburrido, haya terminado de contar las payasadas de Dora la Exploradora. Baja de puntillas y, mientras se sirve el vino, piensa que no supo aprovechar su amistad con Dan, el haber conocido a un intelecto realmente original y anárquico. Debería haber mantenido el contacto. Habrían tenido algo en común, a pesar de todo. Las diferencias de clase se difuminan con los años. Además, ahora ella es de clase media. Escucha Radio 4, lee *The Guardian* y lleva décadas sin pronunciar la palabra *pardon*. Podrían haber hablado de arqueología y haberse visitado en sus respectivas universidades. Quizá, por extraño que suene, si hubiera mantenido el contacto, su amigo no habría muerto en un incendio doméstico, lejos de todos los que lo

conocían y querían. Debería haber sido mejor amiga. Ahora es demasiado tarde. Nunca más tendrá noticias suyas.

Al día siguiente, recibe una carta de él.

2

La carta la ha enviado desde la universidad.

> Hola, Ruth, soy Dan, Dan Golding. Espero que te acuerdes de mí porque, en caso contrario, será un poco violento. ¿Cómo te va la vida? Yo estoy en el norte, hostil y gélido, dando clases de Arqueología en la Universidad de Pendle. Sé que tú estás en la de Norfolk Norte; de hecho, he seguido tu carrera con interés y admiración, y sé que eres una de las principales expertas del país en conservación de huesos.
>
> Por eso te escribo. (Aunque también estaría genial vernos y ponernos al día, claro. ¿Sigues viendo a Caz? ¿Y a Roly? ¿Y a Val?) He hecho un descubrimiento, Ruth, y puede que sea de los gordos. Quizá se trate de un bombazo. Lo que pasa es que necesito que me ayudes. Necesito otra opinión sobre los huesos. Aquí los ánimos están algo crispados. Por eso te escribo por correo normal, no electrónico. ¿Podrías llamarme al número que verás más abajo? Creo que te interesará. ¿Te suena de algo el Rey Cuervo? Pues creo que lo he encontrado. Caramba, Ruth, parece que hayan pasado siglos desde la UCL, ¿verdad? Ahora todos somos mayores, y no sé si más sabios, pero sí más tristes. Ahora bien, este descubrimiento podría cambiarlo todo. Pero tengo miedo y… pues eso, que tengo miedo. Llámame en cuanto recibas esta carta, te lo ruego. Besos de tu viejo amigo.
>
> Dan

Lee la carta de pie, al lado de la puerta de su casa, que aún no está cerrada. Está agotada tras otro día en la excavación y su cuerpo suplica una inmersión en agua caliente, pero antes tiene que ocuparse de Kate y seguir toda la rutina antes de acostarla. Su hija está en la cocina, buscando a *Sílex*. Ruth oye que lo llama a través de la gatera. Con un impulso tan repentino como absurdo, marca el número de móvil que hay al pie de la carta. Salvando años y kilómetros, desde los mismísimos dominios de la muerte, llega la voz de Dan, nítida, grave, jocosa y un poco soñolienta.

«Hola, soy Dan Golding. Ahora mismo no estoy, pero si dejas tu nombre y tu número, te llamaré. Prometido.»

«Pues esa promesa —se dice ella mientras deposita la mochila en el suelo y se dirige a la cocina para rescatar a su gato— no la cumplirá.» Recibir su carta y oír su voz por teléfono, la ha afectado mucho. Al Dan desenfadado del primer párrafo lo ha reconocido enseguida. ¿Cómo podría haber sido de otro modo? No era una persona de las que se olvidan.

La propia Ruth se ha emocionado un poco al pensar que él no solo se acordaba de ella, sino que seguía su carrera «con admiración». Al del último párrafo, en cambio, al Dan mayor, más triste y asustado… a esa persona no la ha reconocido en absoluto. ¿Qué pudo pasar en el norte, gélido y hostil, para que Dan, nada menos que Dan, se asustara hasta el punto de no atreverse a mandar un correo electrónico y estuviera tan desesperado como para necesitar la ayuda de Ruth Galloway, la chica de Eltham que probó el champán con dieciocho años y perdió la virginidad con diecinueve?

Rescata a *Sílex* de las garras de Kate y les da de comer a los dos. Ha hecho otro día precioso. Por la puerta abierta entran los olores de la hierba y el mar. Se prepara una taza de té sin dejar de repetirse que es lo único que le apetece, pero no tarda mucho en picar algo de pasta fría. Tendrá que controlarse y dejar de comerse los restos que deja la niña. Si alguien le propusiera un menú degustación a base de palitos de pan chupados, huevo congelado y palos de zanahoria en remojo, diría que no, muchas gracias, pero en realidad es lo que come cada vez que quita la mesa. Sin haber estado nunca delgada, tiene la incómoda sensación de estarlo menos que nunca. Suerte que, de tanto excavar, algunas calorías habrá quemado. Coge otro *fusilli*.

—Mío —dice Kate.

¿Cuál fue el gran descubrimiento de Dan? Tal como lo explica en la carta, seguro que tenía algo que ver con huesos. Y ¿qué tipo de arqueología se practica tan al norte? Cuando la niña termina de comer, Ruth hace el esfuerzo de tirar la pasta restante a la basura y se traslada a la sala de estar en busca de un atlas. La casa es muy pequeña, con solo dos habitaciones y un aseo en la planta baja. Se entra directamente a la sala de estar, de techo bajo y tan repleta de libros que, pese a las estanterías que cubren toda la extensión de las paredes, algunos se amontonan en el suelo de madera, el sofá y la mesa. Gran amante de la lectura, Ruth tiene gustos eclécticos. Los libros sesudos de arqueología se disputan el espacio con novelas románticas, literatura policíaca y hasta libros infantiles sobre ponis. Está segura de que en alguna parte tiene que haber un atlas. Empieza a sacar libros de las estanterías. Su hija la imita, encantada.

—Yo también.

Ahí está: *The Reader's Digest complete atlas of the British Isles*. Se lo lleva a la mesa que hay junto a la ventana. ¿Dónde vivía su amigo? Caz dijo que en Fleetwood, cerca de Lytham. Maldita sea… Alisa la página. Queda justo al lado de Blackpool, de donde es el inspector Harry Nelson, que tanto quiere y añora su ciudad natal. Ruth no tenía ni idea de que Dan se hubiera internado en territorio Nelson. Fleetwood está en la misma costa; podría haber restos vikingos y quizá hasta un asentamiento militar romano. Pero ¿qué podía ser tan sensacional como para que Dan tuviera miedo de contarlo en un correo electrónico?

«El Rey Cuervo», pone en la carta. Ruth cambia la letra impresa por el ordenador portátil. Kate se ha sentado en el suelo, absorta en una edición muy gastada de *El cuarto de las mujeres*, de Marilyn French. «Buena elección, cariño.»

Busca «Rey Cuervo» en Google, y en cuestión de segundos se le llena la pantalla de letras de *heavy metal*, trucos para videojuegos e imágenes de hombres morenos con capas de plumas. Salta a la vista que el Rey Cuervo es un símbolo potente. Sin embargo, confome va clicando en los enlaces encuentra muy pocas referencias sólidas. Una remite a un dios y héroe celta llamado Bran, o Cuervo, y otra a un rey húngaro del siglo xv famoso por su biblioteca. No parece que ninguno de los dos encaje en el magno descubrimiento de Dan. En cambio, hay un dato interesante, y es que el mito del Rey Cuervo se vincula muchas veces de manera específica al norte de Inglaterra. Ruth piensa en cómo describía Erik al dios nórdico Odín, con un cuervo en cada hombro: Hugin y Munin, el pensamiento y la memoria. Erik siempre decía que Odín lo veía y lo sabía todo. Como el propio Erik. Al menos durante una época ella lo creía.

Justo cuando está leyendo sobre los cuervos de la Torre de Londres suena el teléfono, y por unos instantes se le ocurre algo ridículo: que es Dan quien llama desde el reino de las almas perdidas. Le tiemblan las manos al descolgar.

—¿Diga?

—Hola, Ruth, soy Caz.

—Ah, hola, Caz.

Ve que Kate ha cambiado a Marilyn French por el mando a distancia del televisor. Bueno, quizá dieciocho meses sean pocos para meterse de lleno en el feminismo. No tardan en sonar los serenos acordes de *Emmerdale*. Su hija se acurruca en el sofá con *Sílex* al lado. A una distancia prudencial, eso sí.

—Quedamos en que te llamaría por lo del entierro.

—Ah, sí, era hoy, ¿verdad?

Así que han enterrado a Dan el mismo día de la recepción de su carta. Siente un escalofrío.

—Ha sido muy triste, Ruth. Muy poca gente. Sus padres, Miriam y su exmujer.

—¿Su exmujer?

—Sí, se ve que se divorciaron hace pocos años, aunque parecía muy afectada. No ha parado de llorar en toda la ceremonia.

—¿Tenían hijos?

—No. Miriam me ha dicho que esa fue una de las razones por las que se separaron. Ella quería tenerlos, pero él no.

—¿Miriam está casada?

—No, aunque sigue siendo guapa que te mueres.

Ruth piensa en su amiga Shona, a quien se le dedican con frecuencia

expresiones similares. «Guapa que te mueres…» ¡Qué imagen más violenta! ¿Cómo será tener una belleza con efectos tan drásticos? No se lo puede imaginar.

—Ha sido tan triste… —dice Caz—. Un hombre tan prometedor, con un talento tan grande, y acaba en una pequeña sinagoga de Blackpool, sin apenas nadie que lo llore.

—¿Había alguien más de la UCL?

—No. No sé si seguía en contacto con alguien.

Al acordarse de la carta y de las preguntas de Dan sobre Caz, Rory y Val, Ruth lo duda. Al parecer el norte era hostil en más de un aspecto.

—He recibido una carta de él —dice—. Qué raro, ¿verdad?

—¿Cómo que has recibido una carta de él?

—Pues eso. La había enviado desde la universidad. Había descubierto algo y quería saber mi opinión.

No consigue disimular su orgullo.

—Qué coincidencia más horrible…

—Sí, me ha dejado hecha polvo. Sonaba como siempre. La carta, me refiero.

Lo del contestador no lo comenta.

—¿Y qué descubrimiento era?

—No lo pone.

—A lo mejor tienes que venir a Pendle para investigarlo.

—Quizá —dice Ruth sin mucha convicción.

Dan decía que los ánimos estaban un poco crispados. Por alguna razón, tiene sus dudas de que en Pendle quieran invitarla a que estudie el descubrimiento de Dan, fuese cual fuese. Pero él tenía miedo. Y ahora está muerto.

Sabe que cuando haya acostado a Kate le hará una llamada a Nelson.

El inspector Harry Nelson está teniendo un mal día, y no por la presión de luchar contra la delincuencia en King's Lynn (aunque su dureza pueda ser insospechada): en el trabajo todo va sobre ruedas, a pesar de que su mejor sargento, Judy Johnson, esté de baja por maternidad, y el otro, Dave Clough, parezca estar gozando de una segunda infancia. El año anterior desmontaron una operación de narcotráfico y aún están lidiando con las consecuencias. La reacción de Clough al heroico papel que desempeñó en el operativo está siendo digna de un *casting* para *Starsky y Hutch*. Le ha dado incluso por llevar jerséis de lana. Hace poco rompió con su novia, Trace, y, si es verdad lo que se cuenta, está saliendo con todas las muchachas casaderas de la zona de Norfolk. «Soy un hombre joven, libre y soltero», le dice constantemente a Nelson, que tiene la prudencia de no contestar, convencido de que el sargento está demasiado afectado tras su ruptura con Trace.

No, el motivo de su agobio no son las labores policiales, sino la

insistencia de su esposa, Michelle, y de su jefe, Gerry Whitcliffe, en que se tome unas vacaciones. Nelson siempre acaba el año sin haberse pedido todos los días libres que le corresponden, y esa vez Michelle quiere que se tome las vacaciones en agosto, «cuando se va de viaje la gente normal, Harry». Whitcliffe le recuerda una y otra vez que al final del año pasado estuvo muy enfermo, insinuando que no está al cien por cien. «Necesitas un descanso, reponerte a fondo y recargar las pilas.» Recargar las pilas… ¿Qué narices quiere decir eso? Nelson se jacta de no necesitar pilas. Él es un modelo de los de antes, de los que iban con cuerda.

Michelle le ha dicho que volverá temprano a casa, pero que a las ocho saldrá otra vez con unas amigas. Es una de las razones por las que a las seis y media sigue en la comisaría. No es que no quiera a su mujer, pero, desde que sus dos hijas se fueron de casa, pasan demasiado tiempo juntos. Está claro que a ella, tan hábil como es, le basta y le sobra con pocos minutos para salirse con la suya y convencer a su marido de embarcarse en algún horrendo viaje veraniego.

Le vuelven a la cabeza recuerdos atroces en tecnicolor del viaje del año pasado a Lanzarote, hablando de informática en un bar de temática *tex-mex* con la pareja más sosa del mundo. Nunca más. Antes se va al polo norte y come grasa de ballena.

En resumen, que aún está en su despacho cuando llama Ruth.

—¿Cómo está Katie? —Son las primeras palabras de Nelson.

—Kate está bien —contesta ella, que aprovecha para recalcar el nombre.

—Me alegro. —Una pausa—. ¿Y tú?

—Tirando. Un poco hecha polvo después de estar toda la semana excavando. Oye, Nelson, que he pensado que podrías ayudarme en una cosa. Hace pocos días murió un amigo mío al incendiarse su casa en Fleetwood.

—Lo siento —dice Nelson—. ¿Fleetwood, en Lancashire?

—Sí. Como sé que es tu… de donde eres… se me ha ocurrido que a lo mejor aún tienes contactos con la policía de allá arriba.

—Sandy Macleod, el jefe de Investigaciones Criminales de Blackpool, es un viejo amigo mío.

—Vale, pues quizá podrías averiguar si hubo alguna… circunstancia sospechosa, ya me entiendes.

—¿Y por qué crees que pudo haberla? —pregunta él.

—Recibí una carta de mi amigo, debió de escribirla justo antes de morir, y decía que tenía miedo. Se me ha ocurrido que puede que alguien lo estuviera amenazando.

—Ya. Bueno, pues le haré una llamada a Sandy, aunque te advierto de que lo más probable es que sea pura coincidencia.

—Coincidencia —dice ella con tono raro—. Tal vez, pero te agradecería mucho que se lo preguntaras.

—Será un placer. Hace años que no hablo con Sandy.

Nelson conduce pensativo hacia su casa. Normalmente, cuando está al volante parece que lo persigan sicarios de la mafia, pero en ese momento, absorto en el pasado, frena obediente en los semáforos y hasta se deja adelantar por un autobús. Sandy Macleod. Solo de oír el nombre le ha vuelto a la cabeza todo de golpe. Harry y Sandy, recién incorporados a la Policía de Blackpool, patrullando por el parque de atracciones de Pleasure Beach, interrogando por evasión de impuestos a dueñas de pensiones llenas de muñecos de plástico de Elvis, y comiendo patatas fritas en un coche patrulla con las ventanillas tan empañadas que hasta el peor delincuente de Lancashire les habría pasado desapercibido. De pronto es como si oliera la Golden Mile: patatas fritas, grasa de dónut y la embriagadora fragancia del mar.

No es el primer ataque de nostalgia que tiene en los últimos tiempos. En mayo, cuando el Blackpool subió a la Premier League, se sorprendió al borde de las lágrimas mientras veía el último partido contra el Cardiff, en Wembley. Tuvo ganas de compartir desde las gradas el entusiasmo de la hinchada naranja y de participar en el desfile de celebración en Blackpool, e ir a saludar a los héroes que pronto harían algo tan inconcebible como enfrentarse al Manchester United y el Chelsea. Es *seasider*, hincha del club de toda la vida, como demuestra el tatuaje de su hombro (y su resentimiento), pero, como ni su mujer ni sus hijas compartieron nunca su entusiasmo, dejó de ir a los partidos para convertirse a todos los efectos en uno de esos futboleros de sofá tan típicos del sur. Nada le apetecería tanto como estar en su ciudad para la nueva temporada e ir a ver jugar a su equipo en Bloomfield Road. Accede al camino de entrada de su casa mientras sueña con Ian Holloway levantando el trofeo de ganadores de la Premier League.

Michelle no está, aunque le ha dejado la cena dentro del microondas y varios folletos de vacaciones repartidos con estilo en la barra de la cocina: Italia, Francia, Portugal y las Seychelles. Los aparta y saca una cerveza de la nevera.

Al volver a casa, su mujer se lo encuentra delante del ordenador, montado virtualmente en la montaña rusa del parque de atracciones de su ciudad natal con tres latas vacías de cerveza a su lado.

—Lo sé, cariño —dice él—. Vámonos a Blackpool.

3

—Te está buscando un hombre con una capa morada.

A Ruth no le sorprende mucho la noticia. Levanta la vista hacia la alumna que está asomada al borde de la zanja, una tal Velma, norteamericana, con pinta de nerviosa, que se pasa el día preguntando por temas de salud y seguridad. Ya ha habido que llevarla dos veces en coche a urgencias, una por haberse hecho un corte con un sílex (a pesar de que todos los alumnos están al día en la vacuna antitetánica) y otra por una reacción alérgica al helado.

—¿Dónde está? —pregunta, incorporándose.

—En la zanja número uno.

—Vale. ¿Me relevas?

Ya está cansada de esa zanja, donde solo han aparecido tres clavos oxidados y unas cuantas láminas de hueso animal.

Velma baja con cuidado al agujero, levantando la mano que aún lleva vendada.

—Creo que he visto una serpiente por la hierba —dice.

—Una culebra de collar —dice Ruth sin darle importancia—. Son inofensivas.

No sabe nada de serpientes. Tendrá que preguntárselo a Cathbad, que el año pasado estuvo a punto de morir por la mordedura de una víbora venenosa.

Cathbad, el hombre de la capa morada, está de rodillas en el suelo, mientras examina una bandeja llena de trozos de cerámica hallados hace unos días. Desde lejos parece que esté rezando, impresión reforzada por la capa y la cabeza inclinada. Tiene el pelo largo, suelto por los hombros. Cuando nota la presencia de Ruth levanta la cabeza, y, por alguna razón, parece que no tiene edad, como si estuviera petrificado. Justo entonces suena su móvil.

Se levanta.

—Sí —dice—. Sí, gracias por avisar.

Al acercarse, ella tiene la impresión de que su amigo se achica y se envejece ante sus ojos.

—Hola, Cathbad —dice—. ¿Qué te trae por aquí?

Él la mira, y por un momento Ruth cree que está llorando.

—Judy ha dado a luz —dice.

—¡Ah, qué bien!

Ella no sabe muy bien qué decir, porque no está segura de que él sea el padre, y sospecha que quizá ni la propia Judy lo sepa. Lo que está

claro es que la relación entre los dos ha terminado y que la intención de Judy es criar al bebé con su marido, Darren.

—¿Quién te lo ha dicho? —pregunta.

—Tengo un amigo en el hospital.

¡Cómo no! Tiene amigos en todas partes.

—De todas formas —añade—, ya lo sabía. Me lo ha dicho mi sexto sentido.

Ruth se alegra de que vuelva a hablar como el Cathbad de siempre, aunque lo del sexto sentido no lo ve muy claro.

—Me lo imagino —contesta—. ¿Es niño o niña?

—Niño. Tres kilos doscientos treinta gramos.

—Ah.

Sabe que él tiene una hija de otra relación.

—Aunque los niños no son nuestros, claro —dice él, acompañándola hacia el borde de la zanja—. Son del universo.

Ella no dice nada. Nunca sabe cómo contestar a las afirmaciones pseudorreligiosas. Probablemente se deba a que la han educado cristianos renacidos. En todo caso, al pensar en Judy y su bebé, se acuerda del día que tuvo a Kate, con la inesperada presencia de Cathbad como asistente en el parto. Le aprieta el brazo.

—Todo forma parte de una gran red.

Es una de las frases favoritas de él, que le sonríe.

—Exacto: la gran red creada antes de que empezara el tiempo.

—Y la gran red no hay que tocarla.

—Eso nunca.

Sigue sonriendo.

Se detienen en lo alto de la colina, desde donde se atisba el mar, lo que a Max siempre le ha hecho creer que el yacimiento corresponde a un antiguo *vicus*, un asentamiento militar romano en el camino hacia el puerto de Burgh Castle.

—¿Qué fue de la piedra de Jano? —pregunta Cathbad.

Hace dos años encontraron en ese mismo yacimiento una piedra con una representación del dios romano Jano. La pregunta hace que Ruth se acuerde de Max, y también de otra persona obsesionada con los dioses, sedientos de sangre, de la Antigüedad. Una obsesión que lo llevó a cometer un crimen.

—Está en el museo —dice—. Me imagino que te parecerá mal.

Cuando Ruth y Cathbad se conocieron, ella formaba parte de un equipo que estaba excavando un *henge* de la Edad del Bronce en una playa del norte de Norfolk. El traslado de las maderas del *henge* a un museo provocó una manifestación de druidas, entre los que se encontraba Cathbad. Según ellos, había que dejarlas donde estaban, integradas en el paisaje y expuestas al cielo y al mar. Al final el *henge* se desmontó, a pesar de que Erik simpatizaba con los druidas.

—Bueno —dice su amigo—, en el museo aún puede hacer su magia.

—Te estás ablandando. —Ruth sonríe.

—Nos pasa a todos.

Él se gira a mirarla con una perspicacia en sus ojos oscuros que le incomoda.

—¿Tú cómo estás? Te veo un poco agitada.

No es la primera vez que Ruth maldice para sus adentros el sexto sentido, o la simple curiosidad del druida.

—Hace unos días se murió un amigo de la universidad. No lo había visto en años, pero sí, la verdad es que me ha afectado.

—Puede que su alma te esté llamando.

Ella lo mira con mala cara. Una cosa es que le dé pena y otra que le consienta decir según qué cosas.

—Me da pena, pero nada más —dice.

—Ya es bastante —contesta él.

Ambos se quedan absortos en la suave ondulación de las colinas que bajan hasta el mar. Se oye el reclamo de una alondra muy por encima de ellos. Falta poco para el solsticio de verano, uno de los grandes momentos del calendario de Cathbad.

—Me gustaría saber si Nelson se ha enterado de lo de Judy —dice Ruth.

—Pues pregúntaselo.

A ella no le hace falta girarse para saber que detrás de ellos está Nelson.

El inspector no sabe muy bien por qué ha ido al yacimiento. No le habría costado nada hablar por teléfono con Ruth. Además, en la comisaría, entre que no está Judy y que Clough patrulla sin descanso por los bajos fondos a bordo de su coche rojo, trabajo no falta, al contrario. Lo único que sabe es que, nada más terminar la llamada con Sandy, ha cogido las llaves de su coche y le ha dicho a Leah, su asistente, que estará fuera una o dos horas.

—Creo que el superintendente Whitcliffe esperaba un parte actualizado —ha dicho ella.

«Pues paciencia, que es la madre de la ciencia», ha pensado Nelson al bajar los escalones de dos en dos. Pero, bueno, ¿de dónde ha sacado esa expresión? La decía siempre su madre.

Al avanzar con pasos largos por la hierba hacia Ruth y Cathbad, se alegra de haber ido. Se agradece un poco de aire fresco después de varios días haciendo trámites en la comisaría y asegurándole a Whitcliffe que ni él ni sus hombres se saltaron ninguna norma en el caso de tráfico de drogas. (La verdad es que sí se las saltaron, pero el inspector espera tener las espaldas bien cubiertas.) También se agradece ver a Ruth. Nelson lleva unos meses esforzándose por convertir su relación en una benévola amistad. Es el padre de su hija; después de un

año de auténtica pesadilla, Michelle lo ha aceptado, y al fin los tres adultos ya pueden avenirse por el bien de Katie. Suena sencillo, pero cuando Ruth se gira y le sonríe, él se dice compungido que nada es tan fácil. Y menos con mujeres de por medio.

Encima tenía que estar Cathbad, cómo no. Nelson ya se ha acostumbrado a que aparezca en todas partes, casi siempre cuando hay algún problema. Una vez, el druida le habló de un santo capaz de estar en dos sitios a la vez, y Nelson dedujo enseguida que ese hombre tenía el mismo don. No porque fuera santo, en absoluto: con su nombre oficial, Michael Malone, ha tenido sus rifirrafes con la policía. Razón de más para extrañarse de que Nelson lo considere un amigo, pero el caso es que le salvó la vida una vez, y Cathbad asegura que visitaron juntos un mundo onírico a medio camino entre la vida y la muerte. Eso une, más incluso que los partidos de fútbol de los domingos por la mañana.

—Nelson —lo saluda Ruth—. ¿Qué haces tú aquí?

—Bueno, ya sabes que me interesa mucho la arqueología.

—Dijo el que no sabe diferenciar entre la Edad de Piedra y la del Hierro.

—Las dos son antiguas. No sé más.

—Todas las edades son la misma —interviene Cathbad.

—Debería haberme imaginado que soltarías alguna chorrada.

Ruth y Cathbad se miran. El inspector se pregunta de qué estarían hablando.

—¿Te has enterado de lo de Judy? —pregunta ella.

—No. ¿Ya lo ha tenido?

—Un niño. Tres kilos y pico.

—Niño, ¿eh?

Nelson se alegra de todo corazón. Tiene simpatía tanto por los bebés como por Judy. Nunca se le hubiera ocurrido que pudiera tener una aventura con Cathbad, ni que este pudiera ser el padre de la criatura. Está casada con Darren, su primer amor, y están formando una familia, como debe ser; a fin de cuentas, fue lo mismo que hizo él.

—¿Cómo te has enterado?

—Lo ha escuchado Cathbad por Radio Druida.

Nelson gruñe. Le parece del todo verosímil que exista una emisora así.

—Le diré a Leah que mande unas flores —dice—. Dave Clough está seguro de que Judy le pondrá su nombre.

Cathbad ha ido a hablar con Phil, el jefe del departamento de Ruth. Nelson baja la voz.

—Tengo noticias.

—¿Sobre Dan?

—Sobre tu amigo, sí. He hablado con Sandy, mi antiguo compañero de Blackpool.

Ha sido oír la voz de Sandy y olvidarse del paso de los años: primero

un gruñido de recelo, típico del norte, y luego, al saber con quién hablaba, un acento más suave y teatral de Lancaster. Nelson ha notado que su propia voz se iba haciendo más de Blackpool a medida que avanzaba la conversación. Sandy Macleod. Ya no hay polis así.

—Al final puede que tengas razón: sí que hubo circunstancias sospechosas.

—¡No me digas!

—Sí. Al principio parecía un incendio normal y corriente, pero la Policía Científica descubrió que la puerta estaba cerrada por fuera con llave.

—Madre mía… —Ruth lo ha dicho casi susurrando—. ¿Lo encerraron?

—Sí, y faltaban varias cosas que deberían estar en la casa.

—¿Como cuáles?

—Como su móvil y su ordenador portátil. Sandy va a abrir una investigación por asesinato.

4

El embotellamiento en el que se encuentra Ruth al ir a recoger a Kate a casa de la canguro parece interminable. Normalmente se impacienta. Le da mucha rabia llegar tarde a buscar a su hija, por muy comprensiva que se muestre siempre Sandra («sé lo que es ser madre y trabajar»). Ruth siempre ha sido puntual. Es una persona muy organizada, como Nelson (casi lo único que tienen en común), y le gustan las listas y los horarios. Desde que es madre, sin embargo, ha descubierto la pesadilla de llegar siempre con retraso. Kate, que no parece compartir su afición a los horarios fijos, a menudo logra que llegue tarde al trabajo. Encima, Phil insiste en que las reuniones sean a las cinco, y por su culpa ella llega tarde a casa de Sandra. Parece que se pase media vida en un atasco, tamborileando en el volante y contando en voz baja hasta cien.

Hoy, por una vez, casi agradece los largos paréntesis de los semáforos en rojo. Su cerebro aún no ha logrado asimilar las palabras de Nelson. «Sandy va a abrir una investigación por asesinato.» ¿Asesinado, Dan? ¿En serio? Le parece imposible. Luego se acuerda de la carta y del extraño miedo, casi pánico, que traslucía: «Tengo miedo y… pues eso, que tengo miedo. Llámame en cuanto recibas esta carta, te lo ruego». Ella lo hizo, pero ¿quién recibió la llamada? Por lo que ha dicho Nelson, el móvil de Dan ha desaparecido. ¿Lo tendrá el asesino? ¿Quién puede querer matar a un arqueólogo contratado por una universidad de segunda? Dan dijo que podía ser un bombazo, algo que lo cambiaría todo. Ahora está muerto. Y sí, todo ha cambiado.

Los encuentros con Nelson siempre la dejan alterada. Hoy, viéndolo caminar tan serio con su traje oscuro entre los corrillos de estudiantes, le ha llamado la atención lo adulto de su aspecto, y no solo por la ropa (con corbata negra, porque venía de participar en una vista judicial), sino por algo en su cara y su actitud que lo diferenciaba. Aun siendo todos de posgrado, los alumnos de Ruth, con sus melenas y sus caras de entusiasmo, siguen pareciendo adolescentes. Dando zancadas por la hierba, con el ceño fruncido y la mirada fija, Nelson irradiaba rigor, intransigencia y hasta un punto de peligro. Ojalá hubiera dejado de gustarle. Qué más quisiera ella...

Gira por la carretera de King's Lynn mientras jura —como tantas veces— que lo superará. Tienen una hija en común; en ese sentido siempre habrá algo entre los dos, pero Nelson está felizmente casado, y ella tiene algo con Max. Algo, sí, pero ¿qué? «Novio, lo que se dice novio, no es que pueda llamarlo, ¿no?», dijo con picardía su madre al

enterarse (no por culpa de Ruth, sino de su hermano, que fue quien se chivó). «Tu pareja», como dijo el otro día alguien en el trabajo, suena demasiado oficial.

Max vive en Brighton. Se ven unas dos veces al mes para hacer cosas de pareja: llevar a Kate al parque, ir al cine, pedir comida a domicilio y ver *Doctor Who*… También duermen juntos. De no ser por el sexo, Ruth diría que son amigos. Que lo son. Se llevan francamente bien. Los dos son arqueólogos, tienen un sentido del humor parecido y han tenido vidas bastante accidentadas, cada uno a su manera. Nunca discuten y siempre se tratan con delicadeza. Ahí está el quid de la cuestión. Nelson no es delicado casi nunca, y Ruth y él se pasan el día discutiendo, pero las dos noches que pasaron juntos se han grabado con tanta fuerza en su alma que por mucho empeño que ponga no puede borrarlas. A pesar de todas las cosas reprochables que ve en él y de la intensidad con que lo odia a veces, ningún otro hombre acaba de cuadrarle.

Sandra la recibe con una sonrisa.

—No te preocupes, cariño —dice, e interrumpe con tolerancia sus disculpas.

Tampoco Kate parece preocupada. Ha estado jugando en una piscina inflable con los otros dos niños al cuidado de Sandra, pero Ruth ya la encuentra seca, vestida y picando algo tan irreprochable en términos de nutrición como unas pasas y unos trozos de manzana. Sandra es una canguro de diez. Tiene suerte de poder contar con ella. El hecho de que a veces preferiría que no se le diese tan condenadamente bien todo lo referente a los niños, no hace sino demostrar lo poco razonable que se ha vuelto. Necesita unas vacaciones.

No para de cantar en todo el camino de vuelta. Necesita mantener despierta a su hija para que no se duerma antes de la hora de acostarse. Lanza miradas constantes al retrovisor y, en cuanto ve desplomarse la cabeza de la niña, se lanza otra vez a entonar como loca el estribillo de *The Wheels on the Bus*. Sus pensamientos, mientras tanto, giran y giran, como las ruedas del autobús de la canción. ¿Murió Dan asesinado? ¿Quién lo mató? ¿Es Cathbad el padre del bebé de Judy? ¿Sigue enamorado de ella? ¿Por qué ha venido Nelson al yacimiento, con lo fácil que le habría resultado llamar por teléfono? ¿Quién es el Rey Cuervo, y qué tiene que ver con la muerte de Dan?

Al llegar a casa, le alivia no encontrar mensajes en el contestador. O sea, que no se ha muerto nadie más. Enciende su portátil y al abrir su correo encuentra lo de siempre: mensajes del departamento e intentos por parte de Amazon de despertar su interés por libros cuyo título contiene la palabra «piedra». En el momento de borrarlos le llama la atención un remitente nuevo. University Pals, se llama: «colegas de la uni». Pensando en Dan y Caz, abre el mensaje, encabezado por un saludo jovial:

¡Hola, Ruth! ¿Quieres saber qué ha sido de tus antiguos compañeros de universidad? Pues inscríbete en nuestra web y tendrás noticias de tus viejos amigos de **University College London, Arqueología 89**. Con un solo clic será como si no hubieran pasado los años.

Últimamente ha pensado tanto en la UCL que está a punto de clicar en el enlace, pero al final vacila. Sabe mejor que nadie lo peligroso que es dejarse tentar por el pasado. Hace dos años, cuando reapareció en su vida su antiguo novio Peter, lo hizo con la intención de reanudar de manera inmediata lo suyo con Ruth, sin importarle que hubieran pasado diez años, ni que fuera un hombre casado y con un hijo. A ella le costó mucho no ceder. Sabe que retroceder es imposible. Solo se puede avanzar. No hay arqueólogo que no sepa eso. El tiempo está hecho de capas, de estratos, todos firmemente adheridos a su propio contexto. Se puede excavar a través de las capas, pero no evitar que haya pasado el tiempo y se hayan depositado otros estratos por encima. «Ya», dice con tono de reproche una vocecita en su cabeza, pero si se hubiera inscrito antes en una web de ese tipo, podría haber mantenido el contacto con Dan y habría conocido en detalle su trabajo en la Universidad de Pendle; podrían haber intercambiado fotos y haberse contado sus vidas, y ahora no tendría esta terrible sensación de pérdida que le ha quedado.

El teléfono fijo interrumpe sus cavilaciones. Oye de fondo la voz de Kate.

—¿*Piss*?

Maldito Cathbad… Ruth le arrebata el teléfono.

—¿Diga?

—Hola, ¿la doctora Galloway?

—Sí.

—¡Ah, qué bien! —La voz se llena de entusiasmo—. Soy Clayton Henry, de la Universidad de Pendle.

«Qué nombre más raro —piensa sin que venga mucho a cuento—. Suena como si tuviera que ser al revés.» Hasta que de repente… ¡la Universidad de Pendle!

—Espero que no le moleste que la llame a su casa. Phil Trent me ha dado su número.

A Ruth sí le molesta. Considera que Phil debería tener más respeto por su intimidad, pero, bueno, hay que reconocer que se muere de ganas de saber para qué llama Clayton Henry.

—No pasa nada.

—Mira, Ruth, es que estoy en un aprieto.

El tono de Clayton Henry es una extraña mezcla entre pijo y de Yorkshire. Le recuerda un poco al del escritor Alan Bennett. Le parece que se está tomando demasiadas confianzas. Para agravarlo, odia que la llame por su nombre de pila alguien que no la conoce.

—¿Ah, sí? —Es su respuesta, muy poco servicial.

—La semana pasada murió uno de nuestros arqueólogos, un encanto

de persona. Dan Golding. No sé si te suena de algo.

—Fuimos juntos a la universidad.

—Aaah… —Clayton Henry alarga la sílaba—. Pues siento mucho ser yo quien te dé la mala noticia.

—No pasa nada. Ya lo sabía.

—Ah… —El tono ha cambiado—. Bueno, pues no sé si estabas al corriente de que hace poco Dan hizo un descubrimiento al que daba mucha importancia.

Ruth espera. Es un truco que aprendió de Nelson.

—Huesos —dice Henry—, en un yacimiento romano cerca de Ribchester. El tipo de entierro le hacía pensar que los restos podían ser… importantes.

—¿Importantes?

—De una figura de importancia histórica.

Ella sabe que las sepulturas pueden indicar el estatus del difunto. Una tumba suntuosa, objetos de valor, armas, tesoros… Todo ello es señal de que dentro hay una persona rica o poderosa.

—He estado preguntando —continúa el hombre, y vuelve al registro empalagoso del principio— y sé que eres una de las principales expertas en huesos del país.

Es una descripción que a Ruth siempre le evoca imágenes de perros, pero, en fin, se agradece el reconocimiento. Aún recuerda su satisfacción al leer que Dan había seguido su carrera.

—Quería saber si estarías dispuesta a venir y echarles un vistazo a nuestros huesos.

«Nuestros huesos.» Ruth se encrespa un poco. Los huesos eran de Dan. Ahora bien, ganas de ver el descubrimiento de su viejo amigo sí tiene, y muchas.

—Soy consciente de que te queda lejos —dice la voz a lo Alan Bennett—, pero podríamos darte alojamiento. Una colega mía tiene una casa de vacaciones muy bonita por la zona de Lytham. Podrías aprovechar para un descanso y traerte a la familia.

Por un segundo, se le despierta el deseo de tener una familia de verdad: un marido, cuatro hijos y un perro, todos locos de ganas por ir de vacaciones a la playa como está mandado, con cubos y palas, y por probar los típicos caramelos de Blackpool. La verdad es que Kate estaría encantada con los burros.

—Me lo pensaré —dice.

—Sí, por favor —contesta Clayton Henry—. Estoy convencido de que podría valer la pena.

Esta noche todo se confabula en contra de que la rutina de acostarse se desarrolle de manera plácida. *Sílex*, que está indispuesto, vomita un ratón muerto en el suelo de la cocina; a Kate no le gusta la cena y llora a

moco tendido sobre los huevos revueltos mientras el teléfono de Ruth no para de sonar. Primero es su madre, para preguntarle si le apetecería ir este verano a un campamento cristiano.

—Hacen reuniones especiales para madres y padres solteros. Hay muy buen ambiente.

Al tratarse de una invitación que se repite cada año, a Ruth no le cuesta nada decir que no. «Muchas gracias», dice sin darle importancia, pero tiene otros planes.

—¿Con Max? —pregunta su madre, esperanzada.

No lo ha visto nunca y seguro que sospecha que vive en pecado con Ruth, pero con una hija de más de cuarenta años no se puede ser muy tiquismiquis.

—No lo sé seguro —contesta, y dice la verdad.

—¿Adónde irás? —pregunta su madre.

—A Blackpool —responde ella sin pensar.

—¿Blackpool? —repite su madre—. ¿Cómo se te ha ocurrido eso?

—Es que en la zona hay yacimientos bastante interesantes —dice Ruth, y sabe que así se callará, por lo menos un rato.

Ninguno de sus padres comparte su pasión por el pasado. A su madre se la oye lamentarse con frecuencia en voz alta de que Ruth (que en el colegio era de las listas) no haya estudiado algo más útil, como enfermería, contabilidad o enajenación religiosa a tiempo completo.

El siguiente en llamar es Max, interesado por saber cómo va la excavación en Swaffham. Fue el arqueólogo que la puso en marcha, y si de algo anda sobrado es de teorías y consejos. Según él, los huesos de animal de Ruth apuntan a la existencia de una carnicería, o quizá de una curtiduría. Para ella es un placer poder hablar de huesos y animales sacrificados. Por alguna extraña razón, nota que se resiste a hablar con él de la muerte de Dan. Prefiere mantener centrada la conversación en el trabajo cotidiano y limitarse a conversar plácidamente sobre cráneos de reses y pieles de animales. A pesar de todo, acaba explicándole que un amigo suyo de la universidad ha muerto. Él dice todo lo que hay que decir: que qué horror, que qué joven, que te pones a pensar, que si tú estás bien, Ruth…

—Sí, sí, muy bien —contesta ella—; triste pero bien.

Sin saber muy bien por qué, se niega a hablarle de la invitación a Lancashire; quizá por algo tan sencillo como no querer que Max, experto en arqueología romana, le dé consejos sobre el posible hallazgo. De momento es su secreto. De Dan y ella. Charlan unos minutos más y se despiden después de prometer que se verán dentro de una semana.

Llega el momento de llevar al baño a Kate, cansada e irritable. Cuando suena otra vez el móvil, Ruth está a punto de no contestar. Lo ha dejado abajo, en el sofá, y no le apetece nada volver sobre sus pasos. Sin embargo, podría ser Nelson, o Sandra, para avisar de que mañana no podrá quedarse con la niña, así que al final baja despacio por la escalera

con su hija medio dormida sobre el hombro.

—Hola, Ruth.

—Hola, Shona.

Se supone que Shona es su mejor amiga en Norfolk, pero no es una relación como la que tuvo con Caz, una amistad de tú a tú sin celos ni rencores. Admira la belleza de Shona, pero al mismo tiempo desconfía un poco. Hace unos años descubrió algo sobre ella que supuso un verdadero terremoto para su amistad. Desde entonces ya han cicatrizado las heridas, pero tiene la sensación de que no podrá fiarse de ella nunca más. Tampoco ayuda que esté viviendo con el jefe de Ruth, Phil, otra persona que no le merece confianza.

—¿Cómo estás? —pregunta—. ¿Y Louis?

En febrero, Shona dio a luz a su primer hijo, el tercero de Phil. Con su gracilidad y su melena prerrafaelita, en esencia es tan femenina que Ruth estaba segura de que el bebé sería niña, pero, por decir las cosas por su nombre, Louis es un bestiajo, una monada de niño con una buena mata de pelo pelirrojo y complexión de boxeador. Nació pesando más de cuatro kilos y medio, y ahora, a los cinco meses, lleva ropa para bebés de un año. De hecho no es mucho más pequeño que Kate, tan menuda que a Ruth le entra pánico cada vez que miran los percentiles de crecimiento en la consulta del pediatra.

—Genial, enorme. No para de comer.

Volcada en su papel de madraza, Shona se ha jurado dar el pecho a Louis «hasta que entre en la universidad». Ruth, que lo vivió como algo difícil e incómodo, procura no envidiarla.

—¿Y Kate qué tal?

—Muy bien, ahora mismo un poco cansada. Estaba acostándola.

—Ah, pues no te entretengo. Solo quería saber si podrías venir mañana. Tengo la sensación de no haber visto a una persona adulta en siglos.

—¿Y Phil?

—Phil es un hombre. No cuenta.

—Lo veo un poco difícil, porque estaremos excavando toda la semana.

—Ya lo sé —dice su amiga un poco alterada—. Phil no habla de otra cosa. Que si cerámica samia, que si muros de unas termas…

A Ruth no le extraña que tener a Phil como único lazo con el mundo exterior pueda resultar un poco anquilosante.

—Intentaré pasar de camino a casa —dice.

Como Kate está casi dormida, se salta el baño y la pone directamente en la cama. Bastan unas cuantas frases de Dora para que se quede frita del todo. Justo cuando Ruth sale del cuarto de puntillas, suena otra vez su móvil. Pero, por Dios, ¿quién es ahora?

Es un mensaje de texto. Remitente desconocido.

«Si sabes lo que te conviene, no vengas a Pendle.»

5

Como Shona vive en King's Lynn, cerca de Sandra, Ruth pasa a saludarla de camino a casa. A Kate le encantan los niños más pequeños que ella y muestra una actitud muy condescendiente cuando tiene alguno delante.

—Bebé —dice en cuanto ve a Louis—. Bebé pequeño.

—Sí —dice Shona, admirada—. Tú, en cambio, eres una niña grande, ¿verdad?

Kate parece satisfecha con la descripción; pero a Ruth, a la que de vez en cuando también le aplican el calificativo de «grande», le provoca sentimientos encontrados.

Hay que decir, de todas formas, que Louis no es tan pequeño. La verdad es que parece que haya crecido desde la última vez que lo vio, hace unos días. Su presencia domina la sala de estar, decorada por Shona con estilo. Desde su hamaca, contemplando el mundo, parece el mismísimo Rey Sol, su tocayo. Todas las superficies están ocupadas por juguetes y ropa de bebé, mientras suena de fondo un bucle enloquecido de canciones infantiles. Le recuerda a cuando Kate tenía pocos meses y se quedó a cargo de Shona: no paró ni un momento de gritar, y en cuestión de minutos todo el suelo de la casa (precioso, de madera pulida) se llenó de juguetes, libros y botellas de leche — todas las pruebas de los intentos frustrados de aplacarla—, hasta que llegó Ruth y cortó en seco el llanto solo con coger en brazos a su hija. Se acuerda muy bien de ese día, el primero que se sintió madre de verdad.

Shona aún no lo parece. Para empezar, está demasiado delgada tras haber recuperado su silueta previa al embarazo de forma milagrosa.

—Es por dar el pecho —dice con tono de satisfacción mientras se aleja, etérea, y va a encender el hervidor.

También va demasiado bien vestida. Ruth se pasó toda la baja de maternidad con pantalones de chándal. Su amiga lleva un vestido corto de flores y unas sandalias de tacón con cintas. Hasta se ha arreglado el pelo, aunque aparente un descuido estudiado, como de costumbre. Solo al verla de cerca se da cuenta de lo ojerosa que está por debajo del rímel.

—¿Qué tal? —pregunta cuando Shona reaparece con té y un zumo para Kate.

—Bien. Hecha polvo.

—Sí, es que los primeros meses cansan mucho. Me acuerdo como si fuera hoy.

Louis empieza a aporrear la mesa con su sonajero.

—Bebé ruidoso —dice Kate, mientras sorbe su zumo con remilgo.

—¿Cuándo vuelves al trabajo? —pregunta Ruth.

Shona da clases de literatura en la universidad. Así fue como se conocieron. Hace una mueca al recoger el sonajero que ha tirado Louis.

—No estoy segura de querer volver.

Ruth se queda mirando a su amiga. Se acuerda de la intensidad emocional de los meses a solas con su bebé y de la sensación de que el trabajo era otro mundo, cuyos requisitos de entrada había dejado de cumplir, pero de ahí a no volver…

—Recuerdo haber sentido lo mismo —dice—, pero cuando volví me sentó de maravilla. Tuve la sensación de volver a ser persona.

Estuvo a punto de llorar de alegría al ver de nuevo su despacho, aunque eso a Shona no se lo dirá.

—No sé —dice su amiga—. A mí es que me encanta estar con Louis. Disfruto tanto de él…

Ruth piensa que quizá con otro adulto en casa sea distinto. Claro que el adulto en cuestión es Phil…

—¿Y Phil qué dice? —pregunta.

—¿Phil? —dice Shona con tono despectivo—. Pues que debería reincorporarme. Dice que necesitamos el dinero y que deberíamos tener una canguro. Siempre está hablando de lo bien que te las arreglas tú.

—¿Ah, sí?

No deja de ser una satisfacción oírlo. Se ha esforzado mucho en evitar cualquier interferencia entre la maternidad y su trabajo, y en no agobiar a sus compañeros con excusas sobre enfermedades o problemas de niños. Aunque, por otro lado… ¿arreglárselas? ¿A cuántos hombres se les felicita por lo bien que se las «arreglan» con la paternidad?

—Bueno, aún te queda mucho tiempo para decidirlo —dice—. Ahora la que quiere puede estar de baja todo un año.

—Ya, pero la prestación solo te la pagan seis meses —contesta Shona —. La verdad es que no sabía que Phil se tomara tan a pecho las cuestiones de dinero.

Lo que pasa, piensa Ruth, es que se fue a vivir con él sin conocerlo a fondo. Llevaban cierto tiempo siendo amantes, pero ya se sabe que un amante siempre es más atractivo que un marido o un novio. Es probable que en los tiempos en que Phil solo veía a Shona dos veces por semana, en algún pub rural a deshoras, o en el despacho, después de anochecer, se esforzara por disimular su tacañería crónica (de la que tanto se han reído siempre en el departamento); y aun así Ruth está casi segura de que guardaba los recibos.

—Ahora, que Louis es una monada —dice, pasando a un tema menos peligroso—. Entiendo perfectamente que no quieras separarte de él.

Shona deja a su hijo en el suelo, sobre una alfombra, reclinado en unos cojines. Kate se sienta al lado de él y procede a enseñarle con solemnidad cómo se usa el clasificador de formas, aunque él no parece

muy interesado; lo único que hace es sonreírle con cara de bobalicón.

—Qué monos, ¿verdad? —dice Shona—. A lo mejor acaban casándose.

—A lo mejor —contesta Ruth, mordaz—. Quizá logren lo que no han conseguido sus madres.

Shona la mira de reojo. Si bien está al corriente de lo de Nelson, normalmente se le da muy bien ignorar el tema de la paternidad de Kate. Como la mayoría de las amistades de Ruth, hace como si la niña hubiera salido ya formada del óvulo materno.

—¿Cómo está Max? —pregunta su amiga.

—Bien. Vendrá la semana que viene.

—Pues deberíamos buscarnos canguros y salir los cuatro —dice Shona.

—Es verdad —contesta Ruth.

No le apetece ver a Phil más de lo estrictamente necesario, pero quizá les iría bien socializar con otra pareja. Tal vez así su relación con Max se parecería más a eso, a una relación.

—Puede que nos vayamos de vacaciones —dice Ruth.

—¿Max y tú?

—No. —Se da cuenta de que no es lo que ha querido decir—. Kate y yo.

—Ah. —Otra vez la misma mirada de reojo—. ¿Adónde?

—A Blackpool; bueno, a Lytham.

Le cuenta a Shona lo de Dan y la invitación de la Universidad de Pendle. De lo que no le habla es del mensaje de texto, ni de la posibilidad de que el incendio no fuera accidental. La otra la escucha fascinada. Le encantan las historias. Por algo da clases de literatura.

—Ah, pues tienes que ir —dice—. A Kate le encantaría Blackpool. Así podría montar en burro y subirse a las atracciones de Pleasure Beach.

—La mayoría de las atracciones de Pleasure Beach dan miedo solo de verlas.

Ruth lo buscó anoche en internet.

—Bueno, algún carrusel habrá, o algo por el estilo —dice Shona—. Deberías ir. No descartes que Dan descubriera algo gordo. Podría ser beneficioso para tu carrera.

Su carrera… Lleva unos años preguntándose si su carrera no se habrá convertido a todos los efectos en algo puramente alimenticio. Sigue encantándole la arqueología, pero nunca ha escrito ningún libro, ni se ha hecho un nombre de ninguna manera. Es verdad que descubrió a la niña de la Edad del Hierro, y que ha ayudado un par de veces a la policía, pero parece difícil que dentro de unos años los estudiantes hablen de la Teoría de Ruth Galloway, o del Método Ruth Galloway. Es una simple arqueóloga forense que hace trabajitos.

—Puede que vaya —dice—. Es curioso; he viajado por toda Europa, pero casi nunca he estado más al norte de las Midlands.

—Ah, pues en el norte todo es diferente —contesta Shona—. Lo sé porque tengo una tía en Hartlepool.

Nelson también está ocupado con madres y bebés. Para su sorpresa, ha sabido por Leah que Judy ya está de vuelta en casa.

—Hoy en día solo pasan una noche en el hospital.

Más tarde, mientras volvía con Clough de investigar un supuesto tiroteo cerca de Castle Rising (ha resultado ser alguien disparando a las palomas con una pistola de aire comprimido), su compañero ha comentado como quien no quiere la cosa: «Cerca de aquí vive Judy, jefe. ¿Pasamos a verla?». Así que han parado en una gasolinera a comprar unas flores y unos bombones, y ahora están examinando, bastante cohibidos, la cosita que se les presenta fajada en una manta amarilla.

—¿Puedo cogerlo? —pregunta Clough.

Nelson lo mira con curiosidad. Había oído rumores de que Clough y Trace estuvieron hablando de formar una familia, pero ya no están juntos, y la custodia del perro, un labradoodle bastante trastornado, ha recaído en Clough. En todo caso, se le ve más maña con los bebés que a la mayoría de los hombres solteros (heterosexuales).

—Saluda al tío Dave —dice el sargento sin lograr que el bebé abra los ojos.

Es muy moreno, con pelusilla en la frente.

—¿Tú cómo estás? —le pregunta Nelson a Judy, y piensa que se la ve agotada, con el pelo oscuro y grasiento y los ojos inyectados en sangre; en cambio Darren, que está en la cocina preparando té, parece loco de felicidad.

—Un poco cansada —contesta ella—. Es mucho trabajo tener un bebé.

—Es lo que me ha dicho siempre Michelle.

—Es precioso —dice Clough—. ¿Ya tenéis pensado el nombre? ¿Qué tal David, por su tío favorito?

—Michael —dice Darren, entrando con la bandeja—. Nos hemos decidido por Michael.

—¿Por qué Michael? —pregunta Clough—. ¿Por Michael Owen?

—No, yo soy del Chelsea. Es como se llamaba mi abuelo y es un nombre que nos gusta. ¿A que sí, cariño?

Judy asiente. A ojos de Nelson (todo un experto, no en balde es padre de tres hijas), parece a punto de llorar. Se arrepiente de haber venido. Aún es muy pronto para visitas. Clough va zampándose el pastel y bebiéndose el té sin enterarse de nada. El bebé ha pasado a los brazos de Darren, que contempla la carita arrugada del pequeño milagro.

—Es muy moreno —observa Clough—. Estarás contento de que no sea pelirrojo, como tú.

Nelson pone los ojos en blanco. Es lo típico que suelta Clough justo

cuando casi parece un ser humano civilizado. Sin embargo, Darren se limita a reír. Hoy no le ofende nada.

—Es guapo como Judy. Y espero que también sea tan listo como ella.

—Muy majo, el nene —dice Nelson.

—¿Quieres cogerlo? —le pregunta Darren.

—No, tranquilo… —empieza a decir, pero el padre orgulloso ya le ha puesto en brazos a su hijo.

Justo entonces, como si fuera una señal, los párpados de Michael se mueven, que lo mira con unos ojos grandes y oscuros que, por extraño que parezca, le suenan de algo.

Al acercarse a su casa, Ruth y Kate ven que hay un coche aparcado delante, o, mejor dicho, una tartana.

—¡Cathbad! —exclama Kate, encantada.

Está tan impaciente por lanzarse en brazos de su padrino que casi no puede esperar a que Ruth le haya desabrochado el cinturón de la silla. A Ruth le pican los ojos, y no solo por el viento salado que llega desde el mar. Se alegra de que Kate tenga en su vida a Cathbad, una figura masculina (con capa morada, eso sí) con la que podrá seguir contando pase lo que pase con ella y Max, o con Nelson.

—Hola, Ruth. —Su amigo se acerca con la niña en brazos—. He traído el libro que te comenté.

Ayer ella le habló de la carta de Dan y de la referencia al Rey Cuervo. Él dijo que le parecía que tenía un libro sobre la mitología de las aves, y aquí lo tiene, mostrándolo como una coartada. Pero Cathbad no necesita ninguna razón para venir. Sabe que siempre es bienvenido.

Hace una tarde tan bonita que dan un paseo hasta la playa, mientras columpian a Kate sobre los arroyos y las zanjas. Ya ha empezado a subir la marea, pero aún queda una franja ancha y nítida de arena. Ruth le quita los zapatos a la cría, que se lanza hacia el mar, entusiasmada, con algunas paradas para inspeccionar estrellas de mar y conchas de almeja.

—Una niña de agua —dice Cathbad—. La típica escorpio.

Ruth piensa que Nelson también es escorpio. Nunca ha pensado en preguntarle si le gusta el agua. La marisma no mucho, eso está claro.

Cathbad y ella también se descalzan y caminan por la orilla. A sus pies cansados les sienta divinamente el agua.

—¿Has visto a Judy? —pregunta él.

—No. Le mandé una postal, pero me pareció que les… que le… gustaría más poder estar sola.

—Seguramente tengas razón —contesta Cathbad.

Contempla un momento el mar, con la capa agitada por el viento, y ella se acuerda de la primera vez que lo vio, en la playa, intentando defender el *henge* y con aspecto de poder parar la marea él solo. Luego se gira y vuelve a ser el de siempre, un hombre de mediana edad con

capa y cierto aire de tristeza.

—¿Cuándo veas a Judy le darás recuerdos de mi parte? —dice.

—Sí, claro.

—¿Sabes que le he hecho el horóscopo al niño? Tendrá una vida plena y feliz.

—Qué bien.

—La verdad es que sí.

Parece a punto de decir algo más, pero justo entonces se acerca corriendo Kate, que pisa la arena con sus piececitos sin hacer ruido. Cathbad la levanta muy por encima de las olas y borra de momento cualquier rastro de tristeza.

—Este sitio es mágico —dice.

—Sí, ya lo sé —reconoce Ruth—. ¿La arena de Blackpool es así? —pregunta, pensando en sus posibles vacaciones.

—No lo sé, nunca he estado.

Ella le habla de la invitación de Clayton Henry.

—En Lancashire vive mi amigo Pendragon —dice Cathbad—, en el bosque de Pendle. Por lo que dicen, es un sitio muy interesante.

De noche, en la cama, Ruth abre el libro de Cathbad por el capítulo sobre los cuervos. Hay una ilustración bastante horrible de un pájaro negro posado en una calavera. Espera que no le provoque pesadillas. Como precaución, se pone a Bruce Springsteen por los auriculares. El Boss la protegerá.

Lee que durante mucho tiempo el cuervo fue considerado un pájaro de mal agüero a causa de su plumaje negro, sus graznidos y el hecho de alimentarse de carroña. «Genial —piensa—. Me parece que no me compraré uno de mascota.» En muchas culturas, sin embargo, es una figura importante y benévola. Para algunas tribus indígenas americanas, el cuervo es una deidad conocida como El de la Voz que Debe Ser Obedecida. En muchas leyendas es una figura creadora, a veces incluso del mundo. En la mitología nórdica (Ruth sube el volumen de la música para no oír la voz de Erik), Odín tiene sobre sus hombros a los cuervos Hugin y Munin, que lo informan de todo lo que pasa en el mundo. En inglés antiguo, el cuervo se llamaba *hraefn*, palabra que también designa un presagio de derramamiento de sangre. «Hasta el cuervo está ronco de graznar la fatídica entrada de Duncan bajo mis almenas», dice lady Macbeth, y ya se sabe lo bien que salió la visita…

El cuervo también es un dios bromista. En la cultura del pueblo Tlingit, en el Pacífico, hay un cuervo creador conocido como el Dueño de la Luz Diurna, pero también un cuervo infantil que no se cansa nunca de hacer bromas de mal gusto, como robar el sol.

Según Tito Livio, al general romano Marco Valerio Corvo se le posó un cuervo en el casco durante su lucha contra un galo gigantesco. Fue el

cuervo el que, al lanzarse volando contra el rostro de su enemigo, propició la victoria del general, que a partir de entonces llevó siempre un cuervo en su estandarte. También los vikingos iban con frecuencia a la batalla bajo la divisa del cuervo. Ragnar Lodbrok tenía un estandarte con un cuervo, el *Reafan*, y se decía que si ondeaba era presagio de victoria. También el rey Harald Hardrada tenía uno, conocido como *Landeythan*, el asolador de tierras.

Los nombres nórdicos le están dando sueño. Lee por encima las siguientes páginas: Torre de Londres, Edgar Allan Poe, *corvus corax*… De pronto reconoce dos palabras.

«Hay quien cree que el espíritu del rey Arturo abandonó su cuerpo en forma de cuervo. Por eso Arturo en ocasiones recibe el nombre de Rey Cuervo.»

El rey Arturo.

¿Es posible que Dan hubiera descubierto el cuerpo del rey Arturo?

Oye el tono de entrada de un mensaje y tiene un mal presentimiento, se podría decir que una premonición.

«No te acerques a Pendle. Estás avisada.»

«*Tramps like us* —canta Bruce Springsteen— *baby we were born to run*.»

6

—Vacaciones de verano en Lancashire —dice Judy—. Tú estás loca.

—Aún no me he decidido del todo —contesta Ruth, algo a la defensiva—. Es que me han pedido que mire unos huesos en la Universidad de Pendle.

—Suena emocionante. Yo he estado en Southport, y nunca más.

Judy no se lo está poniendo nada fácil. Ruth suspira. Viene del yacimiento, y antes de ir a su casa ha pasado a ver a la madre y al bebé. La verdad es que el trayecto desde Swaffham no ha sido corto y a ella le parece que Judy debería estar… bueno, agradecida tampoco, pero al menos contenta de verla. De momento, no le ha ofrecido ni una taza de té. La tarde vuelve a ser preciosa, pero se han sentado en la sala de estar con las ventanas cerradas. Huele a bolsas de pañales. Con sus pantalones vaqueros manchados y su camisa de hombre, salta a la vista que Judy sigue el mismo estilo de vestuario posparto de Ruth, no el *look* de mami cañón de Shona. Sin reprochárselo en absoluto, piensa que podría esforzarse un poco más. Ni siquiera se ha reído de la última anécdota de Clough. (La semana pasada, el sargento irrumpió con tal fuerza en un garito ilegal que se cayó por dos tramos de escalera, y el garito en cuestión resultó ser el club de *bridge* del pueblo.)

—¿Ya tiene nueva novia? —pregunta Judy con una especie de mueca despectiva.

—Nelson dice que está saliendo con una *stripper*.

Judy resopla.

—Ya le gustaría. Seguro que es con lo que sueña Nelson.

—No creo —dice Ruth, horrorizada por la idea—. La verdad es que Nelson es bastante mojigato.

—Si tú lo dices…

Se hace un breve silencio. Ruth mira al bebé, dormido en su moisés, con las manos juntas en la manta de ganchillo, como si rezara.

—¿Ya tenéis pensado un nombre? —pregunta.

—Sí —dice Judy.

—¿Cuál? ¿O vas a hacerme el juego de las veinte preguntas?

Judy aparta la vista.

—Michael —dice hacia la ventana.

Se pregunta si lo ha oído bien.

—¿Michael?

Judy vuelve a mirarla, esta vez con la cabeza erguida.

—Sí, Michael.

Ruth mira otra vez al bebé dormido sin dejar de pensar. ¿Por qué le ha puesto Judy a su hijo el nombre de Cathbad? ¿Significa que es el padre? ¿Cree que Ruth ignora el auténtico nombre de Cathbad? ¿Se huele que Ruth tiene sospechas?

—Es un nombre muy bonito —dice finalmente—, con fuerza.

Judy se encoge de hombros.

—Potencia pulmonar sí tiene, te lo aseguro.

Justo entonces, Michael se despierta y empieza a llorar. Ruth aprovecha para huir.

—Bueno, tengo que irme, que esta noche viene Max.

—Una velada romántica, ¿eh? —dice la otra con un tono claramente hostil.

Coge a Michael en brazos y lo hace saltar contra su hombro. Los berridos aumentan de volumen.

—No —contesta Ruth, mientras recoge su bolso—. Salimos a cenar con Shona y Phil.

Pese a conocer los sentimientos de Ruth hacia Phil, Judy opta por interpretarlo como una prueba de lo glamurosa que es una vida sin bebés.

—Qué bien viven algunos.

Ruth ya está harta.

—Adiós —dice—. Cuídate.

Judy adopta un tono más conciliador.

—¿Crees que irás? A Lancashire, digo.

—No estoy segura. Me apetecen bastante unas vacaciones, pero son muchas horas en coche.

Judy la mira por encima de la pelusa negra de la cabeza de Michael.

—El jefe pasará el verano en Blackpool. ¿Lo sabías?

Ruth sacude la cabeza.

—Podríais encontraros todos en la playa —dice Judy—. Tendría su gracia.

Primero, Ruth va a King's Lynn para recoger a Kate y luego a su casa. Está cansada de excavar todo el día, y de entrada no se le ocurre nada menos apetecible que ponerse de tiros largos y salir a cenar con su jefe y su despampanante pareja. Lo curioso es que al decírselo a Max, él se mostró tan encantado que hasta se brindó a llegar temprano el viernes por la noche. Mira el reloj del salpicadero: las seis. Puede que Max ya esté en casa. Seguro que se ha encontrado a Cathbad, que esta noche hace de canguro.

La visita en casa de Judy le ha afectado más de lo normal. No es que esperase encontrársela en una nube rosa de amor materno, y menos con lo fresco que tiene ella el recuerdo de los primeros tiempos con su hija, tan extraños y desorientadores, pero Judy está rara. Casi parece

enfadada. ¿Con Cathbad? ¿Consigo misma? ¿Con Ruth, por ser amiga de Cathbad y haber tenido una hija con un padre que tiene la ventaja de ser invisible?

Sin contar con los mensajes de texto. Al principio casi logró convencerse de que eran una broma, concebida para molestarla por algún alumno al corriente de su posible visita, pero el de anoche la dejó literalmente helada, sobre todo después de haber leído tantas historias siniestras sobre cuervos. «Estás avisada.» ¿Quién la avisa, y por qué? Encima, el policía amigo de Nelson baraja la posibilidad de que a Dan lo asesinaran. ¿Debería hablarle a Nelson de los mensajes? Probablemente, pero la verdad es que se le hace cuesta arriba. En los últimos años, por motivos diversos, ha necesitado muchas veces su ayuda, y no quiere volver a hacer de doncella en apuros. No es el papel ideal para una mujer de casi ochenta kilos. Al meterse por la carretera de la marisma hace un giro demasiado abierto que la acerca peligrosamente a la zanja. «Contrólate, Ruth.» No hay mucha diferencia entre ser rescatada por Nelson y serlo por la Asociación de Automovilistas.

En la recta final hacia su casa ve aparcado junto a las hierbas altas el anticuado Morris de Cathbad. Max aún no ha llegado. Aunque no quiera reconocerlo, le asalta un alivio. «Es solo porque estoy cansada», piensa.

En cuanto Kate ve a Cathbad se le pasa el sueño.

—¡*Piss*! —grita extasiada.

—Paz, Hécate —dice él, inclinándose para sacarla de la silla del coche—. Esta noche te cuido yo.

—No le enseñes más palabras, por favor —dice Ruth.

—La palabra es poder —contesta él.

—Me parece que puedo prescindir del poder del pipí —dice ella mientras abre la puerta.

Prepara té mientras Kate y Cathbad juegan con bloques en el suelo, observados a distancia prudencial por *Sílex*. Es una estampa tan hogareña que se sorprende deseando no tener que salir. Preferiría ir a buscar algo y cenar en casa mirando un concurso en la tele con Cathbad después de acostar a Kate.

—¿Cuándo llega tu diabólico amante? —pregunta él.

—Estará al caer —contesta Ruth, que no se molesta en levantarse.

Está en el sofá, enfrascada en el móvil. Se lo compró el año pasado y aún no le ha sacado partido del todo. Cathbad la observa desde la otra punta de la sala.

—¿Qué pasa?

Es inútil. Se le han activado los poderes extrasensoriales.

—Hoy he visto a Judy.

Él no reacciona. Se limita a poner una pieza roja en cuidadoso equilibrio sobre otra azul, antes de que Kate proceda rauda a separarlas.

—¿Cómo está? —pregunta.

—Bien. El bebé es una monada. Se…

Se queda callada, pulsando botones al azar.

—¿Qué? ¿Qué pasa, Ruth?

Levanta la vista.

—Se llama Michael.

Duele ver la expresión de puro júbilo de Cathbad. Ruth casi se arrepiente, pero ¿cómo no iba a decírselo?

—¿Por mí? —susurra él.

—No lo sé —dice ella, aunque el fondo está convencida de que sí.

¿Qué otra explicación podría tener la actitud a la defensiva de Judy al hablar del nombre? ¿Qué significa?, ¿que reconoce a Cathbad como el padre de Michael o que le ha puesto su nombre porque el apellido nunca lo tendrá?

—¿Tú crees que quiere verme? —pregunta su amigo.

—No lo sé. Yo, después de nacer Kate, tenía muchas ganas de ver a Nelson. No me parecía bien que no estuviera. En el caso de Judy es diferente, porque tiene un marido.

—Ya, pero ¿de quién está enamorada?

—A mí no me lo preguntes. No sé ni de quién lo estoy yo.

Justo entonces entra Max, como inspirado por un sexto sentido druídico.

La velada no sale del todo mal. Van a un buen restaurante italiano, y Phil no se queja demasiado de los precios. Shona está espectacular, con un minivestido de terciopelo rosa, pero Ruth, que se ha puesto pantalones negros y un top con algo de brillo, no se siente demasiado deslucida. Max y Phil hablan relajadamente de la excavación en Swaffham, de topografía y estaciones totales y de lo imposible que es conseguir subvenciones de English Heritage. Al cabo de un rato, Ruth se harta de verse relegada a hablar con Shona de bebés.

—Puede que pronto participe en una excavación interesante —dice.

—¿Ah, sí? —Phil despliega su antena monetaria—. ¿Tiene algo que ver con el tío ese de Pendle? Yo le di tu número.

«¿Qué quieres, una medalla?», piensa Ruth, que aún no le ha perdonado la invasión de su intimidad.

—Sí. Quiere mi opinión de experta sobre unos huesos.

Recalca la palabra «experta». Eso es que está borracha.

—¿Los que encontraron en Ribchester? —dice su jefe—. Me comentó algo sobre el tema.

—¿Ribchester? —pregunta Max—. Es un yacimiento romano muy importante que se excava desde el siglo xviii. Era un fuerte de caballería. Muy interesante. He estado alguna vez haciendo excavaciones.

A Ruth no le gusta cómo se gira Phil hacia él, como encantado por la posibilidad de escuchar a un verdadero experto. A quien consultó Dan

fue a ella, «una de las principales expertas del país en conservación de huesos». En ese instante decide ir a Pendle.

—Tengo muchas ganas de verlo —dice mientras espolvorea parmesano en su plato de pasta.

—¿Cuándo irás? —pregunta Max al otro lado de la mesa, con una sonrisa que avergüenza a Ruth por haberse molestado.

—A finales de julio —dice mientras sonríe ella también—, cuando se acabe el curso.

—Ah, pues quizá pueda ir también —dice Max—, al menos unos días.

—Estaría muy bien —contesta ella, extrañada de no sentir más entusiasmo por la idea—. Aún no sé del todo cuándo iré.

—¿Te llevarás a Kate? —pregunta Shona, apoyada en el hombro de Phil, un poco despeinada y con los ojos brillantes.

¿Cómo puede gustarle?

—No lo sé, depende del tiempo que esté. Si son pocos días, a lo mejor se la dejo a mis padres, que estarían encantados.

Es verdad. Nada les gustaría más que tener a Kate para ellos solos ahora que aún tiene edad para un buen lavado de cerebro.

—Deberías ir —dice Phil, que se sirve más vino sin ofrecérselo a los demás—. Llevas bastante sin hacer investigación sobre el terreno, ¿verdad?

A Ruth le da cierta vergüenza volver con Max a casa y encontrarse a Cathbad en el sofá, mirando la tele. Es como si ella y Max llevaran una enorme pancarta donde pusiera «estamos a punto de acostarnos juntos». Por suerte, Max tiene el tacto de ir a la cocina para preparar el té mientras Ruth y Cathbad conversan en la sala de estar.

—¿¿Cómo se ha portado Kate? —pregunta Ruth, que, pese a estar algo más sobria, sigue teniendo que esforzarse para que no se le trabe la lengua.

—Muy bien, no ha dicho ni mu.

—Te agradezco un montón que hayas hecho de canguro.

—Qué va, si he disfrutado mucho.

Se levanta y coge su chaqueta. A Ruth le da bastante pena que no lleve su capa.

—Adiós —dice Max desde la cocina—, hasta pronto.

Al llegar a la puerta, Cathbad se gira.

—Ah, Ruth —dice con estudiada naturalidad—, si vas a Lancashire, me encantaría acompañarte.

7

Al tomar la autopista se encuentran con un cartel enorme que los encarrila sin ninguna ambigüedad hacia el «Norte». Después del estrés de tener que seguir las indicaciones de Cathbad («creo que es por aquí… ¡mira, mira qué pájaro! ¿es un buitre?»), para Ruth es un alivio verlo. Al menos querrá decir que van en la dirección correcta. De todos modos, le da un poco de repelús la forma de expresarlo. Se acuerda de la carta de Dan, con su referencia al «norte, hostil y gélido». Van a adentrarse en territorio desconocido. Durante un momento cree entender lo que sintieron las legiones romanas al abandonar el sol y la comodidad de Italia para desplazarse a las bárbaras tierras de los anglosajones.

Es 29 de julio y están cumpliéndose sus predicciones: el tiempo ha empeorado, y la previsión es que en algún momento llueva. Ruth, Cathbad y Kate van de camino a Lytham. Al parar a llenar el depósito en las afueras de King's Lynn, Ruth ha pensado que su imagen es la de una familia normal, nuclear. Cathbad, con vaqueros y el pelo canoso recogido en una coleta (sin capa, afortunadamente), podría ser un padre *hippy* cualquiera que llena el depósito de la tartana familiar con gasolina sin plomo. Al comprar chucherías para el viaje mientras controlaba a Kate, que está intratable, Ruth se ha visto a sí misma como la viva encarnación de la madre estresada. Seguro que es lo mismo que se imaginaba Max cuando hizo el comentario de que «todo el mundo pensará que Cathbad y tú sois pareja». Es raro que dijera algo así. Para empezar, presume de no dar importancia al qué dirán. Encima le consta que Ruth y Cathbad solo son amigos, y hasta sabe lo de Judy. Por otra parte… ¿qué derecho tiene a comentarlo? Ninguno, ¿verdad?

Ruth lleva unas semanas pensando mucho en su relación. En julio, cuando terminaron las clases, Max vino una semana y alquilaron un barco para recorrer los Broads. No es que a Ruth le encantara navegar por diversión, más que nada porque estuvieron a punto de matarla en un barco, pero Max (que, dicho sea de paso, fue uno de los implicados en el incidente) es un gran amante de la navegación, y la verdad es que fue un placer deslizarse por las llanuras de Norfolk bajo un gran cielo azul, con Max al timón y Kate chillando de alegría cada vez que veía un cisne, un cormorán, otra embarcación o cualquier otra cosa. El único problema fue justamente ese, el entusiasmo desatado de su hija, que la obligó a no bajar la guardia ni un momento. No pensaba arriesgarse a que se cayera al agua, aunque llevara un chaleco salvavidas infantil monísimo. Al anochecer, cuando atracaban debajo de unos sauces o en algún remanso,

Ruth estaba demasiado agotada (y cohibida por la presencia de Kate a pocos metros) para hacer el amor en la estrecha cama de matrimonio.

—Qué bien se lo ha pasado Kate, ¿verdad? —dijo Max la última noche, dejándose llevar por la corriente de Wherryman's Way.

—Le ha encantado —contestó ella.

Max le había comprado a la niña una gorra de capitán de su talla, y la tenía sentada en el regazo, con las manos aferradas al timón. Habría dado para una foto estupenda. Lástima que Ruth no se acordara de dónde tenía ni el móvil ni la cámara.

Él, sentado delante de ella en el banco, se volvió.

—¿Te preocupa que sea hija única?

Ruth se llevó una sorpresa. Tener una hija había sido un *shock* tan grande que nunca se había parado a pensar en si sería única. En teoría, Kate tenía dos hermanas, por supuesto, pero, en realidad, estaba sola con su madre. ¿Qué tenía de malo?

—No —contestó—. Tampoco es que tenga elección.

—Sí que la tienes —dijo Max, girándose otra vez hacia la niña—. Podríamos tener un hijo.

Mientras se incorpora a la autovía con las otras familias, en medio del calor y la tensión del primer día de las vacaciones de verano, piensa en las increíbles palabras de Max. A decir verdad, nunca se había planteado volver a ser madre. Quedarse embarazada le pareció un milagro, algo único, a la vez que inoportuno y maravilloso. Siempre ha pensado en Kate como su única oportunidad para ser madre, algo que en otros tiempos ni siquiera le parecía posible. Pero a los cuarenta y dos años no es inviable tener otro hijo (aunque tampoco es que le sobre tiempo). Se acuerda de su fantasía familiar en la playa de Blackpool. ¿Es concebible otro bebé al lado de Kate? ¿Un bebé con los rizos de Max? ¿Max también formaría parte de esa fantasía? Él no ha dicho nada, no ya de casarse, sino de vivir juntos. De hecho, tras soltar la bomba no volvió a sacar el tema, y ni siquiera esperó la respuesta de Ruth (mejor, visto que ella no pensaba darle ninguna). Durante la despedida, cariñosa y sin tensiones, dijo que intentaría ir a Lytham durante la segunda semana de vacaciones. No tiene hijos. Igual es que está desesperado por tenerlos. Pero entonces, ¿por qué no elige a alguna alumna de posgrado veinteañera y fértil? A un hombre con su atractivo no le costaría mucho. ¿Por qué pierde el tiempo con una experta en huesos viejos entrada en carnes e introvertida?

—Kate se ha dormido —dice Cathbad, mirando por encima del hombro.

—¡Qué bien! —contesta Ruth.

Llevaba más de media hora remoloneando. Han salido temprano, pero el tráfico es muy denso. Ya es mediodía y acaban de pasar Doncaster.

—Después de que paremos a comer conduzco yo —dice Cathbad.

Ella no contesta. No está tan segura de sus dotes de conductor como para querer poner la vida de Kate —ni la suya— en sus manos.

Sigue sin saber muy bien por qué se ha embarcado en este viaje, largo y potencialmente aburrido. En parte ha sido por la displicencia de Phil al hablar de los huesos de Ribchester, sin olvidar su comentario acerca de la «investigación sobre el terreno». Si es verdad que Dan hizo un descubrimiento importante, podría ser ella quien lo diera a conocer, para saldar así la deuda con su amigo y, de paso, hacerse un nombre. El comentario de Phil reforzó su impresión de haberse estancado profesionalmente. En los últimos años no había publicado nada, ni siquiera artículos o recensiones. Necesitaba algo gordo, y si resulta que Dan encontró el sepulcro del rey Arturo, podría ser el hallazgo arqueológico de la década.

Luego está, naturalmente, la misteriosa persona que pretende evitar que vaya a Pendle. Ruth ha meditado mucho sobre la posibilidad de ponerse en peligro a sí misma y, sobre todo, a Kate, pero en el fondo no puede imaginarse que a Dan lo mataran por su descubrimiento. A los arqueólogos no les pasan esas cosas. Además, no piensa dejar que su hija se acerque a la universidad. Cathbad ha dicho que la cuidará mientras Ruth se dedica a sus investigaciones. Que la lleve a la playa, a montar en burro y en tiovivo, actividades desprovistas de cualquier peligro.

Cuando paran en el área de descanso de Preston, Kate está despierta y con ganas de guerra. Después de comerse casi todo un Happy Meal en un McDonald's, quiere subirse una y otra vez a una atracción de *Thomas y sus amigos*. Cathbad y Ruth la miran mientras beben unas tazas gigantes de café con mucha espuma, al son exasperante de la cancioncita en bucle. Ella mira su reloj. A la colega de Clayton Henry, una tal Andrea Vickers, le ha dicho que llegarán a la casa poco después de las tres. En Lytham estarán antes de las doce, incluso con las excentricidades de Cathbad al volante. ¿Qué pueden hacer para matar el tiempo?

De repente, Cathbad tiene una idea.

—¿Y si pasáramos a ver a Pendragon? No está lejos. Queda al lado de la A59.

A Ruth le gusta la idea. Le apetece respirar un poco de aire puro y no tiene ganas de presentarse en casa de Andrea Vickers a las tres en punto. Si se parece en algo a ella, todavía estará cambiando las sábanas.

—¿Podemos llamarlo antes? —pregunta—. No quiero presentarme sin avisar.

—Es que no tiene teléfono.

No podía ser de otra manera.

Nada más salir de la A59, el mundo cambia. Pasan por un pueblo

increíblemente bonito, con un riachuelo que lo cruza por el centro. El pub se llama The Swan With Two Necks, «el cisne de dos cuellos». Al mirar a su alrededor, Ruth avista un macho cabrío en medio de la carretera. Por lo demás, no se ve un alma. La carretera se inclina poco a poco, dando muchas vueltas por paredes de piedra seca medio deshechas y alguna que otra granja en ruinas. A lo lejos se eleva una montaña con una corona de nubes en la cima. Tiene una forma curiosa, como una mesa larga y plana. Le recuerda a la Mesa de Piedra de los libros de Narnia, en la que, si mal no recuerda, pasa algo muy desagradable.

—¿Lo de allá es la colina de Pendle? —pregunta.

—Sí —dice Cathbad—. Sale en muchas leyendas. En la cumbre, George Fox tuvo una visión del amor de Dios y fue donde empezó el cuaquerismo.

A Ruth le gustan los cuáqueros —al menos en comparación con otras religiones—, pero a ella esta colina tan alta y despoblada no la hace pensar en el amor de Dios, sino en todo lo contrario. Es una presencia siniestra que se cierne contra el cielo. Las nubes dejan sombras negras en la hierba. Ve un brillo de aguas oscuras a lo lejos. También en primer plano hay unas formas blancas, como nubes.

—¡Ovejas! —exclama Kate—. ¡Ovejas! ¡Ovejas!

—Sí, ovejas —confirma Ruth—. Es lo único que hay. ¿Por qué lo llaman bosque si hay tan pocos árboles?

—No estoy seguro —dice Cathbad mientras reduce las marchas. La cuesta está poniendo a prueba el Renault de Ruth, que ya tiene sus años —. Creo que antiguamente se entendía por bosque el sitio donde solía cazar el rey.

—Es bonito —dice Ruth—, pero da un poco de miedo.

—Aquí hay magia antigua. ¿Te suenan de algo las brujas de Pendle?

—Creo que no.

—Era un grupo de mujeres de principios del siglo xvii. Se rumoreaban muchas cosas sobre ellas, como que tenían adeptos, que hacían imágenes de barro y echaban maldiciones, que provocaban la muerte de los animales y que mataban a los niños. La cuestión es que las acusaron de brujería y ejecutaron a diez. Vivían todas por aquí, en las colinas y en el bosque. De hecho, la casa donde vive Pendragon era de una de las brujas.

Ruth entiende que a un druida le interese, aunque no cree que sea un tema muy adecuado para la niña. Con algo de suerte, no lo habrá entendido. Mira a su hija, que canturrea en voz baja.

—¿Estás bien, Kate?

—Ovejas —es su respuesta.

De camino se encuentran cada vez con más ovejas. Cathbad frena todo el rato para dejar que pasen. Ellas se dan muy poca prisa; pasan a su ritmo por delante del coche, lanzándoles miradas torvas con sus ojos

de ónix. Tienen barro (o algo peor) incrustado en sus partes lanosas.

—Ovejas sucias —dice Kate.

El camino, que no para de subir, se ha vuelto mucho más estrecho, entre altos taludes de hierba. Para Ruth es lo peor de ambos mundos: experimenta al mismo tiempo claustrofobia y agorafobia. Se pregunta por qué se sentirá tan amenazada por estas colinas, con lo que le gusta la soledad de la marisma. Quizá porque no hay mar. Una vez que te acostumbras a que se pierda la vista en la distancia, se te hace raro verte acorralada dondequiera que mires por hierba, árboles… y ovejas de mirada inexpresiva.

Paran en un cruce y Cathbad mira el mapa. Ruth lee los nombres en voz alta.

—Fence, Stump Hall Road, Crow Trees Brow. Qué nombres más raros…

—El juez que sentenció a las brujas de Pendle era de Fence —dice Cathbad—. En su momento debía de ser una localidad muy importante. Creo que es por aquí.

De todos los caminos, toma el menor y más discreto. El coche avanza lentamente entre setos oscuros. Después de todo un día amenazando lluvia empiezan a caer algunas gotas. Kate se echa a llorar.

—Mira, cariño —dice Ruth, desesperada—: ¡ovejas!

Sin embargo, de pronto no hay ovejas. A la siguiente curva se encuentran en la boca de un valle escarpado donde no se ven animales de ninguna especie.

—Mira —dice Cathbad, y señala con el dedo.

A media ladera hay una casita blanca. En una de las ventanas parpadea una luz.

—La casa de Dame Alice —dice.

—¿Qué? —pregunta Ruth.

—La casa de Dame Alice. Es como se llama donde vive Pendragon. Dame Alice debía de ser una de las brujas.

Ruth ha oído nombres más gratos. Sin embargo, cualquier excusa es buena para salir del coche, hacerle unos mimos a Kate, ir al baño y tomarse una taza de té. Mira la casa solitaria.

—¿Llega hasta ahí, el camino? —pregunta.

—Podemos aparcar al lado de la verja. Luego el prado lo cruzamos a pie.

Ruth saca a la cría del coche y, como sigue quejándose, la lleva en brazos por la hierba desigual. Llueve más que antes. No ha sacado el impermeable del equipaje. Cathbad camina a su lado, dando pasos largos y mirando a todas partes con agrado.

—Qué maravilla de sitio. Y de energías.

Por Ruth, se puede quedar con todas las energías para él solito. No volverá a hablar mal de Norfolk.

—Anímate, Kate —dice—, que vamos a ver a un hombre muy

simpático y a tomarnos una taza de té.

—¡Alto o disparo! —se oye gritar a alguien.

Al levantar la vista, Ruth ve a un hombre con barba blanca y una escopeta en las manos. Justo cuando se paran a mirarlo, aparece ladrando histérico un pit bull terrier que se les echa encima.

8

El perro corre directo hacia ellos, enseñando los dientes. Con Kate apretada contra el hombro, Ruth trata de acordarse de todo lo que ha oído acerca de los pit bulls. Si se te tiran al cuello, una vez que te han mordido no te sueltan, si corres te persiguen… Se gira, protegiendo a su hija con el cuerpo, e intenta no pensar en la francesa a quien le arrancaron la cara a mordiscos; salió en las noticias. De repente ve a Cathbad en la hierba, a su lado. Madre de Dios… Está siendo atacado por el perro diabólico. ¿Qué puede hacer? Ruth no puede dejar a Kate en el suelo. Además, ¿qué va a hacer ella contra una bestia adiestrada para matar y enloquecida por el olor de la sangre? De pronto se da cuenta de que lo que hace Cathbad es abrazar al perro diabólico, estirarle las orejas y hasta darle besos entre los ojos, muy separados.

—¡Hola, *Cosa*! ¿Cómo estás, colega? ¡Pero qué perro más bueno!

—Perro —se oye decir a Kate en voz baja.

—Sí —dice Ruth—, perro.

El hombre de la escopeta se acerca corriendo. Por suerte, ha dejado de apuntarlos.

—¿Cathbad? ¿Eres tú?

Este se levanta.

—Vaya recibimiento, Pendragon, pedazo de cabrón.

El hombre deja la escopeta entre la hierba y se echa casi sollozando en brazos de Cathbad. Se quedan muy pegados mientras el perro da vueltas a su alrededor. Si Cathbad es alto, el otro lo es aún más, una especie de Papá Noel gigantesco con un jersey sucio del ejército y unos vaqueros. La barba le llega a la cintura, y por la espalda le cuelga una larga y blanquísima melena. También el perro es blanco, con el hocico rosado y unos ojos oscuros y alegres. Se acerca para investigar a Ruth.

—Quiero perro —dice Kate.

Ruth no la baja. No se le van de la cabeza las historias sobre niños destrozados por perros de esa raza. Además, a pocos metros hay un arma letal.

Pendragon suelta finalmente a Cathbad y se seca los ojos con la manga del jersey.

—Pen —dice Cathbad—, te presento a unas amigas, Ruth y Kate.

Ruth se lleva la sorpresa de recibir también un abrazo. Pendragon las abarca sin dificultad a ella y la niña. Huele a humo de leña.

—Bienvenidos —dice—, bienvenidos a mi hogar.

Cathbad esboza una extraña reverencia.

—¿A qué vienen las armas de fuego? —pregunta.

Pendragon se acerca a la escopeta en pocos pasos y la recoge del suelo.

—Es de aire comprimido —dice—, y no está cargada.

—¿Qué pasa, que los de por aquí no son muy simpáticos?

—Es una larga historia —dice el hombre—. Entrad, que os preparo una infusión.

Es una casa de techo bajo, con paredes abombadas de yeso. Pendragon tiene que agacharse para cruzar la puerta, como si fuera un adulto entrando en una casa de juguete. Se accede directamente a la pieza principal, que huele a hierbas y humo. Hay una enorme chimenea con pequeños asientos de hierro a ambos lados, un banco de madera con respaldo alto y algo que Ruth reconoce de inmediato como una versión del sillón de mago de Cathbad. Al ir al baño con urgencia, le llama la atención un colgante de conchas parecido a los atrapasueños de Cathbad. Interiorismo druídico.

Al volver se encuentra a Kate jugando muy contenta con un montón de muñequitos de madera, y oye la voz de Cathbad.

—… no es hija mía, al menos biológicamente.

Está claro que los druidas no son impermeables a los cotilleos. El perro blanco está sentado junto a Kate, meneando la cola en silencio por el suelo de madera. Pendragon capta la mirada de Ruth.

—En realidad, los bull terriers son muy buenos con los niños —dice —. Antes los llamaban «perros niñera».

Ruth piensa que no es lo que dicen los periódicos, aunque es verdad que el perro parece muy afable, y la mancha negra que le cubre un ojo le da un aire de pirata bueno. Le acaricia la cabeza. Él se apoya en ella, jadeando.

Pendragon prepara una infusión con sabor a serrín. También les ofrece pan casero y mantequilla, y ella, pese a haberse comido una hamburguesa a mediodía, no se hace de rogar. Piensa que podría acostumbrarse a la casa de Dame Alice. La verdad es que en la sala principal, con las lámparas de aceite encendidas mientras afuera llueve, se está muy a gusto. Al perro, que se ha quedado dormido frente a los rescoldos de la chimenea, le tiemblan las patas de vez en cuando.

—¿Cómo se llama? —pregunta Ruth, señalándolo.

Ha oído que Cathbad se refería a él como *Cosa*. Típico de él. Casi nunca designa por su nombre a ningún ser. A Kate suele llamarla Hécate, y hay constancia de que ha usado alguna vez la forma «Ruthie» para Ruth, que solo se la consentía a Erik.

La respuesta de Pendragon, no obstante, la sorprende.

—Se llama *Cosa* —dice mientras sonríe—. ¿Quieres que te explique por qué?

Cathbad sonríe como si supiera la respuesta. Su amigo adopta la postura de contar historias, con la espalda contra el respaldo del sillón de mago y los ojos entornados.

—Hace cuatrocientos años, esta casa era de una mujer sabia. Se llamaba Alice Barley, Dame Alice. Si necesitabas un ensalmo con el que curar a tu hijo enfermo, o con el que ayudar a tu mujer a quedarse embarazada, acudías a ella. Era depositaria de una gran cantidad de tradiciones y conocimientos antiguos, y ayudó a los habitantes de estos montes durante muchos años. —Mira las tres caras vueltas hacia él. Incluso Kate escucha atentamente—. Con el paso del tiempo, sin embargo, la gente se le volvió en contra. Hubo una disputa sobre tierras. Una familia especialmente resentida con Alice acudió a la justicia para denunciar que le había echado un conjuro a su hijo, lo que provocó su muerte. Decían que presumía de tener un familiar, una «cosa», que hacía lo que le pidiera. Decían que en la iglesia, en vez de comulgar, se guardaba la hostia consagrada para su «cosa». Se contaba que esta podía adoptar forma de perro o de hombre; que Alice se acostaba con ella y le daba el pecho; y que los dientes de la «cosa» le habían dejado una marca en la barriga, la marca del diablo. Acusada de brujería, Alice no quiso defenderse. Se limitó a decir que la Gran Madre la protegería. Es probable que esas palabras la condenaran a muerte. Al día siguiente la ahorcaron.

Nadie dice nada. El perro *(Cosa)* gime en sueños.

—¿O sea, que le pusiste *Cosa* al perro por el familiar de Dame Alice? —dice Ruth.

—Sí. —Pendragon se agacha para acariciarle la cabeza—. Es mi familiar, mi compañero.

—¿A Dame Alice la ves? —pregunta Cathbad con toda naturalidad, como si le preguntase si ve al cartero.

—No —contesta el otro con algo de tristeza—, verla no la veo, pero siento su presencia. A veces le dejo regalos: lúpulo, manzanas, figuras de paja… Por la mañana las ofrendas siempre desaparecen. A veces huelo sus infusiones. Una vez me acosté con dolor de cabeza en lo que había sido su huerto. Me quedé toda la noche y me desperté como nuevo. Desde entonces no ha vuelto a dolerme.

«Pero has tenido reuma», piensa Ruth. En lo que respecta a las manzanas y las figuras de paja, sospecha del zorro del lugar. En su jardín de Norfolk hay uno que le roba las botas de lluvia si las deja fuera, en la puerta de atrás.

—Creo que *Cosa* la ve —dice Pendragon—. A veces levanta la vista y mira detrás de mí, meneando la cola como si la reconociera.

A su pesar, Ruth se estremece y mira al perro dormido, que por suerte no levanta la cabeza con las orejas tiesas para saludar a su dueña fantasma.

—¿Y la escopeta? —pregunta Cathbad mientras coge otro trozo de

pan—. Al llegar te he visto muy asustado.

—Es una larga historia —repite Pendragon, aunque, a diferencia de la de Dame Alice, no se le notan muchas ganas de contarla. Lo que hace es ponerse de rodillas junto a Kate—. ¿Te gustan estas muñecas, Kate? —Mira a Ruth—. Las encontré en la casa, debajo de un tablón del suelo. Yo creo que eran de Dame Alice. Una de las cosas de la que la acusaron fue de hacer efigies de madera de sus enemigos y quemarlas.

Ruth mira a su hija, que juega en el suelo tan feliz con los muñecos de vudú. A su lado, el perro sigue durmiendo.

—¡Harry Nelson!

El individuo corpulento de detrás de la mesa se levanta con los brazos extendidos. Los dos hombres no llegan a abrazarse (entre otras cosas porque hay un mueble de por medio), pero sí se dan la mano muy efusivos.

—¡Sandy Macleod! ¿Cuánto hacía que no nos veíamos?

—Demasiado, aunque te veo igual.

—Pues me siento cien años mayor —dice Nelson, y se deja caer en una silla.

Se le hace raro estar de ese lado de la mesa, pero da gusto haber vuelto a la policía de Blackpool. La comisaría de Bonny Street no ha cambiado nada. Sigue con la luz azul en la entrada, las paredes de ladrillo victorianas, más bien tétricas, y un grafiti que parece el de siempre: «Fuera de aquí la pasma». Sandy tampoco ha cambiado mucho, pese a estar más calvo y gordo. Tiene una cara lúgubre y elástica como de actor antiguo de *music-hall*. Nelson se acuerda de lo difícil que era saber si hablaba en broma o en serio.

—¿Cómo te va por el campo? —dice Sandy tras mandar a una agente a hacer té con una admirable falta de corrección política («tráenos un par de tacitas, maja»).

—He tenido dos años duros —contesta Nelson, aunque piensa que se queda corto: secuestro infantil, homicidio y un asesino en serie, por no hablar de lo patas arriba que está su vida personal.

—Lo que has tenido son varios casos de perfil alto —dice Sandy con cara de admiración.

—Dios me libre de los casos de perfil alto. A mi jefe le encantan las ruedas de prensa. Se le pone dura solo de pensar que pueda salir por la tele.

Sandy se ríe.

—De esos por aquí también hay alguno. Pasa lo mismo en todas partes: cada vez hay menos polis a la vieja usanza. Ahora todos tienen grados universitarios.

—No te falta razón.

La agente les trae el té en tazas de verdad, y hasta un par de KitKats.

Al darle las gracias, Nelson piensa en cómo reaccionarían Judy o Tanya si les pidiera un piscolabis. La palabra KitKat le trae a Katie a la memoria.

—¿Cómo está la encantadora Michelle? —pregunta Sandy, que estuvo en la boda hace algo más de veinte años.

—A tope. Tiene una peluquería. Se ha montado un buen negocio.

—¿Y las niñas?

—Las dos en la universidad.

Sandy gime.

—Los míos igual. No sé por qué narices tienen que ir. Me está costando un ojo de la cara, y a lo único que se dedican es a emborracharse en Tailandia.

—¿Qué edad tienen tus hijos?

Nelson los recuerda de niños, con la equipación del Blackpool. No consigue recordar los nombres.

—Tom, diecinueve. Está estudiando Ingeniería en Sheffield. Ben acaba de terminar en Birmingham, y no sé a qué quiere dedicarse; igual se doctora en borracheras. Vive en casa, y a Bev y a mí nos tiene locos.

—Se hace duro, ¿eh? —dice Nelson—. Y tú que te creías que ibas a quitártelos de encima…

Piensa que para quitarse de encima a Katie aún faltan dieciocho años, en el supuesto de que Ruth siga permitiendo que forme parte de su vida.

—Bueno, Harry —dice Sandy—, ¿qué te trae por aquí?

A Nelson le sorprende tanto que lo llamen por su nombre de pila que casi no contesta. Por alguna razón, en Norfolk todo el mundo lo llama Nelson, a excepción de Michelle, naturalmente. Ruth llegó al extremo de llamarle Nelson en la cama.

—Estoy de vacaciones —dice finalmente.

Sandy suelta otra risa que eleva los pliegues de su cara.

—¡Vacaciones en Blackpool! Debe de estar muy mal la cosa.

—Quería pasar unos días con mi madre —dice él, pero sabe que le falta un poco a la verdad—. Ya le van pesando los años.

—¡Toma, como a todos! —dice Sandy—. Yo, dentro de pocos años, pediré la jubilación anticipada.

—Lo dirás en broma…

Nelson no sabe si le impacta más que alguien de su quinta cumpla los requisitos para la jubilación anticipada o que a Sandy Macleod, a quien siempre ha visto como la perfecta encarnación del policía de toda la vida, no le apetezca seguir trabajando.

—Ya estoy cansado —dice su amigo—. Demasiados universitarios y demasiado papeleo, joder. ¿Te acuerdas de los viejos tiempos? ¿Las birras en el Red Lion después del trabajo? ¿Sid el Griego? ¿Bernie el Gordo?

—Me acuerdo, me acuerdo —contesta Nelson, aunque para él Sid el

Griego y Bernie el Gordo ya son solo nombres.

Está seguro de que tienen sus equivalentes en cualquier comisaría. De repente se pone un poco triste.

Sandy, en cambio, parece rehacerse y se yergue en la silla, mientras se quita trocitos de chocolate de la barriga.

—El caso del que me hablaste, el del incendio… era por interés profesional, ¿no?

—La verdad es que no —dice Nelson, y mide sus palabras—. Es que la víctima era amigo de una colaboradora mía, que es arqueóloga forense.

Sandy suspira.

—No me hables de forenses. Hoy en día todo quisqui es experto en esas cosas. Te ponen un traje de papel y ya te crees Dios.

—Esta mujer lo hace muy bien; a veces es un poco pesada, pero lo hace bien.

—Bueno, en todo caso, la muerte de su amigo nos parece sospechosa, y así es como la estamos investigando.

A continuación se pone un fajo de papeles delante. Nelson disimula una mueca al ver en qué estado tiene su amigo la bandeja de documentos. Delante de Sandy nunca lo reconocería, pero la verdad es que a él le gusta el papeleo, y su mesa de King's Lynn está siempre inmaculada.

—Los de urgencias recibieron el aviso a la una de la madrugada —explica Sandy, leyendo un formulario—. De un vecino. Llegaron a la una y veinte y se encontraron la puerta cerrada con llave y a la víctima justo al otro lado, con restos de madera debajo de las uñas, como si hubiera estado arañando la puerta. La muerte se produjo por inhalación de humo.

—¿La puerta estaba cerrada desde fuera?

—Sí, con llave y todo. No intentaron disimularlo. El incendio empezó en el pasillo. Encontramos material impregnado de gasolina justo en la entrada. Tiene pinta de que lo metieron por el buzón.

—Madre mía…

Durante un momento de silencio, Nelson se imagina al amigo de Ruth, Dan Nosequé, encerrado dentro de una casa en llamas y arañando una puerta cerrada. Qué manera de morirse.

—¿Encontrasteis algo más?

—No. Vinieron los plastas de la Policía Científica, precintaron la casa y lo miraron todo con lupa. Había unas cuantas cosas que no encajaban del todo. Para empezar, no encontramos ni móvil ni ordenador, cuando lo lógico es que un profesor de universidad tuviera uno, seguramente un Mac de última generación, o como coño se llame.

Sandy lo dice con desprecio. Salta a la vista que el suyo, que ocupa gran parte de la mesa, no es el colmo de la modernidad. Detrás pone «Propiedad de la Policía de Blackpool».

—Igual lo tenía en la universidad —sugiere Nelson.

—No, ya lo comprobamos. Compartía despacho con otro tío. Mucho libro, pero ni un ordenador.

—¿Y por qué iba a llevarse alguien el del muerto? —pregunta Nelson.

—No tengo la menor idea.

—Pero ¿te hueles que fue un asesinato?

—Digamos que no creo que fuera un accidente. Para mí que alguien quería ver muerto a Dan Golding.

—Pero ¿por qué? ¡Si era profesor en la universidad!

Pese a su relación con Ruth —y Erik—, Nelson sigue imaginándose a los profesores universitarios con pluma de ganso y tintero en una habitación llena de libros.

Sandy lo mira un momento, pensativo, como si sopesara hasta qué punto sincerarse con él, hasta que pone cara de haberse decidido y (para incredulidad de Nelson) recoge del suelo otra carpeta.

—Dan Golding daba clases en la Universidad de Pendle —dice—. El campus está en las afueras de Preston. Es una de las nuevas. El caso es que desde hace un tiempo pasan cosas raras.

—¿Raras en qué sentido? —pregunta Nelson; espera algún despropósito de izquierdas, tipo activismo animalista (como el que sufrió hace poco en sus carnes).

Por eso le sorprende tanto la respuesta.

—Supremacistas blancos —dice Sandy con una seriedad absoluta en su rostro.

—¿Supremacistas blancos? ¿En plan Ku Klux Klan?

Esta vez sí sonríe, torciendo fugazmente su boca gomosa, pero enseguida reaparece su cara de payaso triste.

—Versión Lancashire —dice—; sin cruces en llamas, pero con mensajes ofensivos a empleados negros, lanzamiento frustrado de artefactos incendiarios a un desfile del orgullo gay y pintadas en una estatua de Nelson Mandela. Se nota que es un grupo organizado, aunque no hemos averiguado gran cosa de sus cabecillas. El ambiente en el campus está muy tenso.

Nelson recuerda lo que dijo Ruth sobre que quizá a Dan lo «intimidaba» alguien.

—Pero ¿por qué iban a ensañarse tanto con Dan Golding? —pregunta.

Su amigo se encoge de hombros.

—Se ve que era judío. Para unos pirados así podría ser motivo suficiente, aunque si lo hicieron ellos (incendio con claras intenciones homicidas) sería bastante más radical que mandar anónimos con dibujos de monos.

—¿Es a lo que se dedican?

—Sí, y a imprimir unos panfletos muy mal hechos sobre la

superioridad de los varones blancos de raza aria. El último tenía tantas faltas de ortografía que mi sargento, que es universitario, dijo que si la supremacía aria era eso él se alegraba de ser negro.

El comentario encaja con la experiencia personal de Nelson con la extrema derecha. La mayoría de los neonazis que ha conocido eran tan tontos que les costaba caminar y hablar al mismo tiempo, cosa que sin embargo no les impedía ser violentos. Aún se acuerda de cuando intervino en una manifestación en Salford donde se pusieron las cosas muy feas.

—¿Tienes sospechosos? —pregunta.

—Algunos nombres, pero nada muy claro.

No parece que tenga muchas ganas de facilitárselos a Nelson, y él lo entiende perfectamente.

—¿O sea, que es posible que a Dan Golding lo mataran unos pirómanos nazis?

A Sandy se le dibuja una sonrisa sardónica.

—Bienvenido a mi mundo —dice.

9

Mientras va en coche por Blackpool a casa de su madre, donde vivía de pequeño, Nelson piensa en lo último que ha dicho Sandy: «Bienvenido a mi mundo». ¿Qué se cree, que en el de él no hay racistas, pirómanos y otras versiones desagradables de la humanidad? ¿Se cree que en Norfolk solo hay robos de ovejas? No, porque ha mencionado los últimos casos de Nelson, o sea, que tiene que saber que su viejo amigo ha estado en sitios muy oscuros. Lo habrá dicho solo para provocarlo. Sería muy típico del Sandy de antes. De todas formas, una cosa está clara: que la muerte de Dan, el amigo de Ruth, empieza a parecer muy sospechosa. Tendrá que llamarla y explicárselo. Se pregunta qué estarán haciendo Katie y ella. Sabe que Ruth y su novio arqueólogo han hecho un viaje en barco, y la verdad es que no le importa (ruido de dientes apretados). Aun así, siempre que piensa en Ruth y Katie, se las imagina solas, caminando por la playa o jugando en medio del desorden de la casa de la marisma con los juegos educativos que les regalan sus amigos progres. Sonríe, diciéndose que para el cumpleaños de Katie le regalará una pistola de juguete.

«Bienvenido a mi mundo…» El problema es que Nelson ya no está seguro de cuál es el suyo. Volver a Blackpool está teniendo efectos desconcertantes. Por un lado, como le ha dicho a Sandy, se siente como si tuviera unos cien años. La tensión de los dos o tres últimos, con más de una investigación por homicidio, dos de ellas con niños de por medio, la crispación en casa y el trabajo, una enfermedad grave… A veces le parece un milagro seguir en pie. Por otra parte, al pasar por las calles que tan bien conoce, con los carteles que indican el museo de cera, la torre y South Shore, las pensiones cuyo aspecto de desesperación se enmascara con fachadas de colorines y nombres cutres (Funky Towers, Youandme, Gracelands), los puestos de *barm cakes* y patatas fritas con salsa de curri… le parece mentira que haya pasado un solo día desde que se fue. Es como si pudiera toparse en cada esquina con su «yo» más joven, el desgarbado Harry Nelson del instituto (con la americana del uniforme que tanto odiaba), el perdonavidas con brillantina en el pelo, el policía joven que acababa de conocer a Bernie el Gordo y Sid el Griego… Tiene toda la ciudad en su ADN, con sus imágenes, sonidos y olores. ¿Cómo puede haber estado lejos tanto tiempo?

Esa sensación a lo Dr. Jekyll y Mr. Hyde lo ha estado persiguiendo desde su llegada. Se siente en casa. Aquí todo el mundo es más amable,

y las dependientas mayores y maternales de las tiendas lo tratan de «cariño», pero al mismo tiempo está todo cambiado. La gente tiene pinta de pobre. Supone que ya lo eran antes, pero que daban la impresión de divertirse más. Se acuerda de la Semana Escocesa, cuando cerraban las fábricas del norte y los obreros bajaban en masa a Blackpool para las vacaciones de cada año. Seguro que eran pobres, pero al menos disfrutaban, qué caramba… Ahora se respira como un abatimiento general, a pesar del relumbrón de los carteles que anuncian el parque de atracciones de Pleasure Beach y los conciertos de imitadores en el Grand Theatre. Hace unos años se habló de regeneración, de construir un macrocasino, de Blackpool como la nueva Las Vegas, pero parece que todo ha quedado en agua de borrajas. En la calle principal están cerradas más o menos un tercio de las tiendas, y anoche, cuando Michelle y él quisieron salir a cenar, tuvieron que elegir entre unas patatas fritas o una pizzería de ambientación americana. Le da mucha rabia pensar que haya podido convertirse en el típico sureño amanerado que no puede pasarse de su chute diario de *sushi*, pero, bueno, de hidratos de carbono tarde o temprano se cansa cualquiera. En fin, será que ya va para viejo.

Al llegar a su calle sigue el impulso de pasar de largo y dejarse llevar a Bloomfield Road por los carteles. Parece que desde la última vez que fue a un partido de fútbol el estadio se haya convertido en un enorme aparcamiento, un páramo de cemento rodeado por casas pareadas y unos colores primarios que le recuerdan a su infancia. Ve el cartel de «Burros cruzando la calle», que siempre lo hace sonreír, y un nuevo Travelodge que parece haber brotado de la tierra de al lado del estadio. Está buscando la estatua de Jimmy Armfield, el héroe de su padre, inaugurada pocos meses antes. La encuentra en la esquina entre la grada sur, bautizada en honor de Armfield, y el hotel. Desde su pedestal y sus casi tres metros de altura, Jimmy sonríe hacia la lejanía, con un pie de bronce apoyado en una pelota del mismo material.

Nelson aparca en el bordillo y sale a tocarle la bota para que le dé buena suerte. Es una bota de fútbol de las de verdad, no de las que llevan los jugadores de ahora, fluorescentes (o blancas, que es peor), y que parecen de papel. «Te fuiste en buen momento —le dice a la estatua—. No llegaste a ver a jugadores que fallaban goles cantados cobrando medio millón por semana. Seguro que tu mujer era eso, tu mujer, no una WAG con tacones de veinte centímetros. No tuiteabas ni salías en concursos para *celebrities*. Dios te bendiga, Jimmy.» La figura de bronce le sonríe benévola. Nelson sube al coche y vuelve hacia la casa de su madre.

Lytham es una sorpresa agradable. Ya no llueve mientras Ruth conduce por el paseo marítimo. El sol se refleja en los charcos. Pasan al lado de

hoteles, un faro, una plaza encantadora, con su reloj floral y todo, y calles sinuosas bordeadas de casas pintorescas.

—Bonito —dice Kate, que se acaba de despertar.

—Un suburbio junto al mar —comenta Cathbad, pero con una sonrisa, para que se vea que es broma.

El número uno de Beach Row resulta ser la última de una hilera de casas adosadas, pintada de blanco y con los aleros negros. Es una casita de pescadores situada justo detrás de la carretera de la costa, con un pequeño jardín lleno de malvas y margaritas gigantes.

Sale a recibirlos Andrea Vickers, una mujer risueña de pelo escaso y gris.

—Bienvenidos a Lytham —dice.

—Gracias —contesta Ruth, mientras estira la espalda entumecida y respira el aire cargado de sal—. ¡Qué bien se está aquí!

Dentro se está igual de bien. De hecho, le recuerda a una casa de cuento de hadas. Todo es bonito, apastelado y no exactamente del tamaño que debería tener. En la sala de estar hay una mecedora y un sofá de respaldo ancho cubierto de rosas. La mesa redonda de la cocina está rodeada por tres sillas.

—«¿Quién se ha sentado en mi silla?» —dice Cathbad con voz gutural.

Andrea se gira hacia Kate, que ha abierto mucho los ojos.

—Tendrás que pedirle a tu padre que te lea ese cuento.

—No es… —empieza a decir Ruth, pero no sabe muy bien cómo seguir.

Le parece de una intimidad innecesaria explicarle la ascendencia de Kate a una mujer a quien acaba de conocer. Al otro lado de la sala, Cathbad le sonríe. Ruth le lanza una mirada fulminante.

Arriba es peor. Andrea abre la puerta de una preciosa habitación de matrimonio con una cama pintada del mismo blanco que el armario.

—Esta es la vuestra, y la de al lado la de Kate. Es una habitación muy bonita para una niña pequeña.

Ruth se limita a sonreír de forma forzada. En la habitación de al lado hay una cama rosa y un papel de pared de bailarinas. Espera que Cathbad esté a gusto.

Vuelven a la planta baja. Después de explicarles cómo funciona la calefacción, Andrea ensalza las virtudes de Lytham.

—Hay un parque, un molino de viento y el museo de botes salvavidas. Para los más aventureros, Blackpool está a tiro de piedra.

Si de algo está segura Ruth, es de que no quiere aventuras. Se conforma con Lytham, cuya población, a juzgar por el paseo que dan más adelante al caer la noche, tiene un promedio de edad que ronda los ochenta años. En la fachada marítima se respira una atmósfera anticuada, casi decimonónica: a un lado una franja ancha y verde con hoteles recargados, y al otro, el mar. El enorme molino de viento blanco

y negro preside el panorama. Se acercan a él y disfrutan de un poco de ejercicio después de todo un día en el coche. Kate corre por la hierba, persiguiendo gaviotas. Cathbad y Ruth la siguen a paso más tranquilo, entre comentarios esporádicos por parte de él sobre las energías positivas y las facultades espirituales de quienes viven con el mar a la vista.

El molino está cerrado, aunque al final de los escalones de madera un letrero anuncia con orgullo que abre una hora cada tarde. Hay un conato de rabieta de Kate, hasta que Ruth la soborna con un helado. Vuelven por la playa, que es más bien un marjal, con pequeños arroyos que corren hacia el mar entre hierbas inundadas. A Ruth le recuerda a su marisma. Hay barcas de pesca amarradas sobre el límite de la marea. Por el barro van picoteando aves marinas. Al final del estuario ven casas y colinas sobre un telón de fondo de montañas.

—¿Lo de allá qué es? —pregunta Ruth.

—Creo que Southport —contesta Cathbad—. Dicen que se ve hasta Gales. Debe de ser donde están las montañas.

Ruth cree recordar que Judy dijo algo sobre Southport, pero prefiere no sacar el tema.

—Me lo esperaba más urbanizado —dice—, con atracciones, espigones… Ya me entiendes.

—Creo que para eso está Blackpool —responde Cathbad—, aunque esto es agradable, muy tranquilo.

—Sí —dice ella—, es justamente lo que necesito, unas vacaciones tranquilas de verdad.

10

Si Lytham ha sido una sorpresa, la Universidad de Pendle es un *shock*. Viniendo de un sitio tan bonito como el bosque de Pendle, Ruth se esperaba algo más pintoresco, pero al seguir las indicaciones de Clayton Henry por las callejuelas de Preston, su seguridad empieza a flaquear. Pasa al lado de adosados sórdidos, tiendas cerradas y fábricas desiertas. Imposible que esté aquí la universidad. Hasta la suya, descrita con frecuencia como la pariente pobre de la de East Anglia, tiene jardines y un lago ornamental. Conduce entre supermercados hindúes y panaderías polacas. Preston será muy multicultural, pero ninguna de sus culturas da la impresión de pasárselo en grande. Los saris de colores de las mujeres que van por la calle contrastan con sus expresiones hoscas. Hace frío, a pesar de que es verano, y muchas llevan anorak por encima del sari, cuyo borde deja adivinar pesadas botas. Es como una metáfora de lo aguafiestas que puede llegar a ser el estilo de vida de Gran Bretaña, o su clima.

¿Cómo encajaba aquí alguien tan urbano y sofisticado como Dan? Puede que Fleetwood, donde vivía, sea una pequeña perla, un barrio bohemio lleno de anticuarios y cafeterías de diseño, pero nada le quitaba tener que ir cada día a Preston y pasar junto a estas casas tristonas y este desfile de malas caras. Dan, cuyos padres vivían en una elegante casa unifamiliar de varias plantas, repleta de libros. (Ruth la pudo ver en una fiesta, cuando sus padres estaban fuera.) Dan, que a veces combinaba vaqueros y chaqueta de esmoquin, y que sabía la manera correcta de comer espárragos. ¿Cómo aguantaba trabajar en un sitio con un solo bar donde sirven patatas fritas con salsa cóctel? Bueno, igual es que sus compañeros eran todos muy inteligentes, ingeniosos y refinados, sin olvidar que fue aquí, en el norte, «hostil y gélido», donde hizo su gran descubrimiento. Seguro que eso lo compensaba todo.

Pese a la claridad de las indicaciones, se pierde varias veces por parcelas industriales despobladas y calles sin salida. Para una vez a preguntar, pero el hombre al que elige no la entiende y parece asustado al verla; en todo caso, se aparta sin darle tiempo de acabar la frase. Tras mirar el mapa del derecho y del revés, Ruth da media vuelta y regresa por donde ha venido. Parece difícil que una universidad pase desapercibida… Al meterse por otra callejuela, ve un edificio industrial algo siniestro con grandes letras blancas en uno de sus muros: sickers tobacco. ¡No será esto! Un pequeño letrero da la bienvenida a los visitantes: «Universidad de Pendle: una nueva manera de aprender». Más

tarde se enterará de que entre los alumnos recibe el apodo de «la fábrica de porros».

El mostrador de recepción desentona con el entorno, se trata de un espacio enorme, alto como un edificio de tres plantas, que a Ruth le parece una cárcel. Hasta hay galerías circulares en el atrio central, con escaleras de hierro forjado que suben y bajan. Solo falta una red antisuicidios. Al preguntar por Clayton Henry, le llama otra vez la atención lo raro que suena el nombre. La recepcionista parece de la misma opinión.

—¿Quién? —pregunta, cambiando de lado su chicle.

—Clayton Henry.

—¿De qué departamento?

—Arqueología.

—Aquí no hay Departamento de Arqueología.

Ruth se la queda mirando mientras contempla de forma fugaz la posibilidad de haberlo imaginado todo: la muerte de Dan, la invitación de Clayton, el Rey Cuervo… Sin embargo, Andrea Vickers dio muestras de conocer bien a Clayton Henry («es todo un personaje»), y Ruth tiene un correo electrónico suyo impreso en el bolsillo, con su nombre y sus señas.

La solución del enigma está ahí, en el correo: al final pone «Departamento de Historia». Tras admitir a regañadientes la existencia de este último, la recepcionista descuelga el teléfono.

—¿Señor Henry? Tiene visita.

Cuelga y sigue mascando su chicle como si no tuviera a nadie delante.

No queda más remedio que esperar y confiar en que alguien haya recibido el aviso. Ruth se pasea por el atrio, adornado —si es que es la palabra— con carteles que pregonan las actividades de los Departamentos de Ingeniería y Química. Conductos subterráneos, laboratorios, hombres con casco, mujeres con bata… Nada indica que aquí se imparta alguna asignatura de algo tan improductivo como la historia. De la arqueología mejor ni hablar.

—¡Ruth!

Por una de las escaleras de hierro baja alguien a toda prisa. Al levantar la vista, ve que es un hombre más bien bajo y rechoncho, con las manos tendidas.

—¿El señor Henry? —dice.

—Clayton, por favor. —El individuo en cuestión le estrecha una mano entre las suyas. Ruth llega a albergar el horrible temor de que se la bese—. Cuánto me alegro de que hayas venido.

—No faltaba más.

Ella libera su mano.

—¿Te gusta la casa de Andrea?

—Sí, es preciosa. Y Lytham muy bonito.

—¿Lytham? He visto túmulos funerarios de la Edad de Piedra más animados.

Henry suelta una carcajada. Ruth sonríe, sorprendida de que use la expresión «Edad de Piedra» cuando los arqueólogos suelen distinguir entre el Paleolítico (la Edad de Piedra antigua), el Mesolítico (la media) y el Neolítico (la nueva). Empieza a sospechar que Clayton Henry no es arqueólogo.

Ya en su despacho, un espacio pequeño y recargado del tercer piso, confirma sus sospechas. Clayton Henry no solo es historiador, sino que está al frente de un departamento que abarca la Arqueología, la Antropología, la Sociología y los Estudios clásicos. Dan Golding, descrito por Henry como «uno de nuestros arqueólogos», era en realidad el único.

—Es que solo es un módulo —explica Henry con tono de disculpa—, y tan exigente que disuade a los alumnos. Lo gracioso es que nos estamos planteando cambiarle el nombre por «Arqueología Forense». Hoy en día los chavales se pirran por cualquier cosa que lleve la palabra «forense», sobre todo las chicas.

Ruth, arqueóloga forense hasta la médula, pone cara de reproche. La Arqueología Forense es una disciplina en sí, no un mero reclamo para adolescentes enganchadas a la serie *Testigo silencioso*.

Ahora se explica que Henry tuviera tantas ganas de que fuera a Lancashire. No es que sea mejor que los arqueólogos de la casa, es que en la casa no hay arqueólogos. Empieza a sentirse mucho menos satisfecha de sí misma. Dan, por su parte, no solo era arqueólogo en una universidad de segunda, sino que era el único. ¿Qué le había pasado a su brillante amigo?

Clayton Henry adopta un tono compungido para hablar de él.

—Qué tragedia… Era un encanto de persona. Estamos todos destrozados. ¿Tú conocías mucho a su familia?

—Dan y yo fuimos juntos a la universidad —explica Ruth.

Le incomoda hablar de Dan con este personaje a quien no conoce de nada, y cuya mirada de curiosidad desentona con la tristeza de su voz. Además, el Dan al que ella conocía no era Dan Golding, único arqueólogo de una universidad situada en una antigua fábrica de cigarrillos, sino «el gran Dan», el estudiante que tocaba el piano y bebía Pernod.

—A su familia casi no llegué a conocerla —dice—. Se habrán quedado en estado de *shock*. Ha sido una muerte tan horrible…

—La verdad es que sí.

Henry baja la voz en señal de respeto, antes de cambiar de tema con patente alivio.

—¿Te dijo algo Dan de su descubrimiento? —pregunta.

—No —contesta Ruth.

Por razones en las que todavía no ha indagado, ni siquiera

interiormente, no tiene ganas de hablar con Clayton Henry de la carta, ni de sus inquietantes ecos.

—Pues… —¿Son imaginaciones suyas o el jefe del departamento se ha relajado un poco?—. Me imagino que sabes que en Ribchester, cerca de aquí, había un asentamiento romano de cierta importancia.

—Sí, lo he leído —dice ella con recelo.

—Pues las excavaciones de Dan se centraban en un punto a cierta distancia de Ribchester —dice Henry, mientras se acomoda en su silla—. Estaba convencido de haber encontrado la ubicación de un templo consagrado a un dios a la vez céltico y romano. No es tan raro, ¿eh?

—Ya, ya lo sé —confirma Ruth.

—Lo emocionante de verdad estaba debajo del altar del templo. —El hombre hace una pausa, y disfruta del momento—. Un sarcófago de piedra con restos humanos. Dan estaba seguro de que eran los de un militar muy importante.

—¿Y por qué lo pensaba? —pregunta ella, aunque se lo imagina.

—Lo enterraron con mucha pompa dentro del mismo templo, y con un ajuar funerario. Pero lo más importante era la inscripción de la tumba: «Rex Arthurus. Britannorum Rex».

Mira con expectación a Ruth, que está haciendo esfuerzos denodados por desentrañar el latín, y pensando que ojalá estuviera Max para traducírselo.

—Rey Arturo —dice finalmente—, rey de Bretaña.

—Rey de los británicos —la corrige Henry.

Se quedan callados. Ruth oye el eco lejano de una aspiradora. Claro, son vacaciones. Solo habrá personal de limpieza, no alumnos.

—¿Y Dan creía que era el rey Arturo? ¿En serio? —pregunta Ruth—. ¿El de verdad?

—¿Qué entendemos por «el» rey Arturo? —Henry habla como el típico historiador—. Leyendas hay muchas, pero hechos históricos, muy pocos. Las pruebas documentales del período posromano son muy escasas. En la *Crónica anglosajona*, por ejemplo, no hay una sola referencia a Arturo. Sí habla de él Geoffrey de Monmouth en su *Historia Regum Britanniae*, pero es una fuente histórica muy dudosa, llena de mitología y de pura imaginación. También hay una fuente en latín del siglo ix, la *Historia Brittonum*, donde se describe a Arturo como un rey romano-británico que une las tribus en guerra del país después de que se vayan los romanos. Los *Anales Galeses* relacionan a Arturo con la batalla de Badon, hacia el 516 de nuestra era, lo cual encajaría con la datación del templo, aunque hay una cosa interesante, y es que ni la Historia ni los Anales usan la palabra «Rex» en referencia a Arturo. En ese sentido, nuestra inscripción es única.

Bajo la ligereza habitual de su voz, Ruth cree detectar cierta emoción. La tumba del rey Arturo —o incluso la tumba de un hombre que podría ser el rey Arturo— sería lo más grande que le hubiera pasado

en toda su historia a la Universidad de Pendle, y de rebote a Clayton Henry. De hecho, le sorprende que Henry aún no haya avisado a la prensa. Está segura de que si Phil encontrase algún indicio de un legendario rey británico, por pequeño que fuera, en dos segundos ya saldría en las noticias. Se lo pregunta a Henry.

Es la primera vez que lo ve realmente incómodo, dando vueltas al abrecartas —un cuchillo de plata con bastantes adornos— sin mirarla en ningún momento.

—Es un poco delicado —dice finalmente—. Quería asegurarme. Nuestro departamento no… en fin, que no es muy popular en la universidad.

—¿Y eso por qué?

Él se ríe, pero sin perder su aire furtivo.

—Bueno, seguramente porque soy de Yorkshire y esto es Lancashire; viejas rencillas, ya me entiendes, en plan guerra de las Dos Rosas. —Ruth lo mira con incredulidad. Clayton debe de haberse dado cuenta de lo inadecuado de la explicación, porque añade, sin dejar de eludir su mirada—: Con la historia no se gana mucho dinero, y siempre hay gente a quien le gustaría cambiarnos por algo sensato, como la metalurgia.

—Ahora bien, si hicierais un descubrimiento de los gordos… —dice Ruth.

—Exacto. —La mirada de Clayton Henry se carga de una intensidad casi dolorosa—. Si se confirmase, sería el no va más: prensa, televisión, conferencias… Pondría a Pendle en el mapa. Ahora bien, si lo hago público y al final los huesos son un fraude, me convertiría en el hazmerreír de todos. Por eso quería que les echases un vistazo.

Esta vez mira a Ruth con unos ojos de azul muy claro, casi infantiles.

—Yo encantada —dice ella.

En realidad se muere de ganas de verlos. Podría ser el hallazgo de la década, y ahí está ella, adelantándose a cualquier otro arqueólogo. Con la excepción de Dan, naturalmente.

—Si quieres, te llevo ahora mismo al yacimiento —dice Henry—, aunque los huesos ya no están. Los hemos trasladado a un sitio más seguro.

A Ruth le gustaría preguntar si la extracción se realizó con las debidas precauciones, pero es consciente de que parecería insultante. Aun así, le gustaría haber podido supervisarla. Basta un solo paso en falso, un solo error de registro, para desbaratar toda una excavación. Ella le habría dedicado varios días, catalogando, examinando el contexto y mirando sin más. Como decía siempre Erik, «primero mira, mira todo el tiempo que quieras, que ya no volverás a verlo por primera vez».

—¿Dan mandó a analizar alguna muestra? —pregunta.

—Sí, mandó muestras para carbono-14, isótopos y ADN, pero aún no tenemos los resultados.

A Ruth le embarga de nuevo la emoción. A saber qué indicarán los

resultados. Y ella será la primera en verlos.

—¿Y el templo —dice— a quién estaba consagrado?

—A una deidad extraña —contesta Henry—, una versión del dios céltico Bran, que significa…

Ruth ya sabe lo que significa Bran, «cuervo».

El Rey Cuervo.

11

Aunque no lo sepa, Nelson tiene a su hija pequeña a muy pocos kilómetros. Su madre se ha empeñado en llevarlos a Michelle y a él a Rook Hall, una mansión abierta al público. También se ha sumado a la excursión la hermana de Nelson, Maeve, con su nieta Charlie, un bebé rubio vestido de hada.

—¿Charlie? —ha dicho Nelson al verla—. Creía que era niña.

—Pues claro que es niña, Harry —ha contestado Maeve, y se ha colgado del hombro una bolsa de pañales—. No digas tonterías.

—¿Es una abreviación de Charlotte? —ha preguntado Michelle, mientras saludaba en cuclillas al bebé.

Maeve se ha encogido de hombros.

—Que yo sepa, no.

Nelson no logra acostumbrarse a estos nuevos nombres andróginos. En el trabajo tiene un compañero cuyas hijas se llaman Georgie y Sidney. Al menos Judy ha elegido un nombre tradicional para su bebé, Michael. Pero ¿por qué será que a Nelson lo incomoda?

Tampoco se acostumbra a que su hermana sea abuela, a pesar de que con cincuenta y tres años, diez más que él, Maeve no es especialmente joven para tener nietos. Su hija, Danielle, se casó a los veintitrés, y a Charlie la tuvo a los veinticinco. Todo muy respetable. Lo que pasa es que lo hace sentirse viejo. Ya es tío abuelo. Por todos los santos…

Parece que de la casa se ocupa sobre todo Maeve, mientras Danielle trabaja fuera. También les echa una mano la madre de Nelson, que a sus setenta y cinco años sigue en plena forma. Es ella quien está mirando con cara de reproche la cabeza descubierta de Charlie.

—Necesita un gorro para el sol, Maeve.

Después de cinco décadas en Inglaterra, Maureen Nelson sigue hablando sin complejos con acento irlandés, en contraste con el de su hija, que es de Lancashire al cien por cien.

—Has perdido el acento —fue lo primero que le dijo a Nelson.

—¡Qué va! —contestó su hijo con indignación.

A sus compañeros de trabajo en Norfolk les parece que habla como una mezcla del actor Peter Kay y el personaje de Wallace en *Wallace y Gromit*. Ha oído cómo lo imitan.

—Un poco sí, Harry —dijo Michelle—. Yo también.

La tónica de las visitas a Blackpool siempre es esta: escandalizada por las barbaridades que le dicen a Harry las benditas de su madre y sus hermanas, Michelle intercede como mediadora, sin darse cuenta de que

en realidad los cuatro se divierten insultándose.

Ahora es Maeve quien se pone brusca con su madre.

—Está perfectamente, mamá. Además, no hace sol.

—Los golpes de calor no los provoca el sol —dice Maureen de forma categórica.

Su hija pone los ojos en blanco y empuja el cochecito de Charlie hacia la tienda de regalos.

Rook Hall es un ejemplo perfecto de mansión dieciochesca, con una simetría casi inquietante y un jardín paisajista precioso. No es que a Nelson le importe arrastrarse por salas recargadas, ni extasiarse ante estanques con nenúfares y palomares, pero sí le extraña que a su madre, con más de setenta años, le haya dado de pronto por la cultura. Cuando él era pequeño, Maureen desconfiaba sin tapujos de cualquier persona que disfrutara visitando el patrimonio nacional. Nelson aún se acuerda de sus comentarios sobre un vecino que escuchaba música clásica. Ahora, en cambio, se ha hecho socia nada menos que del National Trust y, no contenta con ello, pertenece a la Asociación de Amigos del Teatro de Blackpool y va con frecuencia a la ópera. ¿Qué pasa, que al hacerte mayor se te despierta el interés por esas cosas? Él, que aún se acuerda del mal rato que pasó hace dos años cuando Michelle le hizo ir a ver una obra de teatro contemporáneo, no tiene la impresión de haber iniciado el proceso.

Con todo, hay un aspecto en el que Maureen no ha cambiado una pizca: sigue igual de resuelta a sacarle todo el jugo al dinero que gasta. Aunque ya haya visitado muchas veces la mansión, no está dispuesta a saltarse ni uno de sus recovecos. Maeve se rinde pronto y sale con Charlie al jardín. En cambio, Nelson y Michelle siguen a la indómita Maureen por varios comedores preparados para un banquete invisible, un sinfín de suntuosas escaleras (cuyos techos rococó los dejan boquiabiertos), una cocina con carne de plástico que a Nelson le hace pensar en una autopsia, e incontables salas sin otra función apreciable que la de exponer colecciones de dedales del siglo xviii.

Al poco rato, cansado de retratos de ancestros y cornisas esculpidas, se distrae rememorando su conversación de ayer con Sandy. ¿Lo de Dan Golding fue un asesinato? Y, en caso afirmativo, ¿qué espera Ruth que haga él? ¿Dónde está, por cierto? Anoche la llamó por teléfono y no contestó. Tendrá que probar con el móvil. Con ella sigue habiendo que extremar las precauciones. Aunque Michelle le haya perdonado su infidelidad (si es que dos noches merecen ese nombre, que, según ella, sí), aún está todo muy reciente. Su mujer entiende que quiera ver a Katie (algo que, como él bien sabe, pocas esposas comprenderían), pero cualquier señal de interés de su marido por la madre, no por el bebé, pondría en jaque este frágil consenso.

Justo cuando cree que se ha acabado la visita, su madre los lleva por otra escalera a una sala verde y blanca que a Nelson le recuerda a un

florero de Wedgwood que confiscó una vez por robo. Aburrido, mira por la ventana por si ve a la abuela Maeve con Charlie.

Al escudriñar los caminos que se entrecruzan delante de la casa, enseguida le llama la atención una figura con un cochecito de bebé por el césped, pero no es Maeve, sino un hombre con una chaqueta muy larga y suelta, como una capa, y una larga coleta gris. Se frota los ojos. Debe de estar enloqueciendo. Por un instante ha pensado que era Cathbad.

Ribchester es un pueblo pintoresco, abrazado a un meandro del río. Ruth empieza a darse cuenta de cuánta razón tenía Nelson cuando le dijo que cerca de Blackpool había sitios muy bonitos. No es el caso de Preston, pero Lytham tiene su atractivo, y el bosque de Pendle… bueno, si esta noche ha tenido pesadillas sobre Dame Alice y su familiar no ha sido culpa del paisaje, de incuestionable belleza. Ribchester es más acogedor: casas de piedra gris que parecen salidas del suelo, más que construidas sobre él, una iglesia, varios pubs, el curso sinuoso del río… Todo muy sereno, y muy inglés.

Clayton Henry aparca su deportivo rojo detrás de la iglesia.

—La construyeron justo encima del fuerte romano —explica, refiriéndose al edificio—. En el cementerio parroquial se pueden ver los restos de un granero. Las termas están detrás de uno de los pubs, el White Bull.

Al caminar por el pueblo, ella empieza a darse cuenta de que los actuales habitantes de Ribchester viven codo con codo con los romanos. En la fachada del White Bull hay unas columnas con fama de haber pertenecido al antiguo fuerte. En los jardines de las casas adosadas hay muros romanos, y en el cementerio parroquial conviven tumbas medievales con excavaciones más recientes que han dejado a la vista suelos e hipocaustos.

—El museo está aquí al lado —dice Henry, y pasa con cuidado por encima de una lápida—. Hay verdaderas maravillas.

—¿El casco de Ribchester? —pregunta Ruth, acordándose de una de sus lecturas.

—Una copia —dice Henry—. El original está en el British Museum.

La lleva por una verja baja y un camino cubierto de zarzas y de perifollo.

—Siguiendo el río se llega a las excavaciones que hizo Dan —dice—. No te importa caminar un poco, ¿verdad?

Ruth se pregunta cuánto será ese poco. Caminar le gusta solo con moderación. Un punto en común entre Max y Nelson es que siempre salen disparados sin comprobar que esté ella detrás. Algún día no estará.

Por otra parte, le preocupa volver con Kate. Antes ha llamado a Cathbad desde la universidad para decirle que tardaría más de lo

previsto y él no ha puesto pegas. «Sacaré un rato a Kate y exploraremos Lytham —ha dicho—. No tengas prisa.» El auténtico rey de las caminatas es él. Recorre varios kilómetros al día, y llega a pasarse noches enteras cruzando campos a oscuras y poblaciones donde está todo cerrado. Una vez le explicó que había sido cartero, y que serlo le enseñó las ventajas de conocer los lugares a pie. «Ves más cosas a escala humana.» Ruth espera que no se lleve demasiado lejos a su hija.

De todas formas, Clayton Henry no tiene mucha pinta de senderista. Con su camisa blanca, sus chinos recién planchados y sus zapatos brillantes y acabados en punta, en las antípodas de cualquier calzado deportivo, presenta una estampa eminentemente urbana. Ruth duda que la arrastre varios kilómetros por campos y cercas. De hecho, cuando llegan al río, parece que le falte la respiración.

—Ya no falta mucho —jadea.

Se nota que el río está cerca de su desembocadura, porque serpentea de modo extravagante por los campos, y deja a su paso islas diminutas y pozas en forma de media luna. Los meandros delimitan prados sin relieve en los que pacen las ovejas. Ruth ve a lo lejos una forma negra, medio perdida entre las nubes.

—¿Es la colina de Pendle? —pregunta, aunque cree saber la respuesta.

—Sí —dice él—. ¿Has subido? La vista es espectacular, aunque para mi gusto da un poco de grima.

—Fui ayer. Soy amiga de alguien que vive cerca de Fence.

Vacila, consciente de que la palabra «amiga» no refleja con exactitud su tenue vínculo con Pendragon.

—Allá él —dice Henry.

A Ruth le parece interesante que dé por supuesto que es un hombre.

Los pájaros que pasan, rozando casi el agua, hacen que piense otra vez en la marisma. Se pregunta cómo era esta zona en época romana. El río ya debía de estar, si bien es muy posible que su curso haya sufrido modificaciones. Seguro que era un eslabón de gran valor en la cadena de suministros, perfecto para transportar mercancías hacia el interior y expedir otras hacia el mar, rumbo a distintas zonas del extenso imperio. Cuando se fueron las tropas romanas, debió de interrumpirse el tráfico de barcos cargados de vino, aceite de oliva y vasijas, esa cerámica samia tan característica, entre roja y naranja, que se ha desenterrado en el yacimiento de Swaffham. ¿Fue donde resistió Arturo hasta el final, abandonado por Roma y asediado en todos los frentes por los invasores pictos y celtas?

—Ya hemos llegado —anuncia Henry.

Han ganado algo de altura. Ahora están en un campo delimitado por el muro de la iglesia. La excavación, de unos tres metros de ancho, incluye muros y algunas teselas que quizá formaran parte de un mosaico. En una esquina, debajo de una lona, hay un agujero, se nota

que más profundo. Ruth se pregunta cuánto tiempo hace que Dan estuvo excavando aquí. El yacimiento, situado extramuros del pueblo, respira soledad. Cerca de las piedras al descubierto hay ovejas pastando.

—La calzada romana estaba cerca —explica Henry—. Es curioso cómo perviven los nombres. Por aquí hay un pueblo que se llama Street, y la carretera que cruza el puente sigue llamándose Roman Road.

Ruth sabe que la palabra inglesa *street* deriva del latín *strata*, que significa «estrato», en referencia a las múltiples capas de las que se componían las calzadas romanas, una de las maravillas de ese imperio.

—¿O sea, que el templo estaba al lado de la carretera del puerto? —dice.

—Eso parece —contesta Henry—. En Ribchester hay otro templo con altares dedicados a Apolo y Victoria. Lo previsible, vaya. Según Dan, este de aquí era posterior, de entre mediados y finales del siglo v, calculaba él.

Ruth mira los antiguos muros expuestos al viento y la intemperie. Si es cierto, como se cree, que los romanos abandonaron Gran Bretaña entre el 383 y el 410 de nuestra era, este templo fue edificado tras su retirada, en el misterioso mundo de las tribus en guerra, la lucha por el alma de Gran Bretaña y los inicios de la Edad Oscura. También encajaría con el hecho de que al ocupante de esta tumba no lo incineraron, sino que lo enterraron. En el siglo i la cremación ya era algo del pasado. Un templo construido al estilo romano y dedicado a un dios desconocido… Con rey Arturo o sin él, es un descubrimiento emocionante.

—El sarcófago estaba aquí —dice Henry, mientras levanta una esquina de la lona—, a algo menos de dos metros de profundidad, debajo del altar central. La tapadera estaba rota, pero con la parte de la inscripción prácticamente intacta.

—¿Y ahora dónde está? —pregunta ella, mientras mira la zanja.

Ve la forma de un enterramiento recortado en la tierra, un hueco profundo y rectangular. Aparte de eso, solo hay algunos trozos de piedra.

—En la universidad —dice Henry—. Tenemos una cámara acorazada. La habríamos usado para los huesos, pero nos pareció que necesitaban… un tratamiento especial, como quien dice.

Ruth se gira a mirarlo, sin saber por qué se expresa con tantos circunloquios al hablar sobre la excavación. ¿Salió algo mal?

—También aparecieron otros hallazgos de interés —dice él con cierta prisa—. Un relieve de un cuervo, con las palabras «Bran» y «Corvus» debajo, y mucha materia esquelética.

—¿Materia esquelética humana?

—No, aviar. Parece que se sacrificaron varios pájaros.

«Ofrendas al Rey Cuervo», piensa Ruth, y desliza la vista por el llano cenagoso, cubierto por un vasto cielo. En el aire hay gaviotas negras contra las nubes. Si hubiera que inventarse una ubicación para un

templo consagrado a un extraño dios pájaro pagano, no se podría encontrar nada mejor.

Clayton Henry sigue pareciendo un poco incómodo. Se agacha para quitarse el barro de los pantalones color crema. Ruth se pregunta si está a punto de cambiar de tema, pero aun así sus siguientes palabras la pillan por sorpresa.

—¿Te apetece venir el sábado a una barbacoa en mi casa?

—Gracias —balbucea—, pero es que estoy con mi hija y… otra persona que ha venido con nosotras.

—Pues que venga ella también —dice Clayton con desenvoltura, lo que de nuevo deja pensativa a Ruth por la elección del pronombre.

Justo cuando Ruth está subiendo al coche, llama Nelson. Clayton la ha dejado en la universidad, y tiene muchas ganas de volver con Kate, tantas que está a punto de no contestar.

Él va directo al grano, como tiene por costumbre.

—¿Dónde estabas? —dice—. Hace días que te llamo al fijo.

—De vacaciones, pero solo una semana.

Menos mal que no le pregunta dónde.

—¿Con Katie?

—Pues claro que con Kate.

Ruth se pregunta qué se cree que ha hecho. ¿Dejar a Kate en casa con pañales para toda una semana? ¿Pedirle a Bob Woonunga que la cuide, y de paso a *Sílex*, pasándoles comida por la gatera? ¿Y por qué narices no dice nunca bien su nombre? De todas formas, un poco contrariada sí que se queda, porque no está segura de por qué no le había dicho nada a Nelson sobre su viaje a Lancashire. A fin de cuentas, él tiene derecho a saber dónde está Kate. ¿Será para no dar la impresión de que lo sigue? ¿Es verdad que lo está siguiendo?

—He hablado con Sandy de tu amigo Dan Golding.

—¿Y qué ha dicho?

—Que el incendio fue provocado al cien por cien. Alguien metió trapos empapados de gasolina por el buzón.

—Dios mío… ¿Y quién iba a hacer eso?

—Bueno, Sandy dice que en la Universidad de Pendle pasan cosas raras.

—¿De qué tipo?

—Grupos racistas, neonazis, supremacistas blancos… Ya han dado más de un problema en el campus.

—Pero ¿por qué iban a querer matar a Dan unos supremacistas blancos?

—No lo sé. A Sandy se le ocurre que por ser judío.

Ruth piensa en su afable amigo Dan. ¿Puede ser que lo mataran por algo tan horrible? El racismo no le es desconocido, en absoluto; pasó su

infancia en Eltham, un barrio del sur de Londres con muchos problemas de ese tipo, hasta el punto de que en 1993, después de que ella se fuera, un estudiante negro de nombre Stephen Lawrence murió a manos de un grupo de matones blancos. Personalmente, recuerda muchos incidentes de menor calado, como burlas en la zona de juegos infantiles, pintadas en las paredes y un clima general de rabia, amargura y frustración. También en Norfolk ha visto racismo, dirigido sobre todo contra inmigrantes del este de Europa. Pero por alguna razón no se le había pasado por la cabeza que pudiera pasar en Pendle, y menos a Dan.

—Bueno, oye —dice Nelson—, que Sandy lo investigará. Ya te iré contando lo que averigua.

—Gracias —contesta ella—. ¿Qué tal las vacaciones?

Él gruñe.

—Bien. Mi madre y mis hermanas me van a volver loco.

—No hay nada como la familia.

Se ríe un poco.

—Ah, oye, Ruth, hoy me ha pasado algo gracioso: estaba en Lytham y me ha parecido ver a Cathbad.

—¿Cathbad? —repite ella, algo alterada.

—Sí, con un cochecito de bebé. Qué locura, ¿verdad?

12

La casa de Clayton Henry resulta ser un molino de viento reformado en las inmediaciones de Kirkham, otro pueblo pintoresco de la vía romana a Ribchester. Ruth ha venido con la idea de encontrarse unas cuantas salchichas chamuscadas acompañadas con vino caliente, y por eso es tan grande su sorpresa al descubrir una carpa, un castillo inflable y, si no la engañan los ojos, camareros vestidos de gala con bandejas de copas de champán.

—¡Pero bueno! —dice Cathbad mientras aparcan detrás de dos Porsche y un Alfa Romeo—. ¿Es una boda o qué?

—A mí me ha dicho que una barbacoa —contesta Ruth, mientras saca a Kate de la silla de coche.

Kate mira el castillo rosa que se asoma por un lado del molino.

—Globo —dice maravillada.

A Ruth le da un poco de vergüenza presentarse con Kate y Cathbad. Para empezar, no sabe muy bien por qué ha aceptado la invitación de Clayton. Durante años, su reacción instintiva a la palabra «fiesta» ha sido inventarse alguna excusa. ¿A qué viene volverse sociable ahora que se hace mayor? En parte es por curiosidad. Quiere conocer a los compañeros de trabajo de Dan. Hasta ahora no ha sido capaz de imaginarse a su sofisticado amigo en el sórdido entorno de la fábrica de cigarrillos; por no verlo, no lo ve ni excavando junto a las murallas de Ribchester, y la fiesta podría esclarecer su decisión de cambiar Oxford por una antigua escuela politécnica cutre. Además, Cathbad tenía muchas ganas de venir. A él sí le gustan las fiestas, y ella considera que se merece divertirse un poco. En los últimos días se ha portado muy bien, cuidando a Kate, cocinando para todos y haciendo preguntas interesantes sobre los hallazgos de Ribchester. De todas formas, le da un poco de tristeza verlo tan reprimido y domesticado. Hasta ha dejado de ponerse capa. Es posible que una fiesta despierte al Cathbad de antes, el excéntrico amante de las libaciones.

Eso no quita que al ir hacia el molino Ruth lamente dar una imagen de pareja. Kate, no obstante, se empecina en cogerlos a los dos de la mano, así que llegan a la casa formando una unidad: hombre, mujer y niña. Es como un anuncio de una marca que apuesta fuerte por los valores familiares, pero que flojea un poco en cuanto a estilo. Esa es otra: ella se ha vestido como no tocaba. Sus pantalones de algodón y su blusa suelta estarían bien para una reunión familiar, pero en una fiesta con camareros desentonan bastante. Al entrar en el jardín por un arco

decorado con rosas, no ve más que mujeres con vestidos de estampado floral. Pese a las temperaturas frescas de este día veraniego, hay una gran exhibición de carne: tirantes, minifaldas de licra, vestidos midi con escote palabra de honor… Ve a hombres con americanas de rayas y mujeres con sombreros. Nadie lleva pantalones beis de algodón.

—¡Ruth!

Es Clayton Henry, que viene a su encuentro con un luminoso conjunto de camisa hawaiana y pantalones blancos.

—Hola.

Se arrepiente de haber traído una botella, que aun así pone en manos de Henry.

—Qué detalle.

Él mira a su alrededor, buscando donde dejarla.

—Te presento a mi amigo Cathbad —dice Ruth—, y a mi hija Kate.

—Mucho gusto.

Pese al efusivo apretón de manos que se dan Cathbad y Henry, Ruth tiene la impresión de que ninguno de los dos baja la guardia, como si estuvieran escrutándose.

—¿Cathbad, has dicho?

—Sí —responde el aludido con modestia—. Es un nombre druídico.

—Qué interesante —dice Henry.

Parece a punto de añadir algo más, pero justo entonces sale flotando de la casa una estilosa fémina de larga melena rubia.

—Cariño, ¿has visto a los…?

Se calla de golpe.

—Pippa —dice Henry, se nota que encantado—, ven, que te presento a Ruth, Cathbad y su hijita. Esta es Pippa, mi mujer.

Si Clayton Henry da por supuestas cosas sobre Ruth, esta se da cuenta de que ha incurrido en el mismo delito. Había supuesto, sin pensarlo demasiado, que Henry, con su voz suave y sus zapatos en punta, tenía que ser gay. A lo sumo podía imaginárselo casado con alguna bohemia regordeta, pero no con esta esbelta belleza con melena de modelo y zapatos de los que a ella la ponen nerviosa. Aparte de todo lo demás, Pippa Henry supera en altura a su marido como mínimo diez centímetros.

De todas formas, parece muy simpática. Le da a Ruth un beso en la mejilla y se agacha para hablar con Kate.

—¿Te apetece ir a saltar en el castillo inflable, corazón?

Intimidada quizá por el glamur, como su madre, Kate se esconde detrás de Ruth. Un perro blanco y peludo, aparecido de no se sabe dónde, empieza a ladrar como loco hasta que Pippa Henry lo coge en brazos.

—Qué caniche más mono —dice Ruth, mientras aparta a Kate.

—Bueno, en realidad es un bichón frisé.

Por supuesto.

Al final es Ruth quien acompaña a Kate al castillo inflable, pensando, mientras coge una copa de camino, que es lo bueno de tener hijos: que puedes escaparte a jugar con ellos sin que nadie piense que eres una asocial, sino una madre estupenda. Mientras ve saltar a la niña en el castillo de Barbie, piensa entre sorbos de champán que no le importaría estar toda la tarde así. Ve a Cathbad al fondo del jardín, conversando animadamente con Pippa. Siempre ha tenido debilidad por las mujeres guapas. Ruth espera que Pippa lo distraiga un poco de Judy, aunque más vale que no tarde mucho en acorralarlo para decidir quién conducirá de vuelta. No, si al final será verdad que funcionan como un matrimonio…

—¿Ruth? —le dice una voz al oído.

Al volverse se topa con un hombre de expresión afable, más o menos de su edad, con el pelo rubio y lacio y una sonrisa vacilante.

—Perdona que me presente así, pero es que el profesor Henry me ha dicho que eras amiga de Dan.

—Es verdad —confirma ella, y piensa en lo triste y a la vez pertinente que es conjugarlo en pasado: fue amiga de Dan cuando eran jóvenes.

—Me llamo Sam —dice el hombre con la mano tendida—, Sam Elliot. Yo también era amigo suyo. No me puedo creer que ya no esté.

—Yo tampoco —contesta Ruth—. No lo había visto en décadas, pero…

Va perdiendo fuelle hasta que le entran unas ganas sorprendentes de llorar, que tiene que disimular mirando a Kate. Está sentada al borde del castillo rosa, balanceándose mientras el resto de los niños hace cabriolas a su alrededor.

Al girarse otra vez, sorprende a Sam Elliot cariacontecido, pero solo hasta que ve que Ruth lo mira. Entonces sonríe. Su cara no está hecha para la tristeza. Todas sus facciones están orientadas hacia arriba. A Ruth no le cuesta nada imaginárselo como amigo de Dan.

—Menuda fiesta —dice.

—Sí —contesta él—, la barbacoa de Clayton es uno de los acontecimientos del año. En Navidad también monta siempre algo gordo.

Ruth intenta imaginarse a Dan en una de las fiestas de Clayton Henry, tocando el piano, bebiendo champán y flirteando con las mujeres más guapas. Lo recuerda como un fiestero de cuidado. Se lo comenta a Sam.

—Qué curioso —responde él—. Yo lo tenía por una persona bastante tranquila; simpático sí, eso siempre, pero un poco distante, al menos hasta que lo conocías. ¿Fuisteis juntos a la universidad?

—Sí, a la UCL.

—Yo estudié en Leeds. Parece que haga un siglo; aunque bueno, para un arqueólogo un siglo no es nada, ¿verdad?

—¿Eres arqueólogo?

Sacude la cabeza.

—Doy clases de Historia Moderna. Era compañero de trabajo de Dan. No sé si te ha explicado Clayton que lo abarcamos todo, desde la reina Boudica hasta Hitler.

—Yo también soy profesora —dice ella—. Doy clases de Arqueología Forense en Norfolk Norte.

—Ya, ya lo sé —contesta Sam—. Me dijo Clayton que vendrías a estudiar el descubrimiento de Dan.

—Ah, ¿te has enterado? —pregunta sorprendida.

La actitud de Clayton la había llevado a suponer que todo debía llevarse en secreto, aunque, bien pensado, Dan no podría haber hecho una excavación de esa magnitud sin ayuda.

La respuesta de Sam se lo confirma.

—Estuve con Dan en la primera excavación. Entonces éramos todos voluntarios. Luego le dieron una subvención y pudo traer profesionales, pero fue muy emocionante cuando nos dimos cuenta de que había algo importante enterrado.

Es una emoción que Ruth conoce de sobra. Recuerda cuando descubrieron el *henge* de madera en la playa de Norfolk, la increíble sensación de encontrar algo que sale del suelo tras miles de años sin ser visto, y la impresión de contemplar el mundo con ojos antiguos. A pesar de todo, se pregunta cuánto sabe exactamente Sam.

—¿Te contó lo de los huesos? —pregunta.

—¿Huesos? Ah, sí, encontraron una tumba, ¿no? Eso fue más tarde. Cuando excavaba yo, Dan se conformaba con haber encontrado el templo. El templo del Dios Cuervo. Pensaba dedicarle un libro.

O sea, que Sam no sabía nada del rey Arturo: por alguna razón desconocida, Dan lo ocultó, aunque estaba bastante emocionado como para plantearse escribir un libro. ¿Lo empezó? ¿Dónde está, en ese caso? Ruth supone que en el portátil desaparecido.

—¿El templo del Dios Cuervo? —dice una voz burlona—. Pero ¿qué tonterías dices, Sammy?

Se acerca una pareja que ni salida de *Retorno a Brideshead*: él con pantalones y camisa blancos y ella con un vestido corto con estampado de rosas que hace que Ruth tenga la sensación de pesar como seiscientos kilos.

—Hola, Elaine —dice Sam sin entusiasmo—. Hola, Guy.

—¿No nos presentas? —dice Elaine.

De cerca no es tan guapa. Lleva el pelo teñido de rubio y tiene los ojos demasiado juntos.

—Os presento a Ruth Galloway, de la Universidad de Norfolk Norte.

—Ah —dice Elaine con los ojos muy abiertos—, la famosa experta en arqueología.

A Ruth no le pasa desapercibido el tono de burla, pero opta por

ignorarlo.

—La misma —dice.

—Has venido a examinar los huesos —dice Guy.

En su forzada entonación de clase alta aún se aprecia el acento de Lancashire en las vocales. Ruth tiene sus dudas de que le pusieran Guy al nacer.

—No sabía que hubiera huesos —dice Sam.

—Sammy no tiene ni idea de historia de verdad —le dice Elaine a Ruth—. Solo sabe de la Segunda Guerra Mundial, del ascenso del comunismo en China… Cosas así.

Sam se ríe, aunque a Ruth le parece dolido.

—Es un descubrimiento realmente importante —dice Guy.

Por alguna razón, su tono atrae la mirada de Clayton Henry, que está a pocos metros del grupo. Ruth cree que intervendrá, pero justo entonces Kate los distrae a todos al caerse del castillo inflable y romper a llorar de forma escandalosa.

Elaine y Guy son estudiantes de posgrado. Explica Clayton mientras comen en la carpa. Dentro también hay mesas, pero Ruth ha preferido el aire libre por si a Kate le da uno de sus ataques de tirar comida, aunque de momento come ensaladilla de patata como un angelito, usando la cuchara, nada menos.

—Me sabe mal decirlo, pero últimamente llegan pocos alumnos de posgrado —dice Clayton mientras le tira un trozo de piel de pollo al bichón frisé, que babea al verlo—. A los jóvenes no les interesa la historia porque no se gana dinero. De todas formas, Guy es muy capaz. Viene de Oxbridge, o sea, que imagínate… Podría haber hecho un posgrado donde le diera la gana, pero nos eligió a nosotros, nunca he acabado de saber por qué.

Se ríe con ganas.

—¿Y Elaine?

Clayton debe de haber notado algo en el tono de Ruth, porque levanta la vista sin que los restos de pollo con mayonesa y curri que tiene en la barbilla desluzcan del todo la sagacidad de su expresión.

—No dejes que te entre con mal pie. Aunque tenga una actitud un poco rara, en el fondo es un encanto, una perita en dulce.

Ruth piensa que se reservará el dictamen, aunque de momento nada de lo que ve en la chica que carcajea sin parar en el jardín, rodeada por sus admiradores, le hace pensar en una «perita en dulce».

—Estaban hablando de la excavación de Dan —dice—, del templo del Dios Cuervo.

—Guy se implicó mucho en las investigaciones. Ella también.

—¿Y Sam?

—¿Sam Elliot? No, él es de Historia Moderna, aunque era muy amigo

de Dan y su muerte le ha afectado un montón. Bueno, como a todos.

No es que se vea mucha afectación entre los que se ríen y beben champán bajo la carpa. Ruth supone que en su momento sí estarían consternados.

Se toma otro buen trozo de salmón. La verdad es que está todo buenísimo, lo cual no impide que Kate haya estado sacando todo el cebollín de su ensalada para ponérselo en el plato a Ruth, y que ahora esté dándole salchichas de cóctel al perro.

—No le des de comer, que puede sentarle mal —le dice Ruth.

—No, qué va —dice Clayton—, si come lo que quiere, el muy mimado.

—¿Cómo se llama?

—*Willoughby*. No me critiques, que fue idea de Pippa.

—Está muy bien —dice Ruth—. El otro día conocimos a un perro que se llama *Cosa*.

—*Cosa* —repite Kate mientras acaricia el moñito rizado de la coronilla del perro.

—¿Qué edad tiene? —pregunta Clayton.

—Casi dos —dice Ruth—. ¿Tú tienes hijos?

—No, por desgracia —contesta él sin dar señas de que le parezca tal cosa—, pero sí una hijastra, Chloe. Ahora mismo está en la universidad, pero te aseguro que soy un padrazo.

Conque Pippa estuvo casada anteriormente. Los esfuerzos de Ruth por imaginarse qué camino la llevó hasta Clayton Henry no dan su fruto. Por otra parte, se pregunta qué habrá sido del padre de Chloe si Clayton puede referirse a sí mismo como «padrazo». A lo mejor está muerto y Clayton ha servido de consuelo. Se hace difícil concebir cualquier otra circunstancia por la que el afable pero corpulento Clayton acabara junto a la hermosa Pippa. A pesar de todo, no cabe duda de que se les ve felices, ni de que la casa es fabulosa (a Ruth ya le han hecho la visita guiada). A Cathbad le ha encantado descubrir que está construida sobre un antiguo cementerio de apestados. Seguro que anda comulgando con los espíritus en algún sitio. Ruth lleva un buen rato sin verlo.

—Debe de ser difícil —dice Clayton—, combinar maternidad y trabajo. ¿Cómo os lo montáis Cathbad y tú?

Ya va siendo hora de dejar las cosas claras.

—No somos pareja —aclara ella—, solo amigos. No es el padre de Kate.

—Ah…

Clayton está intrigado y le brillan los ojos, pero Ruth no tiene la menor intención de ir más allá.

—Ya tengo ganas de que llegue el lunes para ver los huesos —dice.

Clayton se estremece.

—Chica, pero qué sedientas de sangre estáis siempre las forenses…

A Ruth le ha molestado el «chica».

—Dudo mucho que haya sangre —dice con frialdad.

—No, solo un montón de huesos resecos —replica él—, pero bueno hoy en día se puede saber todo a partir de los huesos, ¿verdad?

—Yo no diría tanto —contesta ella con cautela—. La precisión de las pruebas es variable. Las de carbono-14 pueden equivocarse en varios siglos al verse afectadas por manchas y explosiones solares, pruebas nucleares… cosas así. Los análisis de isótopos, en principio, deberían indicarnos dónde nació la persona, a partir de las sustancias químicas presentes en los huesos.

—¿Y qué precisión tiene eso?

—Normalmente, bastante. El análisis del tejido calcificado es bastante indicativo de la paleodieta.

—¿Paleo qué?

—Lo que comía la persona —explica Ruth, mientras añade un rollo de queso a la suya—. El análisis de los isótopos de oxígeno nos da información sobre la dieta, y a partir de ahí podemos tener una aproximación sobre el origen del hombre o mujer, y puede que hasta sobre dónde pasó sus últimos años.

—¿Por qué dices «o mujer»? Dan estaba seguro de que era un hombre.

—No te digo que no —contesta Ruth—, pero es que… una vez incurrí en ese error.

Clayton se ríe.

—Sería genial que el rey Arturo resultara ser una mujer. Saldría en los periódicos de todo el mundo. Las feministas se quedarían prendadas de nosotros, y yo sería rico. —Se corrige—. La universidad sería rica.

Ruth, que ha percibido un claro tono de amargura, se acuerda de lo que dijo Henry la otra vez sobre la escasa popularidad del departamento y la falta de alumnos interesados.

—Me habías dicho que el departamento no era muy rentable —dice con cierta desconfianza.

—Amiga mía —contesta Clayton—, estamos pasando auténticas penurias; nos hemos quedado sin blanca, pero un descubrimiento de los gordos podría cambiarlo todo. La publicidad sería decisiva; y, digan lo que digan, yo no pienso mantener esto en secreto.

La actitud con la que lo ha dicho ha sido férrea. Por primera vez, Ruth ve al jefe del departamento como alguien a quien tener en cuenta.

—¿Quién quiere mantenerlo en secreto? —pregunta.

—Ah, no, nadie importante —contesta él, volviendo a su faceta de anfitrión despreocupado.

Apoyado en el respaldo de la silla, le hace señas a un camarero, que le llena enseguida la copa y se gira hacia Ruth.

—No, gracias —se apresura a decir ella.

Habida cuenta de que Cathbad ha desaparecido, presupone que será ella quien conduzca. Clayton le hace un brindis con la copa llena hasta

el borde.

—Contamos contigo, Ruth —dice jovial—. Si confirmas que los huesos son de… quien esperamos que sean… estoy salvado. Lo estamos todos. El futuro del departamento está literalmente en tus manos.

Después de comer, Clayton pronuncia un pequeño discurso trufado de bromas cómplices y referencias a la decana (Gail Shires), que no está presente. Ruth deduce que la tal Shires no es una gran adepta del Departamento de Historia, y que la antipatía es mutua. Empieza a estar cansada, con ganas de irse a casa. Se ha pasado al zumo de naranja, porque la última vez que ha visto a Cathbad estaba en el invernadero con Pippa y varias mujeres más, todas de la misma y lujosa cuerda, pontificando sobre el exorcismo con la copa hasta el borde. No puede evitar cierto rencor. Quería que Cathbad se divirtiese, pero no que se integrase tan a fondo en la *beautiful people* de Clayton. Con el poco caso que le hace a Ruth, podrían estar casados de verdad.

Malhumorada, se lleva otra vez a Kate al castillo inflable y la ve dar brincos. Los bamboleos de la seta rosa gigante empiezan a marearla un poco.

—¡Mira, mamá!

—Ya miro.

—Hola. Ruth, ¿verdad?

Al girarse se topa con el de *Retorno a Brideshead,* Guy Nosequemás. De cerca, como Elaine, es menos glamuroso. Suda bastante, aunque el día diste mucho de ser tórrido, y se le pega la camisa blanca a la espalda.

—Antes no hemos podido hablar —dice con una sonrisa encantadora.

«Más que nada por lo emperrada que parecía tu novia en menospreciarme», piensa Ruth, sin corresponder a su sonrisa.

—Yo era muy amigo de Dan —dice el joven, secándose la frente con una de las servilletas de tela de Clayton.

«Otro», piensa Ruth. Que no se le olvide preguntarle a Caz si estaban en el entierro alguno de estos supuestos amigos.

—Colaboramos muy estrechamente en la excavación de Ribchester —dice Guy—. La verdad es que era un proyecto conjunto.

«Y una mierda», piensa Ruth, acordándose de lo que escribió Dan en su carta: «He hecho un descubrimiento», sin referirse a nadie más. Está casi tan segura de que lo hizo él solo, de que fue un descubrimiento personal, como si hubiera estado presente en la excavación.

—Vaya —dice Guy—, que si encuentras algo interesante, lo que sea, y quieres comentarlo con alguien…

«Le haré una llamada a Max», piensa Ruth.

—Me ha dicho Clayton que eres estudiante de posgrado —dice en

voz alta.

—Sí. —Guy se tensa un poco al percibir el cuestionamiento implícito en sus palabras—. Pero Dan me trataba de tú a tú. Si uno de los dos caía en algo, se lo decía al otro sin falta.

Antes de que ella pueda contestar, Kate se cae de bruces con todo su peso y se queda hecha un mar de lágrimas. Ruth la coge en brazos.

—Está cansada —dice por encima de su cabeza—. Mejor que me la lleve a casa. ¿Has visto en algún sitio a Cathbad, mi… esto… amigo?

—Estará dentro —dice Guy—. Ven, que te acompaño.

A Ruth no le apetece nada, pero quedaría muy mal negarse. Con Kate llorando en brazos, deja que el chico la conduzca al otro lado de la cristalera.

Encuentra a Cathbad en el invernadero, buscando líneas Ley con un tenedor de barbacoa en vez de una vara de zahorí, y a Elaine llorando a moco tendido en el hombro de Sam Elliot, que pone una cara de vergüenza tremenda.

Cathbad y Kate duermen durante todo el camino de vuelta. Sus suaves ronquidos son lo único que oye Ruth al conducir por curvas que no conoce. Es la última vez que va a una fiesta con Cathbad.

De todas formas, la barbacoa ha tenido su parte positiva. Al menos ha conocido a varios amigos de Dan, aunque… ¿seguro que lo eran? Que a Dan le cayera bien Sam es muy posible, pero en el caso de Guy, con sus pantalones blancos de jugador de críquet y sus pretensiones de colaboración entre iguales, tiene sus dudas. Claro que a saber hasta qué punto conocía ella a Dan… No lo había visto en veinte años, y en ese tiempo la gente cambia mucho. Ella sí ha cambiado, en todo caso. Quizá Dan fuera íntimo de Guy y se lo pasaran en grande compartiendo ideas durante mil y una veladas. Lo único que sabe Ruth es que si los huesos le reservan alguna gran sorpresa, no será Guy el primero a quien llamará. ¿Y Elaine, la «perita en dulce», dónde encaja? ¿Y por qué estaba llorando al final de la fiesta? ¿De quién es novia, de Guy o de Sam? En fin… Por suerte, los enrevesados amoríos del Departamento de Historia no son cosa suya.

¿Y por qué los huesos están guardados en un laboratorio forense privado? Clayton le ha dado la dirección al despedirse de ella. ¿Por qué no los llevaron a Pendle? Clayton ha dicho algo de una cámara acorazada, y con tantos departamentos científicos algún laboratorio libre habrá… Sabe que la propia policía recurre cada vez más a laboratorios privados, pero bueno esto no tiene nada que ver con la policía… Los huesos tienen cientos de años. No hace falta abrir pesquisas. Vuelve a preguntarse quién quería mantener en secreto la investigación.

Al llegar a Lytham, Cathbad se va directo a la cama. Kate está muy

despierta y de bastante mal humor. Decide llevársela a dar un paseo hasta el molino. Son las siete, pero no hace frío, y a este ritmo la niña tardará horas en dormirse.

Sin el cochecito van a paso de caracol, pero al llegar al paseo marítimo Kate se anima y corre hacia el molino. No se parece mucho al que usa Clayton Henry como vivienda tras haberlo restaurado con cuidado. A pesar de ser pintoresco, no destaca por su belleza, de cara al mar con las astas negras intactas. La casa de Clayton es una mezcla espléndida de cristal y madera vista, que combina con habilidad lo viejo y lo nuevo, y en cuya parte superior, donde estaban las astas, hay una galería y un observatorio. ¿Cómo puede permitirse semejante vivienda un profesor de un departamento que sobrevive a duras penas? A Ruth le gustaría poder preguntárselo a alguien. No es la primera vez que se imagina hablando con Dan de sus colegas, pero olvida que si él siguiera con vida, ella no estaría aquí.

Suena su teléfono. Será Cathbad, que quiere saber dónde andan. Kate se acerca corriendo. Ruth se la apoya en la cadera y usa la mano libre para abrir los mensajes.

No es Cathbad, no, sino el misterioso amigo de siempre.

«Si sabes lo que te conviene —pone en el mensaje— no te acerques a los huesos.»

Se queda tanto tiempo quieta que al final Kate se aburre y baja al suelo. ¿Lo ha escrito alguien que estaba en la fiesta, alguien con quien ha conversado pocas horas antes tan tranquilos junto al castillo inflable? ¿Cuánta gente sabe que el lunes irá a ver los huesos? ¿Cuál es el misterio del descubrimiento de Dan? Algo o alguien tiene la culpa de sus temores, y de las fanfarronadas de Clayton, y quizá incluso de las lágrimas de Elaine. Pero ¿qué o quién? Es consciente de que debería llamar a Nelson; alguien está amenazándola, y por extensión a Kate, pero el caso es que se resiste, consciente de haber seguido a Nelson hasta Lancashire. Lo más probable es que el autor del mensaje sea un chalado. Ninguno de los invitados pijos de la barbacoa le ha parecido muy peligroso que se diga… Aun así, al tomar en brazos a su hija siente un escalofrío, pese al aire tibio de la noche, y vuelve a casa sin mirar atrás.

13

Los domingos en Lytham tienen su encanto, con un toque años cincuenta. Cathbad, Ruth y Kate dan un paseo por el parque y se comen un helado mientras ven pasar a la gente. Hay jubilados jugando a los bolos y niños gritando en los columpios. Ven macizos de flores con colores muy vivos y variados, y una curiosa fuente de metal con forma humana y una especie de rastrillo.

—Qué gracia, ¿no? —dice Cathbad—. El ambiente de los domingos nunca es como el de los otros días, aunque no vayas a la iglesia.

—Sí, te entiendo —contesta Ruth, que también lo ha notado.

Piensa en sus padres, que pasan muchos domingos en la iglesia. De pequeña y de joven no le encontraba ninguna gracia, pero desde hace un tiempo ve la fe de sus padres con mejores ojos.

—¿Tú ibas a la iglesia, de pequeño? —le pregunta a Cathbad en el bar con vistas a la pista de bolos donde se han parado a descansar.

Él pide té para los dos. Aún no se ha recuperado de la fiesta de ayer. Ruth le limpia la cara y las manos a Kate, que tiene helado hasta en el cuello.

—Pues claro —dice Cathbad—. Crecí en Irlanda. Íbamos a misa cada domingo.

—Se me había olvidado que eres irlandés.

Les sirven el té en una tetera de verdad, con gruesas tazas de porcelana.

—Soy celta de los pies a la cabeza —dice Cathbad, y añade después de una pausa—: Mi madre era todo un personaje. Lástima que no la hayas conocido. Lo que nos contó Pendragon sobre Dame Alice me hizo pensar en ella.

—¿Por qué? —pregunta sorprendida Ruth.

Kate, a quien le encanta el nombre de Pendragon, lo repite en voz baja.

Cathbad sonríe de oreja a oreja.

—En otros tiempos, a mamá la habrían tildado de bruja. No es que no fuera buena católica, ¿eh? Pero no le parecía que se hiciera daño a nadie por rezarle a la Virgen y preparar conjuros a la vez. Si tenías un problema, lo mejor era acudir a Bridget Malone. Eso lo sabía todo el mundo.

—¿Está viva? —pregunta Ruth.

Es curioso que nunca se le haya ocurrido preguntarle a Cathbad por su familia. La verdad es que nunca ha pensado en él como miembro de

un grupo familiar.

—No. —Su amigo aparta la vista y la dirige a los jugadores con sus abrigos blancos—. Murió cuando yo tenía dieciséis años.

—¿Y tu padre?

—No llegué a conocerlo. Mamá nunca hablaba de él. En nuestro pueblo, como comprenderás, fue un escándalo que Bridget Malone tuviera un hijo sin un hombre a su lado, pero ella le echó narices y siguió como si nada, sin sacar nunca el tema. Lo que sé es que mi abuela la ayudó mucho. Era otra mujer increíble. Estuve viviendo con ella después de la muerte de mi madre, antes de ir a la universidad.

«No me extraña que te guste estar rodeado de mujeres», piensa Ruth. Sabe que Cathbad se graduó en Química (es de suponer que en Irlanda), y que luego fue a Mánchester para estudiar Arqueología con Erik. En algún momento fue padre de una hija. Más allá de eso, es un misterio, casi como la figura mítica que pretende ser.

—Al final las familias no tienen que ser todas iguales para funcionar, ¿verdad? —dice Ruth con muchas ganas de creérselo—. No solo existen las tradicionales.

—¡Qué va! —contesta él—. Basta con vernos a nosotros: una madre, una niña, un mago que está de paso, y nos lo pasamos en grande. ¿Por qué no vamos esta tarde a Blackpool?

La madre de Nelson está en misa, como lo estuvo en su día la de Cathbad. Los domingos siempre le gusta ir a la misa cantada, aunque su agrado suela manifestarse en críticas al coro, las flores y sobre todo el cura. El padre David, un joven nervioso y sincero, es un converso, y como tal no le merece confianza.

—No es católico de nacimiento —le ha susurrado sin disimulo a Michelle antes de empezar la misa—. En el fondo no es de los nuestros.

A su modo de ver, el padre David desmerece mucho en comparación con su predecesor, el padre Damian, al que siempre se refiere como si hubiera pasado a mejor vida, cuando lo cierto es que está en Irlanda, en una clínica de rehabilitación.

Hoy, sin embargo, no es solo el sermón del padre David, sospechosamente protestante, el que le agua la fiesta, sino también el hecho de no tener a su hijo al lado. Lucirlo a él y a su decorativa esposa ante el resto de la congregación es un gusto que pocas veces puede darse, pero hoy Nelson no ha querido cooperar. Mantiene relaciones complicadas con la fe de su infancia: por un lado, la posibilidad de que sea todo cierto le produce una aprensión casi temerosa, y por el otro aborrece toda la parafernalia de la iglesia de su madre, con sus flores y su colecta para obras de caridad. Su negativa ha degenerado de inmediato en una pelea, a cuyo término Maureen se ha ido echando pestes, seguida por Michelle, no sin antes advertir a Nelson de que no

tardará en arder en el infierno. «Pues ya nos veremos allí», ha rezongado él.

«Estas vacaciones Harry está raro», piensa Maureen mientras inclina piadosamente la cabeza ante la elevación de la Sagrada Hostia. Los regresos de su hijo siempre han estado acompañados por una serie de trifulcas pirotécnicas, de las que ella, en honor a la verdad, disfruta. Harry siempre ha perdido los estribos con facilidad, pero en eso ni su madre ni sus hermanas tienen nada que envidiarle. Esta vez, en cambio, no parece el de siempre. Se le ve más callado, más triste, y ella lo ha pillado un par de veces mirando por la ventana. Nunca ha sido de quedarse sentado y pararse a mirar, ni siquiera de niño; siempre le ha gustado hacer cosas, jugar al fútbol, ir en bici con los amigos y poner a su madre de los nervios. Bueno, claro, es que estuvo enfermo. Maureen recuerda su horrible estancia en Norfolk el noviembre pasado, cuando se pasó todo el viaje rezando por que Harry sobreviviera a su aterradora y misteriosa enfermedad. Aún se acuerda de sus negociaciones con Dios, a quien ofreció sin duda su vida a cambio de la de él. Lo decía tan en serio que no le habría extrañado haber ascendido al cielo en el mismo momento de la milagrosa recuperación de Harry. ¿Y cómo le agradece él su entrega? Pues arrastrándose con cara de vinagre, yendo a ver a sus viejos amigos de la policía y no queriendo ir a misa con su madre. No se merece una madre como ella ni una esposa como la que tiene. Para nada.

Reza con rabia por su hijo preferido: «Dios, por favor, que entienda que no puede ir por la vida con esa soberbia. Protégele, Señor, y haz que se dé cuenta de todas las cosas buenas que tiene». Llegado el momento de darse la paz, aprieta con fuerza la mano de Michelle. De repente, sin saber por qué, siente un arrebato protector hacia su nuera.

—La paz sea contigo, querida —le dice con voz ronca.

—Gracias —responde Michelle, que nunca se acuerda de con qué fórmula hay que responder.

Con marea baja, la playa está preciosa: kilómetros de arena al fondo de los espigones, y el mar reducido a una vaga y lejana franja azul. Kate, enamorada de los burros, pide montar en uno. Es un alivio, porque al aparcar ha visto un cartel de Dora la Exploradora, y desde entonces no ha pedido otra cosa. Era un anuncio del parque de atracciones de Pleasure Beach, donde por lo visto hay algo que se llama «Nickelodeon World», con personajes gigantes de dibujos animados y varias atracciones de esas que te mueres de miedo. La mayor de ellas, una montaña rusa llamada nada menos que The Big One, «la grande», domina toda la silueta de Blackpool. Llega por encima de donde vuelan las gaviotas, y es como un tren de pesadilla que corre por el cielo hasta bajar casi en caída libre. Ruth se jura que no subirá en su vida. A

Cathbad le parece que tiene muy buena pinta.

Los burros, en cambio, son una monada. El de Kate se llama *Jolly Roger*. Al acariciarlo, Ruth se queda asombrada por la suavidad de su pelaje, más pelusilla que pelo. *Roger* sacude las orejas todo el rato, como si estuviera irritado. Es negro, con el hocico gris y el arnés amarillo. Una vez montados los otros niños en el resto de los burros, la recua se dispone a ponerse en marcha.

—Sujétate, cariño —dice el encargado.

Kate le hace caso con cara de estar contenta. No se la ve nada asustada. Ruth lamenta por enésima vez haberse olvidado la cámara. Siempre puede hacer una foto con el móvil. Hurga en el bolso.

—Ruth… —dice Cathbad.

—¿Qué?

¿Por qué narices no encuentra nada nunca, con la de compartimentos que hay?

—¿No es Nelson el que viene hacia nosotros?

Ella levanta la vista. En efecto: conoce de sobra la figura que avanza por la arena. Es Nelson, con vaqueros y camisa azul, acompañado por Michelle, dos mujeres más y un bebé en un cochecito.

Se queda paralizada. ¿Y ahora qué hace? ¿Debería llamarlo? ¿Esperar que no la vea? Pero ¿por qué, por qué no le dijo que venía a Blackpool?

Cathbad no tiene tantos reparos.

—¡Nelson! —exclama—. ¡Aquí!

El inspector mira en su dirección y, tras decirle algo a Michelle, da unos pasos hacia ellos, pero Cathbad ya ha ido a su encuentro a toda prisa y le da un apretón de manos lleno de entusiasmo. A Ruth no le queda más remedio que seguirlo, entre miradas de preocupación a Kate y el burro.

—Cathbad —está diciendo Nelson—, ¿qué carajo haces tú en Blackpool?

—Esa boca, Harry —dice una de las mujeres, una imponente matrona vestida de azul que a Ruth le suena de algo.

—Harry —dice Michelle—, es Ruth.

—Hola, Nelson —dice ella—. Hola, Michelle.

La única reacción de Nelson es quedársela mirando con cara de rabia, mientras le tiembla un músculo en la mejilla.

—¿Dónde está Kate? —pregunta Michelle.

—Montada en un burro.

—Ah, sí, a los críos les encantan los burros —dice la mujer de azul antes de presentarse, en vista de que no lo hace nadie más—. Soy Maureen, la madre de Harry, y esta es Maeve, mi hija mayor, con su nieta Charlie, que nunca sabré por qué tiene nombre de niño. Es una preciosidad.

La hermana de Nelson. Ruth ve el parecido. Maeve es una mujer alta,

con muchas canas en su pelo negro ondulado. Tiene las cejas tan pobladas como Nelson y una expresión igual de intensa. ¡Y es abuela! Nunca se hubiera imaginado que las hermanas de Nelson le llevaran tantos años.

—Ahora Charlie también es nombre de niña —dice Maeve con algo de impaciencia—. Encantada de conocerte, Ruth.

—Yo ya te había visto, ¿verdad? —dice Maureen—. En el hospital.

Por eso le suena. Coincidió fugazmente con la madre de Nelson la mañana que fue a visitarlo, después de que pensaran que se estaba muriendo. Al mirar de reojo a Michelle, está segura de que se está acordando de lo mismo.

—Ruth trabaja conmigo —dice Nelson, escueto—. Es arqueóloga.

—Debe de ser un trabajo interesante —comenta Maureen—. Yo nunca me pierdo *Time Team*. ¿A que no, Maeve?

—Hicieron un programa aquí cerca —afirma Ruth—, en Ribchester.

—Sí, lo vi —dice Maureen, encantada—. ¿Has venido por eso?

—Más o menos —contesta Ruth, incómoda.

Los burros ya han llegado al espigón y están dando media vuelta. Dentro de pocos minutos, aunque no lo sepa, la madre de Nelson tendrá a otra nieta delante.

—¿Es por Dan Golding? —le pregunta Nelson a Ruth.

Aún parece enfadado. Ruth ve que Michelle le toca el brazo, como para aplacarlo.

—Sí —contesta—, la Universidad de Pendle me ha pedido que le eche un vistazo a un descubrimiento que hizo antes de morir.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—No sé.

Maeve los mira con curiosidad. Por suerte, Maureen se ha puesto a charlar con Cathbad.

—¡Kilfinane! —la oye exclamar Ruth—. ¡Pero si me queda justo al lado!

Los burros ya están cerca. A pesar de todo, a Ruth se le encoge el corazón de amor cuando ve la sonrisa radiante de su hija bamboleándose a lomos de *Roger*. El encargado la sujeta con la mano para que no pierda el equilibrio. Ruth la saluda, consciente de que Nelson también está mirando.

—¡Mamá! —exclama Kate—. ¡Mamá! ¡Mamá!

—¡Pero qué preciosidad! —dice Maureen—. ¿Es tu hija?

—Sí —susurra Ruth.

Kate ya ha visto a Nelson.

—¡Papá! —grita encantada—. ¡Papá!

—¿Tú crees que ha sospechado algo? —pregunta Ruth.

—No —la tranquiliza Cathbad—. Kate llama «papá» a todo el

mundo. ¿O no se lo ha dicho al de los burros?

Están volviendo a Lytham. Quien conduce es Ruth. Kate va detrás tarareando una melodía de Dora mientras sueña con burros. Al pasar junto al parque de atracciones, Pleasure Beach, se cierne sobre ellos la montaña rusa, entre carteles que anuncian mil y una maneras de lanzar a un ser humano por los aires, hacerle dar vueltas o, sencillamente, aterrorizarlo. Una de las atracciones tiene forma de cuervo gigante con las alas negras desplegadas. De su pico abierto sale un tobogán de agua continuamente agitada. Tiene el nombre escrito con luces: raven falls, «cataratas del cuervo». Ruth piensa en el Rey Cuervo y en las dos deidades que según parece gobiernan Lancashire: el propio Rey Cuervo, desde su solitaria tumba de camino al mar, y el Rey Demonio de pantomima que preside Blackpool. Luces brillantes, ropa chillona, pan y circo.

Frena en el siguiente semáforo, junto a una caravana de gitanos donde pone la auténtica predicción romaní. Siempre podría pedir cita.

—Ya, pero con la cara que ha puesto Nelson —dice—, si fuera Maureen habría sospechado.

La conversación marca un cambio de rumbo. A ella le consta que Cathbad sabe quién es el padre de Kate, pero es la primera vez que hablan abiertamente del tema. Hasta ahora siempre había procurado pasarlo por alto. Lo que pasa es que el encuentro de esta tarde le ha afectado tanto que necesita hablar con alguien.

—Maureen estaba demasiado ocupada charlando conmigo —dice él con una sonrisa burlona.

Se han puesto a hablar desde el primer momento, eso es verdad. En gran parte es culpa de Cathbad que Maureen los haya invitado a merendar dentro de tres días, «para poder seguir hablando de la madre patria». Recordando la cara que ha puesto Nelson al oír la invitación de su madre, Ruth no ve del todo claro que sobreviva hasta entonces.

No han estado mucho más en la playa. Maeve había quedado con Danielle en el espigón sur y no quería llegar tarde. Los dos grupos se han separado entre exclamaciones de «hasta el miércoles» (Cathbad y Maureen), saludos cohibidos con la mano (Ruth y Michelle), gritos de «papá» (Kate) y el más absoluto silencio (Nelson).

—No lo adivinará —dice Cathbad, girándose hacia Kate con una sonrisa—. No lo adivinará por lo inverosímil que es.

Al preguntarse si lo es, Ruth llega a la conclusión de que sí: es del todo inverosímil que un hombre casado con Michelle se fije en una profesora cuarentona y con sobrepeso como ella, tan inverosímil como que la persona que con tanta hostilidad acaba de mirarla sea la misma con la que… Pero no, prefiere no pensarlo; prefiere meterlo en el mismo cajón que la pregunta sobre Max y el bebé, y dejarlo para cuando tenga fuerzas. De momento se concentra en conducir. Pasan al lado de guirnaldas luminosas, vagonetas y una bola gigante de espejitos.

—El que parecía muy enfadado es Nelson, ¿no? —dice Cathbad.

Ruth no contesta. Frena en un semáforo en rojo, poco antes de que se ponga a su altura un coche de caballos. Hay centenares de ellos, todos yendo y viniendo por la Golden Mile con sus caballos flacos tirando de turistas gordos. Este es rosa y dorado, y tiene forma de calabaza.

—Cenicienta —musita Kate.

Nelson, Michelle y Maureen también van de camino a casa. Maeve ha vuelto a la de Danielle. Maureen ha decretado que trajeran el coche, a pesar de que se pueda ir caminando a la playa, y Nelson ha accedido para compensar el no haber ido esa mañana a misa, entre otras cosas. Pero ante la imparable cantinela de su madre sobre lo mal que conduce, empieza a arrepentirse de su gesto de conciliación. Maureen le está dejando muy pocas reservas de paciencia. Menos mal que la semana que viene se instalarán en casa de la madre de Michelle.

La verdad es que a él le parece que está conduciendo con moderación. En Norfolk coge las curvas derrapando y, en líneas generales, parece que esté participando en una persecución de serie policíaca de los setenta, mientras que ahora se conforma con pisar el acelerador en los semáforos y frenar en el último segundo. Maureen exagera los efectos de esto último con gestos de ambas manos: una en alto, como para salvarse, y la otra aferrada a su garganta.

—Harry, por amor de Dios —dice—, ve con un poco de cuidado.

—Es el imbécil de delante —contesta Nelson.

—Estabas demasiado cerca —dice Maureen, que, pese a no tener carné, se considera una experta en conducción—. ¿Siempre conduce así, Michelle? Deberías apuntarle a clases de repaso.

Michelle tiene la sensatez de no decir nada. Sabe por la inclinación del cuello de Harry que está enfadado de verdad, e intenta no pensar en el motivo exacto.

—Pues muy maja, la chica, ¿no? —dice Maureen, girándose hacia ella—. La Ruth esa, digo. Tiene la cara muy bonita. Lástima que le sobren unos cuantos kilos.

Le parece mal que las mujeres «se dejen», y eso que ella no se ha visto los pies desde hace décadas.

—Es simpática —dice Michelle de forma inexpresiva.

Nelson está que echa humo.

—Y qué monada, la niña… Kate. Eso sí es un nombre de niña, no Charlie. También me ha caído bien su novio. ¿Cómo se llamaba? ¿Cuthbert?

—Cathbad —dice Michelle.

—¿Habéis oído que es de Limerick? De Kilfinane. Queda por las montañas de Ballyhoura, donde yo crecí.

Nelson, a quien nunca se le había ocurrido que Cathbad pudiera ser

de alguna parte, se queda callado. ¿Qué narices hace Ruth en Lancashire? ¿Y por qué no se lo dijo ayer, cuando hablaron? Seguro que a quien Nelson vio ese día en Lytham fue a Cathbad, llevando a su hija en el cochecito. Cathbad haciendo de novio de Ruth... A menos que ahora lo sea… Pero ¿y el otro, el tal Max? Nelson sabe que Ruth aún lo ve. Igual es que tiene una docena de novios. ¿Qué ambiente es ese para Katie? Toma la curva tan deprisa que está a punto de chocar con un bolardo.

Maureen suelta un chillido.

—¿Quieres matarnos o qué?

Frena al llegar a casa de su madre. La casa de su familia. La casa donde creció. Un adosado de tres habitaciones pintado de un rosa algo estridente. Se pregunta por primera vez qué le parecería el rosa a su padre, hombre en poco en contacto con su lado femenino. Quizá ni se lo consultaron. Él la recuerda siempre rosa. Su padre murió hace veintiocho años, cuando él tenía quince. A veces le cuesta mucho acordarse de su cara. Lo que aún oye es su voz, muy de Lancashire, y mucho más dulce que la de Maureen.

Busca un hueco. Está lleno de coches aparcados. Cuando vivía en casa de sus padres casi nadie tenía coche, pero ahora parece que haya dos o tres por cabeza. En la mayoría de las casas también hay parabólicas. Se acuerda de lo emocionante que fue la llegada de su primera tele en color, justo a tiempo para la boda de la princesa Ana.

Consigue cuadrar el Mercedes en el sitio que acaba de dejar un Fiat Panda. Maureen tiene el detalle de explicarle hacia dónde tiene que girar el volante.

—Qué bien que vengan Ruth y Cuthbert a tomar el té, ¿verdad? —dice mientras se acercan a la casa.

Michelle se muestra de acuerdo.

—Así podrás jugar con la niña, Harry —dice Maureen—. Se te dan bien los críos.

—A lo mejor no estoy —contesta Nelson.

14

El laboratorio forense queda cerca del aeropuerto de Blackpool, en un polígono industrial que emana una desolación extraña, como de no tener salida, y no solo en sentido literal. Ruth da vueltas y trata de encontrar CNN Forensics. Todos los edificios parecen iguales, simples cubos anónimos, y los carteles brillan por su ausencia. En los pocos que hay se acumulan acrónimos hostiles: DDR (mobiliario de oficina), AJM (cercas industriales), RRB (instrumental quirúrgico)… Las calles van y vienen sin llevar a ningún sitio, como un tren de juguete. Al final, más por suerte que por deducción, reconoce el deportivo de Clayton Henry aparcado junto a un edificio largo y bajo que parece hecho de chapa ondulada. En la pequeña placa de metal pone cnn forensics, en letras gris claro sobre blanco. Está claro que no esperan clientes de paso.

Clayton Henry sale de su coche para saludarla. No queda ni rastro del jovial anfitrión con camisa hawaiana. Hoy va más serio, con un traje oscuro, y no disimula su incomodidad al mirar el aparcamiento vacío, como si esperara que lo persiguiera el FBI. Ruth le da las gracias por la fiesta, a lo que él reacciona sonriendo, pero sin convicción.

—Esto queda un poco apartado —dice Ruth mientras se acercan a la puerta (cerrada).

—Sí, pero lo hacen muy bien. La policía recurre mucho a ellos.

—Ya, pero ¿por qué los eligió Dan? No es una investigación policial, ¿verdad?

—No. —Clayton toquetea nervioso su teléfono—. Lo que pasa es que queríamos asegurarnos de que los huesos estuvieran a buen recaudo.

«¿A buen recaudo de qué?», piensa Ruth sin decirlo. Llaman a un timbre y les abren.

Dentro está todo impoluto, una combinación de azul aséptico y blanco brillante. La recepcionista, también de blanco, les pide que dejen sus bolsos y se pongan ropa protectora.

Clayton lleva lo que Nelson probablemente describiría como un bolso de mano, una cartera discreta de cuero morado que entrega a su pesar, haciendo un chiste sobre los explosivos que contiene. La recepcionista sonríe con frialdad. Ruth le da su bolso de compartimentos sin ningún comentario. Si algún terrorista tarda menos de media hora en encontrar lo que busca es que se le da mejor de lo que se le dará nunca a Ruth.

—Gracias —dice la recepcionista, antes de tenderles dos monos de un solo uso—. Pueden cambiarse ahí dentro.

Señala una sala discreta donde pone vestuario.

—¿Es unisex? —pregunta Clayton.

—Sí.

Ruth odia los monos. Le parece que le quedan como un globo de barrera. Reciben cada uno dos pares de guantes: unos largos y azules, que se ponen por encima de los puños del mono, y otros cortos de color carne.

—Un poco exagerado, ¿no? —comenta.

Clayton se encoge de hombros. El traje de papel le da un extraño aspecto de bebé mayor.

—Me imagino que aquí dentro habrá muchas sustancias delicadas. Un toque de ADN en el sitio equivocado y…

—Supongo.

A Ruth no le gusta la idea de que le endosen todos los crímenes sin resolver de Lancashire. Se sube más los guantes y se pone la mascarilla. Con este atuendo vuelven a la recepción.

Hay un hombre esperándolos. Se baja la mascarilla.

—Soy Terry Durkin, analista forense —dice—. ¿Son de la universidad?

—Sí.

Clayton se identifica y le presenta a Ruth.

—Por aquí, por favor.

De lo que más se acuerda luego Ruth es de las puertas, que basculan una tras otra sin hacer ruido a su paso. ¿No había una canción de David Bowie donde se compara la memoria con una puerta basculante? Seguro que Dan lo habría sabido. Los pasillos, con su luz azul y su moqueta gris, se hacen eternos. Finalmente llegan a una hilera de ascensores.

—Es en el tercer piso.

Odia los ascensores. Este sufre angustiosas sacudidas entre piso y piso, hasta el punto de que Ruth llega a temer que entre Clayton y ella hayan excedido el límite de peso. Qué manera de morirse: demasiado gordos para un ascensor. Al llegar al tercer piso, casi salta al rellano, dejando que Clayton y Terry Durkin se las compongan solos.

Los hace pasar a una sala pequeña, donde hay un recipiente numerado encima de una mesa de metal.

—Los huesos están aquí dentro.

—¿Quién los registró?

—Yo —dice Durkin—. Ese día estaba de guardia.

—¿Y quién los trajo?

—Guy, Guy Delaware.

«Qué interesante», piensa Ruth. ¿Confirma este dato lo que dijo Guy de que estuvo muy involucrado en el proyecto, o solo significa que le hacía los recados a Dan?

—¿Sabe qué pasó con las muestras que se tomaron para los análisis? —pregunta.

—¿Dónde las tomaron?

Ruth mira a Clayton.

—En la excavación —confirma él.

—Yo solo sé lo que pasa dentro de este edificio —recita Durkin—. Aquí no entra ni sale nada sin que lo sepamos.

—Pues mejor que no nos dejemos nada —se ríe Clayton.

—Tranquilo, que algo se dejarán —dice Durkin sin sonreír—: un pelo, un rastro de sudor, algunas fibras… En algún sitio tendremos su ADN. De eso puede estar seguro.

A Ruth le vuelve a parecer un sitio muy de alta tecnología para guardar restos arqueológicos. Le pregunta a Clayton si había algo que pudiera indicar que en realidad eran huesos modernos.

—No, en absoluto —contesta él—. Ten en cuenta que estaban enterrados dentro de un sarcófago, y de que hemos podido fechar la tumba con bastante precisión.

—¿Pues entonces por qué no los guardasteis en la universidad?

El hombre parece incómodo.

—Como ya te dije —responde sin mirarla a los ojos—, había mal ambiente a raíz de la excavación.

—¿Por qué?

—Bueno… —De repente parece absorto por completo en ajustarse los guantes de plástico—. Por malgastar recursos y esas cosas.

—¿Mal ambiente contra Dan? —insiste Ruth.

La cara rechoncha de Clayton se levanta hacia ella, consternada.

—¡No! Dan no tenía enemigos.

No es lo que cree la policía. Ruth se acuerda de su conversación con Nelson. La policía es del parecer de que a Dan lo mató alguien, y de que ese alguien podría trabajar en la Universidad de Pendle y ser la misma persona que le manda mensajes a Ruth para disuadirla de que se acerque a estos huesos. Yergue los hombros al coger la caja de manos de Durkin. Ella no se deja asustar tan fácilmente; o sí, pero, bueno, no viene al caso. Lo importante es que está aquí, aunque tenga miedo. Procede a disponer los huesos en la mesa de examen.

Empieza organizando el esqueleto en el orden anatómico correcto, atenta a posibles marcas o señales —de enfermedad, desnutrición o traumatismos— que puedan ayudarla a formarse una imagen de la persona que murió hace tantos años. A primera vista parecen los huesos de un varón adulto, lo cual es un alivio, diga lo que diga Clayton. Los esqueletos recientes suelen reconocerse con facilidad. Lo que ya cuesta más, en muchos casos, es diferenciar entre el cuerpo de alguien fallecido hace cincuenta años y el de alguien que lleva siglos enterrado. El estado de conservación de los huesos depende de múltiples factores.

Clayton Henry la observa muy atento, pero sin hacer ningún amago de ayudarla. A fin de cuentas, ella es la experta en esto. También Durkin se mantiene al margen de forma respetuosa. En la sala hace frío. Se nota que la mantienen a una temperatura como la de los depósitos de

cadáveres.

Ruth empieza examinando el cráneo, más en concreto la cresta nucal, que está muy pronunciada, señal de que el esqueleto corresponde efectivamente a un varón. Luego mira los dientes, los mejores amigos del arqueólogo forense. Dicen mucho de la edad, la alimentación y la dieta. La presencia de surcos horizontales puede indicar paréntesis en el desarrollo provocados por enfermedades o desnutrición. También contienen el imborrable testimonio de cuándo y dónde salió la dentadura adulta. Los huesos se renuevan, pero los dientes no.

Tras mirar un buen rato la mandíbula superior, coge la inferior, desprendida del resto del cráneo, y la examina tanto tiempo que Henry empieza a trasladar el peso de su cuerpo de un pie al otro.

—¿Qué, Ruth, has encontrado algo interesante?

Ella le hace señas de que se acerque.

—¿Ves los dientes de la mandíbula superior? Están francamente desgastados.

Clayton echa un vistazo.

—Sí. Señal de que ya tenía sus años, el buen hombre. O eso, o se preocupaba mucho.

Se ríe con ganas.

—En cambio, mira la mandíbula inferior.

—¿Qué le pasa?

—El desgaste de los dientes es mucho menor.

—¿Cómo puede ser? ¿No es por el roce entre los de arriba y los de abajo?

—Exacto —dice Ruth.

—¿Qué quieres decir?

Ruth deja en la mesa las dos partes del cráneo.

—Que no encajan —dice—. Son de cabezas diferentes.

—No lo entiendo —dice por enésima vez Clayton Henry.

Están sentados en un bar, cerca de unas atracciones en desuso. Es el primero que han encontrado. Sería inconcebible que lo eligiera alguien por algo más que por conveniencia. La dueña tiene pinta de haber perdido todas sus esperanzas hacia 1953, y el aire está cargado de aceite de freír patatas y vapor. Con su traje oscuro, Clayton parece tan fuera de lugar como un inspector de Sanidad. Mira con tristeza su té, una sustancia gris con una capa beis como de algas.

Ruth toma un poco de su café, que por extraño que parezca también tiene un regusto de patatas fritas.

—Hay dos explicaciones —dice—: o dentro del sarcófago había partes de dos esqueletos dispuestas para que pareciera un solo cuerpo, o a Dan le cambiaron algunos de los huesos en el yacimiento o en el laboratorio.

Clayton sacude la cabeza.

—Si hubiera partes de dos esqueletos, Dan se habría dado cuenta —dice—. No es que fuera experto en huesos, pero en lo de los dientes se habría fijado. Se pasó mucho tiempo examinando el cráneo para intentar fechar los huesos, y se habría dado cuenta.

—Sí, es verdad —dice ella, pensando en Dan, la estrella del Departamento de Arqueología de la UCL.

De repente le da mucha rabia que a alguien se le pueda haber ocurrido hacerle una broma tan obvia.

—Vamos a pensar un poco —dice. Escarba en los compartimentos de su bolso en busca de una libreta y un bolígrafo. Le gustan las listas. Es algo que tiene en común con el inspector Harry Nelson—. ¿Quién estaba en la excavación el día en que se encontraron los huesos? Porque supongo que no tardaron más de un día, ¿no?

—No. En eso Dan era muy exigente. No se podía dejar sin registrar un solo hueso.

—¿Y ahora el registro dónde está?

Clayton se encoge de hombros, impotente.

—No lo sé.

Ruth supone que en el ordenador portátil de Dan, junto con sus notas y el libro que planeaba publicar. Pero quizá haya copias físicas en el departamento. Decide buscarlas.

—¿Estás seguro de que las muestras las tomó en la excavación? —pregunta.

—Sí, vi que cogía muestras de suelo. También apartó unos cuantos dientes y huesos pequeños para mandarlos a analizar. Los guardó en bolsas, y creo que las metió en su coche.

«O sea —piensa Ruth—, que las muestras proceden del esqueleto original.»

—¿Y fotos? —pregunta—. Porque seguro que hizo alguna cuando quedó todo el esqueleto a la vista, antes de la excavación.

—Hubo fotos oficiales. Creo que las hizo el arqueólogo del condado. Y Dan también hizo algunas con su móvil.

«Maldito Dan…», piensa Ruth. ¿Por qué tenía que ser tan tecnológico? Ella en las excavaciones hace fotos con una cámara digital, pero la mayoría de las veces también hace un dibujo en su libreta y toma muchas notas. A diferencia de los móviles, las libretas no suelen desaparecer. Se lo dice a Clayton.

—Ah, pues a mí me encanta la tecnología —contesta él de forma inesperada—. Soy muy de aparatitos. Acabo de comprarme el nuevo iPhone.

Ruth le para los pies antes de que pueda embarcarse en una de esas conversaciones sobre el iPhone que tan fascinantes les parecen a sus dueños.

—Bueno, a ver —dice mientras abre su libreta (muy poco

tecnológica)—, ¿quién estaba ese día?

Clayton contrae las facciones, pensativo, poniendo más cara de bebé enfadado que nunca.

—Algunos de la sociedad arqueológica local —dice—. Te podría conseguir los nombres. Y Susan Chow, la arqueóloga del condado. Yo también estaba, con otros dos o tres del departamento.

—¿Quiénes?

Toma un poco de té y lo aparta, torciendo el gesto.

—Creo que Guy. Sí, Elaine y Guy. Les interesaba mucho la excavación.

—¿Llegaste a ver cómo guardaba Dan los huesos?

—Sí. Pensábamos llevarlos a la universidad, pero Guy pensó…

Se queda callado.

—¿Qué? —pregunta Ruth—. ¿Qué pensó Guy?

—Pensó que estarían más seguros en el laboratorio, y los llevó él mismo con el coche.

Cuando Ruth vuelve a Lytham, en Beach Row solo hay una mujer rubia paseando a su perro. Cathbad ha salido con Kate. Ha dejado un mensaje diciendo que querían ver el museo de botes salvavidas. Ni que la niña se hubiera mostrado interesada por el salvamento marítimo… Pero, bueno, Ruth le está muy agradecida a Cathbad por estar dispuesto a hacer de canguro tanto tiempo. De hecho, parece que disfruta. La convivencia no está siendo para nada tan difícil como se temía, que no ha vivido con nadie desde Peter. Los fines de semana con Max no cuentan, aunque el domingo se sorprende muchas veces deseando volver a estar sola, libre de tener a *Sílex* con ella en la cama, o de ver la tele en pijama. El caso de Cathbad es distinto. Al no ser su novia, en el fondo a Ruth le da igual cómo la vea. Además, para alguien que dice situarse al margen de las reglas normales de la conducta humana, sorprende que sea tan casero. Se levanta temprano, sale a dar un paseo al amanecer y vuelve a tiempo para prepararle el té a Ruth y mirar la tele con Kate mientras desayuna. Es más: por primera vez desde que nació su hija, Ruth puede quedarse en la cama hasta tarde. Si en vez de dormir plácidamente se preocupa por Nelson, Max, Dan y los mensajes de texto misteriosos, la culpable es ella, ¿no?

Deja lo que ha comprado en la mesa redonda de la cocina. Es la una. Se pregunta si Cathbad y Kate ya habrán comido. ¿Prepara una ensalada, por si acaso? ¿Pone unas patatas en el horno? Está intentando participar en la cocina, pero en eso Cathbad le da mil vueltas. Anoche hizo una lasaña vegetal buenísima. Al abrir la nevera, ve que ya hay otro plato delicioso, pulcramente cubierto con película transparente. La verdad es que su amigo sería un marido magnífico.

Decide trabajar un poco, y aprovechar que la casa está tan tranquila.

Abre su portátil y clica en la bandeja de entrada. Ha mandado mensajes a unos cuantos laboratorios que conoce, con la esperanza de que Dan recurriera a ellos para su análisis de isótopos. Quizá haya contestado alguno. No, solo hay dos mensajes: uno de Max, con una foto divertida de su perra *Claudia* con casco, y otra de una empresa que se llama University Pals. ¿De qué le suena el nombre? Clica en el mensaje:

> ¡Hola, Ruth! Tus amigos de **University College Londres Arqueología 89** te echan de menos. ¿Por qué no reanudas el contacto? Solo tienes que clicar en el enlace adjunto.

Mira el mensaje, con su alegre chantaje emocional. ¿Por qué le da una sensación un poco incómoda? ¿Porque la primera vez que supo de ellos fue el día después de enterarse de la muerte de Dan? ¿Porque le trae recuerdos no solo de Dan sino también de Caz, Val y Roly, los amigos que fueron el eje de su vida, pero de los que por alguna razón se desvinculó por completo? Mañana irá a ver a Caz. Igual le va bien para poner las cosas un poco en perspectiva. Así podrán hablar de Dan, y quizá encuentren la manera de resucitar su amistad, o no, mejor aún: de forjar una nueva. Ruth está segura de que Caz nunca se apuntaría a una web con el nombre de «University Pals».

Está tan absorta en el pasado que al oír el teléfono da por supuesto que es Caz, pero no, es Max.

—Hola, Ruth, ¿qué tal?

—Hola, Max.

Empieza a relajarse. Max habla en un tono tan alegre y normal que de repente le está increíblemente agradecida por no ser una sombra del pasado, ni una figura siniestra del presente. Además, tiene ganas de hablarle del descubrimiento de Dan.

Tal como se imaginaba, Max queda fascinado.

—Nunca he visto ningún templo dedicado a un dios cuervo, pero a los romanos se les daba muy bien apropiarse de los cultos locales. Era una de sus vías de asimilación. A veces hasta combinaban dioses romanos y autóctonos, como Minerva y Sulis, en Bath. ¿El templo que dices de cuándo es?

—Dan creía que de mediados o finales del siglo v.

—Qué interesante. —Se le oye entusiasmado de una forma sincera—. En el año 391 los romanos prohibieron las antiguas religiones, y la oficial pasó a ser el cristianismo, pero, claro, en el 410 ya se habían ido. Las religiones antiguas aún debían de tener mucha presencia. Por otra parte, cuanto más al norte ibas, menos romanos te encontrabas. Allá arriba estás cerca de los límites mismos del imperio. Una cosa es que hubiera carreteras e ingeniería romanas, y otra que no conservaran su fondo autóctono.

—¿Y la inscripción? ¿Podría ser realmente el rey Arturo?

—Depende de quién fuera el rey Arturo —dice Max en la misma

línea que Clayton Henry—. Lo que está claro es que algunos historiadores creen que era una figura romano-británica. Otro elemento que podría encajar es el cuervo, un pájaro tradicionalmente muy unido a Gran Bretaña. Recuerda la leyenda de que si se van los cuervos de la Torre de Londres, caerá Gran Bretaña. Puede ser que vuestro amigo romano usara el cuervo como símbolo de unidad británica contra los pictos, los celtas y los sajones.

«Rex Arthurus —piensa Ruth—. Britannorum Rex. Rey Arturo. Rey de los británicos.»

—Existe la leyenda —dice— de que el espíritu de Arturo abandonó su cuerpo en forma de cuervo.

—Pues ya lo tienes, todo encaja. ¿Has visto los huesos?

Ruth le explica lo de las dos series.

—Para mí que falta el esqueleto original y pusieron estos otros huesos en su sitio.

Max silba.

—Pero ¿por qué? —dice—. ¿Qué interés tenían?

—No lo sé. Lo que sí sé es que alguien quiere evitar que siga examinando los huesos, los de Arturo. Ignoro por qué y quién está detrás. En la universidad pasan muchas cosas raras.

—Suena un poco inquietante —dice Max—. Oye, que si quieres vengo la semana que viene. Así les echo un vistazo a los huesos, y puede que hasta ahuyente a los malos.

Ruth se queda callada, mirando cómo se disputan dos gaviotas las migas que ha dejado Cathbad esta mañana en el jardín. ¿Por qué no quiere que venga Max a Lytham? ¿Es porque sigue sin querer someter el descubrimiento de Dan a su veredicto de experto? ¿O porque ha usado la expresión «los malos», como si todo fuera una tontería, un juego de niños? ¿O sencillamente porque no tiene ganas de verlo? O, en todo caso, no muchas.

—Ya lo hablaremos cuando falte menos —dice al final—. Tengo que colgar. Creo que oigo a Kate y Cathbad.

15

Caz vive en St Annes, la parte pija de Lytham, donde todas las casas parecen de Lego. A pie queda bastante lejos, pero Cathbad se ha llevado el coche para ir a ver a Pendragon, así que Ruth no tiene más remedio que salir con el cochecito de Kate. En un primer momento, cuando él le preguntó si podía llevarse el coche, a Ruth le gustó la idea de oxigenarse con una larga caminata, pero el jueves ha amanecido ventoso, con nubes que prometen lluvia.

—¿Seguro que no te molesta tener que caminar? —le ha preguntado él durante el desayuno—. ¿Y si llueve?

—No pasa nada —ha contestado ella de todo corazón—. Kate no encogerá, ¿verdad?

No quería que Cathbad cambiara de planes. Sabe que está preocupado por Pendragon. Además, no quiere ser la típica pesada que no puede caminar ni media hora con lluvia. Su madre nunca ha aprendido a conducir y Ruth se acuerda de que de pequeña la acompañaba por todo Londres, a veces en autobús y metro, pero casi siempre caminando. «Venga, Ruth, adelante —le decía—, siempre con buen pie.» Ella siempre se preguntaba cuál era el buen pie, porque su madre nunca lo especificaba, pero hay que decir que en esos tiempos le funcionaban bastante bien los dos.

Tras comprobar que está puesta la capota del cochecito, sale a paso intrépido con su chubasquero amarillo. No se ajusta exactamente a la imagen sofisticada que quería ofrecerle a Caz, pero todo no se puede tener. Cathbad ya se ha ido con el Renault.

—Volveré esta noche —ha dicho—. Seguro que Pendragon está bien, pero lo vi preocupado, con la escopeta y todo eso…

—Tiene a *Cosa* para protegerlo —ha señalado Ruth.

—Perro más blando no hay en todo el mundo. De todas formas, me alegro de que le haga compañía a Pen, porque es un tío curioso, con cierta tendencia a verlo todo negro.

«¿Cómo no va a ser raro si es druida? —Ha tenido ganas de decir ella —. Va con túnicas blancas y le deja regalos a una bruja muerta hace doscientos años.» No lo ha dicho porque esta mañana, a pesar de ser druida, Cathbad ha desatascado el fregadero. Mientras camina por la carretera de la costa, piensa en la expresión «verlo todo negro». ¿No hay otra que compara la depresión con un perro negro? Lo del perro negro le recuerda un poco a los familiares de las brujas. Se acuerda de que una vez Max le contó que los romanos sacrificaban animales negros, sobre

todo perros, para Hécate, la diosa de la brujería. También pájaros negros, recuerda, pensando en el Rey Cuervo y los huesos de ave encontrados en el templo de Ribchester. En el lenguaje y la mitología los animales y los pájaros están muy presentes, probablemente desde que decidieron formar equipo el primer hombre y el primer perro primitivos. Sin olvidar a los gatos. Se han encontrado gatos enterrados con todos los honores desde la época de los egipcios. Piensa en su propio familiar, su adorado *Sílex*, a quien está cuidando Bob Woonunga, un hombre que cree que el mundo lo creó una Serpiente Arcoíris sagrada. Es posible que los seres humanos necesiten la ayuda de los animales para comprender el mundo. A decir verdad, cuesta ver qué hacen los gatos por los seres humanos aparte de ser adorables y cazar algún que otro ratón, pero, bueno (piensa mientras se mete el pelo despeinado en la capucha), la sociedad siempre ha dado demasiado valor al hecho de ser adorable…
Solo con ver a Caz, Ruth ya se da cuenta de que no debería haberse preocupado por estar guapa. Salta a la vista que no puede aspirar a su nivel. El estilo de vida de Caz rezuma sofisticación, naturalidad y clase, desde su laberíntica casa victoriana hasta sus vaqueros de corte exquisito y su tersa blusa blanca, pasando por los fotogénicos retoños que aparecen enmarcados por toda la casa.

—¿Qué edad tienen tus hijos? —pregunta mientras cuelga el impermeable mojado en un perchero de volutas. A los cinco minutos de salir de casa, más o menos, se ha puesto a llover.

—Quince, doce y ocho. Se los ha llevado Pete a hacer vela, pero volverán después de comer. Pete se muere de ganas de saber cómo te va la vida.

Ruth y Kate la siguen a una cocina de una perfección que da hasta miedo, con varias islas, ventanales y cromados *vintage*. Hay incluso un sofá y un piano, con un libro de escalas de quinto curso. Ruth tiene la sensación de hundirse en la insuficiencia. Aparte de tener —en el caso del mayor— quince años (algo cronológicamente posible, pero para Ruth casi milagroso), los vástagos de Caz estudian quinto de piano y hacen vela. ¡Vela! Pero ¿quién hace vela un martes por la mañana, por amor de Dios?

—¿Cómo está Pete? —pregunta.

También estudiaba en la UCL, Matemáticas, y era jugador de *rugby*, pero no era mal tío, a pesar de todo.

—Muy bien —dice Caz—. Cada vez con menos pelo y soñando con la jubilación. Lo que nos pasa a todos, ¿no?

No sabe qué contestar. Ella en la jubilación no piensa nunca, salvo como un sueño lejano donde aparece un lago en Noruega. Solo tiene cuarenta y dos años, y a este paso tendrá que trabajar hasta pasados los setenta para pagarle la universidad a su hija. ¿De verdad que hay gente que se jubila antes de los cincuenta?

Caz saca una cesta de juguetes para Kate, que se pone a jugar tan

contenta en el suelo. Caz se agacha a su lado y la ayuda a montar un trenecito de madera. Los vagones están hechos polvo, señal de que es un juguete muy querido, que ha pasado de padres a hijos.

—Qué suerte tener una hija de esta edad… ¡Lo que daría yo por retroceder en el tiempo!

Mientras mira la perfecta cocina de Caz, Ruth se toma sus palabras con algunas reservas. Seguro que con un bebé la casa no estaría así, ni la propia Caz. Ruth calcula que sus vaqueros son de la talla treinta y seis.

Caz prepara café en una máquina de aspecto profesional que ocupa la mitad de la superficie de trabajo. También saca un pastel de zanahoria, y galletas con formas de animales para Kate.

—Bueno, Ruth —dice, y se sienta en un taburete cromado—, ¿qué estás haciendo? Tengo la impresión de no haberte visto en siglos.

Ruth está incómoda. Siempre es muy consciente de lo sosa que suena su vida para los demás.

—Pues no gran cosa —contesta, mientras mira cómo Kate escenifica un choque de trenes de alta velocidad—. Sigo trabajando en la universidad. El jefe del departamento es un poco pesado, pero los alumnos son encantadores, y de vez en cuando puedo hacer alguna excavación.

—¿Con la cría cómo te las arreglas? ¿Tienes niñera?

¿Niñera? Ya vuelve a hablar en otro idioma.

—No —dice Ruth—, pero sí una canguro, muy buena y muy flexible.

—¿Y el padre de Kate? ¿Sigues con él?

—No —contesta ella—. La verdad es que nunca llegamos a estar juntos, pero a Kate la ve a veces.

—¿Con quién hablé por teléfono? —pregunta Caz—. Me pareció muy agradable.

—Con Cathbad, un amigo.

Mira con curiosidad a Ruth, y ladea la cabeza de una manera que hace que el sol dé en los reflejos caros de su pelo corto. Ruth se pregunta si su vida le parecerá tan rara como a ella la de Caz. Aun así, da gusto reencontrarse. En cuestión de minutos ya se han puesto nostálgicas, hablando de Dan, de la universidad y de cuando Roly se disfrazó de monja para la colecta anual.

—El bueno de Roly —dice Caz—. No lo he visto en siglos. ¿Y tú?

—No, solo nos enviamos felicitaciones por Navidad —contesta Ruth —. Ahora vive en Edimburgo.

—¿Sigue con Christian?

—Creo que sí. ¿Crees que sabe lo de Dan?

—Lo dudo. ¿Por qué?

—No, por nada; es que en la carta que me escribió Dan salía su nombre. Preguntaba por ti, por Roly y por Val.

—Bueno, es que era el grupo de la universidad, ¿no? Nosotros cuatro.

Ruth hace memoria: Caz, la sardónica, Roly, el tierno, Val, el tranquilo, y Ruth, la seria. ¿Cómo pueden haber perdido el contacto hasta ese punto? Pero, claro, es que Roly está en Escocia, y Caz y Val perdidos en las tierras del matrimonio y la maternidad. En cuanto a Dan, que siempre había destacado demasiado para ser del grupo, ha desaparecido para siempre.

—Se me ha hecho raro conocer a sus colegas y ver lo que excavaba —dice—. No paro de pensar en que en algún momento podré comentárselo todo.

—¿Cuál era el gran descubrimiento? —pregunta Caz, que ha empezado a preparar una comida *gourmet* con una facilidad que a Ruth se le antoja sobrehumana.

Kate hace chocar los trenes en el suelo. Conduce tan mal como su padre.

Ruth titubea. A Caz solo le ha dicho que la universidad quería que le echase un vistazo a un descubrimiento que había hecho Dan. Se plantea contárselo todo: el rey Arturo, el Dios Cuervo, la horrible sospecha de que Dan fue asesinado… Luego piensa en los mensajes de texto y en la cara de miedo de Clayton Henry. Lo mejor para Caz es no saberlo.

—Era un templo —dice—. En las afueras de Ribchester.

—Allí hay muchos restos romanos. Una vez llevé a los niños al museo.

—Sí, es un yacimiento muy conocido —responde Ruth—, pero este templo es interesante por varias cosas. Aunque es de estilo romano, Dan situaba su construcción después de que se fueran los romanos de Gran Bretaña. Además, está dedicado a un dios en forma de cuervo.

—A mí no me gustan los pájaros —dice Caz, echando aceite y troceando albahaca—. Creo que vi la peli de Hitchcock a una edad impresionable. No me gusta cómo se juntan en los cables telegráficos. Parece que esperen algo.

—Yo vivo cerca de una reserva de aves —dice Ruth—. A veces son muy bonitos.

Piensa en su antiguo vecino David, que era el vigilante de la reserva. Él se pirraba por los pájaros. El problema lo tenía con los seres humanos.

—¿Los colegas de Dan qué tal? —pregunta Caz—. ¿Colaboran?

Ruth se acuerda de Guy y Elaine en la barbacoa, de lo antipática que estuvo ella y lo posesivo que se mostró él con las excavaciones. También se le aparece Clayton Henry bebiendo champán bajo la luz rosada de la carpa, y mirando cariacontecido su té en el bar de mala muerte.

—Son raros —dice—. Al jefe del departamento lo único que le importa, en el fondo, es ganar dinero con el descubrimiento de Dan. De todos sus colegas hay uno que ha estado muy simpático, y sinceramente afectado por su muerte; el resto me han parecido un poco… no sé… Me he preguntado hasta qué punto querían de verdad a Dan. Quería

preguntarte… ¿Al entierro fue alguno?

Caz se queda en suspenso, con unos piñones en la mano.

—Creo que sí. Había un hombre y una mujer rubia. A ella se la veía muy afectada. Me acuerdo de que me pregunté si sería una novia. No volvió al hotel con los demás. Llegué a pensar que no quería coincidir con la exmujer de Dan.

«Guy y Elaine», piensa Ruth. O Sam y Elaine. ¿Era Elaine la novia de Dan? Puede ser. Es atractiva, aunque sus facciones sean un poco duras. Explicaría su actitud hacia Ruth y lo crispada que estaba en la fiesta. En todo caso, al menos estuvo triste en el entierro. ¿Y Guy, cómo encaja? A juzgar por la rapidez con que acudió a consolar a Elaine cuando estaba llorando, su relación con ella es muy estrecha. ¿Es su novio o solo un admirador?

—¿Y el hombre? ¿Cómo era?

—Ni alto ni bajo, con el pelo rubio. Parecía simpático.

Sam Elliot. O sea, que al entierro de Dan no fueron ni Guy ni Clayton Henry. Y luego dicen que todo el departamento está destrozado… Por otra parte, aunque Clayton asegure que Dan «no tenía enemigos», la policía cree que lo asesinaron. Decide no comentarle nada a Caz.

—Tiene pinta de estar todo buenísimo —dice—. ¿Te puedo ayudar en algo?

Sandy Macleod y Harry Nelson están juntos de nuevo. Son la pareja de polis ideal, digna de protagonizar una serie de éxito. Bueno, para ser exactos, son dos hombres maduros que superan el límite de velocidad en un Ford Mondeo. A la pregunta de Sandy de si quería acompañarlo a hablar con el profesor Henry, de la universidad, Nelson ha contestado enseguida que sí. Quiere averiguar qué le pasó al amigo de Ruth, y le ha gustado la idea de pasar un rato con Sandy, aunque lo que más le urge es alejarse de Maureen.

—Mira que pedirte que trabajes estando de vacaciones… —ha dicho ella—. ¡Qué cara más dura!

—Gajes del oficio —ha contestado Nelson, mientras esperaba en la puerta para poder irse en cuanto apareciera el coche y evitar a toda costa que su madre engatusara a Sandy con una taza de té.

—Te perderás nuestra excursión al Trough of Bowland.

—Ya, ya lo sé. Qué decepción.

Michelle ha mirado a su marido con escepticismo. Lo ha oído hablar por teléfono con Sandy y en ningún momento ha salido la palabra «decepción».

Sandy y Nelson van a toda pastilla por la A583 en dirección a Kirkham. Le gusta cómo conduce su amigo. Hoy en día hay muchos policías jóvenes que han hecho cursos de conducción avanzada y conducen como viejas con sombrero, pero Sandy tiene una falta de

respeto a los límites de velocidad que se agradece.

—Ningún poli de tráfico de esta zona se atrevería a pararme —presume.

A Nelson le gustaría poder decir lo mismo, pero mucho se teme que en Norfolk los polis uniformados (y las mujeres policías) no son tan flexibles. Casi desea haberse quedado en Blackpool y haberse convertido en un machista de tomo y lomo, de los que se pasan las normas por el forro. El traslado al sur lo ha ablandado.

—¿Quién es el tío al que vamos a ver? —pregunta mientras cruzan tan tranquilos por el centro de una pequeña rotonda.

—El jefe del Departamento de Historia de la universidad —dice Sandy—. Era el jefe de Dan Golding, y si pasó algo raro, debería saberlo, aunque te aviso de que la mayoría de estos intelectuales se pasan la mitad del tiempo en otro planeta.

Nelson piensa en Ruth Galloway, que pertenece claramente a esa categoría. ¿Vive en otro planeta? Si bien es cierto que a veces sus prioridades no coinciden —Ruth, por ejemplo, ha inscrito a Katie en una biblioteca, pero aún no ha pensado en colegios—, en líneas generales no cabe duda de que sí es de este mundo. Lo peor es que ahora mismo está en la misma parte del mundo que él. ¿Qué narices hace en Lytham? Sabiendo que la muerte de Dan se está tratando como sospechosa, ¿cómo se atreve a poner a su hija cerca de donde está investigándose un asesinato? Nelson echa pestes en silencio, mientras ve pasar el campo como una exhalación.

El molino los pilla a los dos por sorpresa.

—¡Me cago en la leche! —dice Sandy, y frena de golpe en la grava de la entrada—. ¿Puede ser que viva aquí?

—Parece salido de un minigolf —dice Nelson, que justo ayer estuvo jugando en uno con su hermana mayor, Grainne, y la familia de ella.

—Debe de costar una pasta —dice Sandy—. ¿Cuánto cobran estos profesores?

—No mucho —contesta Nelson, y piensa en Ruth y su casita en el culo del mundo—. Debe de tener una doble vida como estrella del pop, o algo así.

Sin embargo, el hombre que sale corriendo a recibirlos, descalzo por el patio de baldosas, no tiene pinta de estrella del pop. Es verdad que lleva una camiseta que hace que Nelson lo clasifique como «excéntrico y posiblemente gay», pero también tiene unos kilos de más y es un poco nervioso, como se ve en su manera de frotarse las manos y reírse demasiado de los chistes de Sandy sobre el molino.

Sandy le presenta a Nelson.

—Dos inspectores —dice Henry, haciéndose el chistoso—. ¡Qué honor!

—Es una oferta especial —dice Sandy, muy serio—: si compras dos, te sale uno gratis.

Una vez dentro del molino, el profesor Henry los hace subir por una sinuosa escalera de metal que parece tener cientos de escalones. Finalmente llegan a una sala del último piso que describe como su estudio. A Nelson le parece estar viendo uno de esos programas de interiorismo de alto *standing* que le encantan a Michelle. Las paredes son de cristal, y el suelo de madera, muy brillante. No se ve nada que sea práctico, como un escritorio o una silla de oficina. Sandy y Nelson se sientan en unos sofás bajos, y Henry (para gran sorpresa del segundo) en una especie de pelota de playa gigante.

—Es para mi espalda —explica, y salta despacio—. Ergonómicamente perfecto.

—Si usted lo dice… —contesta Sandy—. Bueno, profesor Henry, como le he dicho por teléfono, me gustaría hacerle unas preguntas sobre el difunto Daniel Golding.

Nelson admira su absoluta falta de lo que Judy llamaría «repetición empática». Se limita a sacar una libreta y soltar preguntas a bocajarro. ¿Desde cuándo conocía el profesor Henry a Dan Golding? Desde su incorporación a Pendle, cinco años atrás. ¿Era buen arqueólogo? Buenísimo. Probablemente pudiera haber conseguido un puesto más prestigioso en otro sitio, pero su mujer había encontrado trabajo en Preston y quería trasladarse al norte. (Nelson se solidariza con él. Si se fueron a vivir a Norfolk fue por insistencia de Michelle, y, en el fondo, él nunca se lo ha perdonado.) ¿Golding aún estaba casado? No, llevaba tres años divorciado. Fue muy triste. ¿Novias? Ni idea, pero entra en lo posible, porque era un hombre guapo.

—¿Daniel Golding era popular en el departamento?

Clayton Henry vacila por primera vez. La pelota deja de botar y es como si se desinflara un poco.

—Sí —dice—. Era un encanto de persona. Le caía bien a todo el mundo.

—¿Podría darme los nombres de sus mejores amigos?

—Oiga, ¿a qué viene todo esto? —dice Henry—. La muerte de Daniel fue una tragedia. No tuvo nada de siniestro, ¿no?

A Nelson le parece interesante la elección de las palabras. A su modo de ver, Henry debería haber hecho esta pregunta hace como diez minutos.

Sandy apenas levanta la vista de su libreta.

—Estamos enfocando su muerte como un posible asesinato, profesor.

—¿Qué?

Durante un segundo Henry parece perder el equilibrio, se tambalea mucho sobre la pelota y roza el suelo con los pies. Nelson lo mira con desagrado. Para él, ir descalzo es de mujeres o de niños.

—El incendio de la casa fue provocado —dice Sandy.

—Dios mío…

—Por eso nos interesa saber si alguien le tenía rencor a Golding,

profesional o personalmente.

Ni Henry ni la pelota están ya para brincos. El profesor se levanta y se pone a caminar deprisa alrededor de la sala circular, mientras los inspectores lo observan impasibles.

Al final se para entre los dos y se deja caer en el sofá, al lado de Nelson.

—No se me ocurre nadie que pudiera hacer algo así —dice—. Daniel era muy popular; quizá un poco reservado, pero encantador y de muy buen trato.

—Profesor Henry —dice Sandy—, la Universidad de Pendle ha tenido problemas con la extrema derecha. ¿Hay alguna posibilidad de que Daniel tuviera algo que ver con alguno de esos grupos?

El hombre se ríe. Es la primera vez que suena casi natural.

—¿Daniel? ¡Ni hablar! Era progresista, de los que leen *The Guardian*. Como lo somos todos en el Departamento de Historia.

Nelson piensa en Ruth, que también lee *The Guardian*. Personalmente, él no les ve sentido a los periódicos. Prefiere seguir las noticias por la tele. A Michelle, en cambio, le gusta el *Daily Mail*.

—¿Esa gente de ultraderecha podía tener algo contra Golding? —pregunta Sandy.

—¿Por qué?

—¿Por ser judío, tal vez?

Henry se queda un momento callado.

—No lo sé —dice tras pensarlo—. Son capaces de todo, los muy imbéciles. Pero la mayoría de la gente ni siquiera sabía que Daniel fuera judío. No era practicante. No iba por ahí exhibiendo su judaísmo.

—¿No se negaba a trabajar en *sabbat*? —pregunta Sandy.

Nelson se pregunta si habrá sido una broma, pero Henry se lo toma en serio.

—No, al contrario, casi todas las excavaciones, las de arqueología, ya me entiende, las hacía los fines de semana.

—Profesor Henry —dice Nelson—, ¿es verdad que hace poco Daniel Golding hizo un descubrimiento arqueológico de cierto calado?

Sandy mira a su amigo, sorprendido. Henry, en cambio, contesta con vehemencia.

—Sí. ¿Cómo lo…?

—Tengo mis fuentes —dice Nelson, presuntuoso —. ¿Hubo algún tipo de polémica relacionada con el descubrimiento?

Ahora el profesor sí parece preocupado. Mira a un policía, luego al otro, y luego se mira los pies. Nelson espera. Es muy consciente del poder del silencio, de dejar margen a los sospechosos para que se condenen ellos solos; por eso le irrita bastante que intervenga su colega.

—Responda a la pregunta, por favor, profesor Henry: ¿hubo alguna polémica relacionada con el descubrimiento arqueológico en cuestión?

El hombre se pasa una mano por la cara.

—Los del grupo de ultraderecha del campus —dice— son unos racistas y unos idiotas; entre todos no suman ni una neurona, pero hay un subgrupo, una especie de sociedad secreta, que se hace llamar la Mano Blanca y que está obsesionada con la historia, en especial con el rey Arturo.

—¿El rey Arturo? —repite Sandy.

—Sí, es lo que creía haber descubierto Dan: la tumba del rey Arturo.

Sandy y Nelson se miran.

—Pero ¿no se supone —dice el primero— que está enterrado en algún lugar de Cornualles?

—Hay todo tipo de leyendas —aclara Henry—, y algunas vinculan a Arturo con esta zona, la frontera norte. El caso es que para ese grupo el rey Arturo es algo especial

—¿Algo especial en qué sentido? —pregunta Sandy con tono de impaciencia.

En otros tiempos, Nelson también se habría impacientado, pero su colaboración con Ruth lo ha vuelto más tolerante.

—Lo consideran el gran héroe inglés. —El tono de Henry sigue siendo de miedo—. Lo llaman el Rey Blanco, el Alto Rey. No les gustaría que lo vincularan con los romanos. A los romanos los ven como extranjeros, invasores. Y Dan descubrió la tumba en Ribchester, un famoso yacimiento romano.

—¿Y Golding recibió algún tipo de presión del grupo ese que comenta, la Mano Blanca? —pregunta Sandy.

—No lo sé —contesta el profesor, abatido.

Nelson se pregunta si dice la verdad.

—¿Conoce el nombre de alguien relacionado con el grupo?

—No, lo llevan todo en el mayor de los secretos. En sus apariciones públicas, como manifestaciones y cosas así, siempre se cubren con máscaras.

—¿Estarían al corriente del descubrimiento de Daniel Golding?

Clayton Henry hace un esfuerzo por aligerar el tono.

—Ya sabe usted cómo son las universidades. Los secretos nunca duran mucho.

—No, no sé cómo son las universidades —dice Sandy—. A duras penas acabé la secundaria con un grado en Arte y Metalistería. Entonces, ¿cree que alguien de la sociedad secreta pudo haberse enterado de que Daniel Golding había descubierto la tumba perdida del rey Arturo?

—Es posible —dice Clayton Henry con tristeza.

—¿Y es posible que uno de los de la Mano Blanca matara a Golding?

—No, no me puedo creer que alguien hiciera algo así.

—Pues mejor que se lo crea —dice Sandy con brutalidad—. Daniel Golding murió por inhalación de humo. La puerta de su casa estaba cerrada con llave por fuera.

Henry se tapa la cara con la mano.

—No siga.

—¿Ha visto alguna vez un muerto en un incendio? —pregunta Sandy —. Es una manera bastante horrible de morir.

Al profesor le tiemblan los hombros. Nelson se pregunta si está a punto de venirse abajo. Es evidente que Sandy ha pensado lo mismo, porque entra a matar.

—Profesor Henry, ¿sabe usted algo de la muerte de Dan Golding?

No dice nada, pero sí resuena en el aire otra voz.

—¿Se puede saber qué pretenden?

Los dos policías se giran y ven entrar a una mujer alta, seguida por un perro pequeño y peludo. La mujer se acerca corriendo a Clayton Henry y le pasa un brazo por la espalda.

—Tranquilo, Clay, no pasa nada.

Al percibir la tensión, el perro se pone a ladrar como loco. Nelson ve que a Sandy le tiembla el pie por las ganas de pegarle una patada.

—¿Qué está pasando aquí?

La mujer levanta la vista. Pese a lo informal de su atuendo, es muy atractiva, una de esas bellezas clásicas que no necesitan adornos. Nelson calcula que tendrá poco más de cuarenta años. ¿Es la asistente personal de Henry? ¿Su psicóloga?

—Soy Pippa Henry —dice la visión—, la mujer de Clayton. ¿Pueden decirme qué pasa, por favor?

Los inspectores se miran. Está claro que Clayton Henry es algo más que un hombre descalzo que da saltos sobre una pelota. Aparte de vivir en una especie de casa piloto de lujo, también tiene una mujer de diseño; una claramente enfadada que coge al perro en brazos mientras le lanza a Sandy una mirada fulminante.

—Soy toda oídos.

—Somos policías —dice Sandy con frialdad—, y estamos investigando la muerte de Daniel Golding.

Enseña su placa.

—¿Y qué tiene que ver eso con Clay? Se quedó destrozado con la muerte de Dan.

—Estamos siguiendo varias líneas de investigación —dice Sandy.

—Pues tendrán que volver otro día. A menos que quieran detenerlo, claro. ¿No se dan cuenta de lo alterado que está? Lleva mucha tensión acumulada.

El policía hosco y la mujer esbelta como un galgo se miran un segundo con hostilidad. El perro suelta un solo ladrido estridente. Al fondo, Clayton llora en silencio.

—Volveremos otro día —dice Sandy.

16

Por la tarde llueve mucho. Por eso, cuando Ruth anuncia por segunda vez que se tiene que ir, Caz se ofrece a llevarla en su coche. Ruth, cansada y con el estómago demasiado lleno, acepta con gratitud, lo cual no quita que haya sido un buen día. Después de la comida ha llegado Pete con los niños: Ashley, Becky y Jack. Superada la impresión de que Ashley mida casi un metro ochenta, ha tenido que reconocer que se portan muy bien y que han estado muy atentos con Kate. Quizá es lo que ha querido siempre su hija, tres niños mayores que se lo consientan todo.

—Les va bien —ha dicho Caz—. Nunca están con niños tan pequeños.

Ruth la admira por su trato jovial y autoritario con los niños, que a los dos segundos de entrar en la casa ya se habían cambiado de ropa y estaban jugando a trenes con Kate en la alfombra de la sala de estar.

—Te dejo a ti a cargo, Ash —ha dicho Caz—. Los adultos queremos estar un poco a solas.

Caz, Pete y Ruth se han sentado en la cocina a beber vino blanco y a hablar de la vida, los niños, el trabajo y si ha empeorado todo desde los ochenta.

—¿Y la música? —ha dicho Pete—. Hoy en día solo hay pop prefabricado. Entre *Factor X* y todo lo demás…

—Bueno, en nuestra época teníamos a Kylie Minogue y Jason Donovan —ha contestado Ruth—. Tampoco era todo de color de rosa.

—Ya, pero también estaban Adam Ant y Boy George —ha dicho Caz —. Hay que ser justos.

—¿Os acordáis —ha intervenido su marido— de cuando Dan dio esa fiesta y todo el mundo pensó que vendría Boy George?

—Era amigo de la hermana de Dan —ha dicho Caz—. Ella conocía a muchos famosos.

Ha sido así toda la tarde. Dan ha estado muy presente en la conversación y siempre con afecto, pero no se han dejado llevar por la nostalgia. La presencia de Ruth en el gélido norte, sentada en una cocina de última tecnología, se debía justamente a Dan, pero no ha habido comentarios al respecto. Todos han dicho que estaban muy contentos de volver a verse, sin subrayar que, de haberlo querido, hace más de veinte años que podrían haber organizado el reencuentro. Lo que ha traído a Ruth a Lancashire han sido el fuego y la muerte. Esas palabras, sin embargo, tampoco han estado en boca de ninguno de los tres.

Ya en el reluciente 4x4 de su amiga, con Kate medio dormida en la

parte de atrás, Ruth, a pesar de todo, sabe que hay algo que no puede callarse.

—¿Fleetwood queda muy lejos?

Caz la mira.

—Unos veinte minutos. ¿Quieres ver dónde… quieres ver la casa de Dan?

—Sí, por favor.

Van casi en silencio por la costa, dejando atrás Blackpool, la bola gigante de espejitos y la montaña rusa que llega hasta el cielo. A pesar de la lluvia, en la Golden Mile hay familias con algodón de azúcar y juguetes de peluche de colores chillones ganados en las máquinas tragaperras. El espigón norte marca un nuevo cambio en el paisaje, dominado en adelante por largos y ventosos trechos de hierba y mar gris. En Fleetwood, el mar forma un estuario con barcas en la arena, muy por encima del agua. Ven hoteles victorianos cerrados, astilleros en desuso y casas de ladrillo rojo.

Ruth sabe por sus lecturas sobre Ribchester que en su día Fleetwood fue un puerto muy activo. De hecho, es muy posible que enlazase con Ribchester por la calzada romana. En esta tarde lluviosa, sin embargo, no parece que enlace con ninguna parte. Da una imagen de cansancio, como su hija, que duerme como un tronco en la antigua sillita de Jack.

Caz se mete por una callejuela y frena de golpe ante una hilera de casas con guijarros en la entrada. Nada de lo que se haya imaginado Ruth podría haberla preparado para algo tan horrible. La casa del medio de la hilera ha quedado reducida a un muñón negro, con las ventanas rotas y la puerta cubierta de tablones. Hay manchas de hollín en las paredes y falta la mitad del techo. Piensa en Dan atrapado en su interior, asfixiándose por culpa del humo y respirando su último…

—¿Estás bien? —pregunta Caz.

—Sí —contesta ella, secándose los ojos—. Es que estaba… pensando.

—Te entiendo —dice Caz—. El día que supe la noticia pasé en coche por delante. Aunque oigas la palabra «incendio», nunca te imaginas lo destructivo que puede ser el fuego.

—¿Por qué no saltó por la ventana? —pregunta Ruth—. Con lo pequeña que es la casa…

—Su padre, en el entierro, me dijo que la ventana del dormitorio no se abría —dice Caz—. Lo que no entendía nadie era que no hubiera salido. Lo encontraron justo al lado de la puerta. Supongo que el calor era demasiado intenso.

Ruth se acuerda de que Nelson le dijo que la puerta estaba cerrada con llave desde fuera. Se imagina a Dan aporreándola mientras perdía poco a poco la conciencia. Alguien metió trapos empapados de gasolina por el buzón. El corazón candente del incendio debió de ser el recibidor. ¿Supo Dan, al huir desesperadamente de las llamas, que no se salvaría de la muerte? ¿Supo que alguien lo estaba matando?

—¿Nos vamos? —dice Caz con suavidad.

Ruth asiente. Mientras su amiga da media vuelta, con la dificultad añadida de que el coche tiene el tamaño aproximado de un tranvía como los de Blackpool, Ruth se gira hacia la casa y ve entrar por la puerta de al lado a dos personas, un hombre y una mujer. Son bastante jóvenes y llevan vaqueros y cazadoras. Por alguna razón, piensa que quizá los conozca. Solo a medio camino de Lytham comprende quiénes eran: Elaine y Guy. Mucho *Retorno a Brideshead*, pero resulta que viven en una callejuela descuidada, junto a los restos de un incendio.

—¿Bueno, qué? —dice Sandy mientras efectúa un adelanto, acompañado por un breve toque de bocina. Su manera de conducir sigue siendo la misma, aunque la lluvia haya reducido casi a cero la visibilidad—. ¿Qué te ha parecido el profesor Henry?

—Esconde algo —dice Nelson.

—Pues para la noche del incendio tiene coartada. —Lo han sabido por boca de Pippa Henry, durante un gélido intercambio de palabras en el umbral—. Se ve que estuvo toda la noche con su mujer.

—Que es de armas tomar, por cierto, la señora —dice Nelson.

—Ni que lo digas. ¿Cómo puede haber acabado un pelagatos como el profesor con una mujer así?

—A algunas mujeres guapas les gustan los hombres feos —dice Nelson—. Fíjate en Michelle y yo.

—Ya, pero, aunque seas feo, no eres un pelagatos con un suéter rosa.

—Gracias.

—Clayton Henry tiene miedo de algo —continúa Sandy—. Quizá de su mujer, o de los tarados de la Mano Blanca, o de algo totalmente distinto.

—¿Qué sabes de la Mano Blanca?

—No me suena de nada —reconoce Sandy—. A lo mejor lo sabe mi sargento, Tim, que es quien ha trabajado en todo el tema de los grupos radicales de extrema derecha. En general, los investigados se ajustan al perfil más previsible: gente justita de ingresos y de formación, y enfadada por la inmigración y la falta de puestos de trabajo. Ten en cuenta que por aquí hay zonas bastante desfavorecidas.

Nelson mira por la ventanilla. Ya han llegado a las afueras de Blackpool. A él nunca se le había ocurrido que fuera una zona desfavorecida, pero no se puede negar que las hileras de adosados sórdidos no lucen mucho bajo esta fuerte lluvia.

—Pero los problemas de estos últimos tiempos en la universidad son otra cosa —dice Sandy, que ha puesto los limpiaparabrisas al máximo—. Se han dicho cosas muy fuertes y amenazadoras, y hay mucha violencia latente.

—¿Y lo del rey Arturo? ¿Ya te habías encontrado con algo parecido?

—No, eso tengo que reconocer que es una novedad, aunque de esos imbéciles no me sorprende nada. Tienen héroes la mar de variopintos: Hitler, Enoch Powell, Boudica, Astérix el Galo…

—¿Astérix? ¿No era francés?

—Bueno, pero plantó cara a los romanos, ¿no? Te digo yo que son capaces de adorar a cualquiera, hasta a los franceses.

La imagen de la horrible casa ennegrecida no se le va de la cabeza en el resto del día. Cuando llega, Cathbad aún no ha vuelto, y sigue lloviendo. Kate se despierta nada más entrar y, privada de sus compinches adolescentes, adopta un mal humor al que no está dispuesta a renunciar. Ruth tuesta pan para las dos (descarta de antemano, por cansancio, cualquier tentativa *gourmet* en la línea de Cathbad) y se prepara para la rutina de acostarse. Durante el baño, la cría se anima un poco (le encanta el agua, sea o no por ser Escorpio), pero en cuanto entran en el dormitorio empieza a poner morros. Ruth la acuesta en la cama de matrimonio, le da un biberón y le lee interminables aventuras multilingües protagonizadas por Dora la Exploradora. Kate aguanta un rato mientras la mira con sus grandes ojos oscuros, tan parecidos a los de su padre, pero rompe a llorar en el momento mismo en que Ruth cierra el libro y se dispone a salir del dormitorio. Al final, se acuesta al lado de su hija. La lluvia aporrea las ventanas con tal fuerza que casi parece que tiemble la casa. Por una vez, se alegra de tener vecinos cerca. Ve a través de las cortinas el resplandor naranja de las farolas y oye coches. Si estuviera en la marisma, la acompañarían solo el viento y la lluvia. Y *Sílex*, claro. Se pregunta cómo estará. Podría mandarle un mensaje a Bob.

Mira a su pequeña. Se le ha caído de las manos el biberón y su respiración parece más pesada. Ruth se incorpora muy despacio, intentando ser ingrávida, y baja los pies al suelo. Kate murmura sin despertarse. Deja encendida la luz de la mesita y sale de puntillas para buscar el móvil. ¿Dónde se lo habrá dejado?

De noche, la casa, tan pequeña y coqueta, se percibe de otro modo, con muebles que se ciernen sobre Ruth o aparecen en los sitios más extraños. «Esta estantería no estaba», se dice, frotándose las espinillas. Piensa en la morada de Dame Alice, la casita blanca en la hondonada. ¿Habrá decidido Cathbad quedarse a dormir con Pendragon? Se lo habría dicho. Sí, lo más probable es que le haya enviado un mensaje al puñetero móvil. ¿Dónde narices está? Entra en la cocina, que aún huele a pan tostado, y se come un trozo de corteza húmeda que no ha querido Kate. «Para de comer —se dice con severidad—. Si estás un año sin comer, puede que te quedes como Caz.» Lo que ocurre es que nunca le ha parecido que estar delgada compense el pasar hambre. Es una de las razones de que pese casi ochenta y tres kilos.

Se queda quieta. En el piso de arriba ha crujido un tablón. ¿Puede haber sido Kate? En esta casa no hay barrera protectora, y Ruth siempre tiene miedo de que su hija se despierte por la noche y se caiga por la escalera. Sube a asomar la cabeza en el dormitorio principal. La niña duerme profundamente con los brazos en cruz. El biberón está en el suelo, goteando leche. Lo recoge y va al cuarto de Cathbad sin saber muy bien qué espera, pero la cama está bien hecha, con su edredón rosa de flores, y las bailarinas de papel la observan recatadas desde la pared. No hay ropa en ningún sitio. Cathbad debe de haberlo guardado todo en el pequeño armario de debajo del alero; no como Ruth, que aún tiene la mitad de sus cosas en la maleta. Al lado de la cama hay un libro. Lo coge. Se titula *Hechizos malévolos. Historia de las brujas de Pendle y su magia*. En la portada hay un caldero y un gato negro. Al dejarlo a toda prisa donde estaba, se le cae una foto. La coge e intenta no mirar, pero ya ha visto quién sale: Judy en la playa, con el pelo suelto y un aspecto muy poco policial. Vuelve a meter la foto en el libro y baja. ¿Dónde está su amigo? ¿Se habrá perdido por los infinitos vericuetos del bosque de Pendle? ¿Se ha topado con algún aquelarre? En ese caso, lo más probable es que no vuelva hasta mañana.

¡Menos mal! Su móvil está abajo, en el bolsillo de su impermeable. Abre los mensajes.

Solo hay uno. Es una canción infantil de las de toda la vida.

«Mariquita, mariquita, / vete a casa volando, / que se está quemando, / y ya no está tu hijita.»

Se queda petrificada en el recibidor, viendo la casa en ruinas, con sus ventanas como órbitas vacías. Piensa en Dan, también en su recibidor, desesperado por abrir la puerta. Da media vuelta y sube corriendo. Kate aún duerme. Apaga la lámpara de la mesita de noche, porque las bombillas pueden sobrecalentarse y las casas incendiarse. En el mismo momento su móvil se enciende.

Un mensaje nuevo.

«No apagues la luz.»

Se acabó. Llama a Nelson.

17

Cathbad y Nelson, que han llegado a la vez, hablan un rato en el umbral antes de que Nelson irrumpa en la casa y tome el mando. Lo primero que hace es subir corriendo al piso de arriba para comprobar que Kate esté bien. Luego tiende la mano para que Ruth le dé su móvil.

—¿Puedes localizar los mensajes? —pregunta ella.

—Sí —dice él—. Cada móvil tiene un número de identificación que se transmite al hacer una llamada. Si tengo el número, puedo rastrear la llamada hasta su origen. Así tendremos una ubicación geográfica.

—¿Y puedes averiguar de quién es el móvil?

—La ley nos permite obligar a los operadores a facilitarnos ese dato. Solo funciona si es una línea de contrato, claro, y si la persona en cuestión tiene un poco de cerebro, estará usando un móvil de prepago.

Ruth espera sinceramente que el autor del mensaje sea un descerebrado.

—Tiene que estar cerca —dice—. Lo de apagar la luz… yo acababa… yo acababa de apagar la de Kate.

—Le pediré a Sandy que mande una patrulla por la zona —dice Nelson con un tono que pretende ser tranquilizador, en contraste con su manera de bajar las cejas, que no anuncia nada bueno.

Saca su móvil y hace una llamada rápida. Ruth oye las palabras «rastreo… uniformes… protección». Se gira hacia Cathbad e intenta sonreír.

—Bienvenido.

—¿Qué pasa?

—Es que me han estado mandando unos mensajes.

Le explica lo de los mensajes misteriosos. Nelson, al fondo de la habitación, está que trina.

—¿Me estás diciendo que los recibes desde hace semanas y no habías dicho nada?

—Creía que solo querían asustarme.

—Pues deberían haberlo hecho. ¡Por amor de Dios, que te han estado amenazando! ¿Y Katie? ¿No has pensado en su seguridad?

—¡Pues claro que sí! —se exalta Ruth—. Estoy con ella a todas horas, no como tú. Es mi prioridad número uno. La única.

Nelson abre las manos en señal de rendición.

—Vale, vale. Sandy ha mandado a un par agentes para que echen un vistazo. Mientras tanto, vamos a calmarnos todos un poco y a tomarnos un té.

Ruth lo mira mal, pero prepara té. Aunque le moleste la actitud avasalladora de Nelson, tiene que reconocer que con él en la casa se siente más segura. Parece que los muebles han vuelto todos a su sitio. Hasta ha parado de llover. Se hace una calma tensa mientras toman té en el ambiente *kitsch* de la sala de estar, entonces Ruth explica lo de los huesos cambiados, el nerviosismo de Clayton y los mensajes que intentaban disuadirla de venir a Pendle.

—En esa universidad pasan muchas cosas raras —dice Nelson—. Hoy he ido con Sandy a ver a Clayton Henry y nos ha contado que en el campus hay un grupo, una especie de sociedad secreta, que se llama la Mano Blanca, y que por lo visto está obsesionada con el rey Arturo.

Cathbad hace un ruido. Nelson se gira a mirarlo.

—¿Los conoces? —pregunta medio en broma.

—A ese grupo en concreto no —dice Cathbad, que parece un poco incómodo—, pero hay unos druidas que se han bautizado como neopaganos y tienen unas ideas muy radicales. Adoran al rey Arturo y veneran a los dioses nórdicos, pero la cosa va más allá: creen que los nórdicos en sí, los blancos de raza aria, son superiores.

—Vaya, que son unos racistas —dice Nelson.

—Sí, racistas son —contesta el otro, impacientándose—, pero es más complicado. Lo han mezclado todo, lo pagano y lo nórdico, y lo han convertido en una mezcla muy potente. A cualquier persona que discrepe de ellos le echan una maldición. Hay mucho secretismo y mucho miedo.

—¿Tienes algo que ver con ellos? —pregunta Nelson.

—No, pero sé que existen. Cualquiera que se mueva en el círculo druídico… —(Ruth ve que Nelson se aguanta la sonrisa)—. Cualquiera que se mueva en ese ambiente los conoce. Yo no les gusto porque soy irlandés, celta, y encima tengo amigos de color. Me relaciono mucho con los indígenas australianos, por ejemplo. En mi caso, lo importante es el espíritu, no el color de la piel.

—Muy noble —dice Nelson—, pero sabes más de lo que cuentas.

Cathbad suspira.

—Pendragon… Tienen contacto con él desde que llegó al norte.

—¿Qué entiendes por «contacto»?

—En Pendle hay un grupo neopagano que supongo que se trata de esos que dices de la Mano Blanca, y creo que al principio Pendragon los veía bastante. Él no es racista, pero le encanta todo lo nórdico. También… —Mira a Ruth—. Le apasiona el rey Arturo. Bueno, ya se nota por el nombre que se ha puesto.

—Uther Pendragon —dice ella.

—¿Y ese quién es? —pregunta Nelson.

—Según algunas fuentes, el padre del rey Arturo —responde ella, que ha estado leyendo sobre el tema—. Uther era un caudillo del siglo v que supuestamente derrotó a Hengest, el cabecilla sajón, y se convirtió

en rey de Gran Bretaña. En esa época se peleaban todos: pictos, celtas, sajones…

—Pendragon vivió en Irlanda —dice Cathbad—, así que a los celtas está acostumbrado, pero a algunos de los otros les va lo de la pura sangre inglesa. Chorradas, claro. La pura sangre inglesa no existe.

—Y el tío ese… Pendragon, o como se llame… —dice Nelson, que tiene ascendencia irlandesa y (según su madre) española—. ¿Te ha comentado algo sobre una campaña contra Dan Golding?

Cathbad vacila.

—No —contesta—, pero hoy, cuando he ido a verlo, ha pasado otra vez lo mismo, Ruth. Ha aparecido en la puerta con una escopeta. Me ha dado la impresión de que tenía mucho miedo.

—¿Te ha explicado por qué? —pregunta Nelson.

—No —responde el druida—. Yo creo que al principio se mezcló con ese grupo, pero que luego se apartó, no sé si porque proponían recurrir a la violencia o porque les dio por lo del odio racial. Pendragon es un trozo de pan. No mataría ni una mosca. Yo creo que tiene miedo de que vayan a por él e intenten castigarlo por haberlos dejado. Hoy, al llegar, me lo he encontrado quemando hierbas, haciendo sacrificios e intentando dibujar un círculo de protección alrededor de la casa.

—¿No se le ha ocurrido nunca que podría ser más eficaz llamar a la policía? —pregunta Nelson.

Cathbad sonríe.

—A la policía no le tiene demasiada afición. Es otro punto en común entre los druidas.

Nelson frunce el ceño, pensando quizá en las circunstancias de su primer encuentro con Cathbad.

—¿Pendragon te ha dado algún nombre —pregunta—, o algo que pueda ser útil?

—No. Lo que me ha comentado es que al frente del grupo parece que hay un hombre que se hace llamar el Archimago.

—Pero supongo que él no tiene ni idea de quién es, ¿verdad?

—No. Lo ha visto, pero va siempre enmascarado.

—Típico —dice Nelson—. Bueno, pues nada, será cuestión de ir a ver al Pentangle ese.

—Pendragon —le corrige Cathbad, afable.

—Como se llame.

—Te acompaño —se ofrece—. Será más seguro, porque Pendragon conoce magia antigua.

La respuesta de Nelson, que contiene la palabra «carajo», no llega a su destinatario, porque justo entonces aparecen refuerzos en forma de dos policías jóvenes. Tienen un acento tan marcado que Ruth a duras penas los entiende. Se da cuenta de que también a Nelson le cambia la voz al dirigirse a ellos. El inspector les pide que miren por los alrededores de la casa por si hay señales de alguien merodeando. Ruth

se fija en que, a pesar de que en Blackpool Nelson carezca de cualquier autoridad, los dos policías obedecen de inmediato con la misma mezcla de respeto e intimidación que recibe de sus hombres en Norfolk.

—Bueno —dice él—, subo a ver a Katie y me marcho.

—¿Qué le has dicho a Michelle? —pregunta ella.

—Nada, que era algo de la policía. Ya está acostumbrada. La que se ha metido conmigo es mi madre. Se ve que irse de casa mientras ponen su serie favorita está castigado con la pena de muerte.

Tras dejarlo unos minutos a solas con Kate, Ruth se reúne con Nelson en el piso de arriba. Está en el dormitorio, mirando a su hija dormida. Al girarse tiene los ojos llorosos.

—Está creciendo.

—Sí —dice Ruth mientras evita mirarlo—. Dentro de poco cumplirá dos años.

—Qué rápido… Cuídala, Ruth.

—Tranquilo.

—¿Cathbad dónde duerme? —pregunta en el rellano.

Mientras se aguanta las ganas de decirle que no es cosa suya, Ruth le enseña el cuarto de Cathbad, cuya visión, por algún motivo, alegra visiblemente a Nelson y provoca que se ría a carcajadas de las bailarinas.

—Chico —le dice a Cathbad en la puerta de la casa, mientras se dan la mano—, tienes una habitación digna de una princesa.

—A mí el *ballet* me gusta. Serena mucho el alma.

18

—¿O sea, que tienes un amigo mago?

Nelson suspira. Le está costando mucho explicarle a Sandy su relación con Cathbad. De hecho, le cuesta explicársela hasta a sí mismo.

—No es mago —dice—. Es más bien como un druida.

—¡Un druida! —Sandy se ríe con ganas—. Me parece que has estado demasiado tiempo en Norfolk, macho.

El sargento de Sandy, un joven callado que se llama Tim, se inclina hacia delante.

—Va muy bien tener a alguien metido en el grupo.

Pese a agradecer su intervención, Nelson se siente obligado a proteger el buen nombre de Cathbad.

—No es que esté metido, exactamente. A él no le van nada esas cosas. Ha oído hablar de ellos, pero nada más.

—Ya, pero el amigo ese que tiene, Pendragon… Por cierto, ¿no podrían tener nombres normales? El Pendragon ese… ¿sí que estuvo en el grupo?

—Cathbad cree que sí. A él le parece que tiene mucho miedo de que los de la Mano Blanca se venguen de él por haberse ido de la organización.

—¿Del nombre real de Pendragon se sabe algo?

Nelson saca un papel.

—Norman Smith —dice muy serio.

Sandy se troncha de risa. Hoy parece de muy buen humor. Tim, en cambio, asiente con solemnidad. Seguro que ha ido a los típicos cursos donde enseñan a los policías a no reírse de los nombres.

—Investígalo, ¿vale, Tim? ¿Y Cathcart, o como se llame? ¿Cuál es su verdadero nombre?

—Michael Malone —dice Nelson, sin saber por qué lo incomoda un poco pronunciarlo—. Es un viejo conocido de la policía, aunque nunca lo han condenado por nada.

—Conocido de la policía —dice Sandy—. ¿Qué pasa, que es un confidente?

«No, a menos que cuente la información sobre las auras, los signos del Zodíaco y los rituales paganos estrambóticos», piensa Nelson sin decirlo en voz alta.

—No, pero ha sido de ayuda en más de un caso.

Si no le fallan las cuentas, él le salvó la vida a Cathbad una vez. Y este dice habérsela salvado a él, aunque Nelson no puede asegurarlo,

porque estaba inconsciente. De lo que no cabe duda, en cualquier caso, es de que ha ayudado a la policía. Una vez guio a Nelson a oscuras por tierras inundadas muy peligrosas. Otra lo acompañó en un viaje angustioso por un río, mientras seguían a un loco con un arma de fuego. A pesar de las apariencias, Cathbad responde bien en los momentos críticos. A pesar de todo, Nelson no se ve capaz de explicárselo a Sandy.

Por suerte, su respuesta parece haber sido aceptada.

—Bueno —dice Sandy, y junta las manos sobre la barriga—, supongo que será cuestión de ir a ver a Norman Smith, alias Pendragon.

Nelson cambia de postura, incómodo. Es consciente de que necesita tener tacto, un concepto que siempre le resulta un poco ajeno.

—He pensado que sería mejor que fuéramos Cathbad y yo solos —dice—. Quizá le saquemos más cosas.

En la mirada penetrante que le lanza su amigo, Nelson vislumbra al poli duro que se esconde bajo la apariencia afable de antiguo camarada.

—Vale —dice Sandy al final—, pero no estás oficialmente en el caso. Ve a verlo y prepara el camino para que podamos ir después Tim y yo.

—Buena idea —dice Nelson.

—Estupendo. —Parece que Sandy vuelve a relajarse—. Tim, ¿tienes la lista de nombres? Tim ha estado investigando sobre actividades neonazis en la universidad —explica—. Teniendo en cuenta lo difícil que es que pase desapercibido, la verdad es que lo ha hecho muy bien.

Se ríe a carcajadas. Tim, que es negro, sonríe con educación. Nelson se pregunta si no le molesta el chiste, o si ha aprendido que en este trabajo no se puede ser muy susceptible. Otro elemento que quizá predisponga a Sandy contra él es que tiene un título universitario, aunque a Nelson le parece que la relación laboral entre los dos es buena.

El sargento saca una lista y la deja encima de la mesa.

—Aquí están los nombres de todas las personas vinculadas a la universidad que han tenido algún tipo de contacto con grupos de extrema derecha.

—¿Incluidos los masones? —pregunta Nelson.

Tim no sonríe. Puede que él lo sea, como Dave Clough, el sargento de Nelson.

—Incluidos los que se han pronunciado a favor del National Front —continúa el joven—, los que han sido amonestados en manifestaciones, los que nos han mandado cartas, o las han mandado a la prensa, y los que han sido condenados por algún delito de tipo racista.

Nelson mira la lista.

—Este tiene nombre extranjero —dice—. ¿Qué pinta en el National Front?

—Ya le digo que muy listos no es que sean —dice Tim.

—Lo cual no quita que sean peligrosos —contesta Sandy—. ¿Aparece alguien vinculado a Dan Golding?

—Hay una mujer que estudió en el Departamento de Historia —dice

Tim mientras señala la lista—. Se graduó hace siete años.

—Ah, pero ¿también hay mujeres fascistas? —pregunta Sandy.

—Parece que sí —dice el joven—. Esta se llama Philippa Moore.

—¿Qué hizo?

—La detuvieron durante una marcha por los derechos de los gays, por lenguaje ofensivo.

—O sea, que no le gustan los gays. —Sandy se gira otra vez hacia Nelson—. ¿Tú crees que Golding podía ser gay?

—A Henry no se lo parecía, y Ruth… mi amiga… está segura de que no.

—Otra de las amigas misteriosas de Harry —dice Sandy—. Es la que ha estado recibiendo mensajes amenazadores, ¿no?

Sandy ha dado orden de rastrear el número que le dio Nelson. Las llamadas proceden de la zona, pero la identidad del dueño del teléfono es un misterio. A Nelson lo inquieta un detalle: que la última llamada la hicieran desde Lytham, muy cerca de la casa alquilada por Ruth. Nelson también ha pedido protección para ella, y Sandy (pese a su escepticismo) ha accedido a mandar una patrulla cada noche.

—Pues sí que apoyas a esta chavala, ¿no?

—Es que es madre soltera. No tiene a nadie que la ayude —ha dicho Nelson—. Tú harías lo mismo. Es arqueóloga forense y vieja amiga de Golding. Henry le pidió que viniera a ver los huesos que había encontrado su amigo.

—¡Pero si eran falsos! ¿No me lo has dicho tú? —pregunta Sandy.

Nelson vuelve a explicarle que proceden de dos esqueletos distintos.

—¿Está segura? —pregunta Tim.

—Si lo dice ella, es prácticamente seguro —dice Nelson—. Sabe lo que se hace.

—¿Y por qué iba a cambiar alguien los huesos? —pregunta Tim—. Eso es que tenían miedo de lo que ella pudiera descubrir. ¿Qué podría ser?

—Los arqueólogos deducen todo tipo de cosas de los huesos —dice Nelson—. Te sorprenderías. Pueden decirte la edad que tenía esa persona, lo que había cenado, dónde vivía…

—O sea —dice Tim, pensativo—, que esos huesos contienen algo importante, algo que alguien no quiere que sepamos.

—¿Tu amiga tiene alguna idea de lo que pasó con los huesos originales? —pregunta Sandy.

—No —dice Nelson—, y parece que Clayton Henry tampoco. Llevaron los huesos directamente al laboratorio de la policía, sabiendo que el descubrimiento podría ser polémico. De todas formas, Golding se quedó con algunos dientes originales para hacerles pruebas. Ruth está buscando los resultados, y si los encuentra puede que nos den alguna pista.

—La mayoría de sus papeles se quemaron —dice Tim—. Estaban en

un escritorio de la sala de estar y no quedó absolutamente nada de la planta baja. También busqué en su despacho de la universidad, pero sobre la excavación no había ni rastro. Supongo que estaba todo en su portátil.

—¿Hay alguna posibilidad de que el ordenador se salvara del incendio? —pregunta Nelson.

—Alguna —conjetura el sargento—. Las habitaciones del piso de arriba no estaban tan afectadas. De todas formas, cuando registramos la casa no encontramos nada.

—Si encontramos el portátil —dice Sandy—, tendremos posibilidades de encontrar al asesino. La persona que se lo llevó tenía que saber que los huesos contenían información importante. Tim, podría valer la pena registrar las casas de sus colegas.

—Sí, jefe.

—También iremos al laboratorio. Quizá sepan algo de los huesos desaparecidos. —Se vuelve hacia Nelson con una sonrisa a medio camino entre la invitación y la advertencia—. ¿Quieres venir, Harry? Estrictamente como observador, claro.

—No, gracias, mejor me voy a casa, que mi madre tiene invitados para el té.

Al volver a la casita rosa, Nelson ve el coche de Ruth delante. Ha aprovechado bien el espacio. Para ser mujer, no aparca mal. Él intenta encajar su coche en un hueco del tamaño de una bicicleta, pero es una pérdida de tiempo y al final prueba en la calle de al lado. Es consciente de que está retrasando el momento de entrar en la sala de estar, pequeña y repleta de gente, y ver a Ruth y Cathbad —acompañados de Kate— en educada conversación con su madre, que ni se huele que tiene de invitada a su propia nieta. Le asalta una emoción tan poco habitual que casi le da miedo: ganas de proteger a su madre. No es justo haberla puesto en esa tesitura. Para ella, otra nieta debería ser motivo de alegría, no un secreto culpable que esconderle. Siente una vaga rabia hacia Ruth por haber venido a Lancashire y haber provocado una situación así; claro que, en honor a la verdad, fue Maureen quien la invitó, porque ella no quería venir. Nelson recuerda la expresión que puso al oír la invitación, y casi sonríe al visualizar su cara de espanto. Si alguien tiene la culpa es Cathbad, por haber congeniado tanto con Maureen y haber venido a hacer de canguro de las putas narices. Llama al timbre.

Le abre Michelle, tan impecable como siempre, con unos pantalones blancos y un top ceñido, también blanco. Nelson siente una oleada de cariño hacia su bella esposa. A fin de cuentas, para ella aún debe de ser peor. Le da un beso en la mejilla.

—Estás guapísima, cariño.

Michelle se pone fuera de su alcance.

—Está aquí Ruth —dice con estudiada inexpresividad.

Nelson mira hacia la puerta de la sala de estar. Oye las voces de Maureen y Cathbad, animadas y cómplices.

—¡Paddy O'Brien! El de la tienda de la esquina, sí, ya sé.

¿Cómo narices se ha vuelto Cathbad tan irlandés de la noche a la mañana? Nelson mira a su mujer, que levanta las cejas y casi sonríe, antes de animarse a abrir la puerta.

Todos se giran a mirarlo nada más entrar.

—¡Papá! —exclama Kate, que está en el suelo, con un tren de juguete que él recuerda de su infancia.

—Se lo dice a todo el mundo —comenta Ruth con una prisa excesiva.

—¡Qué niña más lista! —dice Maureen, admirada—. Tú hasta los dos no decías ni pío, Harry.

—Debía de darte mucha vergüenza tener un hijo tan tonto —contesta él mientras toma asiento en el incómodo sillón que hay al lado de su madre.

Cathbad y Ruth ocupan el sofá. En la mesita están los restos de una merienda por todo lo alto. Maureen ha sacado hasta los tenedores de postre.

—No, qué va, si tonto no eras, Harry —dice amable Maureen—. Lo que pasa es que en el colegio te esforzabas poco.

—A mí me pasaba lo mismo —comenta Cathbad—. Lo que enseñaban en el cole no me interesaba. Yo creo que el aprendizaje de verdad no empieza hasta después de la educación propiamente dicha.

«Lo dice un hombre con dos licenciaturas y que trabaja en la universidad», piensa Nelson mientras coge un trozo de pastel de chocolate. Maureen le da un plato sin girarse.

—No te imaginas la de cosas interesantes que ha estado contando Cathbad sobre el Samhain y la fiesta de los muertos —dice.

No es la primera vez que Nelson se extraña de que su madre, mujer que nunca ha destacado por su tolerancia religiosa, sea tan receptiva a la filosofía New Age, sobre todo en lo que respecta a los difuntos.

—Yo veo mucho al fantasma del tío Declan —añade Maureen—. ¿A que sí, Harry?

—Sí, muy a menudo.

—Eso es que tienes muchos poderes de médium —dice Cathbad.

Maureen está encantada.

—Pues creo que en eso sí que tengo un don —responde con modestia —. Te sorprenderías de lo intuitiva que soy con las personas. Por eso me di cuenta enseguida de que nos llevaríamos bien tú y yo, Cathbad. Y con Michelle… —Levanta la vista hacia su nuera, que en ese momento entra en la sala—. Nada más verla supe que era la chica para Harry.

—Pues yo de intuición creo que voy bastante mal —dice Ruth—. Siempre me equivoco con la gente.

Nelson se pregunta si lo ha dicho refiriéndose a él. ¿Considera que la engañó en algún sentido? La verdad es que siempre ha sido muy claro con ella. Nunca le ha prometido nada. A menos que se refiera a Erik, su antiguo profesor… Está claro que con él se equivocó, como todos.

Michelle se sienta en el sofá y se inclina hacia Kate.

—Cuánto ha crecido —dice.

Es un comentario muy sencillo, pero que hace enmudecer a Ruth, Cathbad y Nelson. A Maureen, en cambio, no hay quien la pare.

—¿A que parece increíble que Michelle tenga hijas mayores? Con lo joven que se la ve… Parecen tres hermanas.

Coge una foto de Michelle, Laura y Rebecca tomada la pasada Navidad, durante una visita a Blackpool.

Ruth coge la foto sin haber recuperado el habla.

—Tres mujeres guapas —dice con galantería Cathbad.

—Ni que lo digas —contesta Maureen—. Y encima las niñas son inteligentes. Van las dos a la universidad. ¿Qué estudian, Harry?

—Laura Biología marina en Plymouth —dice Nelson—, y Rebecca Comunicación en Brighton.

A él le suena todo a chino. Ni él ni Michelle tienen estudios superiores. Se limitan a pagar la matrícula.

—Clayton Henry me dijo que hoy en día está muy buscado todo lo que lleve la palabra «forense» —dice Ruth—. Es por la cantidad de series sobre ciencias forenses que ponen por la tele. Puede que pronto ofrezcan estudios de Comunicación Forense.

—¡No me hables de esas series! —dice Maureen, que no se pierde un episodio de *Testigo silencioso*—. No está bien lo que hacen con los pobres cadáveres.

19

Después de unos minutos en el bosque de Pendle, Nelson piensa en Blackpool con añoranza. Es otro día lluvioso, con nubes bajas sobre los campos. La hierba se ve negra, y los arroyos grises y turbios. Conduce muy lento por las curvas mientras suelta palabrotas cada vez que tiene que parar por las ovejas o las rejas de ganado. Cathbad, a su lado, canturrea tan tranquilo mientras mira con cara de evidente agrado el paisaje plomizo. Se paran en un cruce, con un cartel sobre el que se ha posado un cuervo enorme, negrísimo, que los contempla.

—Muy mal presagio —dice Cathbad.

—Hazme un favor y no me expliques por qué —contesta Nelson, que hace un rato ha rechazado sin mucho tacto la propuesta de oír la historia de las brujas de Pendle: «Te lo agradezco mucho, pero no me apetece oír chorradas sobre el más allá».

Cathbad no se ha ofendido. En cambio, sí parece afectado por la aparición del cuervo.

—Se supone que los cuervos hablan con las voces de los muertos —dice.

—Eso guárdatelo para mi madre —replica el otro, que no le ha perdonado la merienda, que terminó poco antes de las siete.

Maureen le contó a Cathbad todas sus experiencias con el más allá, y él le dio a entender que podía ser una reencarnación de una profetisa egipcia.

—Tu madre es una mujer maravillosa —contesta el druida.

—Si tú lo dices…

Maureen no para de decir que a ver si una noche invitan a cenar a Cathbad y Ruth. Persiste en verlos como pareja («el bebé es clavado a su padre»), y no entiende que no estén casados. A Nelson lo trae loco. Hoy Ruth ha ido a ver a Susan Chow, la arqueóloga del condado, y se ha llevado a Kate, o sea, que será un viaje corto.

—¿Ahora por dónde? —pregunta.

—A la izquierda, hacia Fence.

—Por amor de Dios, pero ¿a quién se le ocurre vivir en un sitio con ese nombre, lejos de todo?

—Al mismo tipo de persona que vive en la marisma —dice Cathbad con una mirada de soslayo llena de picardía.

Nelson no contesta. Aunque no le parezca bien que Ruth viva donde vive (no es sitio para criar a una niña), tampoco le gusta que la critiquen. Además, Ruth no tiene nada que ver con el pirado de

Pendragon.

Llegan al valle de laderas empinadas, con la casa blanca en medio, como la epiglotis de una garganta gigante. Nelson aparca al lado de la verja. Justo cuando van a pie hacia la casa se levanta el viento, que sacude los árboles achaparrados de la montaña. Una siniestra bandada de pájaros pasa por encima, a poca altura.

—¿Por qué coño no hay un camino de entrada normal? —pregunta Nelson.

Por asfalto podría caminar todo el día, pero el campo tiene algo que lo pone nervioso.

—Es que no tiene coche —dice Cathbad.

—Típico.

Esta vez Pendragon no sale a recibirlos escopeta en mano. Quizá le haya dicho algún sexto sentido que con un policía es mala idea. Nelson y Cathbad llegan a la puerta sin contratiempos.

—¡Pen! Soy yo, Cathbad.

Su voz resuena de forma dramática por el valle: «Pen, pen, pen, pen… Bad, bad, bad, bad…».

—Ya sabía yo que no estaría en casa —dice Nelson—. Es lo que pasa cuando no tienes teléfono. Seguro que ha ido a alguna merienda de magos.

Cathbad mueve el pomo. La puerta está abierta. En cuanto la empuja se le echa encima una masa de pelo y músculos.

—Madre de Dios…

Nelson da un paso hacia atrás.

—Tranquilo, que no hace nada —dice Cathbad, sentado en la alfombrilla.

—Ya, ya lo veo —contesta Nelson, algo avergonzado por su reacción.

A él le gustan los perros. Tuvo un pastor alemán que, curiosamente, se llamaba *Max*.

—Hola, colega —dice Cathbad, levantándose—. ¿Dónde está tu amo?

—Por ahí, con las hadas —dice Nelson mientras mira la sala, con su techo bajo y sus atrapasueños que reflejan la luz.

Piensa que es como retroceder en el tiempo, cuando no había televisores ni teléfonos. Si no se equivoca, tampoco hay luz eléctrica. Sus temores se ven confirmados cuando Cathbad enciende una lámpara de aceite para registrar el resto de la casa. El que no está preocupado, por lo visto, es *Cosa*, que se ha echado delante de la chimenea.

Nelson se pone en cuclillas para examinar las brasas. Aún están encendidas. Pendragon no puede andar muy lejos.

Susan Chow es una mujer menuda y pulcra que a Ruth la hace sentirse aún más enorme que de costumbre. Parece que entre ella y Kate ocupen todo el espacio de la pequeña oficina de Susan, situada sobre la

biblioteca del condado. Primero el cochecito se queda atascado en la puerta, y luego es Ruth la que no puede maniobrar para sentarse enfrente de Susan, al otro lado de la mesa. Al final lo consigue, aunque al precio de tirar al suelo un montón de libros y una maqueta de cartón piedra de un recinto de fosos del Neolítico. Deja a Kate en el cochecito con la esperanza de que se entretenga con su libro ilustrado, *El sol, la luna y las estrellas*, un regalo de Cathbad, bastante en plan New Age, que a la niña le gusta tanto que lo lleva siempre encima. Ahora mismo se ha puesto a chupar una página, pensativa.

—Gracias por recibirme —dice Ruth, y vuelve a poner la maqueta en su sitio.

—No hay de qué —contesta Susan—. Siento lo de Dan.

—Yo también.

No sabe qué decir cuando le dan lo que interpreta como el pésame por Dan. No tiene derecho a aceptarlo, porque llevaba casi veinte años sin verlo. Lo único que puede decir es que ella también lo siente.

—Quería preguntarle —dice— por el día en que Dan desenterró el esqueleto en Ribchester. Usted estaba, ¿no?

—Sí —contesta Susan, frunciendo un poco el ceño—. Fue un descubrimiento muy emocionante.

—Ya, ya lo sé —dice Ruth. Aún no le ha explicado a Susan lo de los huesos cambiados, aunque es consciente de que tendrá que hacerlo—. Los huesos los llevaron directamente al laboratorio forense, ¿verdad?

—Sí —responde la mujer como a la defensiva—, después de que yo dictaminase que no hacía falta autopsia. Estaban encerrados dentro de la tumba, para la que teníamos una datación bastante exacta, entre mediados y finales del siglo v.

—Pero ¿lo de mandarlos a un laboratorio especializado era el protocolo normal? ¿Por qué no a la universidad?

Susan pone rectos los bolígrafos de su escritorio.

—A Clayton Henry le pareció que en el laboratorio estarían más seguros. No sé si lo sabe, doctora Galloway, pero desde hace un tiempo en Pendle ha habido disturbios con grupos de ultraderecha que podrían estar especialmente interesados en este hallazgo.

—¿A causa de su posible vínculo con el rey Arturo?

Susan inclina la cabeza.

—Exacto.

—¿Y cómo se habrían enterado?

—Las noticias corren. Ya sabe cómo son las universidades.

Ruth lo sabe, sí. Cuando estaba embarazada se enteraron antes sus alumnos que sus padres.

—¿Usted vio los huesos mientras Dan excavaba? —pregunta Ruth.

Susan pone cara de sorpresa.

—Sí. La excavación propiamente dicha la hizo él, pero con los demás de público.

—¿Los demás?

—Yo, el profesor Henry, su mujer, unos cuantos estudiantes y algunos voluntarios. ¿Por qué lo pregunta?

En vez de contestar, Ruth hace otra pregunta.

—¿Dan comprobó que solo hubiera un esqueleto dentro de la tumba?

Se nota que Susan está cada vez más intrigada.

—Sí, lo vimos todos. El cuerpo estaba en posición supina, con los brazos cruzados sobre el pecho y las palmas en pronación.

—¿Algo más?

—Dan tenía muy claro que era el esqueleto de un varón desarrollado por completo, con toda la dentadura adulta en su sitio. La causa de la muerte no estaba clara. A simple vista no había señales de traumatismo ni de enfermedad. Calculó que tendría unos cincuenta años. No lo sabremos a ciencia cierta hasta que salgan los resultados, claro.

—¿Vio que Dan tomara muestras de dientes y huesos para analizarlas?

—Sí, en el yacimiento mismo.

—¿Y adónde los llevó?

—Supongo que a la universidad. ¿A qué viene todo esto, doctora Galloway?

Ruth le explica con la mayor brevedad posible su descubrimiento en CNN Forensics. La expresión de Susan Chow es de absoluto desconcierto.

—¿Está segura?

—Estoy segura de que había como mínimo dos cadáveres. He mandado muestras para que les hagan pruebas de carbono-14 e isótopos. Así sabré si son de la misma época.

—No me lo puedo creer.

—Profesora Chow —dice Ruth, y mece el cochecito con el pie, porque Kate ha empezado a emitir gruñidos que no anuncian nada bueno—, ¿quién llevó los huesos en coche hasta el laboratorio?

Susan frunce el ceño.

—Creo que uno de los estudiantes.

—¿Guy Delaware?

—Sí, creo que sí.

—¿Lo conoce?

—Solo de vista. Era uno de los alumnos de Dan.

—Guy dice que participó activamente en la excavación. Me la definió como «un proyecto conjunto».

La mujer sonríe con cierta tristeza, como si se acordara de algo.

—Es posible que participase, pero el proyecto era de Dan al cien por cien. Estaba obsesionado. Desde que empezó a sospechar quién podía haber dentro de la tumba, se volvió una especie de poseso.

Ruth, a su pesar, se alegra. Debería estar contenta de que Guy quisiera seguir con la labor de Dan, pero ella misma se extraña de lo posesiva que se siente respecto al proyecto… y respecto al propio Dan.

Se inclina para decirle algo a Susan por encima de Kate, cuya cabeza sube y baja con fuerza.

—¿Sabe si Dan volvió a ver los huesos después de que Guy los dejara en el laboratorio?

—Lo siento, pero eso no se lo puedo decir. Estábamos todos esperando los resultados para dar el siguiente paso.

—¿Sabe a qué laboratorio recurrió Dan para el análisis?

—Pues no, lo siento. Todo eso lo dejé en manos de Dan, que tenía mucha experiencia.

«Pero está muerto», piensa Ruth. Y todo su trabajo ha desaparecido, junto con los huesos que podrían ser del mismísimo rey Arturo.

—¿Alguien hizo fotos de la excavación? —pregunta.

—Dan hizo unas cuantas con su móvil, y yo para el archivo del condado.

—¿Podría verlas?

—Sí, encargaré copias. —A juzgar por su tono, Susan Chow sigue consternada—. He oído que la policía está investigando la muerte de Dan. ¿Cree que podría haber alguna relación?

—No lo sé —dice Ruth—, pero la experiencia me ha enseñado a no fiarme mucho de las coincidencias.

Justo cuando Susan se dispone a responder, Kate pega un grito de rabia, tira *El sol, la luna y las estrellas* desde el cochecito y derriba por segunda vez el recinto de fosos.

A la misma hora en que Kate destroza el despacho de Susan Chow, Sandy y Tim están en la sede de CNN Forensics, hablando con Terry Durkin sobre el cambio de los huesos. Es una situación un poco delicada. Si bien la policía recurre mucho a los servicios de esta empresa, Sandy es contrario a cualquier tipo de externalización, y desconfía de los expertos científicos. Además, para empeorar las cosas, Peter Greengrass, el director de CNN Forensics, es un antiguo jefe de la Policía Científica enemistado desde hace años con Sandy, que en estos momentos se dedica a ofender a Terry Durkin tratándolo como un subordinado. Entre nota y nota, Tim trata de evitar que su jefe siga dirigiéndose a Terry como «Durkin», o como «agente», que es peor.

—Bueno, agente —dice Sandy—, ¿quién le asignó el caso?

—El señor Greengrass —dice Terry.

—Peter, ¿eh? —dice Sandy con mal tono—. ¿Cómo está, el muy soplapollas?

—Muy bien —contesta el otro—. Acaba de recibir una medalla de la reina por su labor forense.

—¿Ah, sí? —dice Sandy, que hace tiempo que se considera merecedor de la Orden del Imperio Británico—. Qué suerte. O sea, que te pidieron que cuidaras los huesos. ¿Los registraste tú?

—Sí —contesta Terry, y saca una carpeta de plástico—. Aquí está toda la documentación.

Sandy ni la mira. Tim, en cambio, la coge y echa un vistazo a su contenido. Todo parece en orden. Los huesos los entregó un tal Guy Delaware, de la Universidad de Pendle.

—¿Quién ha venido a ver los huesos desde que llegaron? —pregunta Sandy.

—No lo sé —dice Terry—, tendré que consultarlo. Sé que han venido algunos de la universidad. Y el otro día la doctora Galloway.

Tim lee una de las fotocopias.

—Los huesos fueron registrados el 10 de mayo. Dan Golding vino a verlos varias veces. El 11 de mayo vino Guy Delaware, el 13 de mayo Elaine Morgan y el 16 de mayo Clayton Henry.

—Guy Delaware —dice Sandy—. El vecino de al lado, ¿no? El que avisó a los bomberos.

No es la primera vez que Tim toma una nota mental de que no hay que subestimar a su jefe. El parte de urgencias casi seguro que Sandy lo ha perdido, pero su memoria está intacta. La llamada la hizo Guy Delaware, en efecto.

—Sí —contesta Tim—. Elaine Morgan también vivía al lado.

—Qué hogareño —dice Sandy, girándose hacia Terry—. ¿Y por qué pasó toda esa gente? ¿Qué hacían?

Terry se encoge de hombros.

—Pruebas, muestreos para análisis, mirar… No sé. Eran huesos de alguien muerto hace mucho. Tampoco es que hubiera ninguna investigación policial en marcha.

Mira a Sandy de modo elocuente.

—¿Alguna de esas personas se quedó a solas con los huesos? —pregunta Tim.

—Sí, con mi permiso. —Terry da la impresión de haberse puesto a la defensiva—. Ya les digo que no era material de acceso restringido.

Sobre eso Sandy podría contar un par de cosas.

—¿Sería posible que alguna de esas personas se llevara huesos y los sustituyera por otros? —pregunta.

Terry se ha quedado tan estupefacto que sus cejas rubias se confunden con el pelo.

—¿Por qué iba a hacer alguien eso?

—Usted conteste, agente.

Terry parece a punto de protestar, pero, tras una mirada de mártir a Tim, se limita a responder.

—No, imposible. Todos los bolsos se registran al entrar y al salir.

—¿Quién lo hace?

—El empleado de la entrada o, si no hay nadie más disponible, yo mismo.

—¿O sea, que es imposible que sustituyeran los huesos entregados el

10 de mayo por los de algún otro pobre desgraciado?

—¿Cree que es lo que pasó?

—No se lo puedo decir —contesta Sandy mientras se levanta—. Es una investigación policial.

Nelson y Cathbad buscan a Pendragon por toda la casa, entre una vorágine de atrapasueños. En el piso de arriba, la cama —sobre la que cuelga la consabida colección de conchas y plumas, así como algo más sorprendente, un crucifijo de gran tamaño— está bien hecha. El otro cuarto de arriba parece lleno de trastos. En la planta baja hay un baño y una cocina, ambos con un encanto muy de época, pero muy poca tecnología moderna, o ninguna. En la cocina también hay comida para *Cosa*, además de una cacerola tapada cuyo contenido parece consistir en agua con hierbas.

—Qué estofado más raro —dice Nelson.

—Es una infusión —dice Cathbad—, no sé para qué.

Salen al jardín, rodeado por una tapia. Nelson está a punto de pisotear las hierbas de Dame Alice, pero Cathbad se lo impide. El jardín, de hecho, no hace falta registrarlo, porque desde la puerta trasera se ve todo. Es un amasijo de hierba alta y perifollo verde. Las únicas plantas cultivadas por Pendragon son las hierbas: melisa y romero en tierra bien removida y un barril viejo de cerveza lleno de menta; por lo demás, todo está infestado de hierbajos y zarzas. Al fondo hay manzanos, muy cargados de fruta, y en el centro, un reloj de sol. Al otro lado de la tapia se yerguen contra el cielo las montañas, de un color morado por los tojos. Un mirlo los observa desde un árbol.

Al volverse otra vez hacia la casa, Nelson está a punto de tropezar con un cuenco de cerezas.

—¿Qué coño hace esto aquí?

—Creo que es una ofrenda. Esta casa era de Dame Alice Barley, una de las brujas de Pendle, y Pendragon me dijo que él le deja regalos.

Nelson se lo queda mirando.

—¿Va en serio?

—Sí. Pendragon dice que por la mañana nunca queda ni rastro de las libaciones.

Nelson coge el cuenco. Las cerezas están pegajosas y podridas. Por una se asoma un gusano.

—Pues hoy Dame Alice no juega.

Entran de nuevo en la casa, que parece más oscura y agobiante que nunca. *Cosa* bebe ruidosamente de un cuenco en la cocina.

—Pendragon no está aquí —dice Nelson—. Será mejor volver.

—A mí me gustaría quedarme un poco más —dice Cathbad.

Nelson se gira y se lo queda mirando.

—¿Por qué?

—Bueno, alguien tiene que cuidar a *Cosa*…

—¿*Cosa*?

—El perro.

—No va a pasarle nada. Tiene comida para toda una semana.

—Da igual, quiero quedarme. Aquí pasa algo raro. Lo noto.

Nelson está a punto de decirle que se deje de sandeces, pero incluso él percibe algo raro en la casa; tan raro que de pronto se muere de ganas de volver a Blackpool, la Golden Mile, el tráfico y Michelle.

—No puedo dejarte aquí sin coche.

—Por mí no te preocupes. Fence queda a pocos kilómetros, y tengo móvil.

Enseña uno de aspecto antiguo.

—Pues si tienes algún problema, me llamas. Yo tengo que volver con mi familia.

Vuelve al coche pensando que muy siniestra tiene que ser la casa de Dame Alice para haberle dado ganas nada menos que de ver a Maureen.

20

Ruth da tumbos con el cochecito escaleras abajo.

—¡Fuera, fuera, fuera! —se queja Kate en voz muy alta como una manifestante en miniatura mientras estira las correas.

Susan Chow se ha ofrecido a ayudar con la bajada, pero Ruth quería irse cuanto antes, y la mujer tardará lo suyo en volver a poner orden en su despacho. Por eso Ruth va derecha hacia la entrada de la biblioteca, e ignora los berridos de la niña. En cuestión de minutos estarán al aire libre. Quizá entonces puedan ir a un parque, o algo por el estilo.

—¿Te ayudo?

Al pie de la escalera ha aparecido un hombre. Ruth le dice que no, que ya puede ella sola, gracias.

—Eres Ruth, ¿verdad? —dice él, para evitar que se aleje a gran velocidad.

Ella se gira, sorprendida. No se esperaba conocer a nadie en Blackpool (con la excepción, naturalmente, de Maureen, a quien no considera del todo incapaz de haber dominado el arte de la metamorfosis).

—Soy Sam —dice el hombre—, Sam Elliot. Nos conocimos en la fiesta de Clayton.

Ah, sí, Sam, el amigo de Dan. Parece simpático. Kate, sin embargo, sigue berreando, y Ruth no quiere molestar a los usuarios de la biblioteca.

—Perdona, pero es que tengo que irme —dice—. En cualquier momento nos echan.

—Ya te ayudo —dice Sam, abriendo la puerta.

Da a una calle muy transitada de Blackpool. Kate se calla enseguida.

—Sol —dice—. Luna, estrellas.

Ahora mismo no se ve ninguna de las tres cosas, porque son las once y media de una mañana gris de agosto, pero para Ruth es un alivio que la niña ya no grite.

—Gracias —le dice a Sam—. Me parece que mi hija no es muy amante de las bibliotecas silenciosas.

—Hoy en día ya no son silenciosas —dice él—. Todo es multimedia, actividades y tiendas de objetos de regalo.

La biblioteca central de Blackpool ocupa un majestuoso edificio victoriano, pero dentro todo son mamparas de cristal y pantallas electrónicas. Ruth echa de menos las estanterías de su época de estudiante, llenas de polvo.

—Aunque de las actividades no debería quejarme —dice Sam—, porque he venido a dar una conferencia sobre Blackpool durante la guerra. En esta biblioteca trabajan mucho la historia local.

—Suena interesante. Yo he venido a ver a la arqueóloga del condado.

—¿Susan Chow? —pregunta Sam—. ¿Por el descubrimiento de Dan?

—Sí —contesta sin saber cuánto decirle.

Sam asegura haber sido amigo de Dan, pero ¿qué manera tiene ella de comprobarlo? Además, como ha dicho Susan, si en algún sitio corren las noticias es entre los universitarios.

—Oye —dice Sam—, aún falta media hora para mi conferencia. ¿Te apetece un café?

Kate ve pasar los autobuses en silencio, así que Ruth accede.

Al cabo de un rato, Cathbad decide que es mejor acudir directamente a Dame Alice. Más vale aceptar la verdad: Pendragon ha desaparecido, y seguro que Dame Alice sabe dónde está. Como no parece que le hayan gustado mucho las cerezas, Cathbad busca algo mejor. En la nevera hay cuatro latas de cerveza, y en la despensa unas tortas de avena medio deshechas. Vino no, por desgracia, aunque lo más probable es que a Dame Alice, siendo de campo, le guste más una buena pinta de cerveza negra. La de la nevera es Guinness. ¿Quién va a ponerle pegas a una Guinness? Pen debió de aficionarse a ella cuando vivía en Irlanda. Vierte el hermoso líquido negro en un vaso y el resto se lo acaba bebiendo de la lata. Tiene la corazonada de que en lo que queda de día le hará falta.

Sale al jardín, donde ha sentido con más fuerza su presencia. Sigue habiendo nubes negras en el cielo. También el pájaro sigue en el árbol, observándolo, y no levanta el vuelo ni cuando *Cosa* sale ladrando de la casa.

Cathbad deja la Guinness y la torta de avena encima del reloj de sol y levanta las manos hacia el cielo.

—Dame Alice, acepta mi ofrenda y ayúdame a encontrar a mi amigo.

Cosa deja de dar vueltas como loco para sentarse a sus pies. Durante un momento no se mueve nada. Luego, en el manzano, el pájaro grazna una sola vez.

El druida da por hecho que es la única respuesta que recibirá.

Van a un bar italiano, donde Kate recibe un trato digno de una reina: una trona especial, un batido con mucha espuma y varios pastelitos salpicados de fruta escarchada. A Sam y Ruth les sirven capuchinos más prosaicos, pero también buenísimos. El dueño, que supone que la niña es hija de ambos, se deshace en halagos. Ruth ya se está acostumbrando a que la gente dé por supuesto de quién es hija Kate. A Sam, en cambio, se le nota incómodo.

—No, si no es… —dice cuando el *signor* Tino les aconseja que

disfruten al máximo de tener una hija tan pequeña, porque pasa volando —. Bueno, da igual.

—¿Tú tienes hijos? —pregunta Ruth.

—No —contesta Sam—, y supongo que ya es un poco tarde.

La jovialidad del tono contrasta con la tristeza de los ojos. Sam tiene una cara curtida por la intemperie y unos ojos azul claro de mirada muy directa. Respira un aire juvenil y aventurero, como de *boy scout* mayor, aunque se le empiezan a marcar las entradas.

—Te sobra tiempo —dice Ruth—. ¿Cuántos años tienes?

—Cuarenta y dos.

—Igual que yo. —«Y que Dan», piensa—. Pero, bueno, los hombres no tienen tanta prisa. Vaya, que en vuestro caso no hay reloj biológico.

—No —dice Sam, echándose azúcar en el café—, pero no sé… a esta edad me veía casado y con hijos.

Ruth piensa que tiene aspecto de padre, de los que se llevan a sus hijos a nadar y en bicicleta, y los veranos de acampada en un Volvo, con un perro pequeño y nervioso detrás. Resulta que ha acertado en lo del perro: le explica que tiene un jack russell que se llama *Griffin*. Ella le cuenta que tiene un gato.

—Siempre había pensado que acabaría soltera y sola con mi gato —dice—. Nunca había previsto casarme o tener hijos. Bueno, casada no estoy, pero tengo a Kate.

—Tarta —dice la cría en voz alta.

El *signor* Tino acude de inmediato con nuevas provisiones.

—Tienes suerte.

—Ya lo sé.

Se hace un breve silencio.

—¿Y por qué has ido a ver Susan? —pregunta luego.

A pesar de que Ruth ya se esperaba la pregunta, aún no sabe muy bien qué contestar. Por un lado, no quiere explicarle a Sam lo de los huesos cambiados; por el otro, quizá él pueda darle algún dato útil.

—Le he estado preguntando por la excavación —contesta—. ¿Tú estuviste?

—Al principio sí —dice él—, pero lo mío es la Historia Moderna, no la Arqueología. A quien tienes que preguntárselo es a Guy.

—¿Era amigo de Dan?

—Sí —dice Sam, que da un leve respingo cuando Kate tira al suelo un pastelito de nata—. Eran muy amigos, incluso después de…

Ruth recoge el pastelito y tiene que aguantarse las ganas de comérselo.

—¿Después de qué?

—Bueno, es que Elaine es la mejor amiga de Guy. No creo que haya nada sexual entre los dos. Son más bien como hermanos. Y cuando Elaine empezó a salir con Dan…

—¿Ella salió con Dan?

Encajaría con su presencia en el entierro (acompañada por Sam), aunque a Ruth sigue costándole verlos como pareja.

—Sí, se enamoraron mucho; fue todo muy intenso, hasta que rompieron y Elaine se fue a vivir otra vez con Guy. Pero todo ese tiempo Dan y Guy (y Elaine también) estuvieron trabajando juntos en la excavación. Me imagino que a veces sería muy difícil.

—¿Por qué rompieron?

—No lo sé. Yo creo que por algo que dijo Dan de que no quería embarcarse en nada serio. Aún tenía muy reciente su divorcio.

—O sea, ¿que el que rompió fue Dan?

—Sí, creo que sí.

Y luego Elaine se fue a vivir justo al lado. Suena a vodevil francés, con los actores entrando y saliendo por las mismas puertas. Ruth, sin embargo, está segura de que en su momento no tuvo la menor gracia. De repente se acuerda con una nitidez absoluta del autobús 68 y de la presión de los labios de Dan. Se pregunta si Elaine estaba enamorada de él de verdad.

—¿Dan te habló mucho de la excavación? —pregunta.

—Al principio sí. Me explicó todo lo del Rey Cuervo. Era emocionante, porque la Gran Bretaña de entonces en principio era cristiana, y de repente va y aparece un templo pagano. Ahora bien, los huesos… de eso no me habló.

Ella se pregunta por qué.

—¿Has oído algo sobre grupos neonazis en el campus? —pregunta—. ¿Alguien que pudiera estar interesado en la excavación?

Sam parece incómodo, como Clayton.

—Lo de la ultraderecha lo sabemos todos, pero son una pandilla de chalados. Nadie se los toma en serio.

—¿Te suena un grupo que se llama la Mano Blanca? ¿Una especie de escisión?

Sam sacude la cabeza.

—¿La Mano Blanca? No, creo que no.

Sin embargo, Dan tenía miedo de algo, piensa Ruth, y parece que Guy también; de hecho, fue quien insistió en llevar los huesos al laboratorio de la policía.

—Tengo que irme —dice él, mirando su reloj—. Me alegro de que hayamos vuelto a vernos. No dejes de hablar con Guy, que es el que lo sabe todo de la excavación. Por algo está escribiendo el libro.

—¿Qué?

—Sí. Después de la muerte de Dan le pareció que tenía que escribir un libro sobre el descubrimiento, como una especie de homenaje. Adiós, Ruth. Adiós, Kate.

Acaricia la cabeza de la niña, que le toca la espalda con una mano manchada de mermelada. Ruth espera que Sam no se dé cuenta.

—Adiós, papi —dice con ternura el *signor* Tino.

COSA se pone nervioso conforme avanza la tarde. Gimotea, se queda mirando el suelo y da vueltas por la sala principal, y acaba sentándose a los pies de Cathbad y fijando la vista en él. Después de comer pan con queso de la despensa y de beberse otra lata de Guinness, Cathbad ha llegado a la conclusión de que lo mejor es sentarse a esperar, de modo que se acomoda en el sillón de mago, al lado de la chimenea, e intenta conectar con las energías de la casa. Le sale tan bien que al cabo de un rato se queda dormido. Al despertarse nota que hace mucho más frío, y ve a *Cosa* con una pata apoyada en su rodilla y una mirada suplicante.

—Bueno, vale —dice—, tú ganas.

Se levanta y se frota los brazos para reactivar la circulación. La chaqueta y el jersey que lleva no le impiden tener frío. Se arrepiente de no haber traído su capa, que —como le dice siempre a Nelson— además de ser un símbolo de sus poderes druídicos, abriga y es práctica. En honor a la verdad, esos poderes no le irían mal ahora mismo.

Cosa lo lleva al pie de la escalera. Cathbad decide subir a echar otro vistazo. Igual hay un desván que se le había pasado por alto. Se estremece de miedo por primera vez al pensar en su posible contenido.

Enciende otra lámpara de aceite. La casa está mucho más oscura. Casi han desaparecido las esquinas, y arriba, con las ventanas tan pequeñas habrá menos luz. Decide buscar a fondo por si encuentra alguna pista. Sin saber muy bien qué busca, tiene claro que algo raro pasa en la casa; tan claro como *Cosa*, con su hocico apretado contra la pierna de Cathbad y la cola entre las patas; y tan claro como Dame Alice, aunque no se deje oír.

Hace un recorrido metódico por el dormitorio de Pendragon, una especie de buhardilla alargada con una cama de matrimonio. Parece difícil que su amigo pudiera ponerse aquí de pie. La cama está bien hecha, con un edredón de retales. En la mesita de noche solo hay una taza de té con hojas mohosas y un libro de baladas antiguas. Abre el arcón de roble que hay al pie de la cama. Está lleno de sábanas muy bien dobladas, con lavanda dentro. El armario, encajado debajo de una viga, contiene una colección de túnicas, así como prendas más prácticas, sobre todo vaqueros y camisas de trabajo. En la habitación no hay nada más, ni estantería con libros, ni fotos, ni nada de índole personal. Levanta la vista hacia el crucifijo de madera de la pared y le reza una rápida oración a san Antonio, patrón de las cosas perdidas: «Ayúdame a encontrar a Pendragon antes de que sea demasiado tarde».

Las otras dos habitaciones están llenas de cosas personales: cajas de té llenas de libros, una bicicleta vieja, muebles rotos, una jaula de pájaros enorme del siglo xix, varios cuadros viejos y sombríos y hasta una cisterna y un lavamanos descascarillados. Salta a la vista que esas habitaciones siempre están cerradas, y que la vida de Pendragon discurre en el esplendor minimalista del dormitorio principal. Cathbad está a punto de bajar cuando de pronto se le enciende una chispa en el

cerebro, como un mensaje publicitario subliminal. Había otra puerta. Estaba en el dormitorio de Pendragon, justo al lado del armario; una puerta baja, medio oculta detrás de una cortina. Vuelve sobre sus pasos mientras busca un mantra tranquilizador que le ralentice el pulso.

La puerta está cerrada con llave, pero Cathbad, dueño de una memoria visual de primer orden, recuerda un mazo de llaves colgado en la despensa de la cocina. Baja corriendo, con *Cosa* a su lado. Los siguientes minutos se le van, con gran frustración, en probar distintas llaves, hasta que una —de las más normales y discretas— encaja.

Al apretar el interruptor ve un cuarto muy pequeño, de anchura inferior a dos metros, con una mesa, una silla de oficina y un ordenador portátil. Se queda en suspenso. Acaba de pasar algo chocante. ¿Qué? Ha apretado un interruptor… En una casa iluminada con lámparas de aceite, ha encendido la luz con un interruptor. Y tiene delante una perfecta estampa del siglo xxi: una mesa, un ordenador portátil y un teléfono móvil. Hay estanterías con archivadores y un módem inalámbrico con luces verdes que parpadean. Parece que haya avanzado en el tiempo y, al entrar en el armario, haya descubierto una Narnia de alta tecnología. Sin embargo, al sentarse a la mesa ya sabe que esta habitación oculta no puede significar nada bueno. Seguro que Pendragon tiene motivos para esconder sus vínculos con el mundo exterior, pero a Cathbad no se le ocurre ninguno que le haga ver a su amigo bajo una luz cálida y brillante.

Abre el portátil. Se requiere contraseña. Intenta echar mano de sus dotes de adivino y prueba con «Cosa». El ordenador se inicia. El primer archivo que encuentra se llama Mano Blanca. Se le encoge el estómago; no quiere averiguar nada más. Justo cuando se dispone a cerrar la pantalla, algo le llama la atención: una protuberancia plateada en el lateral de la carcasa. Un *pendrive*. Clica en la unidad C y lee «Ordenador de Dan».

Ruth recibe el mensaje de Cathbad en la playa. Ha pensado que después de la biblioteca y del bar, Kate se merecía correr un poco a sus anchas, así que, tras un sano almuerzo a base de patatas fritas en el espigón, han bajado a la arena. Ha sido pisarla y que empezara a llover. Se han resguardado hasta los burros, pero Ruth y Kate siguen jugando a saltar sobre los charcos y escribir en la arena. Kate lleva impermeable. Ruth, en cambio, se ha olvidado de traer el suyo y en poco tiempo se le moja todo el pelo, al igual que los pies, empapados dentro de unos zapatos de tela. Se los quita y corre descalza, disfruta con la sensación de la arena fresca entre los dedos.

—¡Yo también! —grita Kate, así que también le quita los zapatos y empiezan a entrar y salir corriendo del agua gélida, entre carcajadas.

Son unos breves momentos durante los que Ruth se siente totalmente

feliz.

Es increíble lo deprisa que sube la marea, incluso más que en la marisma. De pronto es como si el mar estuviera borrando todas las frivolidades de la vida en Blackpool: las huellas de pezuñas de los burros, las letras en la arena (Ruth ha leído como mínimo dos «Cásate conmigo»), los envoltorios de patatas fritas, los helados a medias… Se acuerda de una pizarra mágica que le regalaron a Kate la Navidad pasada y que aún no era para su edad. Al final fue ella, Ruth, quien se lo pasó en grande durante horas escribiendo o dibujando y mirando la línea que barría de forma inexorable la pantalla hasta devolverla a su inmaculado vacío original. «El dedo en movimiento escribe, y tras haber escrito se va.» Ruth y Kate acaban en los escalones, contemplando solo agua. La playa ha desaparecido por completo.

El teléfono de Ruth la devuelve a la vida. No le sorprende ver que es Cathbad. Las palabras, en cambio, la dejan de piedra, mientras el mar frío del Norte salta por encima de los escalones, y le moja los pies.

«He encontrado el portátil de Dan. Díselo a Nelson.»

Mientras anochece, *Cosa*, cada vez más agitado, no para de asomarse a la puerta de la casa y ladrarle a la lluvia. Cathbad prende más lámparas de aceite y trata de encender la chimenea. Es algo que se le da bien (una vez Nelson lo llamó «pirómano que no ha salido del armario»), pero hoy le fallan sus facultades. Derrotado, se queda de rodillas junto a la chimenea, con bolas de papel en la mano. Se oyen de fondo los suaves gañidos de *Cosa*.

—Tranquilo, colega. ¿Tienes hambre? En la cocina hay algo de comer.

Al decirlo oye la voz de Nelson, con sus vocales del norte, que tan bien conoce: «Tiene comida para toda una semana».

En la cocina hay varios cuencos llenos. Pendragon ha aprovisionado a su perro para toda una semana. Es evidente que su amigo —el druida que tiene una oficina de alta tecnología escondida en su dormitorio— no tiene previsto volver en mucho tiempo. Entonces, ¿por qué no ha cerrado la puerta con llave, sobre todo habiendo equipos tan caros en el piso de arriba? Cathbad se queda quieto, escuchando los ruidos de la casa. Las antiguas vigas crujen. Hay algo que corretea de cuarto en cuarto, seguramente un ratón. La lluvia acribilla las ventanas como el día en que vino con Ruth. ¿Sabía Pendragon entonces que ella era amiga de Dan Golding? ¿Por esa razón parecía tan asustado cuando llegaron? Lo sobresalta un movimiento brusco, pero solo es *Cosa*, rascando la puerta. Es evidente que quiere salir, el muy loco. Cathbad es partidario de dejarse llevar por el instinto, tanto el propio como el del resto de los seres, así que levanta la lámpara y abre la pesada puerta de roble.

Cosa baja por la ladera a toda prisa, seguido con más cuidado por

Cathbad. Ya ha oscurecido y la bajada es muy abrupta, sin olvidar la lluvia que convierte la tierra en barro. Cathbad tropieza. No quiere romperse una pierna y pasarse semanas sin que lo encuentre nadie. Tampoco quiere que el perro se pierda.

—¡*Cosa*! —lo llama—. ¡*Cosa*! ¡Vuelve!

Ve una forma blanca al final del camino y se dirige hacia ella. El perro está al lado de unos árboles que ocultan un edificio más alto que ancho, una especie de cobertizo. Cathbad se acerca, impulsado por la horrible certeza del desastre. Sabe, por todos los dioses del panteón, que dentro no lo espera nada bueno. Abre la puerta. Se le ha apagado la lámpara, pero detrás de las nubes sale la luna, que ilumina paredes de ladrillo, un montón de troncos cortados a medias y el cuerpo de Pendragon colgado de una viga.

Cosa rompe a aullar.

21

Cathbad retrocede, y durante un segundo solo tiene ganas de cerrar la puerta y fingir que no ha visto la grotesca figura que se balancea. Lo único que le devuelve la lucidez son los aullidos desolados de *Cosa*.

—No pasa nada, colega —le dice al perro. Palabras ridículas, porque si algo está claro es que sí pasa, y mucho.

Se acerca al cuerpo colgado. En el suelo hay varios troncos esparcidos. Los habrá usado Pendragon de taburete antes del puntapié final. No parece que haya nada más a lo que subirse. Saca su teléfono y pide una ambulancia, al mismo tiempo que busca una escalera, una silla o lo que sea. Al final encuentra un viejo barril de lluvia y lo arrastra al interior del cobertizo. La madera está podrida. Aun así, logra ponerse en equilibrio sobre el borde reforzado, saca del bolsillo un cuchillo afilado (cuya tenencia, como podría informarle Nelson, puede comportar una larga condena de privación de libertad) y corta la cuerda que sujeta a Pendragon al techo. Su intención era atrapar el cuerpo en su caída, pero su amigo es un hombre alto y corpulento, y la combinación de su peso y la precariedad de la base hace que Cathbad caiga de forma estrepitosa al suelo. De hecho, aterriza sobre el cuerpo de su amigo. En el mismo momento en que se pone en pie y empieza a seccionar la cuerda que rodea el cuello del hombre, sabe que es demasiado tarde. El mago está muerto. Lo ha sabido nada más abrir la puerta.

Al llegar, los sanitarios se encuentran a Cathbad de rodillas junto al cuerpo de su amigo, con el perro al lado. Son tan amables y profesionales que hasta tapan a Cathbad con una de esas mantas como de papel de aluminio que se ponen los corredores de las maratones. A Pendragon lo depositan en una camilla y se lo llevan a la ambulancia, que han dejado al lado de la verja, con las luces encendidas bajo la lluvia. Le preguntan a Cathbad si quiere acompañarlos, pero a él le parece que tiene que quedarse con *Cosa*.

—Tendremos que informar a la policía —dicen, compasivos.

Cathbad, asintiendo, dice que lo entiende. Al único policía que importa ya lo ha llamado él.

Nelson se encuentra a Cathbad delante de la chimenea, con *Cosa* encima de las piernas. El fuego está apagado y hace un frío que pela. La corriente que entra por la puerta agita los atrapasueños, que giran como locos.

—¿Está muerto? —pregunta.

—Sí. Se lo ha llevado la ambulancia.

—¿Lo has encontrado ahorcado en un cobertizo, al final del camino?

—Sí. Debía de llevar todo el día.

Nelson lo asimila, mientras se frota los ojos.

—¿Tienes alguna idea de por qué lo ha hecho? —pregunta.

Cathbad sonríe con tristeza.

—Ideas tengo muchas, ninguna de ellas muy edificante. En el piso de arriba he encontrado un cuarto con un ordenador.

—¿Un ordenador? Pensaba que este sitio se había quedado en la Edad Media.

—Yo diría que es lo que él quería que creyéramos, pero, bueno, el caso es que en el ordenador hay mucho material sobre la Mano Blanca.

—¿Crees que han tenido algo que ver?

—No lo sé. Solo sé que Pendragon tenía miedo de algo, y que ahora está muerto.

—Como punto de partida es suficiente —conviene Nelson—. Mejor que se lo diga a Sandy para que venga a investigarlo. Si dejo que meta mano la policía local, no me lo perdonará en la vida. ¿Dónde está la habitación secreta?

Cathbad se la enseña. Lo que no le muestra es el *pendrive*, que está en su bolsillo, junto al cuchillo ilegal. No sabe por qué se lo oculta. A fin de cuentas, le ha pedido a Ruth que le diga a Nelson lo del ordenador. Lo que pasa es que tiene la corazonada de que lo mejor es que sea ella la primera en ver el contenido, y hoy ya ha demostrado hasta qué punto acierta con su intuición.

Nelson mira por toda la sala con la precaución de no tocar nada. Acto seguido anuncia su intención de llevar a Cathbad en coche a Lytham. Él no se resiste. Nelson tampoco dice nada sobre *Cosa*, que sube alegre al asiento trasero y se pasa todo el camino respirándole en el cuello.

Cuando entran, Ruth está durmiendo en el sofá. Cathbad pensaba despertarla con cuidado, pero *Cosa* se le echa encima de un salto y empieza a lamerle la cara.

—¿Qué pasa? —dice ella, incorporándose de golpe con la mano en la mejilla.

—Perdona, es que he traído a *Cosa*.

—Ya lo veo, ya. ¿Por qué?

Le explica lo de Pendragon, el cuarto secreto y el ordenador. Ya amanece. Por las cortinas se filtra una luz rosada. Cathbad prepara té y se sientan en el sofá con el perro entre los dos.

—O sea, que crees que los archivos de Dan están en el *pendrive* —dice ella.

—Yo diría que sí.

—¿Y dónde está? ¿Se lo has entregado a la policía?

Él tiende la mano a modo de respuesta. En la palma hay un pequeño objeto plateado con forma de bala.

—¿Echo un vistazo? —dice Ruth casi en voz baja.

—Yo creo que es lo que habría querido él —contesta serio.

Ruth conecta el *pendrive* a su ordenador. Se abren enseguida dos archivos. Uno se llama «Arqueología». Decide que lo examinará en profundidad. El otro se llama simplemente «Días». Clica en él.

9 de mayo de 2010

Lo he encontrado. En cuanto hemos levantado la última piedra y le he visto la cara, con el aro de oro alrededor de la cabeza, he sabido que era él. Guy ha dicho: «¿Hay algo dentro?», y yo he contestado: «Es Él». Una tontería, ya lo sé. Luego Elaine me ha tomado el pelo, diciéndome que pierdo la cabeza por los reyes. Últimamente le ha dado por insinuar que soy gay, cosa que no me molesta para nada. Si le facilita las cosas, por mí que piense que lo soy.

Cuando nos hemos puesto a registrar el sarcófago y el esqueleto, ya estaba haciéndose de noche, y Clayton ha propuesto que precintáramos el yacimiento y dejáramos la excavación en sí para mañana. Tenía razón, pero me ha dado mucha rabia alejarme de Arturo. No hacía frío y le hemos puesto un toldo encima, pero, bueno… No me ha parecido bien tratar así a un rey. No, si tendrá razón Elaine: me estoy volviendo raro. Nadie ha dicho nada de la Mano Blanca. Aun así, Clayton ha sugerido como de pasada que podríamos turnarnos para vigilar los huesos. Se ha ofrecido a quedarse hasta la medianoche, que será cuando lo relevaré yo. Ya sé que parece una locura, pero tengo muchas ganas de volver y presentarle mis respetos al Rey Cuervo.

—Es un diario —dice Ruth.

22

Los dos están pendientes de que los convoque Sandy, cosa que ocurre a las nueve de la mañana, al presentarse un coche patrulla en la puerta de la casa.

—A los vecinos les encantará —dice Ruth.

Por una vez, no obstante, la calle está desierta. Es viernes por la mañana. Igual es que se han ido todos de fin de semana largo. Un policía muy amable les transmite un mensaje del inspector Macleod, que solicita su presencia en la comisaría.

—¿Y mi hija? —dice Ruth.

Kate, escondida detrás de ella, mira boquiabierta a los polis uniformados.

—Que venga. El inspector Macleod ha dicho que pondría el desayuno.

—¿Y el perro? —pregunta Cathbad.

El policía mira sin mucha convicción a *Cosa*, que ladea la cabeza en un esfuerzo por parecer tierno.

—¿No puede dejarlo aquí?

—Es que la casa es alquilada. No me gusta la idea.

—Bueno, vale, pues también nos lo llevamos.

El trayecto hasta Blackpool divierte mucho a Kate, que hace ruidos de sirena y saluda entusiasmada a los otros conductores. Ruth y Cathbad no dicen nada. De repente, ella se nota muy cansada, sin fuerzas para enfrentarse a Nelson y el famoso Sandy Macleod, que seguro que es como él pero elevado al cubo. Lo que le gustaría es sentarse tranquilamente a leer el diario de Dan. La descripción del hallazgo del cuerpo del rey Arturo le tocó la fibra. Es una emoción, la del descubrimiento, que recuerda muy bien. Dan sonaba tan feliz… Aunque también había detalles más siniestros, como la referencia a la Mano Blanca y a la hostilidad de Elaine. A menos de un mes de haber escrito esa entrada en su diario, Dan estaba muerto.

Sandy Macleod ya se ajusta a simple vista a la imagen mental que se ha formado Ruth de «Nelson elevado al cubo». Es un hombre grande, no tan alto como Nelson pero mucho más fornido. Se le tensa la camisa en la barriga, y al sentarse hace crujir la silla. Tiene la cara flácida, de un aire tan tristón que es casi cómico, con los ojos y la boca hacia abajo, como los emoticonos de la sonrisa al revés. Todo él tiene algo de caricaturesco, desde su exagerado acento de Lancashire hasta su manera de bambolearse al caminar, con los pies hacia fuera. Sin embargo, hay

algo en sus ojos que le dice a Ruth que no conviene subestimarlo. Su manera de mirarla no podría ser más incisiva.

—Ah, la famosa doctora Galloway.

Ruth se pregunta por qué es famosa para él. En cuanto al título, si bien normalmente le gusta que lo usen, en boca de Sandy la hace quedar como un personaje de ficción, a la manera del doctor Jekyll o el doctor Dolittle.

Con la niña, en cambio, Sandy es muy amable: se agacha para estar a su nivel y la invita a una chocolatina de la máquina. Ruth está a punto de protestar, pero no quiere parecer una madre neurótica de clase media. Siempre se la puede comer ella para proteger la dentadura de su hija.

Junto a Sandy hay otro hombre que se presenta como el sargento Tim Heathfield; a Ruth le cae bien desde el principio. Es respetuoso, pero sin resultar frío, y formal, pero no quisquilloso. Los hace pasar a una sala de reuniones que contiene un abundante desayuno… y donde también está Nelson.

—¿Qué haces tú aquí? —dice ella sin pensar.

—Me ha llamado Cathbad esta noche desde la casa de Pendragon —contesta él.

—El inspector Nelson me informó de que había pruebas importantes —dice Sandy como si declarase ante el juez—, de modo que acudí a la casa y tomé posesión de un ordenador portátil.

Señala el que está sobre la mesa.

Ruth mira a Cathbad, y después a Sandy, que acaba de pegarle un mordisco a un bocadillo de beicon.

—Tengo que decirle algo…

Saca el *pendrive*.

—¿Qué es eso? —pregunta Sandy.

—Un *pendrive* —dice Ruth—, para un ordenador.

—No, maja, si eso ya lo sé —contesta él con una suavidad amenazadora—, pero ¿qué hace aquí?

—Lo encontré en casa de Pendragon —dice Cathbad—, y me pareció que Ruth tenía que verlo.

—Contiene los archivos de Dan —dice ella.

—No deberíais haberlo tocado —dice Nelson, enfadado—. Ahora es de la policía.

—Ya lo sé —dice Cathbad—, pero me pareció que tenía que verlo Ruth primero.

Tim se inclina hacia delante.

—¿Ha abierto algún archivo, doctora Galloway?

—He mirado uno o dos por encima —dice ella a la defensiva.

Tim mira a Sandy.

—¿Qué pasa? —pregunta Ruth.

—Existe la posibilidad —dice Tim— de que los archivos contengan

algún virus, y de que al abrirlos usted haya enviado un correo electrónico a… al primero que se llevó el ordenador.

—¿O sea, que sabrían que lo he encontrado yo? —pregunta asustada.

Piensa en los mensajes y en la sensación de que alguien la vigila. Pues ahora lo hacen incluso cuando navega por internet. Tiene un acosador físico y uno virtual.

Tim debe de haberle adivinado el pensamiento.

—Doctora Galloway, sé que le han mandado mensajes amenazadores. ¿Ha recibido algo más fuera de lo normal, en el móvil o por correo electrónico?

—¿Fuera de lo normal en qué sentido? —pregunta ella.

—Alguien pidiéndole datos de su cuenta bancaria, información personal… Cosas así.

—Un empresario nigeriano pidiendo un préstamo —dice Nelson—. Para que te hagas una idea.

—No soy tan tonta como para… —empieza a decir, pero se calla de golpe.

—¿Qué pasa? —pregunta Nelson.

Ruth está pensando en su casa de la marisma y en cuando abrió el ordenador y leyó el primer y efusivo mensaje de University Pals:

> ¡Hola, Ruth! ¿Quieres saber qué ha sido de tus antiguos compañeros de universidad?

Le describe el mensaje a Tim, que mira a Sandy.

—Suena a un caso típico de *phishing* —dice.

—¿Qué tiene que ver con la pesca?

—No, *fishing* no, *phishing*, con pe. Es un timo para conseguir información personal por internet.

—Pero no pedían datos bancarios —dice Ruth, a la defensiva.

—No, para mí suena más bien a un intento de suplantación de identidad —sugiere Tim.

—¿Por qué? —dice Sandy como si la de Ruth fuera la última identidad que elegiría.

—Debían de saber que la doctora Galloway tenía la intención de investigar el descubrimiento de Golding, y quizá quisieran hacer averiguaciones en su nombre.

—¿Qué tipo de averiguaciones? —pregunta Sandy.

—Resultados de análisis —dice Ruth—. Dan mandó muestras para que las analizaran y estoy intentando localizarlas.

—¿En el ordenador hay algo relacionado con los análisis? —pregunta Tim.

Anoche, al echar un vistazo rápido al archivo sobre arqueología, Ruth se fijó enseguida en que Dan había recurrido a un laboratorio estadounidense para las pruebas de ADN e isótopos. ¿Por qué, si en el

Reino Unido los hay muy buenos? ¿Qué sentido tenía molestarse en enviar tan lejos las muestras?

—He encontrado el laboratorio adonde las mandó —dice—. Puedo llamarlos esta tarde; están en Nueva York.

—¿En el diario sale algo sobre la Mano Blanca? —pregunta Sandy.

—Cosas sueltas —contesta Ruth—. Aún no lo he leído todo.

Le apetece muy poco compartir los pensamientos secretos de Dan con gente que no lo conocía y a quien no le importa nada su trabajo.

—En el ordenador de Pendragon hay muchas cosas —dice Tim—, empezando por una especie de manifiesto. He encontrado un montón de material sobre leyendas artúricas: Arturo como el gran Rey Blanco que volverá para limpiar Inglaterra de todos los extranjeros que la perjudican…

Lo dice tan tranquilo, pero Ruth se pregunta qué efecto tendrá en él leer comentarios tan abiertamente racistas. Incluso a ella le cuesta una barbaridad relacionarlos con la bondadosa figura de Pendragon, con su aspecto de Papá Noel.

—¿Hay nombres y direcciones? —pregunta Sandy—. ¿Algo que pueda servirnos?

—Podemos llevárselo a los de recuperación de datos —propone Tim—, y, si hay algo, seguro que lo encuentran. También les daré el *pendrive*.

Es probable que el gruñido de Sandy pretenda sustituir a la palabra que empieza por jota.

—¿Puedo hacer una copia del diario? —pregunta Ruth—. Me gustaría leerlo con calma, por si encuentro… por si encuentro alguna pista.

—Como quieras —dice Sandy—. El daño ya está hecho. Hasta te lo puede copiar todo Tim.

—Gracias.

—Pero si encuentras algo que te parezca digno de investigar nos avisas, ¿eh?

Ruth contesta que sí. Sandy coge otro bocadillo y mira a Cathbad.

—¿Crees que tu colega se colgó por eso, por haberse mezclado con un grupo nazi?

Hasta Nelson da un respingo.

—No sé por qué lo hizo —se limitar a responder Cathbad con calma.

—No tuvo ni la decencia de dejar una nota —dice Sandy—. Tim, majo, hazme el favor de traer más café.

El coche patrulla vuelve a dejar a Ruth y Cathbad en Lytham, para interés y entretenimiento de los vecinos. El abundante desayuno de la comisaría les ha quitado a todos las ganas de almorzar. Aun así, Ruth prepara sándwiches para Kate. Cathbad se come las cortezas, abstraído.

—Esta tarde iré con la niña al parque —dice Ruth—, para que puedas descansar un poco. Estarás agotado.

Cathbad no solo no parece cansado, sino que respira una calma y un autocontrol insólitos que despiertan la admiración de Ruth.

—No, os acompaño —dice él—. A *Cosa* le irá bien dar un paseo.

El perro, que está debajo de la mesa, sacude ruidosamente la cola. Ruth no sabe si está permitida la presencia de animales en la casa, pero ¿qué van a hacer con él si no? Cathbad ha dicho que lo llevará a la protectora de animales. Ruth tiene sus dudas de que vaya a hacerlo. Sospecha que ambos han quedado unidos para siempre.

A las dos del mediodía llama a Nueva York y le dicen que la persona por quien pregunta está reunida.

—Le devolverá la llamada —contesta la voz, con un acento cantarín —. Que pase usted buen día.

Ir de paseo con un bull terrier es una experiencia novedosa. La gente se cambia de acera para no cruzarse con él. En el parque, las madres se aferran nerviosas a sus hijos, a pesar de que Cathbad no le quita la correa a *Cosa* en ningún momento.

—Ahora sé por qué Pendragon vivía en el campo —dice, y sonríe para darle ánimos a un niño pequeño muerto de miedo.

Es prácticamente la primera vez que pronuncia el nombre de su amigo desde que le dijo a Ruth que estaba muerto.

—Yo es que eso no lo entiendo, Ruth —añade como para dar conversación—. ¿Cómo pudo dejar a *Cosa*?

—A lo mejor sabía que irías a buscarlo —dice ella desde el otro lado de la valla de la zona de juegos, mientras empuja a Kate en un columpio.

Cosa mira a todos los niños, meneando la cola, y arruga el hocico en señal de simpatía.

—Mira cómo gruñe el perro ese —se queja una abuela—. Deberían estar prohibidos.

—No paro de darle vueltas —dice Cathbad—. ¿Cuándo lo hizo? Los sanitarios calcularon que llevaba bastante tiempo muerto. Quizá fue justo antes de que llegáramos Nelson y yo. Podría haber llegado a tiempo de salvarlo.

«A lo mejor no quería que lo salvaran», piensa Ruth sin decirlo.

—¿Pendragon tenía familia?

—Una hermana, pero casi no se hablaban. Le di su nombre a la policía. Supongo que yo también debería decirle algo.

«Una hermana, pero no hijos», piensa Ruth. Igual que Dan. ¿Habrá también alguna relación entre sus muertes? En el parque, a pleno sol, se hace difícil creer en turbias conspiraciones fascistas. Pero algo está pasando. Alguien quiere asustarla también a ella. «Mariquita, mariquita.» Se estremece al mirar a los niños en el tobogán, a los padres sentados en los bancos y a los ancianos que juegan a los bolos sobre

hierba. ¿Estará aquí el autor de los mensajes? ¿La estará vigilando?

—No pares —le ordena Kate.

Ruth empuja el columpio y disfruta de ver recortada a su hija contra el cielo, con su pelo oscuro y su camiseta roja.

—¡Más alto, más alto! —grita la niña.

El que también mira a Kate es Cathbad, apoyado en la valla junto al perro «asesino».

—Qué maravilla ser pequeño —dice.

A ella le ha sonado muy triste.

Al llegar a casa, Ruth recibe un mensaje del laboratorio americano diciendo que llame a Todd Holland. Tardan unos minutos en verificar su identidad, esa que por lo visto ambiciona alguien más.

—Tengo delante los resultados de ADN e isótopos —dice Todd—. Son muy interesantes, sobre todo si se tiene en cuenta dónde se descubrieron los huesos. El Imperio romano llegaba muy lejos, claro, pero en fin…

—¿En fin, qué? —dice Ruth para animarle a seguir.

Se le ha secado la boca de golpe.

—Pues que el análisis de los isótopos de oxígeno indica que la persona en cuestión era del norte de Inglaterra.

«Menuda noticia», piensa Ruth. Ella siempre ha sabido que se trataba de un norteño, una especie de versión romana de Nelson o de Sandy. Todd, sin embargo, no ha acabado.

—Lo interesante es que los resultados del ADN…

—No me diga que es una mujer.

—No —contesta Todd con tono de sorpresa—. Se trata de un varón, y como mínimo uno de sus padres era del norte de África.

Al colgar Ruth el teléfono, Cathbad la mira de forma inquisitiva.

—El rey Arturo era negro —dice ella.

23

—¿Qué quieres decir? —pregunta Cathbad.

—Los resultados indican que el esqueleto encontrado en la tumba tiene ADN norteafricano.

—¿Cómo puede ser?

Ruth se pasea por la habitación. Es como si se le hubiera contagiado parte del entusiasmo descrito por Dan en su diario. También parte del miedo. Se dice que podría ser una bomba. Ya ve los titulares en la prensa: «Una experta en arqueología asegura que un legendario rey inglés era negro». De pronto se acuerda de que alguien quemó vivo a Dan para proteger este secreto.

—Roma tuvo un emperador negro —dice—; Septimio Severo, creo que era. Los romanos estaban presentes en el norte de África, y tiene su lógica que parte de la población adquiriese la ciudadanía romana.

—¿No había que ser romano para tenerla?

—No, en este sentido eran bastante progresistas. Te recuerdo que san Pablo era un ciudadano romano. Me gustaría saber si en Gran Bretaña había más romanos negros. Voy a llamar a Max.

Este contesta a la segunda señal, encantado de oírla, a juzgar por su voz. Ruth se siente culpable al acordarse de que no contestó a su propuesta de reunirse con ella en Lytham.

—Quería información —dice.

—Ah. —A él le cambia el tono—. Claro, claro.

Ruth le explica lo de los isótopos. La voz de Max empieza a traslucir otro tipo de entusiasmo.

—En un cementerio romano-británico de las afueras de York se desenterraron varios esqueletos y, aunque me parece que no hicieron pruebas de ADN, las proporciones de las extremidades y los rasgos faciales parecían indicar que eran africanos de raza negra. En el muro de Adriano había una legión norteafricana, creo que de marroquíes. Por toda esa zona, cerca del muro, se ha encontrado ADN africano en la población local, señal de que quizá los soldados se casaran con mujeres autóctonas. De hecho, fue Septimio Severo quien legalizó el matrimonio de los legionarios cuando estaban de servicio.

—¿O sea, que el hombre al que me refiero podría ser hijo de uno de esos soldados?

—Es posible. —Casi se oyen girar los engranajes del cerebro de Max —. Puede que su padre regresara a Roma con las legiones. Puede que instruyera a su hijo en las artes romanas de la caballería, y que el hijo

acabara siendo un cabecilla que defendió a los suyos de los pictos. Me imagino que después de la retirada romana, esas comunidades se sentirían muy vulnerables.

—¿O sea, que es posible que el rey Arturo fuera negro, o mulato?

—¿Por qué no? Sería una manera de explicar toda la mitología que rodea su figura, con su aura de persona única, distinta. Hasta podría explicar la leyenda del Rey Cuervo.

—¿Porque los cuervos son negros?

—Exacto.

—Ojalá aún tuviéramos los huesos —dice Ruth—. Así podríamos estar seguros.

—¿Cómo van las investigaciones?

—Despacio.

No le cuenta lo de Pendragon, ni lo de los mensajes cada vez más amenazadores. Tampoco él se ofrece a ir a Lytham. Hablan un poco más de arqueología y se despiden.

Al girarse, Ruth se topa con las miradas fijas de Cathbad y *Cosa*.

—Max dice que en el norte de Gran Bretaña había romanos africanos —explica—. Hasta hubo una legión africana en el Muro de Adriano. El rey Arturo podría ser hijo de uno de los legionarios.

—¿Qué tal con Max? —pregunta Cathbad.

Un buen rato después, cuando Cathbad y Kate ya están dormidos, Ruth retoma la lectura del diario de Dan.

10 de mayo de 2010
Día de excavación. He ido temprano al yacimiento para ver salir el sol. Se ve tan bonito sobre el río, con los pájaros viniendo desde el mar… Me han dado ganas de saber pintar, o cantar, o lo que sea. A las nueve se han presentado los demás y he empezado a desenterrar los huesos. Aún me inquieta sacarlos de su tumba, pero esta noche he tenido la sensación de estar en paz con el rey Arturo. He sentido que él lo entiende.

Clayton ha querido ceñirse escrupulosamente a las normas. Había mucha gente mirando: Guy, Elaine, Sue Chow, algunos carcamales de la LAS… Me ha chocado un poco ver a Pippa. ¿Para qué ha venido? Ni que le interesara la arqueología… Casi no nos hemos dicho nada, pero he visto que Elaine nos miraba como si sospechase algo. El que no se ha dado cuenta de nada ha sido Clayton. A él solo le importaba que se hubiera enterado la prensa local. Por alguna razón, quiere mantenerlo en secreto hasta que hayamos hecho todas las comprobaciones. Supongo que así será todavía más sonado.

¡Dios mío, qué momento ver el esqueleto por primera vez! Estaba bocarriba regio y sereno, con las manos sobre el pecho. He oído murmurar a Guy: «Madre de Dios». Hasta Sue parecía emocionada. He sacado la cabeza. El cráneo está entero, con una cresta nucal preciosa, los mastoides grandes y el arco superciliar muy pronunciado. Era un hombre fuerte y bien proporcionado, con unas órbitas muy bonitas, casi rectangulares, una cavidad nasal ancha y toda la dentadura adulta. Me lo he quedado mirando tanto rato que Clayton ha empezado a

impacientarse y me ha recordado que al final del día tenía que estar acabada la excavación sí o sí.

Al final, cuando ya estaban todos los huesos numerados y en bolsas, todos los datos anotados y todas las muestras de hueso y dentadura listas para mandarlas a analizar, he querido llevármelo a Pendle. Bueno, en realidad lo que quería era llevármelo a mi casa, pero he tenido la sensatez de no decirlo. Entonces Guy ha dicho que donde tenían que estar los huesos era en el laboratorio de CNN en Blackpool. Se ve que tiene contactos. Me ha parecido que empezaba a estar demasiado obsesionado con la Mano Blanca, y se lo he dicho. No deberíamos seguir los dictados de unos fascistas que están mal de la cabeza. Lo que pasa es que Clayton estaba de acuerdo con Guy, que ha acabado llevándose al Rey Cuervo al laboratorio. Me ha dado mucha rabia.

Ruth levanta la vista de su ordenador portátil. Fuera es de noche y la casa está en silencio. El diario contiene muchas cosas con las que se identifica: la emoción del descubrimiento, la labor a la vez conmovedora y exigente de desenterrar un esqueleto humano… Ahora bien, también hay muchos elementos que han sido una sorpresa. Le asombra la identificación casi mística entre Dan y el rey Arturo. Tanto hablar de homenajes al Rey Cuervo, de estar en paz con él… No encaja con su recuerdo de Dan como estudiante alegre y cínico. Está segura de que al Dan de antes nunca se le habría ocurrido ir a ver salir el sol. Bueno, la verdad es que una vez vieron amanecer juntos, después de toda una noche de fiesta en Denmark Hill. Se recuerda en un balcón, tomando Bloody Maries y viendo llegar a los primeros vagabundos del día a Ruskin Gardens. Dan no manifestó un deseo acuciante de pintarlos, sino de desayunar en un McDonald's, y salió en busca de uno. En algún momento de su vida se convirtió en un pensador New Age en toda regla. Ruth se pregunta si llegó a recibir clases de Erik.

El diario también le ha deparado otras sorpresas. Las referencias a Elaine encajan con lo que le dijo Sam, pero ¿a qué viene lo de Pippa Henry? Elaine los miraba «como si sospechase algo»; Clayton, en cambio, no se dio «cuenta de nada». ¿Estaría Dan liado con su mujer? En todo caso, lo parece. Lo que no acaba de ver Ruth es si en el momento de la excavación aún lo estaban. Piensa en la elegante señora Henry, con sus terroríficos zapatos, y no se imagina a Dan con ella, pero, bueno, empieza a quedar claro que en el fondo lo conocía muy poco. Por decirlo de otra manera, hubo un Dan al que sí conocía, pero desde entonces han pasado más de veinte años. A este, al donjuán New Age de la Universidad de Pendle, no lo conoce de nada. Guapo siempre lo fue, y atractivo para las mujeres también, pero ella nunca se habría imaginado que pudiera ser de los que se enrollan con mujeres casadas. Por otra parte, ¿quién se habría imaginado que ella acabaría siendo de las que se enrollan con policías casados? El amor le hace cosas raras a todo el mundo.

¿Estaba Dan enamorado de Pippa Henry? ¿Lo estuvo alguna vez de

Elaine? Leyendo el diario, en cualquier caso, se diría que no. Todo el amor que reflejan sus líneas está concentrado en una sola persona: el rey Arturo. «No se ha dado cuenta de nada», dice Dan sobre Clayton, quitándole importancia, pero ¿y si no era verdad? ¿Y si sospechaba que su esposa (a la que es evidente que adora) se acostaba con un miembro de su departamento? ¿No sería un móvil para asesinar a Dan? Decide comentárselo a Tim. (Con Sandy no se ve capaz de hablar, ni siquiera por teléfono.)

Otro aspecto interesante es la descripción del cráneo. No cabe duda de que no es el que examinó Ruth en el laboratorio. Para empezar, está completo. Con lo que sabe ahora, por otro lado, llama la atención que Dan mencione las órbitas y la cavidad nasal. Los cráneos africanos suelen presentar órbitas rectangulares y aperturas nasales más anchas. ¿Sospechaba ya algo entonces? Dice que se quedó mirando un buen rato la cabeza. ¿Adivinó la asombrosa verdad, que el Rey Cuervo era negro, como el ave de su nombre? En su diario, en todo caso, no lo dejó escrito.

Cosa suspira a sus pies y se agita en sueños. No se ha separado de ella en toda la noche. ¿Echa de menos a su dueño? La presencia tácita de Pendragon ha flotado todo el día en la casa. Ruth no se imagina lo que debió de sentir Cathbad al encontrar el cadáver de su amigo. No parece que quiera hablar del tema, y a ella le parece respetable. Los dos se han limitado a hablar del perro, del trauma y la angustia que estará pasando. Se inclina a acariciarlo sin apartar la vista de la pantalla. Está buscando referencias a sí misma, por supuesto.

Encuentra una el 20 de mayo:

> Estaba pensando que necesito la opinión de alguien más, y de repente me he dicho: ¡Ruth! Empieza a tener bastante nombre en la Arqueología Forense (hace unos años estuvo implicada en una investigación muy sonada por asesinato, en Norfolk), y sé que de ella me podría fiar. Es curioso: hacía años que no pensaba en Ruth, pero es como si la tuviera delante. Morena, desgarbada, con los ojos muy bonitos; lista, apasionada, pero también graciosa. Una vez le di un beso y recuerdo haber pensado que en la cama debía de ser la bomba. La busqué en Friends Reunited, pero no estaba. Tampoco esperaba encontrarla, la verdad, no sé por qué. He recibido una nueva invitación de una compañía que se llama University Pals. Les he mandado mi información, pero estoy casi seguro de que a eso Ruth tampoco se habrá apuntado. Lo más probable es que a estas alturas esté casada y tenga diez hijos, como todos los de entonces. De todas formas, puedo localizarla fácilmente a través de su universidad. En Norfolk no puede haber muchos arqueólogos forenses. Esperaré a tener los resultados para ponerme en contacto con ella. Hasta entonces no se lo diré a nadie salvo a

Así de repentino y desesperante es el final de la entrada. Ruth se queda mirando las palabras con cierta sensación de mareo. Se ha preguntado muchas veces cómo la ven los demás. Pues ya lo sabe. Lo de desgarbada vale, pero… ¿ojos muy bonitos? ¿Una bomba en la cama? Le encanta el sexo, pero nunca se ha parado a preguntarse si lo hace bien.

Ya tiene algo nuevo en que pensar. En cuanto a la amargura de decirte que a tu edad ya está todo el mundo casado y con hijos, es algo con lo que se identifica. ¿Cuántas veces ha sentido ella lo mismo en los últimos veinte años? Primero eran las invitaciones a bodas y luego las postales de nacimiento. Pasados los cuarenta fue un alivio dejar de recibirlas. Por fin la dejarían en paz… Y de pronto era ella quien tenía un bebé; un milagro. Eso Dan no podría haberlo previsto; ni él ni nadie, y menos Ruth.

Pensar en bebés le da ganas de ir a ver cómo está Kate. Se la encuentra estirada de costado en la cama de matrimonio, durmiendo como un tronco con la boca abierta. Está un poco resfriada, seguramente por haberse mojado ayer los pies. Alegrías que dan las vacaciones de verano en Inglaterra… Aunque tampoco es que sean exactamente vacaciones. Entre que la espía un siniestro grupo fascista, que la muerte acecha en todas partes y que se cierne sobre todos la sombra del Rey Cuervo… Encima a Dan le contactaron los de University Pals, la empresa de la que Tim sospecha que es una estafa de internet para robar la identidad de las personas. Dicho así da miedo.

Cathbad tiene la puerta cerrada. Ruth no entra.

Baja, se sirve una copa de vino y sigue leyendo el diario. *Cosa* se apoya con todo el peso en sus pies. Hace ruido al respirar, como Kate.

22 de mayo de 2010
Hoy he recibido amenazas por carta. Sé que son de la MB. Se reconoce por las constantes estilísticas y por las referencias a la limpieza de sangre, a Inglaterra (no Gran Bretaña) y a los que ellos llaman «Dioses de Antaño». Me ha parecido simpático el saludo, «Querido judío». Lo que más me ha preocupado es que, evidentemente, saben algo del Rey Cuervo. En un momento dado aparecía esta frase: «Caiga la maldición sobre quien ose tocar los huesos del rey Arturo», con una construcción seudoarcaica que también es típica de ellos. ¿Cómo se han enterado del posible vínculo artúrico? Quizá se le haya escapado a alguien de la LAS. Aquí las noticias viajan muy deprisa.
Le he hablado a Clayton de la carta, y ha reaccionado como siempre, con pánico. Le he dicho que, en mi opinión, habría que avisar a la policía, pero él se ha opuesto, diciendo que últimamente la universidad ya ha tenido bastante publicidad negativa. Yo le he contestado (en broma) que peor publicidad es que maten a alguien. Entonces él se ha puesto blanco y ha dicho: «No, chico, a tanto no llegarán». Me pregunto si también lo han amenazado.
Al llegar a casa me he encontrado otro pájaro muerto en la puerta. ¿Lo ha matado algún gato del barrio o es una amenaza de muerte? Difícil saberlo. Mientras enterraba el pájaro se ha asomado Elaine por encima del muro para preguntarme qué hacía. Le he contestado que de jardinero, y ella se ha metido otra vez en su casa con muchos aspavientos. Se notaba que creía que le tomaba el pelo. Como dice el escritor Howard Jacobson, «¿alguien ha oído alguna vez que los judíos cuiden su jardín?».
Más tarde.
Se me acaba de ocurrir que si alguien ha dejado al pájaro a modo de mensaje es que sabe lo de los esqueletos de pájaro que hemos encontrado en el yacimiento.

Un pensamiento incómodo.

Ruth se pregunta de qué son las siglas LAS. Al buscarlo en Google encuentra la Lancashire Archaeological Society. Recuerda que Clayton le explicó que en el yacimiento estuvieron presentes algunos miembros de la asociación, «carcamales», en palabras de Dan. De todas formas, no estaría de más que la policía comprobara sus nombres. Lo añade a la lista que le dará mañana a Tim.

Piensa que en la entrada del diario Dan suena un poco afectado, pero no asustado. Su preocupación no llega al extremo de no hacer bromas sobre que mataran a alguien. De hecho, la entrada está llena de un desdén muy de profesor universitario, como en las referencias a la «construcción seudoarcaica» y a las «constantes estilísticas». Hasta el antisemitismo se lo toma a la ligera, aunque a Ruth le sorprende hasta qué punto se consideraba judío, como queda patente en lo que escribe. «¿Alguien ha oído alguna vez que los judíos cuiden su jardín?» Está segura de no haberlo oído definirse ni una sola vez como judío en todos los años que hace que lo conocía.

El tono de la carta que le escribió a Ruth era muy distinto. Ahí sí parecía muy asustado. «Tengo miedo y… pues eso, que tengo miedo.» ¿Qué le hizo cambiar de opinión?

25 de mayo de 2010

Hoy me ha llamado Elaine por teléfono, cosa de por sí poco habitual, y ha propuesto que nos viéramos en un sitio que me ha parecido un poco raro, el hotel Mount. Yo tenía clases todo el día y no podía quedar hasta las seis. Nada más llegar me he dado cuenta de que Elaine ya había bebido mucho. Ha empezado a despotricar contra Guy, diciendo que hago mal en fiarme de él y todo eso. No era la primera vez que me advertía, pero he contestado (sin perder la calma) que es uno de mis mejores amigos y que me jugaría la vida por él. Ella se ha reído, bastante desquiciada, la verdad, y me ha preguntado qué valor doy a mi vida. Yo he contestado que no me apetecía hablar del tema y me he levantado para irme. Entonces se ha agarrado a mí y ha empezado a llorar. Ha dicho que aún me quería, pero que tenía miedo. «¿De qué tienes miedo?», le he preguntado, y ella ha dicho: «De qué no, de quién». La verdad es que estaba fatal. He intentado convencerla de que se bebiera un vaso de agua, o un café, pero ella ha empezado a decir palabrotas y ha pedido otra botella de vino. Yo esperaba que no se la sirvieran, pero lo han hecho. Me he escapado al baño y he llamado a Guy, que por suerte ha venido enseguida. Para entonces, Elaine estaba tan borracha que casi no podía ni tenerse en pie. Aun así, se ha marchado bastante tranquila con Guy. Es tan bueno con ella… No sé cómo aguanta su conducta. No sé si son pareja, o no (Sam dice que no). Tampoco quiero saberlo. Lo único que sé es que Guy, para ella, ha sido un amigo maravilloso. Y para mí también.

27 de mayo de 2010

Un día horrible. He oído hablar a dos de mis alumnos sobre los neonazis. Decían que habría «represalias». He informado a Clayton, que ha reconocido que recibió

una carta donde pone que el departamento será destruido a fuego y hielo. Yo me he reído con ganas. ¡Qué sarta de chorradas wagnerianas! Clayton se ha molestado bastante. Ha dicho que yo, en su lugar, también estaría asustado. Si estar en su lugar significa vestirse como él, creo poder decir sin miedo a equivocarme que nunca lo estaré.

Sin embargo, al llegar a casa me ha pasado algo que me ha hecho ver las cosas de manera algo distinta. He recibido una carta con los dislates de siempre sobre que los advenedizos judíos «deshonran la memoria del Rey Blanco». La diferencia es que al final salían los nombres y las direcciones de Miriam, mamá y papá. Solo eso: Sra. M. Golding, Dr. I. Golding y Sra., pero la amenaza estaba clara. No hacía falta que fuera explícita. He llamado a Clayton y le he insistido en que deberíamos avisar a la policía, pero él se ha negado. Protege a alguien. ¿A quién?

Es la última entrada.

Sentada a oscuras, Ruth piensa en su amigo. Según como se mire, está mal leer su diario, escrito, evidentemente, para un uso personal, pero tiene la virtud de permitirle conocer a un Dan más real que nunca. La persona a la que recordaba ella casi ha desaparecido y ha dejado su lugar a un ser humano de verdad: apasionado, ingenioso (le ha encantado el comentario sobre la ropa de Clayton) y ligeramente pretencioso. Ahora lo conoce como no llegó a conocerlo cuando era un universitario guay y ella una chica tímida de Eltham, hija de padres trabajadores. Y pensar que si Ruth hubiera jugado bien sus cartas hasta se habrían acostado juntos…

¿El diario da alguna pista sobre la identidad del asesino? Las referencias a la Mano Blanca son frustrantes por el tono de condescendencia y ligereza con el que se refiere Dan a sus miembros, igual que Clayton y Sam. Tal como lo explica, parece que la organización sea una parte lamentable pero inevitable de la vida universitaria, como tomar drogas en el bar del sindicato o copiar los trabajos. Sin embargo, tenían su dirección, le escribieron cartas y dejaron pájaros muertos en su puerta. Sabían dónde vivían sus padres. ¿Por qué no hizo nadie nada? Dan sospechaba que Clayton estaba protegiendo a alguien, pero no sabía a quién. A Ruth le encanta que hasta en su diario privado usara palabras como «dislates».

Otro aspecto interesante son los enredos amorosos del Departamento de Historia. Elaine sigue enamorada de Dan, pero no se fía de Guy. Por su parte, Dan confía en Guy y lo admira. Es evidente que en algún momento Dan tuvo algo con Elaine, y probablemente con Pippa Henry. Sam cree que Guy y Elaine no son pareja, pero ¿qué va a saber Sam? Ruth se acuerda de cómo se portó Elaine con él durante la barbacoa, pasando de la hostilidad inicial a llorar en sus brazos. ¿Qué tipo de relación mantienen esos dos?

En lo que respecta a Clayton, la actitud de Dan parece una mezcla de

desprecio y cariño, lo cual, teniendo en cuenta que se estaba acostando (o se había acostado) con su mujer, tiene bastante miga. Clayton reacciona «como siempre, con pánico», insiste en que se acabe la excavación a tiempo y «reconoce» haber tenido noticias de la Mano Blanca, pero se queda de brazos cruzados. Ruth piensa en sus experiencias con el jefe del departamento: el cordial anfitrión casado con una belleza, el historiador, el entusiasta que va por el campo con zapatos en punta, el hombre asustado con un papel de protector… ¿Sabe desde el principio que los huesos no eran los originales? ¿Quién los cambió, y por qué? Siendo realistas, solo puede haber sido alguno de los actores principales: Clayton, Guy o Elaine. O incluso el propio Dan. Tim le ha dicho a Ruth que Dan fue varias veces a mirar los huesos. ¿Se identificaba tanto con el Rey Cuervo como para querer tener sus restos cerca? A fin de cuentas, ¿no dijo que lo que le apetecía de verdad era llevarse los huesos a su casa?

Se oyen voces fuera. *Cosa* se levanta, con los pelos del cogote erizados. Lo hace siempre. Es muy desconcertante. Ruth se acuerda de que *Sílex* tiene la misma costumbre: mira detrás de ella como si viera a su espalda a alguien que no está. O a quien solo él puede ver. Le viene a la cabeza lo que dijo Pendragon sobre que *Cosa* ve el fantasma de Dame Alice. ¿Estará viendo ahora a su dueño muerto? No, claro que no; solo son los nervios de estar en una casa que no conoce. Ruth se acerca a la ventana, pero en la calle solo está la mujer del perrito. Ni rastro del coche patrulla prometido por Nelson. Acaricia a su perro, aunque solo sea suyo de forma temporal.

—Tranquilo, que solo es alguien que pasa. No estamos acostumbrados a casas con gente cerca, ¿eh?

Cosa le dirige una mirada líquida de confianza. La verdad es que es una monada de perro. ¿Es demasiado tarde para llamar a Bob y preguntarle por *Sílex*? Ruth echa de menos a su gato. Parece mentira que solo lleve una semana sin verlo. Se le ha hecho mucho más largo. Saca su móvil.

Tiene dos mensajes. Uno es muy escueto: «Sabemos dónde vives». En el otro, también de un remitente no identificado, pone: «Hola, Ruth, soy Guy Delaware. Clayton me ha dado tu número. Quería saber si te iría bien que nos viéramos mañana. Me gustaría hablarte de algo».

Ruth no sabe cuál de los dos le preocupa más.

24

Guy propone como punto de encuentro el espigón central de Blackpool. Parece un sitio demasiado alegre para la ocasión, con el agravante de que es el primer día realmente soleado desde que Ruth llegó a Lancashire. La playa se está llenando. En el parque de atracciones ya ha empezado a girar la noria. Sentados en la terraza de la heladería, Ruth y Guy, con sendos tazones de té, ven jugar a los niños en la arena de abajo, que esta mañana alcanza el final del espigón. De hecho, si Ruth fuerza la vista, llega a distinguir a Cathbad y Kate construyendo algo que parece un *henge* de arena. Kate lleva su traje de playa rosa, con el gorro de Hello Kitty. Cathbad se ha arremangado los pantalones como un auténtico veraneante. Al verlos, sin saber por qué, tiene ganas de llorar. Nadie diría que Kate vive alejada de su padre, ni Cathbad de su hijo, como tampoco diría nadie que han pasado menos de cuarenta y ocho horas desde que Cathbad encontró a un amigo suyo ahorcado de una viga. Parecen un padre y una hija cualquiera, jugando al sol.

Guy le pregunta si quiere comer algo. Su educación es casi exagerada: le abre las puertas y se arrima a las paredes para cederle el paso. Al sol, sus facciones de *Retorno a Brideshead* se ven un poco tensas, pero no deja de ser un hombre guapo, de abundante pelo rubio y mandíbula cuadrada, en plan tira cómica de los cincuenta. Cara y voz están en consonancia. Seguro que en este bar no se ha oído pronunciar las vocales así desde los seriales radiofónicos del siglo pasado. Aun así, le dice a Ruth que nació y pasó toda su infancia y juventud en Lancashire.

—Por tu forma de hablar no se diría —contesta ella.

Guy muestra una dentadura muy blanca al sonreír.

—Fui a un colegio bastante pijo, y luego fui a la universidad en Oxford, donde viví varios años. Se me ha quedado el acento. Ahora, que si quieres lo cambio al de Lancashire.

—Y ahora has vuelto a Blackpool.

Guy bebe un poco de té y hace una mueca, a saber si por la pregunta o por el mal sabor.

—No tenía previsto volver, pero conocí a Elaine y…

Ruth se mantiene expectante. El joven mira un momento el cielo azul. ¿Al mentir se mira a la izquierda o a la derecha? Ruth nunca se acuerda.

—Es difícil de explicar —dice él—, pero bueno, me parece que no tengo más remedio. El caso es que Elaine y yo conectamos mucho, pero

no somos pareja, ni lo hemos sido nunca. Somos lo que se podría llamar almas gemelas, como si hubiéramos sido hermanos en otra vida. ¿Tiene algún sentido?

Ruth se imagina a la perfección la respuesta de Nelson. Ella también se lo toma con bastante escepticismo, hasta que piensa en Cathbad, que está jugando con su hija en la playa. Cathbad y ella conviven felizmente sin que exista el menor indicio de atracción sexual entre los dos. Quizá también fueran hermanos en vidas anteriores.

—Sí, sí que tiene sentido —contesta.

—Elaine estaba haciendo una investigación de posgrado. Se había sacado la carrera en Preston. Ha tenido una vida muy dura: infancia sin recursos, padres que la maltrataban… Por no hablar de otros problemas de tipo más personal…

Ruth espera, segura de que le explicará a qué problemas se refiere, y así es.

—Temas de salud mental —añade él tras un momento—. Es muy sensible y de una inteligencia fuera de lo común, pero a veces, por cualquier detalle…

«Como que te deje el vecino de al lado», piensa ella, preguntándose si tendrá el valor de sonsacarle algo sobre la relación entre Elaine y Dan. Por suerte, Guy parece suponer que ya lo sabe.

—Claro, lo de Dan no la ayudó… No digo que él tenga la culpa, ¿eh? Estoy seguro de que nunca le prometió nada. En el fondo no había superado la separación de su mujer. En cambio, creo que Elaine estaba enamorada de verdad.

Ruth tiene muchas ganas de preguntarle por Pippa Henry, pero es posible que Guy no lo sepa, y no quiere ser ella quien se lo revele, de manera que opta por una pregunta más vaga.

—Supongo que Dan tenía muchas novias…

Le sorprende ver que Guy se altera un poco.

—Bueno, tampoco tantas. Estuvo lo de Susan Chow… También he oído rumores sobre una mujer casada, pero eran solo eso, rumores. No era ningún donjuán, si es a lo que te refieres.

«Un donjuán», piensa Ruth. Curiosa y anticuada palabra. El vocabulario de Guy parece de otros tiempos, como su cara. Lo que es una novedad absoluta es que Dan tuviera algo con Susan Chow, la arqueóloga del condado. Se acuerda de ella en el despacho saturado de libros, tan menuda y pulcra. Cuesta imaginársela con Dan, pero lo cierto es que a Elaine o Pippa también. Ahora que lo piensa, de hecho, ¿no se refiere Dan en su diario a Susan como «Sue»? La experiencia le ha enseñado que el uso de diminutivos siempre denota algo. El de los nombres completos también, todo sea dicho: aún se acuerda del *shock* que se llevó la primera vez que Shona habló de Phil como «Philip».

—¿Y qué pensaba Elaine de las otras? —pregunta.

—Al vivir al lado, era bastante incómodo —admite Guy—. Se

obsesionó un poco con observar todos los movimientos de Dan. Pero, Ruth, te digo una cosa: mi amistad con Dan nunca flaqueó. Yo lo quería mucho, mucho.

Al levantar la vista, Ruth se lleva la sorpresa de ver a Guy lloroso. Emocionado está, no cabe duda, más allá de lo sinceras que hayan sido sus palabras.

—Yo también le tenía cariño —dice Ruth—. Fuimos juntos a la universidad.

—Ya, ya lo sé —contesta él—. Como estudiante debía de ser un fuera de serie.

—Sí, era lo más —dice Ruth—. El Gran Dan lo llamábamos.

Guy se ríe otra vez, con más naturalidad que antes.

—El Gran Dan. Me encanta.

Ruth se toma un buen trago de té. Es tan fuerte que se le empañan los ojos.

—Me dijiste que querías hablar de algo, ¿no?

—Sí.

La mira muy serio a los ojos. A veces parece un adolescente y otras aparenta bastantes años más. Ruth calcula que debe de haber cumplido ya los treinta.

—He oído rumores de que han encontrado el portátil de Dan.

Se lo queda mirando. ¿Es posible que Guy, con su cara de buena persona de los años cincuenta, entrara en la casa durante el incendio, cogiera el ordenador de Dan y lo infectase con un virus para poder localizarlo? No lo parece, pero ¿de qué otra manera puede saber que lo han encontrado?

Procura no delatar ninguna emoción.

—¿Quién te lo ha dicho?

Es la primera vez que se muestra esquivo.

—Lo siento, Ruth, pero no puedo decírtelo.

—Pues si quieres que yo te diga algo, no tendrás más remedio —contesta Ruth.

Guy mira la playa, llena de gente disfrutando de sus vacaciones. Al mirar de nuevo a Ruth, parece otra vez mayor.

—Me he enterado de lo de Pendragon. Me lo dijo su hermana. Tu amigo mago estuvo en su casa. He dado por hecho que encontró el ordenador.

Sus palabras suscitan una serie de preguntas nuevas. Guy conocía bastante a Pendragon como para llamar por teléfono a su hermana. Pendragon tenía vínculos con la Mano Blanca. ¿Qué otros secretos pueden esconderse detrás de la sonrisa encantadora de Guy?

—¿Y por qué crees que el ordenador estaba en casa de Pendragon?

—Me lo dijo alguien.

—¿Quién?

—Lo siento, Ruth. —Guy vuelve a apartar la vista—. No te lo puedo

decir. Hay otras personas implicadas, y no puedo traicionar su confianza. Ahora bien, si han encontrado el portátil, seguro que contiene mucha información arqueológica de primer orden, y yo esa información la necesito. Quiero continuar con la labor de Dan. Como homenaje.

«Y para impulsar tu propia carrera», piensa Ruth, a quien le ha sentado mal la insinuación de que Guy —un mero alumno de posgrado— sea la única persona capaz de interpretar los descubrimientos de Dan. A quien pidió ayuda Dan fue a ella, y de momento no piensa compartir la información.

—Lo siento —dice—. El portátil lo tiene la policía.

Es cierto. Lo que se calla es que Tim le ha dado un *pendrive* nuevo con copias de los archivos de Dan.

Guy se apoya y solloza en el respaldo.

—Pues entonces ya está. El inspector Macleod es un ignorante. El muy cabrón no tiene el menor interés en el progreso del saber humano.

Ruth lo ve muy posible, pero ella no diría que Sandy Macleod sea un ignorante. Le pareció de una perspicacia incluso incómoda.

—¿No tienes documentos propios? —pregunta—. Como estuviste en la excavación…

Se pregunta demasiado tarde hasta qué punto le conviene reconocer que lo sabe.

—Tengo unos cuantos apuntes, pero nada muy sólido. ¿Te explicó algo Dan sobre el descubrimiento? ¿Sobre el rey Arturo?

—Lo siento —responde Ruth—, es que no había visto a Dan en más de veinte años.

Tim se está dedicando al papeleo, cosa que a la hora de la verdad equivale a consultar registros informáticos. Después de unos días a las órdenes de Sandy, comprendió que sería la manera de volverse indispensable. Sandy odia el papeleo, pero sabe que hay que hacerlo. Tim vio enseguida que como mejor se ganaría el favor de la temida «bestia de Blackpool», como se conoce a Macleod, sería volviéndose un experto en formularios, trámites y la ley sobre libertad de información. No es lo que soñaba durante sus estudios universitarios (de Física, en York), ni al inscribirse en el programa intensivo para candidatos con estudios superiores, pero es un pragmático, y firmaría sin pensárselo un futuro sin mayores obstáculos que un inspector prehistórico e inepto con el ordenador.

A pesar de todo, Sandy no le cae mal. Es un maleducado y un machista, pero también es un buen profesional, fiel a su concepto de la justicia (ser maleducado con todos). No se abstiene de explicar un chiste de un racismo intolerable porque esté Tim delante, y de alguna manera él se lo agradece. Al menos así se entera de qué pasa. Por otra parte, desde que intentan infiltrarse en la Mano Blanca, su jefe valora la ironía

con que Tim le explica los problemas de un hombre negro que pretende entrar en un grupo supremacista blanco. «Al menos te lo tomas con sentido del humor, chaval», dice tras hondas reflexiones.

Ahora ha aparecido su antiguo compañero Harry Nelson, tan legendario como el propio Sandy. Muchas de las anécdotas de este último empiezan y acaban igual: «Cuando éramos jóvenes Harry y yo…», y «eso sí que era ser policía, y no estas mariconadas de ir ayudando a todo el mundo, ni toda esa chorrada de que si agente de esto y de lo otro». Tim se esperaba un clon de Sandy, otra reliquia campechana de los viejos tiempos. Sin embargo, el inspector Nelson ha resultado ser un hombre atractivo de cuarenta y pocos años, bastante callado y ligeramente triste. Tim, que presume de saber interpretar el lenguaje verbal y no verbal (hizo un curso de programación neurolingüística, aunque a Sandy no se lo diría ni loco), cree que entre Nelson, Cathbad y Ruth hay más trasfondo de lo que parece. O Nelson está liado con uno de los dos, o lo está con los dos. Tim es hetero (cosa que sorprendería a algunos de sus compañeros), pero está a favor de no cerrarse a nada.

Va bajando por la lista de sancionados en una manifestación reciente de la English Defence League. Compara los nombres con los de graduados recientes en Pendle, y por eso al principio se le pasa por alto uno que no figura en la segunda lista. Solo una reacción del último momento lo hace retroceder hasta localizarlo. Tras unos momentos de concentración, hace una llamada por la línea interna.

—¿Te apetece otro té? —pregunta Guy.

Ruth vacila. Sí que le apetecería, y de paso un buen trozo de pastel, pero va siendo hora de volver con Cathbad y Kate. Por otra parte, no tiene la impresión de haberle sacado todo a Guy. Él y Dan mantenían una estrecha amistad, y también conoce a Clayton y Elaine. Quizá sepa quién fue el primero en llevarse el portátil.

—Vale, pero solo un momento —dice.

Guy se levanta. Una pareja que estaba al acecho de una mesa libre se aparta decepcionada al darse cuenta de que Ruth se queda. El espigón empieza a estar muy concurrido. Ya no puede ver ni a Kate ni a Cathbad en la playa. Pasan familias con grandes suricatas de peluche que han ganado en los puestos de la feria. Ruth espera a Guy con el sol reflejado en la cara, una sensación que experimenta pocas veces. De no ser porque se pasa la mitad del tiempo muerta de miedo, estaría disfrutando bastante de las vacaciones.

—Me dio la sensación de que Clayton Henry —le dice a Guy cuando vuelve— veía el descubrimiento de Dan como un posible salvavidas para el departamento.

—Sí, es verdad.

Se fija con interés en que él se ha pedido una cerveza. Son casi las doce, una hora no del todo insólita para beber alcohol, pero Guy no debe de ser tan estirado como parece. Ruth se acuerda de lo sudoroso que estaba en la barbacoa. También ahora se le ve bastante sofocado mientras bebe un trago largo de cerveza y se seca la frente.

—Clayton tiene problemas económicos —dice—. Ya viste su casa: le gusta vivir a lo grande, comer bien, tomar buen vino y pasar las vacaciones en lugares de ensueño. Creo que hace años que echa mano de los fondos del departamento. Total, que cuando Dan hizo el descubrimiento, Clayton vio que se le abría el cielo. Si se confirmaba que los huesos eran del rey Arturo, todo cambiaría. Habría libros, programas en la tele, apariciones públicas… Clayton podría ganar un pastón y devolver todo lo que había cogido prestado. En cambio, si salía algo mal…

«Como que se perdieran los huesos», piensa Ruth, preguntándose si la noticia habría llegado a oídos de Guy.

—¿Y la Mano Blanca? —pregunta—. ¿Clayton tiene miedo de que den problemas?

—No, qué va, si a esos no se los toma nadie en serio. Son una panda de memos que se creen que Dios era un inglés blanco. Unos fracasados, del primero hasta el último.

«Pues bien que te los tomaste tú en serio —recuerda Ruth—. Fuiste el que insistió en llevar los huesos al laboratorio forense.» ¿Qué escribió Dan sobre Guy? «Me ha parecido que empezaba a estar demasiado obsesionado con la Mano Blanca.» A los pocos días de haberlo escrito, estaba muerto. Se vuelve a preguntar por qué Guy tiene tanto interés en el ordenador.

—¿Y si la culpa de la muerte de Dan la tiene la Mano Blanca? —pregunta.

—¿Es lo que piensa la policía? —responde él.

Ruth se reprocha haber hablado demasiado.

—Están investigando el incendio —dice.

Guy mira estremecido el mar de turistas y veraneantes.

—No hables del incendio, que aún me da pesadillas. Elaine y yo vimos las llamas al volver del pub. Al principio no me podía creer que fuera la casa de Dan. Se estaba quemando entera.

—¿Intentasteis salvarlo? —pregunta ella, e intenta evitar cualquier tono de reproche.

—No pudimos ni acercarnos. El calor era demasiado intenso. Avisé yo a los bomberos —añade como si fuera un atenuante.

—¿Cuándo os enterasteis de que estaba muerto?

—Vimos que sacaban su cuerpo —dice Guy, que a pesar del sol tiene un escalofrío. No cabe duda de que su tristeza es sincera, al margen de los motivos que pueda tener sobre lo del portátil—. Le estaban haciendo el boca a boca, pero yo ya supe que era demasiado tarde.

—A Elaine también debió de afectarla mucho.

El joven la mira con angustia en los ojos.

—¿Tú qué crees? Vio su cuerpo negro por el fuego y se puso a gritar. Dudo que vuelva a ser la misma de antes. Ni ella ni nadie —añade como si se le acabara de ocurrir.

—Terry Durkin —dice Sandy—. Vaya, vaya, vaya. Chúpate esa, Greengrass del carajo.

—No significa necesariamente que tenga algo que ver —dice Tim.

—Y una mierda. Es un racista, ¿no?

—Bueno, un simpatizante de la English Defence League.

—Es lo mismo. Tú hazme caso, que los supremacistas blancos y él son uña y carne. En cuanto se entere de que su adorado rey Arturo podría ser de los tuyos…

Tim ha sabido la noticia esta mañana, al dársela Ruth por teléfono, y Sandy se ha pasado como diez minutos riéndose.

—Bueno, mi ascendencia es caribeña, no norteafricana —dice Tim, sin que su jefe le haga ningún caso (tampoco lo esperaba).

—Nada más enterarse de que el Gran Rey Blanco podría ser… ¡qué horror!… el Gran Rey Negro, da el cambiazo y sustituye los huesos por el de cualquier esqueleto que tuviera a mano. Todo encaja.

—Espere, que aún hay más —dice Tim—. A ver si adivina qué compañía forense investigó el incendio de la casa de Dan.

Sandy se le adelanta.

—CNN.

Tim asiente con la cabeza.

—O sea, que a Durkin le habría sido muy fácil llevarse el ordenador. La casa estaba precintada, pero él podía entrar.

—Será cuestión de ir a hablar con él —dice Sandy—. Nos presentaremos en su casa con un coche patrulla para meterle presión.

Tim suspira al prever que tendrá que pasarse la tarde recordando a su jefe el concepto de *habeas corpus*.

—Hay otra cosa —dice.

También ha estado mirando en el ordenador de Pendragon. El correo electrónico se compone en gran parte de mensajes a otros magos y suscripciones a webs de homeopatía. Las fotos son casi todas de un bull terrier blanco, menos una, que es la que Tim muestra a Sandy impresa y ampliada encima de la mesa.

—¿Qué es esto?

Es una foto de dos hombres con túnicas blancas. Uno de los dos es corpulento, con barba blanca y cierta presencia. El otro es más bajo y rechoncho, y parece que los faldones le quedan demasiado largos. Aparta un poco la cara de la cámara.

—El alto es Norman Smith, alias Pendragon —dice Tim—. ¿Reconoce al otro?

Sandy se fija más.

—Vaya par de chalados. ¡Me cago en…!
—¿Lo reconoce?
—Es el tío del molino, Clayton Henry.

25

Ruth baja a reunirse con Cathbad y Kate, que le enseñan su *henge*, sin duda, el único en toda la playa.

—*Henge* —dice Kate mientras da saltos con el gorro de Hello Kitty torcido—. *Henge, henge*.

—De la Edad del Bronce, fijo —dice Ruth.

El círculo de megalitos de arena llama la atención. Se ha formado un corro de gente que hace fotos. Ruth, que por una vez se ha llevado la cámara, se arrodilla para hacer también una. Cathbad y Kate posan orgullosos junto a su construcción. Al verlos con el mar al fondo, se acuerda de una foto similar donde salían Peter, Erik y ella en la playa de la marisma. Acababan de encontrar el *henge*. Guarda muy vívido el recuerdo de la euforia y la sensación de triunfo que tenían al ponerse al lado de los antiguos trozos de madera, mientras Erik agitaba su gorro en el aire. Debe de ser lo que sintió Dan al levantar la piedra y encontrarse frente a frente con la cara del rey Arturo.

—Llevar a casa —dice Kate.

—No, Hécate —responde Cathbad—, que se lo lleve el mar, que para eso está, como ofrenda a los dioses marinos.

Aunque parezca increíble, Kate se da por satisfecha. Es lo que quería Cathbad para el *henge* original: dejar que viniera el mar a buscarlo, en vez de conservar la madera en un museo sin alma.

—Erik estaría orgulloso de ti —dice Ruth.

Cathbad la mira.

—Yo aún noto su presencia. ¿Tú no?

—No —miente ella—. Venga, vámonos a comer a casa, que *Cosa* estará echándonos de menos.

Se ha quedado bastante intranquila al dejarlo en la casa, pero es que en verano está prohibida la presencia de perros en la playa. Cathbad coincide con ella en que tienen que irse, así que, después de una última fotografía, dejan el *henge* a merced de la marea, que ha empezado a subir. Al pasar al lado de los carteles del parque de atracciones, Kate hace su numerito rutinario.

—¡Quiero Dora! ¡Quiero Dora!

—Antes de irnos tendremos que llevarla a Nickelodeon World —dice Cathbad.

—Antes muerta —dice Ruth.

—Bueno, pues ya la llevo yo.

En el coche, Ruth le cuenta a Cathbad lo de Clayton y sus estrecheces

económicas.

—Deberíamos haberlo adivinado —dice él—. Teniendo en cuenta la casa donde vive y la fiesta que montó, con el champán corriendo como el agua…

«Pues bien que te lo bebiste casi todo», piensa ella.

—¿Tú crees que Clayton sabía lo de los resultados del ADN? —pregunta.

—¿De las palabras de Dan no se deduce que se lo contó a alguien?

—Sí, en su diario escribió «no se lo diré a nadie salvo a…».

—¿Salvo a Clayton?

—Puede ser. Era el jefe del departamento. Habría sido normal que se lo dijera.

—Pero el hecho de que Arturo fuera negro sería una noticia aún más sonada y le generaría aún más ingresos a Clayton. Si lo sabía, ¿por qué no te lo comentó?

—No lo sé —contesta Ruth—. Puede que por miedo a la Mano Blanca. A Dan le parecía que habían amenazado a Clayton.

—Pero también pensaba que Clayton protegía a alguien.

Ruth ha informado a Cathbad del contenido del diario de Dan, pero no le ha dejado ver los archivos. Una cosa es que los lea ella y otra que lo haga una persona que no lo conocía.

—Deberías contárselo a Nelson —dice él—. Me refiero a lo de Clayton y el dinero. Podría ser motivo de investigación.

—Ya se lo contaré.

—¿Crees de verdad que Clayton tuvo algo que ver con la muerte de Dan?

—No lo sé —dice Ruth, y piensa en el bar de al lado del parque de atracciones abandonado, donde Clayton presumió de ser «muy de aparatitos».

¿Puede ser que el ordenador lo robara «el de los aparatitos» y lo programara para dejar rastro, como un hilo en un laberinto?

Nelson se apoya en el respaldo de la silla, y suspira de satisfacción. Está en el jardín de la madre de Michelle, que vive en Newton. Hace sol y sostiene una cerveza fría. Oye de fondo las risas de Michelle y su madre, que están en la cocina, preparando algo de comer, pero lo mejor de todo es que no oye la estridente voz irlandesa de Maureen diciendo que a quién se le ocurre estar haciendo el vago cuando tiene trabajo pendiente, que su padre, que en paz descanse, nunca holgazaneaba así, que cómo puede aguantar Michelle a semejante marido… En el árbol canta un pájaro. El gato de su suegra se despereza al sol. Nelson cierra los ojos.

La madre de Michelle, Louise, tiene sesenta años, pero podría ser una generación más joven que Maureen. Es una mujer atractiva, de cabello

rubio ceniza, con un tipo de adolescente. Trabaja en la cooperativa de crédito del pueblo y tiene un Fiat 500 rosa. Es viuda, como Maureen, pero, aparte de eso, no tienen nada en común. Louise lleva un tren de vida como de soltera contenta de estarlo: se va de crucero con sus amigas y pertenece a varios coros y clubes de *bridge*. Su casa está siempre inmaculada, y cuando sabe que vendrá su yerno, carga la nevera con su comida y bebida favoritas. Nelson se pregunta si es el único del mundo en pensar que su suegra es perfecta.

Le consta que Michelle también se alegra de que haya empezado la segunda parte de sus vacaciones, tradicionalmente la más descansada. Con Maureen se lleva bien, pero el ambiente de la casa no invita precisamente a la serenidad. Por fin ha llegado el momento de que Michelle descanse y Nelson disfrute de unas cuantas tardes de tranquilidad mientras su mujer y Louise van al cine o quedan con amigos. Hasta disfrutará sacándolas a pasear: le gusta que lo vean con dos mujeres tan guapas y bien vestidas. Louise fue de gran ayuda cuando las niñas eran pequeñas, y Nelson sabe que Michelle la echó de menos cuando se fueron a vivir a Norfolk. Qué bien que tengan tiempo de hablar y de ponerse al día…

—Harry.

Es su mujer. La tiene delante. Se pregunta si ya está hecha la comida. Por la ventana abierta salen aromas tentadores.

Sin embargo, su actitud no parece la de alguien a punto de anunciar un delicioso tentempié. Tiene el brazo tendido y un teléfono en la mano.

—Para ti —dice—. Es Ruth.

Justo cuando entra en casa, una nube pasa despacio por delante del sol.

Acorralado en su despacho de la universidad, Clayton Henry lo niega todo.

—Era una broma. Nos disfrazamos para Halloween.

—En la hierba hay azafranes —dice Tim.

—¿Qué?

—En la foto. —Señala la que hay sobre la mesa de Clayton—. Si hay azafranes en la hierba, es que no era otoño.

—Pues alguna otra festividad pagana. Pendragon las conocía todas. En febrero hay una que creo que se llama Imbolc.

—¿Conocía usted mucho a Norman Smith? —pregunta Sandy, recostándose en la silla para ponerse cómodo.

—¿Quién?

—Pendragon —dice Tim—. ¿Cuándo se conocieron?

—No lo sé —contesta Clayton mientras se retuerce las manos—. Estaba desde siempre. Venía a muchos actos del Departamento de Historia, siempre con su túnica y toda la parafernalia. Lo conocía todo el

mundo. Era un personaje, un excéntrico.

—¿Sabe que está muerto? —pregunta Sandy como si tal cosa.

—Sí, me lo dijeron.

—¿Quién? —pregunta Tim—. Fue hace solo dos días.

—Uno de mis alumnos, no me acuerdo de cuál.

—Son vacaciones. ¿Por qué sigue en contacto con sus alumnos?

Clayton se ríe.

—Hoy en día no puedes quitártelos de encima. Tienen mi dirección de correo electrónico y mi número de móvil. No me dejan en paz ni un momento.

—Bueno, profesor Henry —dice Sandy—, ¿es usted miembro de la Mano Blanca?

—¡No!

Clayton se levanta para dar impresión de autoridad, pero para su desgracia no supera en estatura a la de Sandy sentado.

—Tenemos el ordenador de Norman Smith —dice Tim—. Su contenido es muy interesante.

Todos se quedan en silencio. Clayton toquetea un abrecartas de plata. Es una de las máximas de Sandy: nunca te fíes de un hombre en cuya mesa hay objetos de escritorio o material de oficina antiguo. Clayton también tiene un tintero.

Se vuelve a sentar.

—Bueno, vale, no digo que no me haya puesto un par de veces una túnica blanca, pero no soy ningún supremacista blanco. Lo que pasa es que me interesan los druidas y la religión antigua. No es delito, ¿no?

Sandy pone cara de que tal vez sí.

—Necesitaremos ver el disco duro de su ordenador —dice Tim.

—Tengo muchos ensayos confidenciales.

—Si quiere, vuelvo con una orden judicial.

Sandy está mirando su móvil. Levanta la cabeza y le sonríe a Clayton. El profesor se encoge como si la experiencia no fuera de su agrado.

—Qué pena que no pueda hacerle otra visita —dice Sandy—. Menuda casa tiene usted.

—Gracias.

—Es muy buena idea reformar así un molino.

Clayton no dice nada. Mira a los dos policías como si intentara averiguar qué está pasando.

—Le costaría una pasta —dice Sandy.

Clayton se pone tenso.

—Mi mujer tiene algo de dinero.

—Nunca va mal.

—¿Qué insinúa?

El inspector mira a Tim, que también pone cara de extrañeza.

—¿O sea, que cuando mi sargento examine el contenido de su

ordenador no encontrará nada raro en sus finanzas?

—¿Por qué? ¿Qué me…? Pues claro que no.

—No ha estado echando mano a las arcas del departamento, entonces, ¿no?

—Por supuesto que no. ¡Pero cómo se atreve!

Sandy sonríe.

—Se llevaría usted un buen susto cuando desaparecieron los huesos. Me imagino que ya se veía a punto de llevarse un buen pellizco.

—Era un descubrimiento arqueológico importante —dice el otro con voz forzada.

—¿A usted le parece que era el rey Arturo?

—Seguros no podemos estar, pero históricamente es posible.

—Profesor Henry —dice Tim—, ¿Dan Golding le comentó los resultados del análisis de ADN antes de morir?

—¿El análisis de ADN? ¿Qué quiere decir?

—La pregunta es muy fácil —gruñe Sandy—: ¿le comentó algo sobre los resultados?

—No. Cuando Dan… cuando murió llevábamos unas cuantas semanas sin vernos, al menos para hablar. Al ser fin de curso y todo eso, eran días de mucho trabajo.

—¿Dónde estaba la noche de su muerte? —pregunta Sandy.

Tim piensa que ya se lo ha dicho Pippa. Sandy debe de querer asustar a Clayton Henry.

Parece que lo ha conseguido. Henry se levanta, temblando de los pies a la cabeza.

—No tuve que ver nada con la muerte de Dan en absoluto. Estuve toda la noche en casa, con mi mujer. Tampoco tengo nada que decir sobre irregularidades financieras. Me he deslomado por el departamento. Como tenga que abdicar, se viene todo abajo.

Sandy se apoya en el respaldo. Se le ve encantado.

—Qué palabra más rara —dice Tim en voz baja.

—¿Cómo?

—Abdicar. Eso lo hacen los reyes, no los profesores universitarios. ¿Así es como se ve?

Clayton no dice nada. Sandy sigue sonriendo.

—¿Necesito un abogado? —pregunta al final el profesor.

Cosa está encantado de volver a verlos. No para de subir y bajar por la escalera, entre gañidos de éxtasis.

—Está claro que pensaba que también lo habíamos abandonado —dice Cathbad mientras se sienta para hacerle carantoñas.

—Bueno, al menos no lo ha dejado todo mordisqueado —dice Ruth—. Así me gusta, *Cosa*.

El perro se pone a dar coletazos, como si estuviera orgulloso de sí

mismo.

Ruth prepara una comida rápida a base de queso y pan de barra. *Cosa* deja claro que le gustan las dos cosas. Kate, en su trona, va dejando caer envoltorios de Mini Babybel en la cabeza del perro.

—¿Qué queréis hacer esta tarde? —pregunta Ruth—. ¿Dar un paseo? ¿Ir a la playa?

—Yo ya sé qué quiero hacer —dice Cathbad mientras se unta el pan con abundante mantequilla—. Me gustaría ir a Ribchester y ver dónde empezó todo esto. Así *Cosa* también podría darse una buena carrera.

Antes de salir de la universidad, Sandy pregunta si pueden echar un vistazo al despacho de Dan Golding.

—Por supuesto —dice Clayton, claramente ansioso por quitárselos de encima—. Lo compartía con otro profesor, Sam Elliot, que es quien se lo ha quedado, pero estoy seguro de que no le importará…

—¿Para qué quiere verlo? —pregunta Tim—. Ya lo registré yo después del incendio y no encontré nada interesante.

Sandy piensa que se le nota un poco molesto. Le ha sentado mal la idea de que se le pudiera pasar algo por alto. Sandy hace un ruido que no le compromete. Ni él mismo sabe muy bien por qué quiere ir al despacho, más allá de que pueda servir para poner nervioso a Clayton Henry. Por otra parte, tampoco está de más que Tim piense que su jefe sabe algo más que él. Es buen poli, pero aún no lo sabe todo.

Es un despacho pequeño, con dos mesas tan juntas que casi se tocan. El inspector piensa que hay que llevarse muy bien para trabajar a tan poca distancia. Él no lo soportaría. Le gusta tener sitio para desparramarse. En una de las mesas no hay nada. Lo interpreta como que era la de Dan Golding y que alguien (¿quién?) se ha llevado sus pertenencias. En la otra hay un portátil cerrado, un libro sobre tanques y un fajo de exámenes.

Abre el portátil y trata de ponerlo en marcha. Después de unos segundos, Tim lo ayuda a encontrar el interruptor. Aparece un mensaje en la pantalla: «Introduzca la contraseña».

—¿Quieres probar a adivinarla? —dice Sandy.

—No sabría ni por dónde empezar —contesta Tim—. En rigor, además, necesitaríamos una orden judicial.

Sandy gruñe y cierra el portátil.

Hay toda una pared de estanterías. Tim se acerca y mira los títulos de los libros. Sandy se pone a abrir cajones en el escritorio de Dan Golding.

—¿Qué busca? —le pregunta el sargento por encima del hombro con el mismo tono de reproche de antes.

—No lo sé —dice Sandy—, pero Dan Golding se estaba tirando a la mujer de Henry. Podría ser un móvil suficiente para matarlo.

Si bien fue Tim quien llamó la atención de su jefe sobre las referencias a Pippa Henry en el diario de Dan, ahora parece deseoso de contradecirlo.

—Pero ¿usted ve a Clayton Henry como un asesino?

—La verdad es que no. Una cosa es que vaya desplumando a la universidad. Se ve a la legua que no es trigo limpio. Tanto fardar de casa, como un nuevo rico… Pero de ahí a incendiar una casa, meter trapos empapados de petróleo por el buzón y quemar vivo a alguien… No, eso no lo veo.

—¿Cómo sabía lo del dinero? —pregunta Tim.

Sandy se ríe.

—Harry Nelson me mandó un mensaje, que lo sabía por Ruth Galloway, la arqueóloga.

—Parece que llega a todas partes, la tal Ruth.

—Pues sí.

En los cajones solo hay polvo y unos cuantos clips. Alguien los ha despejado con suma eficacia.

Tim está mirando por la ventana.

—Estamos muy altos —dice.

Sandy no se le acerca. Le dan miedo las alturas, aunque a su sargento no se lo confesaría por nada del mundo.

—Vamos —dice—, que aquí no hay nada.

—¿O sea, que ni rastro de Pippa Henry?

—Bueno, yo no diría tanto —responde—. ¿Tú qué hueles, chaval?

Tim husmea.

—¿Perfume?

—Exacto. Creo que Ma Griffe.

Tal como lo mira Tim, se nota que esta vez lo ha impresionado.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque es el preferido de Bev. La pregunta es: ¿quién más se lo pone?

Hoy en Ribchester hay mucha más gente. Es sábado por la tarde, y el sol ha convocado a los turistas, que llenan las estrechas calles, entran en el cementerio y, tras una mirada miope a los restos romanos, se van a tomar un té con *scones*. En las terrazas de los bares hay familias tomándose un helado, y en los columpios de al lado del aparcamiento, niños jugando en un fuerte romano en miniatura.

—No sabía yo que los gladiadores tuvieran pistolas de rayos —dice Cathbad mientras los observa.

—Los romanos eran unos adelantados —contesta Ruth.

Toman el camino de detrás de la iglesia, que los lleva por la orilla del río. *Cosa* jadea entusiasmado al ver las praderas de inundación, pero con tantos niños no se atreven a quitarle la correa. También a Kate le

emociona el paisaje.

—Mojado —dice—. Hierba, cielo, patos.

—Un resumen perfecto —dice Cathbad—. Parece la marisma, ¿verdad?

Ruth estaba pensando lo mismo.

—Demasiada gente —dice.

—Me apuesto lo que quieras a que en época romana ya estaba esto muy animado —contesta Cathbad—. Era un fuerte, ¿verdad?

—Su nombre romano era Bremetennacum Veteranorum —dice Ruth —. Según Max, «veteranorum» podría querer decir que era un sitio donde vivían los veteranos después de jubilarse. Hasta puede que ayudaran a criar y domar caballos para la caballería.

—Yo quiero caballo —dice la niña.

—Un asilo para legionarios viejos —dice Cathbad—. Me gusta. Pero ¿y en época del rey Arturo? ¿Tú crees que fue después de que se fueran los romanos?

—Dan creía que el templo de Ribchester, el templo del Dios Cuervo, donde encontraron el cuerpo, era de finales del siglo v. Nos situaríamos entre cincuenta y ochenta años después de la retirada del ejército romano. Sobre la época posromana no sabemos gran cosa. Hay pocos documentos escritos. De todas formas, yo creo que Ribchester aún debía de ser importante. Está al lado del río, bastante cerca del mar, y por aquí pasaba una vía principal.

Se están dirigiendo a las excavaciones de Dan. Al acercarse ven que ya ha llegado una pareja con aspecto de excursionistas, y que se han inclinado a mirar un trozo de mosaico. La mujer levanta la vista y le sonríe a Ruth.

—No hay gran cosa que ver —dice.

«Solo la tumba del Rey Cuervo.» Aun así, Ruth se alegra de que se alejen en busca de otras ruinas más interesantes.

A Cathbad, por el contrario, parece que le encanta el sitio.

—Esto es tierra sagrada —dice—. Lo noto.

Ella lo mira con una mezcla de irritación y cariño. De Cathbad siempre puedes esperar que declare sagrado cualquier sitio solitario, y si le añades un templo pagano, prácticamente te aseguras una experiencia paranormal. Por otra parte, acaba de perder a un amigo en circunstancias espantosas. Bien que se merece un poco de manga ancha espiritual, ¿no? Además, no se puede negar que la luz de la tarde saca lo mejor del paraje. Las colinas se recortan oscuras contra el cielo. Parece que se hayan desvanecido los turistas, y el río discurre ancho y solitario por las ciénagas. La colina de Pendle se levanta a lo lejos sobre el llano como el casco de un gran barco. Mientras Cathbad, con la cabeza en alto y los ojos cerrados, absorbe las energías psíquicas, una bandada de ocas que graznan lastimeras pasa volando.

—Es una señal —dice él.

—¿De qué? —pregunta Ruth mientras intenta que su hija deje de escarbar en el barro.

Tiene madera de arqueóloga.

—Para los romanos, las ocas eran sagradas —dice Cathbad, contestando con una evasiva—. Es señal de algo.

—Todo es señal de algo.

—Ni que lo digas, Ruthie. —Su amigo la mira de reojo, preguntándose si se ha fijado en la manera de llamarla—. ¿Encontraron el cuerpo aquí?

—Por allá. Clayton pensaba que estaría debajo del altar.

Cathbad levanta la esquina de una lona.

—En este punto hay una presencia muy fuerte.

—¿Tú crees?

—Sí. —Se incorpora—. ¿Sabes qué te digo? Que entiendo un poco lo que debía de sentir Pendragon. Los druidas fueron un verdadero foco de resistencia contra los romanos, y saber que al rey Arturo lo enterraron aquí, en un sitio tan romano…

—Sí, pero cuando los romanos ya se habían ido.

—Vale, pero el sitio es romano. Hoy en día se sigue notando que lo es. Un fuerte de la caballería romana. Para Pendragon, Arturo era una figura británica mística, un pagano, un chamán. Encontrarlo aquí, en un sepulcro romano, y pensar que quizá solo fuera un caballero romano más… Debió de ser como descubrir que Merlín era de las SS.

Ruth sonríe, aunque la referencia a las SS le recuerda que Pendragon, a pesar de su inofensivo misticismo, se relacionaba con gente muy extraña que en teoría cree en una raza superior y en el sometimiento de las otras. Se acuerda del diario de Dan y de las cartas donde lo tildaban de «advenedizo judío». En algún momento los chamanes se mezclaron con los malos de la película.

Al girarse para comprobar que Kate no esté comiendo tierra, descubre que su hija se ha quedado muy quieta, mirando algo al otro lado del río.

—Mujer rara —dice Kate.

Al seguir su mirada, Ruth ve que alguien se mueve por la orilla. Pese a la descripción de la niña, es imposible ver si es hombre o mujer, porque lleva una larga túnica blanca con capucha. Como se siente observada por Ruth, Cathbad y Kate, la silueta de la túnica se gira a mirarlos. En vez de cara, solo hay un vacío negro.

26

—Una máscara —dice Cathbad—. Era una máscara negra, evidentemente.

Ya es de noche. Kate está en la cama, y Ruth y Cathbad en la cocina, cenando comida china a domicilio. Como ninguno de los dos ha querido alarmar a la niña, es la primera vez que hablan del siniestro personaje de la orilla del río. Tampoco es que la niña pareciera asustada. Tanto a Ruth como a Cathbad les ha parecido escalofriante que haya aceptado la aparición sin ningún comentario. Lo único que ha hecho ha sido poner su mano en la de su madre y decir: «Ahora a casa». Es lo que han hecho, volver a casa los dos adultos, la niña y el perro. Hasta *Cosa* parecía algo apagado. Ahora Kate está durmiendo y el perro comiendo pan de gambas debajo de la mesa, tan feliz. Cathbad vuelve a llenar las copas.

—Me ha impresionado un poco —reconoce.

—A mí también —dice Ruth antes de un buen trago de vino—. La capa, la capucha, la máscara, cómo ha aparecido de repente… Daba mucho miedo.

—¿Tú crees que estaba todo orquestado?

—Imposible. Nadie sabía que iríamos esta tarde a Ribchester.

—¿Tú crees que era…? ¿Cómo lo llaman? ¿El Archimago?

Es exactamente lo que ha estado pensando Ruth, pero siente la necesidad de descartarlo. La idea de que el líder de la Mano Blanca se aparezca así junto a la tumba del rey Arturo es demasiado espeluznante para planteársela.

—Pues claro que no —dice—. Era un druida cualquiera, alguien como tú. Porque, para ser sinceros, a veces tú también debes de impresionar a la gente, con tu capa… Lo más probable es que no tuviera nada que ver con el yacimiento ni con el rey Arturo.

—No sé —dice Cathbad—. Yo lo he visto muy teatral, con esa manera de girarse a mirarnos…

Ruth se estremece.

—¿Sabes qué, Cathbad? Que creo que tendríamos que volver a Norfolk.

Él se queda un momento callado, mientras mastica pollo agridulce y reflexiona.

—Empieza a darme demasiado miedo —añade Ruth casi con tono de disculpa—. Los mensajes de texto, la muerte de Pendragon, y ahora que nos siga una especie de fantasma como el del *Cuento de Navidad*, de Dickens. No quiero que Kate se quede más tiempo aquí. Quiero

llevármela a casa.

—Creía que querías ver las reliquias del yacimiento.

Ruth ha quedado con Clayton Henry para ver la lápida y la inscripción del cuervo.

—Eso es el martes por la mañana. Podríamos salir justo después.

Cathbad suspira.

—Vale. El lunes tengo que ir a Clitheroe para ver al abogado de Pendragon. Mejor que nos vayamos luego a casa.

Se ha llevado la sorpresa de saber, por la hermana de Pendragon, que su amigo hizo testamento y que lo designó a él como albacea. La intención de Ruth es pasar el día con Caz.

—Perfecto —dice ella, aliviada aunque un poco triste.

No se puede quitar de la cabeza la idea de que al huir así abandona a Dan y su gran descubrimiento, pero la muerte de su amigo ya está siendo investigada por la policía y, aunque Sandy no le caiga muy bien, se imagina que no es hombre que se rinda fácilmente. Infiltrándose en la Mano Blanca, Sandy y Tim averiguarán quién robó los huesos e incendió la casa de Dan. Entonces, tanto él como el rey Arturo podrán descansar en paz.

—Me muero de ganas de volver a ver a *Sílex* —dice.

Aunque el domingo sea un día de descanso, para el inspector Sandy Macleod es como otro cualquiera. Después de decidir que Terry Durkin necesita un buen susto, va a hacerle una visita y provoca un gran revuelo en la tranquila calle donde vive, llena de vecinos que dejan de cortar el césped y de lavar el coche cuando el vehículo de la policía frena delante de la casa.

Terry sale a la puerta en zapatillas.

—¿Se puede saber qué pasa?

—Queríamos hacerle unas cuantas preguntas —dice Sandy, y sonríe de forma afable al vecino de al lado, que se ha asomado a la valla sin ningún disimulo.

—¿No puede esperar hasta el lunes?

—La verdad es que no. Hemos recibido información interesante sobre usted.

Terry retrocede un poco y Sandy aprovecha la oportunidad para lanzarse y entrar por la puerta. Tim lo sigue con cara de disculpa.

—¡Yo no he dicho que puedan pasar!

—Lo siento. —Sandy se para—. ¿Quiere que lo hagamos en la comisaría?

Terry mira al hombre corpulento que ocupa casi todo el recibidor. Se nota que está deliberando sobre si es mejor exigirles que se vayan o cooperar y quejarse más tarde.

—Pasen a la sala de estar —dice al cabo de un momento—. Al señor

Greengrass le interesará —añade.

—Siempre es un placer tener noticias de mi viejo amigo Peter —dice Sandy, campechano, antes de acceder al pasillo, donde huele a carne asada, y entrar en una sala presidida por un televisor de pantalla plana y un tresillo de flores.

Se acomoda suspirando en un sillón.

—Siéntate, chaval.

—¿Qué pasa? —pregunta Terry sin obedecer.

—Vives con tu madre, ¿no? —pregunta el inspector.

—¿Eso a usted qué le importa? ¿Y cómo lo sabe? —añade, un poco impresionado.

Aunque deplora los métodos de su jefe, Tim no tiene más remedio que admirar su rapidez deductiva. También es verdad que las revistas de la mesa (sobre programas de la tele y cotilleos) dan algunas pistas, al igual que las labores de ganchillo en uno de los brazos del sillón. Al entrar le ha llamado la atención el salvaescaleras. También hay auriculares para la tele y una de esas pinzas largas para recoger cosas del suelo. De hecho, es el típico salón de señora mayor: tapetes de ganchillo en los sillones, pasajes de la Biblia enmarcados en las paredes, una chimenea de gas con brasas falsas, caballos de porcelana y una colección de novelas de Catherine Cookson. Es llamativo que la casa refleje tan poco la personalidad de Terry. Los únicos indicios de que ahí vive un hombre joven son unas mancuernas en el pasillo y un número de *Cycling Today* abierto en el sofá. Pero no hay que ser sexista, ni edadista, piensa Tim: ambas cosas podrían ser de la anciana señora Durkin.

—¿Dónde está tu madre? —pregunta Sandy.

—En la iglesia.

—¿Es católica?

—Anglicana —contesta Terry, como escandalizado—. Pero ¿a qué viene todo esto?

Tim se inclina hacia delante. En el coche han quedado en que tomaría él la iniciativa. Como ha dicho Sandy con tanta gracia, «seguro que lo cabrea de la hostia que lo interrogue un poli negro».

—Terry, ¿pertenece usted a la English Defence League?

Después de mirarlos a los dos, el hombre enfoca la vista en el pasillo, como si pensara huir (o como si estuviese atento a si vuelve su madre).

—No es delito, ¿no? —acaba diciendo.

—No —contesta amablemente Tim—, en sí no es delito.

—Pues eso.

—¿Tiene contactos con algún otro grupo de extrema derecha? En la universidad, por ejemplo.

—En la universidad tengo bastantes conocidos. No soy tonto, para que lo sepa.

—¿Habla con ellos de política?

—A veces. Hay mucha gente que cree que este país va por mal camino, con demasiados inmigrantes que nos quitan los puestos de trabajo y destruyen nuestra cultura. En Preston puedes ir por la calle y no ver ni una cara blanca.

—¿Eso es malo? —pregunta Tim de forma educada.

Terry aparta la vista.

—No es por ofender.

—Descuide. ¿Y hablando de política con sus amigos de la universidad ha oído mencionar alguna vez algo sobre una organización que se hace llamar la Mano Blanca?

—No, creo que no. ¿Quiénes son?

—Un grupo neopagano que adora a los dioses nórdicos.

—No me suena de nada.

—También adora al rey Arturo. ¿Últimamente ha oído hablar a alguien sobre el rey Arturo?

—No, qué va. —Terry, cada vez más confiado, se atreve a esbozar una sonrisa burlona—. Está muerto, si mal no recuerdo.

«Sí, sí, todo lo muerto que quieras —piensa Tim—, pero aún puede liarla.» Aprovechando que Terry se relaja, ha llegado el momento de las preguntas importantes.

—¿Conocía a Dan Golding?

—¿Quién?

—El que desenterró los huesos que luego desaparecieron. El que murió en un incendio.

Es la primera vez que Terry da la impresión de vacilar.

—Puede que coincidiéramos. Vino mucha gente de la universidad a ver los huesos.

—El incendio lo investigaron ustedes, ¿verdad? Su empresa, CNN Forensics.

—¿Qué? Ah, el incendio de Fleetwood, el de Mount Street…

—Exacto. ¿Usted fue uno de los investigadores?

Terry parece molesto.

—Tiene pinta de que ya lo sabe.

Tim sonríe.

—Sí, ya lo sabemos, y también que faltaba algo. ¿Se llevó usted algún objeto de la casa?

—¡No!

—¿Un ordenador? ¿Un teléfono móvil?

Terry se ha puesto a temblar.

—No tienen pruebas.

En ese momento interviene Sandy desde el sillón, donde estaba examinando la labor de ganchillo con gran interés.

—Terry, ¿dónde estabas el 2 de junio por la noche?

La mirada que le lanza el aludido es casi suplicante.

—¿De qué me están acusando?

—De nada —dice Tim.

—Todavía —añade Sandy.

—No pueden plantarse aquí y acusarme como si tal cosa.

—Nadie lo acusa —dice Tim—. Solo es una pregunta. ¿Dónde estaba el 2 de junio por la noche?

—Supongo que aquí, aunque tendría que consultarlo.

—¿Con su madre?

—Sí. No sale mucho.

—Menos a la iglesia.

—La lleva un vecino. —Terry vuelve a mirar a su alrededor—. No tardarán.

Sandy se levanta.

—Bueno, chaval, pues hasta otra; y no te olvides de darle recuerdos de mi parte al buenazo de Peter.

Terry pone cara de incredulidad.

—¿Se van?

—No podemos quedarnos todo el día. A menos que quieras invitarnos a comer… ¿Qué hay?

—Rosbif —dice con arrogancia—. Típicamente inglés.

—¿Qué pasa, que eres un cocinillas? —pregunta el inspector.

—No, qué va, la que cocina es mi madre. Yo solo vigilo cuando no está. Pongo a hervir las patatas y cosas por el estilo.

—Mi madre, cuando cocina, no deja que entre nadie —dice Tim.

—¿Qué suele preparar? —pregunta Terry.

—Ah, pues lo típico; *rosbif*, *Yorkshire pudding*… Comida inglesa de toda la vida. Buenos días, señor Durkin.

Ruth también está comiendo un plato tradicional, chino en su caso. Susan Chow le explica, medio disculpándose, que cuantos más años cumple más le apetecen los platos de su infancia. Sus padres emigraron de Hong Kong después de la guerra, y ella nació en Lancashire.

—Aunque para algunos sigo siendo una inmigrante del copón —dice con una sonrisa burlona—, por mucho acento de Blackpool que tenga, o sea que, ya puestos, mejor cumplir con el estereotipo.

Ruth se acuerda de los soldados negros del muro de Adriano. ¿También se sentían unos «inmigrantes del copón»? ¿Y sus hijos mulatos, crecidos en la Cumbria posromana? ¿Se sentían británicos? ¿Oyeron rumores sobre un soldado negro, un tal Arturo?

—A mí me encanta la comida china —dice—. Bueno, la de casi todas partes.

Susan, menuda como un gorrión, sonríe sin señales de empatía y empieza a comer un rollito de primavera. Ruth se alegró cuando recibió su llamada y la propuesta de ir a comer juntas para mirar las fotos de la excavación. Era la ocasión no solo de otro encuentro con Susan, que en

el primero ya le había caído bien (a pesar del bochorno cuando Kate rompió la maqueta de cartón piedra), sino de averiguar más cosas sobre el departamento y sobre Dan como arqueólogo. Desde entonces, sin embargo, ha leído el diario de Dan y ya no ve a Susan de la misma manera. ¿De verdad estuvo liado con esta mujer pulcra y precisa? Se acuerda de algo que dijo ella la primera vez que habló sobre Dan y el yacimiento: que parecía un poseso. Lo dijo como con tristeza. Quizá tuviera la sensación de que el rey Arturo lo había apartado de ella.

—Yo casi nunca cocino para mí sola —dice Susan—. La verdad es que no hace falta, porque casi siempre estamos solas *Trixie* y yo. Mi perra —explica ante la cara de extrañeza de Ruth.

—Yo antes siempre estaba sola con mi gato, pero ahora con Kate intento preparar platos como Dios manda.

—Ah, sí, de Kate me acuerdo.

Las fotos están distribuidas por la mesa, colocadas en los huecos que deja la comida. Susan ha pedido platos que Ruth no conocía de nada (de hecho, no aparecen ni en la carta), pero que están todos buenísimos, sin excepción. Procura moderar su voracidad, tomando muchos sorbitos de té de jazmín y acordándose de usar la servilleta.

En las fotos se ve una excavación organizada de forma meticulosa, una zanja de una simetría perfecta, con todo numerado, medido y registrado. En una sale el esqueleto *in situ*, con los brazos cruzados sobre el pecho. Luego, los huesos siendo clasificados y guardados. Parece un lugar muy concurrido, con voluntarios que trabajan en la zanja y gente que mira y hace fotos. Ruth reconoce algunas caras. Le parece que el que está de rodillas al lado de la zanja es Guy. La que bebe de un termo, con el pelo rubio bajo los reflejos del sol, tiene que ser Elaine. Dan parece omnipresente. Sale examinando los huesos de rodillas, de pie en la zanja, protegiéndose la vista con la mano, hablando por el móvil y riéndose con los voluntarios. A Ruth le llama especialmente la atención una foto donde sale examinando el cráneo, puesto en una lona al lado de la zanja. Su pose tiene algo de hamletiana y, en retrospectiva, su manera de inclinar la cabeza adquiere tintes casi trágicos. ¿Sospechaba ya en ese momento que el cráneo era africano? ¿Sabía el peligro que corría? Al fondo sale Guy, muy atento a su amigo. Ruth siente que daría lo que fuera por saber en qué estaba pensando.

—¿Os conocíais mucho, Dan y tú? —le pregunta a Susan, pensando que rehuirá la pregunta, pero ella la mira con calma por encima de la mesa saturada de platos y de fotos.

—Sí. Hace un año estuvimos enrollados, aunque duró poco. No fue nada muy serio. Cortamos de mutuo acuerdo y seguimos siendo amigos. Yo le tenía mucho cariño. Era muy carismático.

—Sí, es verdad —contesta Ruth, pensando que tal como lo cuenta Susan suena demasiado civilizado, la verdad.

Como si las cosas fueran tan fáciles…

—¿Verdad que también salió con Elaine?

De repente Susan echa chispas por los ojos, y al aspirar por la nariz se le abren las aletas.

—La mujer esa… Primero le hizo una encerrona para llevárselo a la cama, y luego, cuando él no quería seguir, amenazó con suicidarse. Está como una cabra.

Ruth siempre se toma con escepticismo las historias de hombres que se acuestan a la fuerza con mujeres, y es como interpreta las palabras de Susan, pero lo del suicidio es una novedad.

—¿Elaine amenazó con matarse?

—Bueno, no pasó de las palabras a los hechos —dice con un desdén innecesario—. Esa lo único que quiere es llamar la atención.

Ruth se pregunta hasta dónde llegaría Elaine para conseguirlo. ¿Se pondría una máscara y una túnica? ¿Incendiaría una casa?

—¿Sabes algo de un grupo que se llama la Mano Blanca? —pregunta.

—No —dice Susan—. ¿Quiénes son?

Su mirada es de una inocencia casi infantil. Claro, que es una mujer inteligente…

Ruth le sonríe.

—No tiene importancia. ¿Te apetece un poco más de arroz frito con huevo?

27

El lunes, Cathbad sale temprano, a las nueve. Se siente un poco culpable por abandonar a Ruth, pero al girar por Beach Row ve que frente al número uno está aparcando un cochazo de esos que devoran gasolina. Debe de ser la amiga de la universidad. Por un lado, se alegra de que Ruth esté acompañada; por el otro, no acaba de ver que pueda tener algo en común con una mujer que conduce un coche así. Tienen pensado pasar el día en un parque acuático, que es otra cosa que le parece inexplicable: ¿qué sentido tiene meterse en un complejo con rápidos artificiales y falsas cataratas si tienes el mar a dos pasos de casa? Ruth ha dicho que a Kate le gustará, pero lo que le gustó a la criatura fue jugar con él en la playa a construir un *henge*, buscar conchas y trozos de madera y ver bajar la marea tan deprisa que la arena parecía un espejo. «No es hija tuya», se dice, como se siente obligado a hacer varias veces al día; es hija de Ruth, y si su madre se la quiere llevar a un parque acuático es cosa de ella. Además, ¿no fue él quien dijo que quería llevarla a Nickelodeon World, ese gran parque de atracciones de plástico? ¿Lo hizo solo para ganársela? Naturalmente que sí.

Conduce con cuidado por la calle de doble dirección, con *Cosa* al lado. Quizá el abogado se sorprenda de que se presente con un perro, pero no iba a dejarlo solo todo el día… Además, le gusta estar con *Cosa*. Entiende que Pendragon lo presentara como su familiar. Los perros tienen un componente de aceptación que reconforta mucho cuando estás hecho un lío. A él le gustan los gatos, pero tienen un punto más severo. Se imagina que, si pudiera, *Sílex* le diría que se controlase y abriría él solo la caja de pienso.

Así es como está él, hecho un lío. No para de soñar con la cara de Pendragon (pese a los efectos calmantes del papel de pared de bailarinas) y con el horrible balanceo de su cuerpo. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué no le contó nada? Se pregunta si podría haber sido algo más perspicaz el día que fue a verlo. Sabiendo que a su amigo le preocupaba algo, ¿por qué no se esforzó más en averiguar de qué se trataba? ¿Tenía tanto miedo de la Mano Blanca que se suicidó antes que exponerse a su venganza? Para Cathbad ha sido un *shock* descubrir que su amigo estaba metido en ese grupo neopagano. Aún no puede aceptar que alguien tan dulce creyera en chorradas como la supremacía del hombre nórdico blanco. Después de haber vivido en Irlanda, seguro que Pendragon también simpatizaba un poco con los dioses celtas. Cathbad siempre había pensado que una de las cosas buenas de ser pagano era poder

elegir entre un amplio surtido de misterios, sin tener que quedarse con un solo y restringido credo, pero parece que Pendragon se quedó con el más temerario de todos.

Llegan a Clitheroe a las diez. Es un pueblo con mucha actividad comercial y calles empedradas que suben hacia un magnífico castillo. En cualquier otra ocasión le habría encantado impregnarse de sus energías con un buen paseo, pero hoy siente que ha venido por trabajo. Hasta se ha puesto una chaqueta de vestir. Le pone la correa a *Cosa* y camina sin prisa por la calle principal, como si trabajara en un banco.

Por suerte, el edificio que acoge el despacho de abogados J. Arthur Wagstaff se encuentra en las antípodas de un bloque de oficinas. Es una casa pintoresca, con un escaparate como de confitería victoriana. Cathbad empieza a estar más animado. Sin inmutarse al ver a *Cosa* (ni la chaqueta de Cathbad), la recepcionista los hace pasar a un despacho y les anuncia que Stephanie no tardará. Hasta entonces no se le había pasado por la cabeza que el «S. Evans» mencionado por la hermana de Pendragon fuera una mujer. Se recrimina su sexismo. Ruth estaría escandalizada.

Para complicar aún más las cosas, Stephanie Evans es guapísima, con una melena pelirroja de brillos seductores en contraste con el traje negro. Le recuerda a Shona, la amiga de Ruth. Su acento es de Lancashire al cien por cien. Cathbad se inclina para no perderse ni una sola palabra. Lo que le explica la abogada es casi tan interesante como el escote que vislumbra su atento oyente. La casa de Dame Alice era alquilada, pero Pendragon le ha dejado todo el contenido a Cathbad, heredero también de todos sus ahorros, que, contra todo pronóstico, no son pocos. A todo ello se suma la petición de que su amigo se haga cargo de su perro.

—Veo que eso ya lo hace —dice Stephanie con cordialidad.

—Me pareció lo mejor —contesta él.

También hay algunos legados para la hermana de Pendragon, Margot, y asociaciones benéficas de la zona. Lo más interesante es una donación a un centro neurológico de los alrededores.

—Tengo entendido que es donde se trataba —dice Stephanie.

—¿Tratarse?

Stephanie lo mira con sorpresa y preocupación.

—¿No lo sabía? Pendragon tenía un tumor cerebral, inoperable, por lo visto. Él creía que solo le quedaban unos meses de vida.

Cathbad sale estupefacto del despacho de abogados. Esta revelación arroja nueva luz sobre el suicidio de Pendragon. También explica los dolores de cabeza y las infusiones. ¿Contribuyó el tumor a que se sintiera perseguido y a su aislamiento? ¿O solo tenía miedo de morir? Acordándose del huerto y del cuervo en el manzano, se pregunta si su amigo pidió ayuda a Dame Alice. Cabe la posibilidad de que no actuara por miedo, sino para tomar el control de su destino. Justo en ese

momento, se acuerda de la crispación que vio en la cara de su amigo al descolgarlo de la viga. De haber querido una muerte plácida, Pendragon se habría tomado algún veneno suave elegido con su propia mano en el bosque y se habría acostado en el huerto de Dame Alice a la espera del anochecer. No, las cosas no fueron así.

Va tan absorto en sus pensamientos que se traba con la correa de *Cosa* y tiene que desenredarse. Es entonces cuando ve sobre una tienda un nombre que le suena de algo: R. Wade e Hijos, agencia inmobiliaria.

—Vamos, *Cosa* —dice—, que aún tenemos que ir a ver a alguien más.

A media mañana, Sandy Macleod recibe una visita inesperada.

—Jefe, ha venido a verle una señora —dice el sargento de servicio.

—¿Una señora? —contesta mientras levanta su peso de la silla—. Yo no conozco a señoras.

—Pues le aseguro que esta es una —dice el sargento.

Tiene toda la razón. Con su vestido negro, su chaqueta de punto blanca y su collar de perlas, Pippa Henry, que es quien está sentada en el vestíbulo, es la viva encarnación de una dama. Al invitarla a cruzar la puerta con una inclinación tan forzada como irónica, Sandy piensa que su interpretación es demasiado buena. ¿Quién se pone un vestido negro y un collar de perlas en Blackpool una mañana de agosto? Parece la protagonista de la película esa… ¿Cómo se llama? Algo de Tiffany's. Bev seguro que lo sabría.

Sea como sea, el hecho de que venga tan elegante tiene un claro interés. Significa que quiere impresionar a Sandy, y quizá incluso influir en él. ¿Por qué?

—¿Café? —pregunta al hacerla pasar a su despacho.

—Con mucho gusto.

«Que te crees tú eso», le dice Sandy en silencio, y manda a una agente a por café y KitKats.

—Bueno —dice, sentándose al otro lado de la mesa y tirando al suelo unos cuantos papeles—. Quería usted verme.

—Sí.

Pippa Henry lo mira a los ojos. Sandy piensa que es guapa de verdad. Andará sobre los cuarenta y cinco. Más allá de algunas arrugas finas alrededor de la boca y los ojos, la impresión general es lustrosa y refinada. Tiene el pelo rubio oscuro recogido en un moño, y se queda erguida y quieta, cosa rara en las mujeres. «Aplomo —piensa Sandy—, eso es lo que tiene, aplomo.» Se inclina y olfatea: Chanel número 5. Debería haberlo adivinado. Pippa se echa un poco hacia atrás.

Sandy le dirige una sonrisa alentadora.

—¿Para qué quería verme, señora Henry?

La mujer se alisa el vestido en las rodillas.

—Para hablarle de Dan Golding —contesta.

—¿Qué pasa con Dan Golding?

Pippa sonríe, y enseña unos dientes blancos y pequeños.

—Creo que ya lo sabe, inspector. Dan y yo teníamos una aventura.

—¿Y por qué iba a saberlo?

—Han encontrado ustedes el ordenador, con su correo electrónico y todo lo demás. Lo sabe todo el mundo.

—¿Ah, sí?

Sandy se pregunta cómo se han enterado. ¿Lo habrá ido contando Ruth Galloway? Nelson parece dispuesto a confiarle todos sus secretos, pero Sandy no tiene del todo claro que haya sido prudente darle carta blanca para consultar los archivos de Golding. Es bastante posible que se haya ido de la lengua con alguno de los profesores de Pendle. El otro día, al parecer, quedó con el tal Guy. De todas formas, la privacidad de los ordenadores nunca dura mucho. Ahora mismo, de hecho, Tim está con los de recuperación de datos, desentrañando los misterios del disco duro.

Adopta una expresión de interés educado y le sonríe a Pippa para darle ánimos. Llega el café. Ella hace una mueca al tomar el primer sorbo.

—Está de miedo —dice Sandy, y se bebe un buen trago—. ¿Un KitKat?

—No, gracias. Pues eso, que me ha parecido que tenía que venir a verle. Mi marido no sabe lo de… Dan.

«Yo no estaría tan seguro», piensa Sandy. Por lo que él ha visto, los maridos, saberlo siempre lo saben, aunque no quieran reconocerlo, ni siquiera a sí mismos. Piensa en el nervioso personaje que iba dando brincos por el molino de lujo. Con la cantidad de problemas que parece que tiene Clayton Henry, puede que la infidelidad ni siquiera figure entre los primeros de la lista. ¿No dijo que su mujer tenía dinero? A lo mejor no puede permitirse que se vaya.

—No sea demasiado severo conmigo —dice Pippa con voz ronca—. Mi primer marido era guapo y simpático, pero no debería haberse casado nunca. Me dejó por otro hombre.

Mira a Sandy, como retándole a que diga algo, pero él sigue con cara de palo.

—Me quedé sola con una niña pequeña. Fue muy difícil. Decidí volver a la universidad. Y aproveché que mi padre me había dejado dinero para ir a Pendle y matricularme en Historia.

—Y fue donde conoció a Clayton Henry.

—Exacto, lo tenía de tutor. Era muy amable y me ofrecía seguridad. Para Chloe ha sido un padrastro fabuloso. Lo que ocurre es que no es una relación apasionada, mientras que con Dan fue muy distinto. De Dan me enamoré de verdad. Era tan guapo, tan encantador… La verdad es que era inevitable.

—¿Ah, sí?

Se ruboriza.

—Bueno, supongo que podría haberme resistido, pero…

—Un poco mujeriego, ¿no? —dice Sandy de forma comprensiva—. Muy convincente.

—No —contesta ella—, en ese sentido no. No era un encantador de serpientes de tres al cuarto que fuera engatusando a las mujeres. Era callado y un poco distante. Lo que pasa es que… pues que en nuestra fiesta de Navidad empezamos a hablar y hubo una conexión inmediata. Era algo más mental que físico.

«Si tú lo dices…», piensa Sandy. La gente guapa siempre dice que no le interesa la apariencia física. Sandy ha visto una foto de Dan Golding y parecía una estrella de cine, el muy jodido. (También vio su cadáver cuando lo trajeron para la autopsia, pero hay que reconocer que no estaba en su mejor momento.)

—Yo había oído que tenía algo con la vecina de al lado —dice.

—¿Elaine? —Pippa hace una mueca de desdén—. Estaba loca por él, pero a él le daba vergüenza. Siempre se presentaba borracha a ofrecerle su cuerpo.

«Qué bien», piensa Sandy. En su puerta, los únicos que se presentan son los Testigos de Jehová. Quizá tendría que mudarse a Fleetwood.

—¿O sea, que entre Dan y Elaine no había nada? —pregunta.

—Bueno, puede que antes de aparecer yo hubieran tenido algún rollo, pero cuando… cuando lo conocí yo, Dan despreciaba a Elaine. Estaba siempre tan descontrolada… Yo creo que casi le daba miedo.

—¿En serio?

Es un dato interesante.

—Sí, cuando estaba borracha amenazaba con suicidarse y matarlo a él.

«¿En ese orden?», se pregunta el inspector.

—¿Amenazaba con matar a Dan?

—Solo cuando estaba borracha.

¿Es posible que la casa de Dan la incendiara Elaine estando borracha, en un ataque de celos y rabia? No se puede descartar. La única coartada de Elaine es Guy, de la misma manera que la única de Clayton es Pippa.

—¿Y Guy? ¿Qué pinta en todo esto? —pregunta Sandy.

—Bebe los vientos por Elaine; es el único que puede con ella, pero no creo que haya nada entre los dos. De hecho, siempre he tenido la duda de si no es gay. Está claro que parecía un poco enamorado de Dan.

—Pues sí que triunfaba, el hombre…

A Pippa se le ponen los ojos llorosos. Sandy piensa que son lágrimas sinceras, porque le corren el rímel.

—Dan era un hombre encantador, al que adoraba todo el mundo.

«Ya lo veo, ya», piensa Sandy.

—Es una pena —dice Gary, el de la inmobiliaria—. No creo que consigamos otro inquilino.

Cathbad está tentado de decir que la auténtica pena es que un hombre que hace pocos días estaba vivo esté muerto en el depósito de cadáveres, pero decide no tomarse la molestia. Gary tiene un aura de materialismo gris; no solo él, sino el edificio en general, de modo que se conforma con acariciar a *Cosa* y preguntar por qué no se puede alquilar la casa de Dame Alice. A él le parece muy deseable como domicilio.

—Por la fama que tiene —contesta Gary de forma sombría—. ¿Ha oído hablar de las brujas de Pendle? Pues la dueña de esta casa era una de ellas. Durante muchos años vivió en ella una mujer mayor. La gente de la zona decía que también era bruja. Después de su muerte incluimos la casa en nuestra cartera, pero no conseguíamos que se quedara nadie. Decían que había ruidos raros, cosas que se movían, luces extrañas que aparecían de noche en el jardín… Un hombre dijo que al despertarse en mitad de la noche había visto a una mujer mayor sentada al pie de su cama, mirándolo fijamente. También hubo quien aseguró haber visto a Dame Alice haciendo ganchillo en su mecedora. Estuvo vacía varios años hasta que se instaló su amigo.

—¿Y a él no le molestaban los fantasmas?

—No. —Gary mira dubitativo a Cathbad, que responde con una sonrisa insulsa—. Me dio la impresión de que le gustaban esas cosas. Dijo que había hecho las paces con el espíritu de Dame Alice. ¡Y ahora pasa esto!

—¿Cree que su muerte tuvo algo que ver con Dame Alice?

Se ríe, incómodo.

—No, yo no, yo en esas cosas no creo, pero la gente de por aquí sí que se lo creerá. Pensarán que al final la vieja acabó con él.

Cathbad no se cree del todo las protestas del agente. Le parece que Gary es el tipo de persona que cree a la vez en todo y nada. De todas formas, ahora mismo no es Gary quien le preocupa. Se está viendo en la casa de Dame Alice, viviendo con *Cosa*, cuidando el huerto y paseando al alba por las montañas. A él le gusta el norte. Tiene algo claro y sincero que le atrae. Por otra parte, si Judy no lo quiere en su vida, tampoco va a quedarse siempre en Norfolk con la esperanza de cruzarse alguna vez con ella y el bebé… Es mucho mejor cortar de raíz. Siempre puede encontrar trabajo como técnico de laboratorio, y si es prudente con sus gastos, la herencia de Pendragon le durará una buena temporada.

—Si encontraran ustedes inquilino —dice—, supongo que el alquiler sería bastante bajo.

Tim vuelve de la empresa de recuperación de datos cargado de novedades. Se trata de otra compañía privada, muy utilizada por la

policía y muy mal vista por Sandy. Desde su última visita (en la que le preguntó a uno de los analistas: «¿Esto lo haces porque no encuentras novia?»), han llegado al pacto tácito de que sea el sargento quien se ocupe del trato personal con ellos. Todo indica que la visita de hoy ha sido un éxito. Tim, que no es persona de expresar sus sentimientos, se asoma radiante al despacho de su jefe.

—Me alegro de que alguien tenga motivos para sonreír —dice Sandy.

—Le han seguido la pista a la web de University Pals —contesta Tim—. Sabe, ¿no? Los mensajes que les enviaron por correo electrónico a Ruth Galloway y Dan Golding.

—¿Y? No me tengas en ascuas. ¿Quién los enviaba?

—Clayton Henry.

Su jefe silba.

—¿En serio? Pues me gustaría saber por qué…

—A lo mejor solo echaba el anzuelo, a ver si picaba alguien —dice Tim—. Perdón por el chiste.

Ante la cara de incomprensión de Sandy, se pregunta si se le habrá olvidado lo del *phishing* y la pesca, pero no; lo que pasa es que le ha parecido una gilipollez.

—Lo digo —se apresura a añadir Tim— en el sentido de que quizá Clayton supiera que en algún momento necesitaría la identidad de Ruth Galloway para encontrar información sobre los huesos, y que puede que solo lo hiciera por probar, a ver qué salía.

—Ya, pero ¿cómo sabía que Golding se había puesto en contacto con Galloway?

Tim se encoge de hombros.

—Debía de saber que habían ido juntos a la universidad. Sabiendo dónde y cuándo había estudiado Golding no era tan difícil deducirlo. Y todo eso debió de averiguarlo por los datos de University Pals.

—Entonces es que sabía que en los huesos había algo raro —dice Sandy—, algo que no le había dicho Golding.

—¿Cree que los cambió Henry? —pregunta Tim—. ¿Con la ayuda de Terry Durkin?

—No tiene lógica —dice Sandy, y piensa en voz alta—. Si se llevó él los huesos, ¿qué sentido tiene que hiciera venir a la doctora Galloway? Ya se podía imaginar que se daría cuenta del cambiazo, que por algo es una experta. Y sin los huesos, Henry se quedaba sin el notición. Adiós a la pasta gansa y a arreglar sus problemas.

—¿Pues entonces quién los cambió? —pregunta el sargento—. ¿Y dónde están?

—Ni idea —dice su jefe—, pero Clayton Henry tiene miedo de alguien, y, si averiguamos de quién, creo que habremos encontrado al asesino.

—¿O sea, que no cree que fuera el propio Henry?

—Acaba de venir a verme su mujer.

—¿Pippa? ¿En serio? ¿Qué quería?

—Contarme que estuvo enrollada con Golding y que no fue culpa suya porque ha tenido una vida difícil.

—¿Es verdad que ha tenido una vida difícil?

—Bueno, su primer marido le salió gay.

Tim se ha preguntado muchas veces si Sandy lo considera homosexual por ponerse *aftershave* y jugar al tenis. La expresión de su jefe, sin embargo, es inescrutable.

—Me sorprende —dice Tim.

—¿Ah, sí? Pues a mí no. ¿Te acuerdas de cuando buscamos datos sobre antiguos alumnos de Pendle detenidos por conducta racista u homofóbica?

—Sí —dice Tim, aunque está claro que su jefe lo recuerda mejor que él.

—¿Te acuerdas de la mujer esa a la que detuvieron por usar lenguaje ofensivo en una manifestación por los derechos de los gays, Philippa Moore?

—Philippa… Pippa… ¿cree que era ella?

—No es que lo crea, es que estoy seguro. Lo he investigado y escribió varias cartas a la prensa para protestar contra los hombres gays que se casan con chicas inocentes y después las abandonan.

Tim no sabe si le sorprende más que Sandy haya recurrido a internet para indagar sobre las actividades de Pippa Henry o que la estilosa mujer a la que recuerda del molino siga resentida por algo que debió de ocurrir hace diez o quince años. Y si está resentida por eso, ¿qué no pensaría, por ejemplo, de un amante que la dejó?

—¿Lo de Golding y ella iba en serio? —pregunta—. En el diario Pippa casi no sale.

—Según ella, estaba enamorada, y parece que era algo más mental que físico.

Tim pone cara de escepticismo, la misma que Sandy en su momento.

—¿Usted cree que puede ser ella la asesina? A lo mejor es que Colding intentó cortar. Nos consta que Pippa no se toma bien que la rechacen.

—Es posible —dice el inspector—. Su única coartada es su marido, que tendría muchas razones para protegerla. Quizá hasta lo hicieron juntos. Cosas más raras he visto. Puede que lo planearan entre los dos para darle una lección. Luego está la vecina de al lado.

—¿Elaine Morgan?

—Según Pippa, estaba loca por Golding. Se le presentaba en la puerta para ofrecerle su cuerpo.

—Siempre es más entretenido que te ofrezcan poner doble cristal.

—Yo he pensado lo mismo. Sabemos que Elaine Morgan tiene problemas con el alcohol. No es una persona muy estable que digamos.

—Y su única coartada es su compañero de piso.

—Exacto, y a saber qué relación tienen esos dos… Parece que esta gente se pase el día dale que te pego como conejos.

Se hace un silencio durante el que solo rugen las tripas de Tim. Mira el reloj de la mesa: es la una. Se ha levantado a las seis para ir al gimnasio y se muere de hambre.

—¿Le apetece comer algo, jefe? —dice—. En la cantina tienen patatas fritas.

—No, ve tú —contesta Sandy—, que yo he quedado con alguien.

A Nelson le sorprendió la propuesta de Sandy de ir a comer juntos. Es una expresión, la de «comer juntos», que no asocia con su antiguo colega, porque le suena como más del sur. ¿Una pinta? Vale. ¿Té? Quizá. Pero ¿comer? No, eso es para urbanitas con camisas de rayas, o mujeres con demasiado tiempo libre, no para curtidos policías con un homicidio entre manos. A pesar de todo, la sorpresa no le impide aceptar la invitación. Empieza a aburrirse un poco de ir a *garden centers*, y tiene muchas ganas de saber más del caso; el cual, por otra parte, también es cosa suya, en la medida en que su hija está recibiendo amenazas.

Sandy lo ha citado en un *pub* cerca de la estación. «Hoy en día viene a ser el único sitio donde no montan un puto karaoke», le ha dicho por teléfono. Al llegar, Nelson se lo encuentra con una pinta delante. Entiende que le guste el local, un sitio pequeño, más bien triste, donde se va a beber y con muy pocas concesiones a la modernidad. Solo hay una tele donde dan las carreras. Por lo demás, ni karaoke, ni capuchinos, ni menú degustación. La carta consiste en sándwiches y pasteles de carne. Nelson opta por lo segundo.

—¿Vienes siempre aquí? —pregunta.

Sandy gruñe.

—Ya no tengo un sitio fijo. Antes los *pubs* eran sitios donde los hombres podían refugiarse, pero ahora están llenos de niños y de despedidas de soltera.

La clientela de este se compone de tres hombres mayores y un galgo. El único que aún está vivo podría ser el perro, que menea la cola al ver a Nelson. Este simpatiza con Sandy por lo del karaoke, pero la verdad es que él nunca ha querido huir de las mujeres. Se lleva bien con los hombres —única manera de sobrevivir en la policía—, pero le gusta la compañía de las mujeres. Quizá le venga de tener dos hermanas mayores, o de que en los últimos diecinueve años ha estado en minoría de tres a uno en su casa.

—¿Cuándo vuelves a Norfolk? —pregunta Sandy.

—La semana que viene.

—¿Te da pena irte?

Nelson se queda mirando su cerveza. ¿Le dará pena irse de

Blackpool? Se alegrará de alejarse de Maureen, por mucho que la quiera, y será genial volver a ver a las niñas, que estarán unas semanas en casa antes de que empiece el curso, en septiembre. No es que añore Norfolk, sino que, le guste o no, es su casa. Dios mío… ¿Cómo ha podido pasar algo así?

—Siempre me da pena irme —dice al final—, pero no soy muy de vacaciones.

—Yo tampoco. —Una vez fui a Disneyland y perdí años de vida. No me gustan mucho las alturas, y quedarme colgando boca abajo no es lo que yo entiendo por diversión.

—Eso me recuerda a Madame Cindy —dice Nelson—. ¿Te acuerdas de aquella atracción? La Casa del Dolor de Madame Cindy.

Están un buen rato hablando de los viejos tiempos. Justo cuando Nelson empieza a preguntarse si, por increíble que parezca, Sandy ha quedado con él para charlar, su viejo amigo se apoya en el respaldo.

—Es un encanto, tu Michelle.

Nelson levanta la vista, sorprendido. ¿A qué viene eso? ¡Solo falta que se pongan a hablar de sus mujeres! Además, desde que conoce a Sandy nunca le ha oído elogiar a nadie con tanto fervor. Por supuesto que Michelle es un encanto, pero Sandy debe de llevar años sin verla. Tras mostrarse de acuerdo en que no se la merece, le pregunta educadamente por Bev. Su amigo hace oídos sordos al cambio de tema. Siguen mirando sus cervezas.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Harry?

—Pues claro que sí.

—¿Hay algo entre tú y la arqueóloga?

—¿Ruth? ¿Por qué lo preguntas?

—O sea, que sí.

Nelson se maldice por haber caído en la trampa más vieja del manual de policía.

—Hubo algo hace años —dice con cautela—. Ahora solo somos amigos.

—Y la chiquilina… ¿es tuya?

Nelson se acuerda de que cuando Sandy recupera las expresiones de su madre escocesa, como «chiquilina», siempre es porque está muy emocionado.

—Sí —contesta—. La verdad es que es un buen lío.

Piensa que Sandy cambiará de tema y seguirá hablando de los viejos tiempos, o de las posibilidades del Blackpool en la Premier League, pero lo que hace su amigo es inclinarse y adoptar un tono casi de urgencia.

—Ten cuidado, Harry. Lo tuyo con Michelle vale la pena cuidarlo. He visto cómo te mira esa chica, Ruth, y está enamorada. No hagas ninguna tontería. Te conozco, y sé cómo eres cuando crees que estás haciendo lo correcto.

A Nelson no se le ocurre qué contestar. Le traen el pastel de carne,



pero, por alguna razón, se le ha pasado el hambre.

28

Caz deja a Ruth y Kate en Beach Row, contentas y agotadas. Mientras mete toallas mojadas en la lavadora y empieza a preparar la cena, Ruth piensa que han pasado un día fabuloso. El parque acuático era una maravilla. A su hija le ha encantado jugar en la isla desierta y el barco pirata, chapotear en la piscina para niños de la Laguna Azul y recorrer los Rápidos de Ratty. Cuando no se tiraban por unos toboganes como para partirse la crisma, los hijos de Caz han estado muy atentos, jugando con Kate mientras Ruth disfrutaba nadando (pese a la dificultad de hacer largos en una piscina trapezoidal repleta de niños muy pequeños y sobreexcitados).

Llega a la conclusión de que Cathbad se equivocó al tachar el parque acuático de cutre, y de caro para lo que es. Bueno, no del todo, pero a veces con niños está bien lo cutre. Eso sí, es bastante caro… Se estremece al acordarse del capuchino que se ha tomado en el «Arrecife de la Piscina». De todas formas, Cathbad no tiene derecho a ser tan crítico. Se pasa el día hablando maravillas de lo bien que lo pasó Kate jugando con él en la playa: «Solo arena y mar, sin porquerías comerciales. Solo energías naturales positivas». ¡Pues claro que a Kate le gustó jugar en la playa! ¡Que tiene dos años, por Dios! Pero eso no quiere decir que solo disfrute en la saludable compañía de Cathbad. Que pruebe a ocuparse de ella una tarde de lluvia, cuando le duela algún diente y no funcione la conexión wifi. Ya se vería entonces lo que da de sí como padrino.

Por cierto, ¿dónde se ha metido? Esperaba encontrárselo al volver a casa. Estará deambulando por el bosque de Pendle, con *Cosa* al lado. Bueno, eso no es que se lo reproche, porque lleva unos días difíciles —por no decir todo un año—, y Ruth sabe que los paseos tienen efectos terapéuticos en él. En cualquier caso, espera que haya vuelto antes del anochecer, porque no quiere quedarse sola con la niña en la casa. Qué contenta está de que vuelvan mañana… Ni en el parque acuático, entre sonrientes delfines de plástico y frisos de sirenas, ha dejado de pensar en el personaje de la orilla del río, el encapuchado, el monstruo sin cara. La aparición del «otro», del desconocido a quien nadie reconoce, forma parte de muchas historias. «¿Quién es el tercero que camina a tu lado?» Cristo en el camino de Emaús. El pobre Tom de *El rey Lear*. Tantos y tantos cuentos de hadas sobre el viajero misterioso que llega de noche. O adivinas mi nombre o me llevo tu alma.

Kate cena de cualquier manera y luego Ruth la lleva arriba para el

baño. Una de las mejores cosas de haber pasado el día en un vil y comercial parque temático es que a las seis y media su hija está tan cansada que a duras penas puede mantener los ojos abiertos. Ruth solo le ha leído dos páginas de *Dora la Exploradora* cuando la respiración pausada de su la niña la informa de que se ha dormido y de que, milagrosamente, tiene por delante toda una velada a sus anchas. Baja preguntándose si es excesivo tomar vino cuando fuera aún hay luz. Bueno, qué más da. Solo se tomará una copita.

Se la sirve, pero, viéndola tan solitaria, la llena hasta arriba, segura de que sigue contando como una sola copa. Luego se la lleva a la sala de estar, se sienta en el sofá y abre el portátil. Quiere echar otro vistazo al diario de Dan antes de que vuelva Cathbad.

Lo mejor de los diarios electrónicos es que se pueden hacer búsquedas. Hace una con su propio nombre, sintiéndose un poco culpable. Solo hay dos resultados: la entrada donde Dan habla de pedirle ayuda con los huesos y otra fechada el 2 de abril, al principio de la excavación, cuando aún no habían descubierto el esqueleto:

> Por alguna razón, me he puesto a pensar en los tiempos de la UCL, en Finn, Kamal, Ruth y Caz. Entonces siempre pensaba que triunfaría como arqueólogo, que escribiría un *best seller* o haría algún descubrimiento alucinante, pero no ha sido exactamente así. He sido un arqueólogo del montón, que da clases a alumnos aburridos y los fines de semana excava un poco para que no se diga. Venir a Pendle me sentó como una derrota. Solo vine por Karen, y tengo que reconocer que me dolió ser el que peor trabajo tenía de los dos. La carrera de Karen iba viento en popa; la mía, en cambio, parecía estancada. Solo con conocer a Clayton ya me di cuenta de que en el departamento no iban bien las cosas. Les faltan alumnos, o financiación. Yo creo que al decano le gustaría prescindir por completo de la Historia para sustituirla por algo más lucrativo y más de moda. Durante la entrevista, Clayton me dijo que en la asignatura de Arqueología tendría carta blanca, pero la verdad es que hay tan pocos alumnos que nos cuesta seguir algo parecido a un programa. A Clayton, la arqueología no le interesa. La encuentra demasiado árida y demasiado exigente en términos de esfuerzo. En cuanto a Sam, en el fondo solo siente predilección por lo moderno. Guy es muy aplicado y razona bien. Elaine es demasiado rara como para llegar a algo en la universidad, aunque también es inteligente. La verdad es que Pendle parece un camino sin salida, el cementerio de mis esperanzas. Ahora bien, este descubrimiento… Esto podría cambiarlo todo. Un templo romano-británico consagrado al Rey Cuervo. Podría dar para un artículo, y hasta para todo un libro. Si consiguiera recursos, podríamos hacer una buena excavación. A saber qué habrá debajo…

«Eso, a saber», piensa ella mientras se acaba la copa sin darse cuenta. Dan tenía razón en que había tesoros más valiosos esperando bajo tierra, pero ¿fue este descubrimiento el que le causó la muerte? ¿Representó Pendle, además del «cementerio de sus esperanzas», su muerte en sentido literal?

También hay otros datos de interés. A Finn y Kamal los recuerda de

su promoción de Arqueología. Se pregunta qué estarán haciendo. Cree recordar que, como Caz, se desvincularon en cuanto pudieron de la arqueología. Le suena haber leído en algún sitio que Kamal es abogado. Por otra parte, las reflexiones de Dan sobre su trayectoria le han tocado la fibra sensible. También ella tiene la sensación de haberse estancado en lo profesional, pese a sus colaboraciones con la policía (que han sido interesantes, aunque también inesperadamente peligrosas). Comprende a la perfección lo que sintió Dan al llegar a Pendle y encontrarse un departamento fallido, con todos sus miembros a la gresca. Es verdad que habla bien de las facultades intelectuales de Guy, que es justamente quien quiere retomar su labor y hacerse de paso un nombre. El calificativo de «rara» aplicado a Elaine cuadra con lo que le ha explicado Guy. En la entrada no hay nada que lleve a pensar que Dan estuvo enamorado de ella. Karen debía de ser su mujer. ¿Qué habrá sido de ella?

Algunas de estas preguntas tienen fácil respuesta. Al buscar en Google «Kamal Singh» salen cientos de entradas, pero Ruth encuentra su pista por Friends Reunited. En efecto, es abogado. Se ha casado y tiene tres hijos. ¿Y Finn, el irlandés? Esta vez, la búsqueda la deja en estado de *shock*: murió hace tres años por un cáncer de próstata. Encuentra una página de homenaje del colegio donde daba clases de Historia, y donde se nota que era muy querido. Pobre Finn, tan amante del rugby… Muerto a los cuarenta. Los dos muertos, Finn y Dan. Siente un escalofrío, como si estuviera la parca a sus espaldas, leyendo por encima de su hombro. El dedo en movimiento escribe, y tras haber escrito, se va…

Al buscar a Karen Golding se entera de que es profesora de Física Teórica en la Universidad de Manchester. Vaya, que ha seguido triunfando. Se pregunta cómo se habrá quedado con lo de Dan. Caz dijo que en el entierro parecía muy afectada, y por lo visto era ella, tan volcada en su trabajo, la que quería sentar cabeza y tener hijos. ¿Por qué no los quería Dan? Ruth recuerda su amarga observación sobre que ella probablemente estuviera casada y con diez hijos, «como todos». Quizá es que no quería ser como todos. Puede que quisiera ser feliz viviendo solo, mientras encadenaba novias y aventuras. Su diario, en todo caso, no suena al de un hombre feliz.

Al buscar a Pippa en el diario, encuentra dos menciones. La primera es la que se refiere a su presencia en la excavación. La segunda corresponde a unos días después:

> Ha venido Pippa. Tanto ella como yo sabemos que lo nuestro no puede seguir, pero creo que ninguno de los dos quiere decirlo. Ha hablado de dejar a Clayton, aunque dudo que lo haga alguna vez. Le encanta el tren de vida que lleva: el molino, las fiestas, un marido que la adora… Sola no podría sobrevivir. ¿Pretende atar su suerte a la mía? Yo nunca le he dado pie a pensar que tengamos un futuro juntos. Le dije que, después de Karen, me había prometido no casarme

nunca más, y ella entonces lo aceptó, pero quizá piensa que puede hacerme cambiar de idea. Le he preguntado (una vez más) si Clayton sospecha algo, y ella ha dicho que no, que él se fía de mí y que nunca se le ocurriría que pueda traicionarle. Me he quedado con mal cuerpo. Clayton siempre ha querido portarse bien conmigo, y yo, se mire por donde se mire, sí que lo estoy traicionando. Luego, al pensarlo, me ha extrañado que Pippa haya dicho que Clayton se fía de mí, y que de mí no esperaría nunca una traición. ¿Y de ella? ¿Y de su mujer? ¿De ella no se fía?

Ruth vuelve a tener sentimientos encontrados al leerlo. Por un lado, le parece un poco duro el tono de Dan —«yo nunca le he dado pie a pensar que tengamos un futuro juntos»—; por el otro, al menos tenía ciertos remordimientos por engañar a Clayton. También es interesante la parte sobre Pippa. ¿Se fiaba Clayton de su esposa? ¿Sabía que le era infiel? Y, si lo había averiguado, ¿qué debía de pensar del hombre que lo estaba traicionando y al que le había abierto las puertas del departamento y de su vida? ¿Estaba enfadado? ¿Lo bastante como para matar?

¿Cortó Dan su relación con Pippa? Busca en el resto del diario y solo encuentra una referencia más sobre ella. Dan está hablando de la posibilidad de organizar otra excavación para explorar los alrededores del templo. Dice que Guy y Elaine tienen muchas ganas de ayudar, pero que «a Pippa le parece que Elaine es peligrosa». Nada más. ¿Pippa estaba mal predispuesta contra Elaine solo por saber que había estado liada con Dan, o sabía algo más de ella? Ruth sospecha que a Elaine Morgan se la podría describir con muchos calificativos, pero ¿peligrosa? Es una palabra un poco fuerte. ¿Era peligrosa la chica? ¿Para sí misma? ¿Para Dan?

Mira el reloj de la esquina de la pantalla: las ocho. ¿Dónde se ha metido Cathbad? Al menos *Cosa* no está dando vueltas por la casa, algo que le pone de los nervios. Se levanta y se sirve otra copa de vino. Son muy pequeñas, como de jerez. Consulta su teléfono: no hay mensajes del brujo errante. No es que le preocupe, porque él ya es mayor y cuenta con la protección de un bull terrier, pero espera que no haya decidido no dormir en la casa. No le apetece nada pasar la noche sola, y menos con el de los mensajes suelto y el recuerdo del encapuchado de la orilla tan fresco en la memoria. Va a la puerta y se asoma. Fuera es casi de noche y no hay nadie por la calle. Ni rastro del mítico coche patrulla de Sandy. Ya se han ido todos los veraneantes. Echa la cadena y vuelve a la sala de estar.

En el diario no hay más referencias sobre Pippa ni Elaine. Tampoco sobre ella. La última entrada es en la que habla de la carta de la Mano Blanca que recibió Dan, con los nombres y direcciones de sus parientes. Estas son las últimas líneas: «He llamado a Clayton y le he insistido en que deberíamos avisar a la policía, pero se ha negado. Protege a alguien.

Pero ¿a quién?».

¿A quién protegía Clayton Henry? ¿A su mujer? ¿A sí mismo? Si tenía tanto miedo de la Mano Blanca como para permitir el traslado de los huesos a un laboratorio privado, ¿por qué no quiso llamar a la policía cuando un miembro de su departamento recibió amenazas? Es como si la Mano Blanca se acercara poco a poco. Escriben cartas, le dejan a Dan pájaros muertos en la puerta y a los pocos días de esta última entrada alguien le incendia la casa. ¿Se acercaron aún más? ¿Vio Dan alguna vez una figura encapuchada fuera de su casa, en la penumbra? ¿Alguna vez descifró la oscuridad que ocupaba el lugar de la cara? El diario, en todo caso, no permite saberlo.

Ruth está muy asustada. «Mariquita, mariquita, vuelve a casa volando.» Ahí estará mañana, en casa, y no volverán a verle el pelo más al norte del estuario del Wash. ¿Debería ir a ver si su hija está bien? «Tranquilízate —se dice—, que solo son las ocho y media de una noche de verano. ¿Qué quieres que te pase?» Aun así, decide echar las cortinas.

Justo cuando llega a la ventana, suena el timbre. Sonríe aliviada. Muy típico de Cathbad, olvidarse la llave. Va hacia la puerta mientras ensaya reproches como si estuvieran casados de verdad. «¿Te parecen horas? ¿Por qué no has llamado? ¿No sabes lo temprano que hemos salido esta mañana?»

Fuera, sin embargo, no está Cathbad.

Está la última del triunvirato, Elaine.

29

—Espero que no te moleste presentándome así —dice Elaine.

A Ruth sí le molesta, aunque la verdad es que Elaine no parece peligrosa ni trastocada. Lo que parece, en la penumbra, es más bien desamparada. En contraste con lo glamurosa que estaba en la fiesta de Clayton, lleva unos tejanos gastados y un jersey demasiado grande que le dan un aspecto desaliñado. Por otra parte, se la ve muy joven.

—Pasa —dice Ruth.

—Llevo todo el día dando vueltas en coche, intentando armarme de valor para venir a verte.

Ruth la acompaña a la sala de estar, que de alguna manera parece más formal que la cocina. Hasta el momento de sentarse las dos en el sofá, no se da cuenta de que en la mesa de centro está su portátil con el diario de Dan en la pantalla. ¿Lo mirará Elaine? Seguramente no. Aun así, le gustaría poder moverlo, pero ¿cómo, sin llamar la atención?

La verdad es que Elaine no da la impresión de estar fijándose en nada. Se sienta con el pecho contra las rodillas, arropada por su gran jersey.

—Tengo un miedo… —dice—. No sé qué hacer.

—Te voy a preparar una buena taza de té —dice Ruth, consciente de lo ridículo que suena.

Se levanta deprisa y coge el portátil de camino. Al entrar en la cocina, lo esconde en la despensa y se pone a hacer ruido con tazas y cajas de galletas. Piensa en ofrecerle a la chica una copa (a ella tampoco le iría nada mal), hasta que se acuerda del diario de Dan y le parece más seguro el té. Bastante peliaguda se prevé la conversación como para regarla con alcohol.

Al volver se encuentra a Elaine en la misma postura. Le pone la taza delante.

—Aquí tienes tu té. En la lata hay galletas.

—Gracias, muy amable —dice la joven con tono inexpresivo.

Ruth se queda a la espera con la taza entre las manos, pendiente de si percibe ruido en el piso de arriba, pero solo se oye la respiración irregular de Elaine. Se pregunta si está enferma.

—Tengo un miedo… —vuelve a decir.

—¿Por qué? —pregunta Ruth.

Elaine la mira. Sus ojos, de un azul muy claro, y sus pestañas rubias le dan un aire exótico, albino.

—Guy dice que has encontrado el portátil de Daniel.

Ya le había parecido a Ruth que Guy no se había quedado convencido con lo de que estaba en manos de la policía. Debió de suponer que ella había hecho copias de los archivos, en cuyo caso sabe exactamente qué ha descubierto. Piensa en el ordenador, que ha dejado embutido en la despensa, entre los cereales y las galletas para bebé. Por suerte Elaine no espera a que responda.

—Si has leído su diario, sabes muchas cosas sobre mí, y me ha parecido que tenía que venir para aclararlas.

—No me debes ninguna explicación —dice Ruth, a quien le apetece muy poco una sesión de confidencias con la exnovia de Dan.

Pero ¿por qué no vuelve Cathbad?

Elaine la ignora. Está llorando sin hacer ningún esfuerzo por secarse las lágrimas, que corren libremente por sus mejillas pálidas.

—Yo a Daniel lo quería —dice—. Creía que él a mí también, pero no. Le resultaba cómodo tenerme al lado, pero cuando empecé a ganar peso, me dejó. Podía ser muy frío y muy cabrón.

Lo gracioso es que Ruth se lo puede creer. ¿No acababa de darle un pequeño escalofrío con la lectura del diario de Dan? Se compadece a su pesar de Elaine.

Esta tiende el brazo y le coge la mano.

—Pero yo nunca le habría hecho daño. ¡Tienes que creerme!

Ruth aparta la mano de forma suave.

—Nadie cree que se lo hayas hecho —dice.

—La policía sí. Vino a verme ese inspector tan espantoso, el gordo, y me hizo un montón de preguntas. Sé que sospecha de mí por la manera tan horrible que tiene de mirarme. Y el otro, el guapo, no paraba de hacerme preguntas sobre la Mano Blanca.

—Bueno, es que creen que podría tener algo que ver —dice Ruth—. Ten en cuenta que son neonazis. Son capaces de todo.

Elaine se la queda mirando. Mojados, sus ojos parecen casi blancos.

—¿No lo entiendes? En la Mano Blanca estábamos todos.

Cathbad no se ha dado cuenta de lo tarde que es hasta que ha salido al jardín y ha visto las montañas oscuras. *Cosa* corre sin parar, ladrando a los pájaros que se juntan a pasar la noche. Salta a la vista lo feliz que está de haber vuelto a su casa. No lleva reloj, debido a que en su muñeca no suelen funcionar (sospecha que por un exceso de electricidad natural), y en la casa parece que tampoco hay ninguno. Pendragon no tenía televisor, radio ni ningún aparato electrónico, si pasa por alto —como procura hacer Cathbad— el despacho de última tecnología del piso de arriba. Se saca el móvil del bolsillo y mira la pantalla. Son las ocho y media. Más vale que vuelva con Ruth.

Qué fácil ha sido conseguir las llaves de la casa… Nada más atisbar la posibilidad de que Cathbad se plantease alquilarla, Gary se ha vuelto

de lo más solícito. «Claro que sí, llévese las llaves, y ya me las devolverá mañana. Tómese todo el tiempo que quiera.» Total, que ha pasado una plácida tarde en la casa de Dame Alice, rezando por el alma de Pendragon y ofreciendo libaciones a los buenos espíritus. Resuelto a no dejar ningún flanco espiritual al descubierto, ha dicho una década del rosario (su abuela estaría orgullosa) y ha sacrificado de forma simbólica una de las túnicas de Pendragon, quemándola en el reloj de sol. Hasta ha hecho el esfuerzo de ir al cobertizo, esparcir hierbas y rezar la oración católica por los difuntos. «Concédele, Señor, el eterno descanso, y haz que brille siempre sobre él la luz perpetua.» Pese a esta purificación, *Cosa* se ha negado en redondo a entrar en el cobertizo.

En un momento dado, Cathbad ha caído en la cuenta de que se ha convertido en dueño de todo el contenido de la casa. La verdad es que, si quisiera, podría instalarse mañana mismo. Mientras cierra con llave, se plantea llevarse el crucifijo del dormitorio. Quizá Ruth y Kate puedan beneficiarse de su protección. Sin embargo, al llegar a la cama tan lisa como un sudario siente una extraña reticencia a tocar la pesada cruz de madera. A Pendragon no le dio mucha suerte, hay que reconocerlo. Cuando está a punto de salir, se le va la vista al libro que hay al lado de la cama. Se titula *Antiguas baladas inglesas*. Lo abre y encuentra una hoja de laurel usada como punto. Hay un verso con una anotación a lápiz. Lo lee, mientras *Cosa* jadea a su lado.

Hoy, amor, sopla el viento
Y llueven pocas gotas.
Tuve un amor verdadero
y hoy yace en fría fosa.

La balada se llama *La tumba inquieta*. Se queda callado, atento al silencio de la casa. Hoy no hay viento, ni llueve. ¿Por qué marcó Pendragon este poema? ¿Pensaba en su mortalidad? ¿O en que iba a quitarse la vida? Pese a la falta de indicaciones en el testamento sobre funerales o entierros, tiene bastante claro qué habría querido su amigo. ¿Se refiere esta lúgubre estrofa a una tumba sin lápida en la colina de Pendle? ¿Es donde quería descansar? ¿Y quién era su «amor verdadero»? Cathbad nunca lo oyó hablar de ninguna mujer. Supone, sin embargo, que en todas las vidas existe un verdadero amor. Como no le apetece pensar en eso, coge el libro y baja. Ya hace frío, así que toma prestada una túnica que cuelga de un gancho en la puerta trasera. También confisca un paquete de galletas para perro. Lo demás puede quedarse donde está.

Le manda a Ruth un mensaje rápido y, tras despedirse de Dame Alice, va hacia el coche.

—¿Qué quieres decir con que estabais todos? —susurra Ruth.

Elaine da muestras de haberla entendido.

—No, no, Daniel no; al ser judío no podía. Me refiero a Guy, Clayton y yo.

Lo que más le choca a Ruth es la naturalidad del comentario antisemita. Sin embargo, Elaine estaba enamorada de Dan. Vuelve a fijarse en que es la única de sus conocidos que siempre se refiere a él por su nombre completo.

Aún no se lo puede creer.

—¿Pertenecéis a un grupo neonazi?

—No lo entiendes —dice Elaine con tono de impaciencia—. Los neonazis que van por el campus protestando por que en Fleetwood haya chinos cogiendo berberechos no tenían nada que ver con nosotros. La Mano Blanca era distinta. En nuestro caso, se trataba de volver a los viejos tiempos, los del Alto Rey.

—¿El rey Arturo?

—Sí. Antes de unirnos a la Mano Blanca, los cuatro ya hablábamos de recrear Camelot. Clayton era el rey Arturo; yo, Ginebra; Guy, Lancelot, y Pendragon, Merlín.

—¿Y por qué entrasteis en la Mano Blanca?

—Pendragon nos habló de ella. Dijo que pertenecer al grupo comportaba una serie de poderes mágicos, de energías sobrenaturales muy potentes, y tenía razón. Hicimos una ceremonia de iniciación en la colina de Pendle. Fue maravilloso. Hubo luces en el cielo, se oyeron voces en las alturas y apareció sobre nosotros un gran pájaro negro con alas de fuego.

Sonríe al acordarse.

A Ruth se le ocurren muchos comentarios. Es posible admirar las leyendas artúricas sin pertenecer a una siniestra sociedad secreta vinculada (diga lo que diga Elaine) a grupos racistas y homófobos. En cuanto a las voces celestiales y el pájaro de fuego, sospecha de la presencia de drogas duras. Sin embargo, hay otras cosas que necesita saber.

—¿Quién más formaba parte de la Mano Blanca? —pregunta—. ¿Quién mandaba? ¿Quién era el Archimago?

Elaine mueve los ojos de un lado a otro.

—No lo sé. Solo conoces a los de tu capítulo, y el nuestro estaba compuesto por nosotros cuatro.

—Alguien debía de saberlo.

—Clayton, Guy y Pendragon eran caballeros. A veces recibían mensajes del Archimago, pero no creo que llegaran a conocerlo.

—¿Y tú? ¿No eras caballera?

—No, no; las mujeres no podían ser caballeras.

«Además de racistas y homófobos, sexistas», piensa Ruth. Pero alguien tiene que saber quién es el Archimago. Nadie que se pasee en túnica y se dedique a incendiar casas puede permanecer mucho tiempo

en secreto. Piensa en el enmascarado de la orilla del río y se estremece.

—¿Y quién era Dan? —pregunta—. ¿Tenía algún papel?

—Bueno, de la Mano Blanca no sabía nada. No se lo podíamos decir. Pero era Parsifal, ¿verdad? El que encontró el grial.

O sea, que al escribir sobre la Mano Blanca, Dan no podía saber que dos de sus mejores amigos y su jefe formaban parte de ella. Aun así, es indudable que tanto Guy como Clayton tenían miedo de alguien o de algo. Guy insistió en que los huesos se guardaran en lugar seguro, y Clayton recibió (o dijo haber recibido) amenazas por carta. ¿Conocían la identidad del Archimago? ¿Sabían que era capaz de matar?

—Elaine —dice Ruth—, ¿sabes quién mató a Dan?

Da la impresión de que se hunde en el asiento y de que vuelve a ser joven y vulnerable. Al hablar lo hace casi con voz de bebé.

—Yo no tuve nada que ver con el incendio. Había estado con Guy en el *pub* y cuando volvimos había llamas por todas partes. Al principio pensé que era nuestra casa. Guy llamó a los bomberos. Fue horroroso. Me puse a gritar. Vimos que sacaban el cuerpo de Dan. Los sanitarios le estaban haciendo el boca a boca, pero Guy no dejó que me acercara. Estaba histérica. Tuve que tomarme un tranquilizante.

Ruth rechaza la invitación a compadecerse de ella.

—Pero algo sabes, ¿no? —pregunta—. Por eso tienes tanto miedo.

La chica la mira. Más que pálida, a su cara le falta vida. Tiene los labios casi blancos y se le transparentan las venas. Pasea la vista por la sala mientras abre y cierra los puños.

—Elaine —dice Ruth con más suavidad—, ¿por qué has venido a verme?

—Creo que a Dan lo mató la Mano Blanca —contesta Elaine en voz baja.

Se la oye tan asustada que Ruth, a su pesar, se gira a mirar por encima del hombro. Los ventanales ya están negros. Hace una noche tranquila. Daría lo que fuera por oír pasar el coche patrulla de Sandy. Se vuelve otra vez hacia Elaine, que sigue abriendo y cerrando los puños.

—¿Sabes por qué lo mataron?

—Guy pensaba que Daniel había descubierto algo sobre el Alto Rey —dice Elaine al final—. Daniel no le explicó qué era, pero Guy tenía sus sospechas.

«Para que vaya diciendo por ahí que era un proyecto conjunto», piensa Ruth, satisfecha a su pesar por que Dan no hubiera compartido sus sospechas con Guy y sí tuviera pensado hacerlo con ella. Por mucho que diga en su diario, es evidente que Dan no tenía plena confianza en Guy.

—¿Qué sospechas tenía Guy? —pregunta.

—No lo dijo —responde Elaine—, pero creía que podía ser algo que deshonrase al Alto Rey. Es que Daniel no lo entendía. Le gustaba la idea del rey Arturo, pero lo único que le importaba era hacer un gran

descubrimiento. Quería ser famoso.

«Y quién no», piensa ella, entristecida una vez más por su amigo, que estuvo tan cerca de sobresalir en su campo. En cuanto al rey Arturo, Elaine nunca sabrá hasta qué extremo tenía cautivado a Dan. Lo que pasa es que le daba igual que el Rey Cuervo fuera blanco o negro. Para él lo único importante era la verdad.

—¿Guy sabe quién mató a Dan? —pregunta.

—No —dice Elaine—, pero sé que sospecha que fue por orden del Archimago.

Ruth se inclina hacia ella.

—Elaine, ¿el Archimago es Clayton Henry?

—No creo. Le tenía mucho cariño a Dan.

—¿Fue Clayton quien cambió los esqueletos?

No le parece que valga la pena fingir que no lo sabe. A estas alturas, seguro que todo el mundo es consciente de que se ha dado cuenta del cambiazo. Ayer mismo recibió los resultados de las pruebas de carbono-14 sobre las dos series de huesos que examinó en CNN Forensics, y a lo sumo tienen unos pocos siglos. Se pregunta de dónde saldrían. Con todo, en su momento la sorpresa de Clayton parecía sincera.

—No —dice Elaine—, eso no sé quién lo hizo. Clayton no, porque él quería seguir con la investigación. Consideraba que podía ganar mucho dinero con la tumba del rey Arturo. Es que tiene unas deudas tremendas.

—¿Dónde están ahora los huesos del rey Arturo?

—No lo sé. Guy cree que es muy probable que los hayan quemado en algún sitio, en una pira fúnebre. Sería lo más respetuoso.

A pesar de todo, Ruth siente una gran pena por los huesos, tan valiosos e insustituibles. Si se han perdido, el descubrimiento de Dan nunca se podrá contrastar. Solo quedarán los resultados del ADN y los isótopos, las fotos de Susan y el diario de Dan. No es suficiente.

Mira a Elaine, que bebe tranquila su té.

—¿Y por qué me lo cuentas? —vuelve a preguntar.

La muchacha se la queda mirando con los ojos muy abiertos. Su expresión es de una transparencia y candidez absolutas. Ruth no se fía de ella ni un pelo.

—Bueno, de todas formas, ya lo sabías, porque tienes el *pendrive*.

—Has dicho que tenías miedo. ¿De qué?

Elaine no pestañea.

—De que también me maten a mí. Saben que soy muy emotiva y que de vez en cuando bebo. Soy un lastre.

Ruth se acuerda de lo que dijo Guy sobre Elaine, a quien afirma querer como una hermana. «Temas de salud mental… a veces, por cualquier detalle…» Piensa en el diario de Dan y en la descripción de Elaine borracha en el bar del hotel. Le resulta concebible que alguien con la sensibilidad de esta chica, un manojo de nervios con un

desengaño amoroso a sus espaldas, pueda ser un peligro para cualquier sociedad secreta, pero ¿de verdad cree Elaine que sus compañeros de la Mano Blanca la matarían? Viéndola encogida en el sofá de flores, Ruth llega a la conclusión de que sí. En la Universidad de Pendle, el miedo flota en el ambiente. Era perceptible en la primera carta de Dan, lo vio en los ojos de Clayton cuando se dio cuenta de que habían cambiado los huesos y en la cara de Guy cuando le expuso a Ruth, sentados en el espigón, su voluntad de seguir con el trabajo de Dan. También Pendragon tuvo bastante miedo como para suicidarse, por supuesto.

Justo cuando se dispone a hablar, ve que Elaine se pone tensa y mira detrás de ella. Ha oído algo, una especie de resuello justo al otro lado de la puerta trasera. Ruth se levanta. En ese mismo instante aparece en la ventana alguien alto y con capa. Se queda petrificada de miedo. ¿Ha llegado el momento? ¿Es la parca? ¿El Archimago, que viene a cobrarse su venganza? Luego se abre la puerta e irrumpe un perro blanco.

Elaine chilla.

—Hola, Cathbad —dice Ruth, a quien le cuesta contener la efusividad de *Cosa*—. ¿Te parecen horas?

30

A Ruth no le apetece nada ver a Clayton Henry por toda una serie de razones, pero es su último día en Lytham, ya tienen hecho el equipaje, la casa está limpia y el coche tiene el depósito lleno. Para gran alegría de Kate, Cathbad va a llevarla a Nickelodeon World, de modo que con algo de suerte dormirá todo el camino de vuelta. Ruth ha quedado con Clayton a las once en su despacho. Mirarán las reliquias, que se guardan en la universidad, y a las doce debería quedar libre. Entonces recogerá a Cathbad y a la niña en Pleasure Beach, pasarán por Beach Row a buscar a *Cosa* y pondrán rumbo a casa. Ya no tendrá que volver a pensar nunca más en Elaine, Guy, Clayton o la Mano Blanca.

Ha llamado a Tim para contarle las revelaciones de Elaine, pero de momento no lo localiza. A plena luz del día, la historia de Elaine parece todavía más extraña. ¿Existe realmente un Archimago cuyas órdenes deben ser acatadas so pena de muerte? ¿Y es posible que nadie sepa el nombre de tan diabólica figura? ¿De verdad que Elaine no sabía quién mató a Dan? ¿Ni Clayton quién cambió los huesos? Elaine no se fía de Guy, ni Guy de ella, y ninguno de los dos se fía de Clayton. Ruth no entiende nada. Lo único que sabe es que cuanto antes se hayan ido de este sitio Kate y ella (y Cathbad y *Cosa*) mejor será. A pesar de que Sandy sigue sin saber quién manda los mensajes, Ruth está casi segura de que la tienen vigilada a todas horas. Es una idea horrible que le da un miedo atroz. A Kate le quedarán recuerdos felices de estas vacaciones —los burros, el *henge* de arena, el parque acuático—; para ella, en cambio, Lancashire siempre será el lugar donde la épica leyenda artúrica se disolvió en otro reino más oscuro, el del Rey Cuervo.

Cuando le explicó a Cathbad lo de Elaine y la recreación de Camelot, él recitó con voz soñadora los versos de Tennyson: «Elaine la bella, la adorable Elaine, Elaine, la doncella de lirio de Astolat»*. La diferencia es que esta Elaine de encantadora tiene poco, y (a plena luz) ni siquiera es especialmente bella. Quizá el origen de esta peligrosa obsesión fuera su nombre artúrico. Ruth da gracias a Dios por no haber cedido a la tentación de ponerle a su hija el nombre de algún personaje trágico de la mitología o la literatura.

Hace otro intento de llamar a Tim, pero le salta de forma automática el buzón de voz. Después de un momento de vacilación, marca el número de Nelson.

—Hola, Ruth.

Su tono es cauto. Ella se pregunta con quién estará.

Le explica la visita de Elaine y la revelación de que tanto ella como Guy y Clayton eran miembros de la Mano Blanca.

—Llevo toda la mañana intentando hablar con Tim.

—Se han ido a Lancaster. Tienen una pista sobre la Mano Blanca.

La risa de Ruth suena un poco histérica.

—Deberían hablar con Elaine, que de la Mano Blanca lo sabe todo. Se ve que se pusieron ropa artúrica e hicieron una ceremonia en la colina de Pendle. ¿Eso Sandy lo sabe?

—Sandy sabe que Clayton Henry tenía algo que ver. Tim encontró una foto suya en el ordenador de Pendragon.

—¿Cree que Clayton está detrás de la muerte de Dan?

—No estoy seguro. —Nelson parece bastante disgustado—. No me hace confidencias.

—Hoy veré a Clayton Henry —dice Ruth—. Me enseñará algunas cosas que encontraron en el yacimiento.

—Pero bueno, Ruth, por Dios… —El tono de Nelson es cortante—. Ten cuidado, que tiene pinta de estar mal de la cabeza. No irás con Katie, ¿verdad?

«La que le preocupa es Kate», piensa Ruth. Mientras la niña esté a salvo, le da igual si ella va a desayunar con Jack el Destripador.

—Cathbad se la lleva a Nickelodeon World.

—Bueno, ahí no puede pasarle nada.

Nelson cuelga, frustrado. Le gustaría poder pedirle a Ruth que no acuda al encuentro, y también interrogar a Elaine Morgan, pero no es su marido, ni tampoco dirige la investigación. De hecho (se dice con tristeza), aunque fuera su marido, duda mucho que Ruth le hiciera caso. Desde hace unos días, Michelle está amable pero distante. Su madre y ella se pasan el día fuera, en principio para que él pueda relajarse, aunque lo que hace es preocuparse por el caso y lamentar que su papel se reduzca al de mero observador en las conversaciones. Por otra parte, la advertencia de Sandy lo ha desconcertado. Por muy cómica que sea la idea de que el bueno de Sandy le haga de asesor matrimonial, si ha percibido algo entre Nelson y Ruth, es que su relación también podría despertar sospechas en otros, como las hermanas de Nelson, su madre o la de Michelle.

Todo eso de los archimagos y del rey Arturo no le gusta nada. La experiencia le ha enseñado que cuando la gente se empieza a disfrazar, ya no distingue bien entre realidad y fantasía. Puede que el asesino de Dan Golding creyera estar haciendo un sacrificio, la expiación de un antiguo pecado, pero el resultado fue que un hombre murió en el incendio de su propia casa. Nelson no soporta la idea de que Katie (o Ruth) tengan algo que ver con gente así. Bueno, al menos volverán a Norfolk esta tarde. Por la mañana Katie se lo pasará en grande con

Cathbad en el parque de atracciones y luego volverá a su casa, fuera de peligro. Por cierto, cómo estarán las cosas para que Cathbad le parezca el canguro perfecto…

Sabe que Sandy ha ido con Tim a Lancaster para seguir el rastro de posibles integrantes de la Mano Blanca, pero aun así le deja un mensaje para decirle que tiene nueva información y pedirle que lo llame cuanto antes. Luego sigue el impulso de marcar un número más conocido.

—Sargento Dave Clough.

—Hola, Cloughie.

—¡Jefe! ¿Qué tal? ¿Muy triste, el norte?

—Ni te lo imaginas, Cloughie. ¿Y tú, qué tal al mando?

Oficialmente, el departamento ha quedado en manos de Clough, aunque en ausencia de Nelson y de Judy, su equipo se reduce a tres personas: Rocky Taylor, un policía de una simpleza espeluznante, Tom Henty, un veterano entrado en años, y Tanya Fuller, una agente muy volcada en su trabajo.

Aun así, Nelson casi oye cómo se le ensancha el pecho a Clough.

—No demasiado mal. Creo que lo estoy gestionando la mar de bien. Lo tengo todo controlado.

—Me alegro. Oye, necesito un favor: ¿podrías buscar información sobre una tal Elaine Morgan?

Se lo deletrea.

—¿Por qué, qué pasa? Pensaba que estaba usted de vacaciones.

—Es largo de contar. Casi tengo ganas de volver a Norfolk.

Clough se ríe.

—¿Tan mal va? Descuide, jefe, yo me encargo.

Nelson corta la llamada sintiéndose un poco mejor. Confía en que Clough encontrará la información. Por otra parte, aunque se resiste a reconocerlo, sienta bien que vuelvan a llamarle «jefe» y que sus peticiones se cumplan sin demora. Se pone a dar vueltas por la inmaculada sala de estar de Louise con ganas de poder hacer algo más, de actuar con la mayor contundencia posible, y en uno de sus bruscos giros choca con una mesita y derriba un cuenco lleno de flores secas. Las recoge entre palabrotas en voz baja. La casa de Louise está llena de cosas así. Normalmente le gusta estar en una casa tan bonita y ordenada, pero ahora mismo, sin saber por qué, le pone de los nervios. Pero, hombre, por Dios, ¿tantas hojas aromáticas y tantas conchas hacen falta en una sola casa?

—¿Qué haces, Harry?

Es Michelle, en la puerta. Nelson ve sus pies, calzados (cosa rara) en zapatos sin tacón. Habrá salido a pasear.

—Se me ha caído algo.

—Procura tener cuidado, que mamá lo tiene todo perfecto.

Él se hace el sordo.

—¿Adónde vas?

—A Pendleton, a dar un paseo y comer en el *pub*. ¿Vienes?

Pendleton. Debe de quedar cerca de la colina de Pendle y de la casa de la bruja, esa que ponía los pelos de punta. Se acuerda de cuando la registró con Cathbad sin saber ninguno de los dos que su dueño colgaba sin vida en uno de los cobertizos. También se acuerda del huerto y del cuervo en el árbol, y de los atrapasueños que brillaban al moverse, y de la infusión en el fogón.

—No, mejor me quedo —dice—, que podría llamar Sandy.

—Harry, por favor… —Michelle se cambia de lado la coleta rubia—. Ya sabes que no es tu caso.

—Ya, ya.

—Estas vacaciones has estado muy raro. Se ha fijado hasta mamá.

—Ya sabes que las vacaciones me sientan fatal.

—Bueno, Harry, pero podrías hacer un esfuerzo. —Su mujer le hace ojitos, bajando las pestañas—. Al menos hazlo por mí.

—Bueno, vale, voy a por mis botas de montaña.

Ruth aparca delante de la fábrica de cigarrillos. Al ser agosto, no habrá nadie en recepción, y Clayton le ha dicho que suba directa a su despacho. Al contemplar los siniestros y grises muros industriales del edificio, siente una extraña reticencia a entrar. «Venga, Ruth, un pie después del otro», se dice. ¡Caray! ¡Pero si hasta su voz interior suena como la de su madre! Yergue los hombros y sube los escalones de la entrada principal.

Al pasar por el atrio, lleno de fotos de científicos, piensa en Dan, que debía de pasar diariamente junto a estas vitrinas polvorientas, y no tiene la sensación de haber justificado del todo la fe que su amigo depositó en ella. Es verdad que se dio cuenta del cambiazo de los esqueletos, pero no ha conseguido encontrar los huesos originales, y ahora tiene miedo de que los hayan quemado en alguna pira fúnebre seudoartúrica. Si bien personalmente no ha hecho grandes avances arqueológicos, ya entiende en qué consistía el gran descubrimiento de Dan. La pega es que, a falta de pruebas, es posible que quede como la única persona al corriente de la verdad sobre el Rey Cuervo. De todas formas, será interesante ver hoy los objetos, y puede que la tumba en sí merezca un par de artículos. Se quita de la cabeza ese pensamiento tan injusto y empieza a subir por la escalera de metal.

En el fondo no se siente más cerca de Dan, pese a estar en su universidad, trabajando con sus colegas. En algunos aspectos lo percibe más lejos que nunca. Se acostaba con varias mujeres sin estar enamorado de ninguna. Tenía amigos, pero no parece que se sincerara con ninguno de ellos. Se sentía al margen, y lo estaba. Las únicas emociones con las que puede identificarse del todo son las profesionales: la sensación de que su carrera se había estancado, seguida por la euforia

de un nuevo descubrimiento. Se imagina la febril intensidad del ambiente de los días de la excavación. Debió de ser algo parecido a la del *henge*, cuando se enamoró de Peter, hace tantos años. Aunque entonces Ruth no lo supiera, Erik, Cathbad y Shona también tenían sus actividades clandestinas. Es curioso que una actividad tan árida y académica como una excavación arqueológica pueda suscitar emociones humanas tan violentas. A su manera, ambas excavaciones desembocaron en asesinatos.

Al llegar al cuarto piso le cuesta respirar. Debería haber vuelto al gimnasio después del nacimiento de Kate. Bueno, cuando empiece el nuevo curso tendrá tiempo de sobra. Respira hondo y se dirige a la puerta donde pone prof. c. henry.

Clayton Henry está sentado detrás de su mesa. Ruth tarda un poco en fijarse en el abrecartas de plata que sobresale de su pecho.

31

La conmoción ha dejado a Ruth paralizada en la puerta. Piensa en el año pasado, cuando entró en un museo vacío y descubrió a alguien muerto. Por alguna razón, no se acuerda del cadáver en sí, sino de una figura de cera de una de las salas, un hombre sentado ante una mesa, pluma en alto, con polvo en los ojos inertes. Quizá se deba a que no hay sangre, o a la expresión casi cómica de *shock* de Clayton Henry, pero el caso es que la escena no parece del todo real, sino más bien un retablo animado poco convincente. Se acerca. La hoja del cuchillo está hundida en la elegante camisa rosa de Clayton. Se está formando lentamente una mancha de un rosa más oscuro, pero, aparte de eso, no ve sangre. Toca la mano del profesor, que aún sujeta un bolígrafo (como la figura de cera), y le busca el pulso, pero no lo detecta. Saca su teléfono.

Nelson recibe la llamada delante de The Swan With Two Necks, y al principio es incapaz de asimilar lo que le dice Ruth. Desentona demasiado respecto a la idílica estampa aldeana, con su irreprochable *pub* campestre, su arroyo que discurre al lado de la calle, sus mesas, sus sombrillas y las dos mujeres guapas que tiene delante de él.

—¿Clayton Henry? ¿Asesinado?

Michelle levanta la vista casi con cara de enfado, como si fuera de mal gusto pronunciar la palabra en un entorno así. En la mesa de al lado, dos mujeres mayores se inclinan con avidez.

—¿Seguro que está muerto? ¿Has pedido una ambulancia? Vale, pues escucha: no te quedes donde estás. Sube a tu coche, echa el seguro y no salgas hasta que llegue la policía. Ahora llamo a Sandy y a la policía local. Sí, estoy de camino.

Mira a su fascinado público con las palmas en alto a modo de disculpa.

Ruth no se da cuenta del peligro que podría correr hasta que Nelson le pide que se encierre en su coche. Cabe la posibilidad de que el asesino de Clayton Henry siga en el edificio. De hecho, si se tiene en cuenta que el cadáver aún está caliente y que aún sale sangre de la herida, es lo más probable. Se queda quieta para poder escuchar, y piensa en los cientos de salas del enorme edificio, que en sus tiempos fue una fábrica. El asesino puede estar en cualquier sitio: en un despacho, en algún laboratorio, escondido en la sala de estudiantes, agazapado detrás de

uno de los expositores científicos del atrio… Aguza el oído. Nada, solo el tráfico fuera y un tenue zumbido mecánico de ordenadores, cañerías y sistemas de alarma. De pronto oye algo, un leve golpeteo, como los cascos de un caballo muy pequeño. En el piso de arriba corre alguien, alguien con tacones.

Da media vuelta, se lanza escaleras abajo y derrapa en los rellanos. Al llegar al atrio, choca con varias vitrinas. Una vez en la calle, no deja de correr hasta que llega a su coche. Sube, echa el seguro y se arrellana en el asiento a la espera de que llegue la ambulancia y los coches de policía.

—Pero ¿quieres pisar más a fondo, por amor de Dios?

Tim, que ya va a más de ciento cuarenta por hora, con la sirena a tope, aprieta los dientes y pisa con más fuerza el acelerador. Han recibido la llamada sobre Clayton Henry cuando ya estaban de camino a Lancaster, pero la perspectiva de comer tranquilamente en un *pub* se ha disipado por completo, y Sandy ya está al cien por cien en modo Starsky y Hutch. Sabe que la policía local ya estará de camino, y no hay nada que le dé más rabia que dejar que intervengan en un caso de homicidio.

—¿Tú por quién apuestas? —pregunta en el desvío a Preston.

Es el tipo de pregunta que no le gusta nada a Tim, y menos cuando está cambiando todo el rato de carril.

—El Archimago —dice medio en broma.

Sandy contesta en serio.

—Yo he pensado lo mismo. Y ya sabemos quién es el Archimago, ¿verdad?

Tim, que no lo sabe, se queda callado.

La llamada de Clough pilla a Nelson dejando el coche en el aparcamiento de la universidad. Sube a toda prisa por los escalones, extremando la atención.

—Elaine Morgan, jefe. La tenemos fichada. La condenaron cuando era menor de edad por lesiones corporales graves.

—¿Qué hizo?

—Apuñalar a su madre.

Nelson encuentra a Ruth en el atrio, sentada al pie de un cartel sobre la ingeniería química en Chile. Está muy pálida, pero aún tiene fuerzas para dibujar una sonrisa temblorosa.

—¿Estás bien?

—Sí. Los he acompañado al despacho. Ya está aquí la policía. Lo están precintando.

Nelson piensa que como los de la Científica hayan llegado antes que

Sandy, este se pondrá hecho una fiera.

—¿O sea, que seguro que está muerto? —dice.

—Sí. Lo han certificado los sanitarios. Ha sido muy raro. Nelson… —Siente un escalofrío—. Estaba sentado delante de su mesa con un abrecartas clavado en el cuerpo, como una estatua, o una figura de cera.

Nelson tiende una mano, pero no llegan a tocarse.

—¿Ya ha llegado Sandy?

Ruth sacude la cabeza.

—Diría que el que manda es uno que se llama Peter Greengrass.

—¿Has visto a alguien más? ¿Ha salido alguien?

—No.

Le explica lo de los pasos.

—¿Y dices que sonaban a pasos de mujer?

—Sí, era alguien con tacones.

Nelson mira el atrio desierto. Le gustaría subir al lugar de los hechos, pero es consciente de que no recibiría un buen trato ni de los de la Científica ni de Peter Greengrass, la némesis de Sandy. Tampoco quiere dejar sola a Ruth. Por otra parte, no soporta quedarse cruzado de brazos. Tranquilizar a los testigos no es uno de sus fuertes. De eso se encarga Judy. Vuelve a lamentar que no estén ella y Clough.

Mientras vacila, se abre la puerta de golpe e irrumpen Sandy y Tim.

—¿Dónde está? —suelta Sandy a bocajarro.

—En el cuarto piso —dice Nelson—. Ya han subido los de la Científica.

Con un improperio lleno de rabia, Sandy se lanza escaleras arriba. Tim se queda para hablar con Ruth.

—¿Está bien? ¿Llamo a alguien para que la lleve a su casa?

—No, tranquilo, ya se ocupa Nelson de mí.

Tim lo mira, no muy convencido.

—¿Le han tomado declaración?

—Sí, una policía muy amable.

—¿Me permites un momento? —interviene Nelson.

Le explica a Tim lo que acaba de averiguar sobre Elaine Morgan.

—Yo los interrogaría, a ella y al tal Guy —añade sin poder evitarlo.

Tim no parece molesto por que le digan cómo hacer su trabajo.

—Se lo diré al jefe —contesta antes de dar media vuelta y subir corriendo.

Nelson piensa con envidia que debe de estar muy en forma.

—Te llevo a casa —dice.

—He quedado en Blackpool con Cathbad —dice Ruth. Justo entonces suena su teléfono—. Debe de ser él. Se extrañará de que no haya llegado.

En la pantalla pone que es Cathbad, pero Ruth a duras penas reconoce su voz.

—Ruth, lo siento mucho… He perdido a Kate.

32

El mundo se ha puesto a dar vueltas. Nelson y los carteles sobre ingeniería se confunden en un caleidoscopio de formas y colores que da vértigo. Están en Kansas, y la casa de Dorothy ha empezado a desaparecer en el vórtice de un tornado. La que no se mueve es Ruth, quieta en el centro.

—¿Cómo que la has perdido?

La voz de Cathbad es aguda, forzada. Ruth piensa que no lo reconoce.

—Ha sido solo un segundo. Estábamos en Nickelodeon World y acababa de comprarle un helado. Me he girado un segundo para volver a meter la cartera en la mochila y ya no estaba.

La mochila. Ella lo ha obligado a llevarla, diciéndole con tono de mandona: «No te imaginas la de cosas que hay que llevarse cuando sales con una niña: algo de beber y de comer, toallitas húmedas, una muda por si se sube a los tronquitos…». Si hubiera dejado que Cathbad cuidase de Kate a su manera —haciendo aparecer refrescos y comida por arte de magia—, quizá aún la tendría a su lado.

—No creo que esté lejos —dice él—. Se lo he dicho al personal del parque de atracciones, que está siendo muy amable. Parece que se pierden muchos niños.

Ya, pero una cosa son «niños» y otra Kate, el bebé de Ruth, que de repente… no está. Se ha perdido. Está en el limbo, en la zona intermedia entre la vida y la muerte que tanto le gustaba a Erik. Ruth tiene que aferrarse a la silla, porque el suelo se ha inclinado. Levanta la vista, intentando acordarse de dónde está, y al hacerlo toma vaga conciencia de que uno de los bultos que dan vueltas se ha convertido en Nelson.

—Dame el teléfono.

Lo oye hablar con tono brusco por el móvil, diciéndole a Cathbad que se quede donde está, se ponga en contacto con la policía y rehaga sus pasos. Al mismo tiempo, Nelson la levanta y la empuja por el atrio hasta la doble puerta, todo ello sin que Ruth sea consciente de que sus pies se están moviendo. Ha salido de su cuerpo y ha empezado a flotar entre las vigas de hierro colado y los elevadores industriales.

Antes de haber podido respirar como Dios manda, se encuentra en el coche de Nelson, yendo hacia Blackpool a la velocidad de la luz. Le duelen las costillas y se siente al borde del desmayo.

—Tranquila, que todo saldrá bien —le dice él—. Te podría contar cientos de casos: se pierde un niño, a los padres les entra el pánico y a

los diez minutos ya vuelven a estar juntos. Muchas lágrimas y mucho tiempo perdido para la policía. Nadie sale mal parado.

Mirando su perfil, ella se pregunta por qué no se queda más tranquila. ¿Será por el tic en la mejilla de Nelson? ¿Por lo blancos que tiene los nudillos al volante? ¿Porque Cathbad no ha vuelto a llamar para decir que ha sido un malentendido y que a Kate y a él los están invitando a Cangreburgers en el bar de Bob Esponja? ¿Porque en el fondo Ruth siempre ha sabido que acabaría en manos de los misteriosos asesinos de Dan, los turbios personajes que empujaron a Pendragon a suicidarse? ¿Y qué mejor manera de tenerla en sus manos que atacar lo que más quiere en el mundo? «Mariquita, mariquita, vete a casa volando.» ¿Por qué no se fue volando a casa nada más recibir los mensajes? ¿Por qué? ¿Por qué sigue aquí, en esta pesadilla donde se arroja a la gente por los aires por pura diversión y donde unos animales de dibujos animados custodian un país donde los niños pueden desaparecer para siempre? Se pone a llorar.

—Tranquila, que todo saldrá bien —repite Nelson—. La encontraremos. Seguro que solo ha ido a buscar a Dora.

—Dora le encanta.

—Ya lo sé. Vi el libro al lado de tu cama.

¿Volverá a leerle Ruth algo a su hija? Daría literalmente lo que fuera por estar acostada a su lado mientras se duerme, desgranando las interminables aventuras de Dora. «Dios, por favor —reza con rabia—; nunca he creído en ti, pero demuéstrame que me equivoco, por favor. Encuentra a mi querida hija, te lo ruego.»

Nelson da un frenazo en doble línea amarilla al lado del parque de atracciones. Cruzan corriendo un vestíbulo lleno de gente que hace cola para las entradas, y al salir se encuentran más colas y una hilera de tornos.

—¿Tiene el pase diario? —le pregunta un vigilante de manera educada.

Nelson agita su placa de policía y empuja a Ruth entre clientes indignados. Mientras corre, llama por teléfono a Cathbad, que le dice que está esperándolos en la entrada de Nickelodeon World.

—¿Has encontrado a Kate? —pregunta ella, a sabiendas de que sería lo primero que habría dicho.

—No.

Pasan corriendo al lado de trenes encantados, tiovivos y gente colgada cabeza abajo en el aire. Una gran calavera con un casco vikingo custodia la entrada de algo llamado Valhalla. El cuervo gigante de Raven Falls tiene las alas desplegadas, alas torvas y más negras que la noche. Ni con demonios de verdad a cargo de las atracciones le parecería más infernal este lugar. Más que familias felices en busca de emociones inocentes, los visitantes de Pleasure Beach parecen seres siniestros y deformes con manchas de pintura que les distorsionan las

facciones, sonrisas malvadas, sombreros de payaso y camisetas donde pone El de al lado es tonto. Algunos de estos monstruos tienen en sus garras el hirsuto cadáver de un peluche que han ganado en los juegos recreativos. Otros engullen líquidos de colores chillones en botellas de plástico muy grandes. Muchos llevan una máscara de payaso con dientes de un blanco nuclear y pelo negro. Es como si algún laboratorio farmacéutico los hubiera clonado para ver cumplidos sus malévolos designios de dominar el mundo. Ruth pasa cabizbaja junto a estas abominaciones, con el móvil muy pegado al pecho. Odia a todo el mundo por no ser Kate.

Delante hay una atracción con dibujos de niños, diabólicas caricaturas de dientes demasiado grandes y sonrisas tan malvadas como cómplices, y junto a ella un hombre de mediana edad y cara blanca. Se oyen gritos y chapoteos. «¡Agárrate al pañal!», aconseja un cartel gigante a los que se han montado. Suerte que Cathbad ha dicho «al lado de los tronquitos de los Rugrats», porque, si no, es muy probable que Ruth no lo hubiera reconocido. Parece que haya envejecido veinte años desde la mañana.

—Ruth…

Da un paso al frente. Ella se aparta.

—Has perdido a Kate.

Nelson la coge del brazo.

—Bueno, bueno, vamos a calmarnos todos. A ver, Cathbad, ¿aquí quién manda?

De detrás de uno de los monigotes sale una mujer joven con un chaleco fluorescente.

—Hola, me llamo Holly y ahora mismo soy la encargada. ¿Ustedes son los padres de Kate?

A punto de negarlo, Ruth cae en la cuenta de que son, en efecto, los padres de Kate, y asiente sin decir nada.

—Procuren no preocuparse demasiado —dice Holly—. Estoy segura de que vamos a encontrarla. He mandado por radio a todo el personal una descripción completa de Kate. Tenemos una unidad especializada en niños perdidos. Cada pocos minutos les hago una llamada. También he mandado un mensaje al servicio de megafonía. ¿Reconocerá su nombre, si lo oye por megafonía?

—Sí —dice Ruth—. No. No lo sé.

Kate es muy despierta (un encanto de criatura eso es lo que es, la más lista y bonita del mundo), pero ¿reconocería su nombre entre una cacofonía de música de feria, niños gritando y los últimos éxitos musicales? Ruth lo duda.

—¿Hay cámaras? —pregunta Nelson de malos modos.

—Sí —dice Holly—, en todas las salidas. Es imposible que salga sin que lo vea nuestro personal.

—¿Por qué va a ser imposible? —pregunta Nelson—. Aquí dentro

debe de haber miles de personas. El personal no puede controlarlos a todos.

—Lleva la pulsera. El personal de los accesos tiene los datos de Kate. Si alguien… si alguien intentara llevársela del parque, el personal le controlaría la pulsera.

¿Qué pulsera? Kate no llevaba ninguna. Sin embargo, Ruth ve que Cathbad lleva en la muñeca una tira blanca de papel con un punto de exclamación estampado en naranja, donde pone pleasure beach.

—En la pulsera pone la hora a la que ha entrado Kate en el parque, a qué atracciones se ha subido… Todo —dice Holly—. También pondría a qué hora se va. Vaya que… es imposible que salga.

Ruth sabe que lo está diciendo para tranquilizarlos, pero sus palabras han hecho aparecer otro fantasma, una figura siniestra que se lleva a Kate del parque a… ¿adónde?

Tal como interrumpe Nelson a la chica, Ruth sabe que está pensando lo mismo.

—¿Han llamado a la policía?

Holly se pone un poco a la defensiva.

—Tenemos a una agente de guardia que está mirando el circuito cerrado, aunque ya les digo que los niños no suelen tardar ni diez minutos en reaparecer.

—Lo que tarda un pervertido en plantarse a medio camino de Londres con mi hija dentro del maletero —suelta Nelson de forma brutal.

Ruth está a punto de gritar. Cathbad emite un ruido ahogado. Holly pone cara de estar escandalizada.

—Entiendo que estén disgustados, pero…

Nelson le pone su placa en las narices.

—La policía soy yo —dice—, y quiero que vengan ahora mismo todas las unidades.

Casi no ha acabado de decirlo cuando se oyen sirenas a lo lejos. Ruth sabe que Nelson ha llamado a Sandy de camino a Pleasure Beach, pero a Holly debe de haberle parecido una demostración de una influencia enorme, casi sobrenatural. Está tan impresionada que no puede apartar la vista de Nelson.

—Quiero policía en todas las salidas —dice él—. Y quiero ver ahora mismo las grabaciones de las cámaras.

La joven se dispone a contestar, pero en ese momento se oye el chisporroteo de su *walkie-talkie*. A Ruth se le encoge el corazón. Por favor, por favor, que hayan encontrado a su hija… Lo desea con tal fuerza que casi oye decir a Holly con su voz afable y su acento de Lancaster: «La han encontrado y está bien. Solo pide ver a su mamá». Hasta nota que se le relaja la cara por una sonrisa de alivio. Sin embargo, las palabras que pronuncia Holly de verdad son muy distintas.

—Hay novedades —dice.

La sala de monitores está en el piso de encima de las taquillas. Por la ventana se ven las caras de estupor de quienes se han montado en el Ice Blast, una máquina infernal que arroja a sus ocupantes por los aires y los hace regresar tras una trayectoria de sesenta metros. Sin embargo, el *shock* y el horror de sus caras no son nada en comparación con la que pone Ruth al entrar en la sala, sabiendo que las noticias no pueden ser buenas.

Hay un hombre joven sentado frente a una pantalla con la imagen fija. Se ve borroso, pero Ruth distingue una pequeña silueta con un gorro de Hello Kitty.

—¡Es ella! —grita.

Nelson y Cathbad corren hacia la pantalla. Por encima del hombro de Nelson, Ruth ve que la pequeña silueta va de la mano de alguien, una mujer rubia y con un abrigo largo. La imagen de una niña y una mujer cogidas de la mano es tan cotidiana que Ruth no puede asimilar las pavorosas consecuencias de lo que está viendo.

—¿Quién es? —pregunta Nelson—. ¿Tú sabes quién es, Ruth? ¿Y tú, Cathbad?

—No —dice Ruth—, pero creo… creo… que es Elaine Morgan.

—Elaine Morgan está aquí —dice alguien detrás de ellos.

En la puerta se recortan Sandy y Tim, a ambos lados de una mujer con un elegante traje negro. A Ruth se le va la vista enseguida hacia sus zapatos. Son de tacón.

—Está detenida —dice Sandy—. La hemos encontrado en la universidad, tratando de huir por la salida de incendios.

—Yo no lo he matado —dice Elaine entre lágrimas. Va mirando las caras en busca de alguna señal de compasión hasta que encuentra la de Ruth—. Créeme, por favor. Yo no he matado a Clayton. Para mí era como un padre.

Ruth se la queda mirando de una forma inexpresiva. Ya no le importa quién ha matado a Clayton Henry. Tampoco le importan la Mano Blanca, Pendragon, Guy, Elaine ni el propio Dan. Solo le importa Kate.

—La he traído pensando que quizá pueda aclararnos algo —dice Sandy, inclinándose para mirar la pantalla de circuito cerrado—. Si es que los culpables son los mismos…

A Ruth no le ha dicho una sola palabra. Tim, en cambio, le aprieta el brazo para consolarla.

—Encontraremos a su niña, se lo prometo.

Ruth se gira hacia él con desesperación.

—Tienen una imagen de ella yendo de la mano de una mujer. ¿Quién es? ¿Qué quiere de Kate?

—Del parque no puede haber salido —insiste Holly, aunque Ruth ya no la nota tan segura—. Hemos estado vigilando todas las salidas.

En ese momento, una mujer que se presenta como la agente de

guardia lo confirma.

—Yo estoy segura de que no ha salido.

—Pues entonces, ¿a qué estamos esperando? —Nelson se gira hacia la puerta—. Sandy, ¿tienes refuerzos de camino?

—Sí, de tres cuerpos.

—Pues vamos a poner todo esto patas arriba.

Ruth se permite un pequeño paréntesis de esperanza. La policía dice que su niña no ha salido del parque, y si aún está dentro, Nelson la encontrará. De eso está segura. Cuando ve al otro lado de la sala su rostro moreno y concentrado, de pronto también sabe algo más: que está enamorada de él.

Su móvil vibra en ese momento.

Es un mensaje de texto de un número no identificado.

«Es muy pequeña para caerse desde un lugar tan alto. ¿Volará? Quién sabe…»

Al girarse hacia la ventana ve la montaña rusa, con su raíl dibujado en el cielo como una pesadilla.

Judy pone a Michael en el moisés. Si tiene cuidado, quizá consiga que no se despierte y disponga de una hora de tranquilidad. Podría tomarse un café, hacer el sudoku y quizá hasta echar una cabezadita. Mira el reloj de encima de la chimenea: las dos. Darren no volverá hasta dentro de cuatro horas, como mínimo. Cuatro horas sin poder hablar con otro adulto. Mira a Michael, que duerme muy serio, con las pestañas desplegadas sobre la mejilla. Es lo que más quiere en el mundo, pero en este momento lo que anhela es que duerma todo el día, toda la semana, todo el año, hasta que se marche de casa para ir a la universidad. Sale de la habitación sin atreverse casi ni a respirar, y va a poner agua a hervir en la cocina. «Quédate dormido, Michael, por favor.»

Mira por la ventana, pensativa. Normalmente, en esta época el jardín es una explosión de colores, pero este año Darren ha estado demasiado cansado compartiendo la crianza para hacer algo más que cortar el césped. Las cestas colgadas están vacías. Los bulbos han brotado en el garaje, sin que nadie lo vea. Oye reírse a los hijos de los vecinos en la piscina. También una radio y el anuncio distante de la camioneta de los helados. Sonidos veraniegos.

De pronto la asalta un espasmo de ansiedad igual de agudo y de imprevisto que cuando se puso de parto. Es como cuando hacía el curso de autodefensa y Clough le dio un golpe antes de que se hubiera puesto las protecciones. (Él siempre ha dicho que fue sin querer, aunque Judy no lo tiene muy claro.) Se encoge con las manos en la barriga. Hay un ser amado en peligro. Vuelve corriendo a la sala de estar, pero Michael sigue plácidamente dormido. ¿Darren? No, está en el trabajo. ¿Qué va a pasarle de malo a un programador informático un martes por la tarde?

¿Sus padres? Será mejor que los llame. Da tumbos por la sala hacia el teléfono, pero al llegar lo sabe.

Cathbad. Pleasure Beach está tomada por la policía. Nelson y Sandy se adelantan corriendo, seguidos por Tim. Ruth se da cuenta de que está esposando a Elaine. Corre para no quedarse rezagada.

—Tú sabes quién es, ¿verdad? —le dice sin aliento a Elaine—. Sabes quién tiene a Kate.

Elaine la mira y en sus ojos claros Ruth ve miedo, junto con algo peor: compasión.

—La mujer. ¿Quién es?

Justo cuando lo pregunta, se le aparece una imagen: una calle suburbana y una mujer rubia con un perro. La misma mujer a quien ha visto varias veces delante de la casa de Beach Row, inocente por ser justamente eso, una mujer.

—Yo ya la había visto. Me ha estado vigilando.

Elaine no dice nada. Ruth está punto de gritarle algo, o de estrangularla, pero se lo impide la pregunta que le hace Sandy por encima del hombro.

—¿Qué has dicho que ponía en el mensaje de texto?

Ruth se lo dice.

—¿Y cuál es la atracción más alta? ¿The Big One?

—Sí.

Sandy levanta la vista hacia el raíl que da vueltas por el cielo. Ruth ve que se le ha puesto la cara casi verde. Quizá esté más afectado de lo que demuestra.

—Me cago en la leche —murmura.

Siguen corriendo, más allá del Ice Blast, de los aparatos voladores y de la gente que come hamburguesas y helados. Ruth se abre paso a codazos entre niños pequeños que se quedan mirando a los policías como si fueran una atracción más del parque. Parece que en todas las esquinas haya calaveras gigantes, muecas de brujas y sonrisas del gato de Cheshire al acecho. A las sirenas de la policía se sobreponen las cantinelas de las atracciones, que ofrecen aventura, emoción y sustos de los que te hielan la sangre. Cuando alza la vista hacia la enorme estructura de The Big One, Ruth piensa que la suya ya está más que gélida. ¿De verdad que está Kate allí arriba, en la montaña rusa más alta del país? ¿Tiene miedo? ¿Llama a su madre? ¿Y qué pasará cuando llegue a lo más alto?

«Es muy pequeña para caerse desde un lugar tan alto. ¿Volará? Quién sabe…»

No, Kate no volará; se caerá como una piedra, como Ícaro, en el implacable asfalto. Y entonces Ruth se matará.

Llegan a las taquillas.

—Es imposible —está diciendo el encargado—. No se puede subir a la atracción con niños. Hay que superar la estatura mínima.

—¿Y si la ha escondido en una bolsa? —pregunta Nelson.
—Con bolsas no se puede subir —contesta el encargado.
—Me da igual lo que se pueda hacer. Pare la atracción de una puta vez.
—No puedo —dice el encargado—. Estando en marcha, no.
—¿Y si está arriba mi niña?
—Ya le he dicho mil veces que no puede estar.
—Nelson —dice Ruth—, mira.
Cuando pasan las vagonetas por delante de ellos, preparándose para el vertiginoso ascenso, ven a una mujer con el pelo rubio hasta los hombros. Lleva una careta de payaso y saluda con la mano al pasar junto al grupo de policías.
—Es ella —dice Ruth.
—¿Va con Kate? —pregunta Tim.
—No sé. No puedo verlo.
Nelson agarra al encargado por las solapas.
—¡Que pare la atracción!
El encargado acciona una palanca, lo que provoca que las vagonetas se detengan, pero es demasiado tarde: la mujer ya ha subido. No está en el punto más alto del circuito, pero sí domina el parque de atracciones y las casas de los alrededores. Al mirar hacia arriba, Ruth ve su silueta recortada contra el cielo, con el pelo rubio que parece un casco. La mujer saluda otra vez con la mano, y parece que busque algo dentro de la vagoneta. Los ocupantes de las otras se ponen a gritar al darse cuenta de que pasa algo.
De pronto la voz de Sandy se oye por encima de todas las demás.
—Pero ¿qué coño hace?
Ruth se gira a mirar. Cathbad se ha alejado corriendo de los policías y del personal del parque, y empieza a trepar por la estructura metálica de la montaña rusa mientras la brisa mueve su melena gris.
—¡Cathbad! —se desgañita Nelson—. ¿Estás loco o qué? ¡Vuelve!
Se han quedado todos petrificados del susto, sin poder apartar la vista del druida, que sigue subiendo. Un policía sale en su busca, pero Sandy, que ha encontrado un megáfono, le grita que baje. También le grita a Cathbad, pero a Ruth no le sorprende que su amigo no le haga ningún caso. ¿Desde cuándo hace lo que se le dice? Es un druida, un chamán, el protector de Ruth y el padrino de Kate. Sigue subiendo, ya a gran distancia del suelo.
Nelson se gira hacia su viejo amigo, hecho una furia.
—¡Haz algo!
—He pedido un helicóptero —contesta Sandy—. Deberían poder ver el interior de la vagoneta y averiguar si está tu hija.
Nelson le quita el megáfono.
—¡Cathbad! —brama—. ¡Baja y no hagas el loco, que está viniendo un helicóptero!

Cathbad, sin embargo, ya no lo oye. Es un punto negro contra el cielo azul, una figura ágil, casi de otro mundo, como la araña Anansi de los cuentos que le gusta leerle a Kate.

—¿Qué altura tiene esto? —pregunta Tim.

—Más de sesenta metros —dice el encargado—. Tuvieron que poner luces para que no chocaran los aviones.

En el momento en que lo dice el aire empieza a vibrar por un ruido de palas. Sobre el horizonte se desplaza un helicóptero a velocidad constante. La mujer de la vagoneta se levanta y gesticula como si gritase algo. Ruth chilla, y es entonces cuando Cathbad se cae.

33

Ruth sigue chillando mientras todos los policías corren hacia Cathbad. Oye a Sandy pidiendo una ambulancia a gritos, y a Nelson gritando a secas. Tim debe de estar en contacto con el helicóptero, porque Ruth lo oye hacer una pregunta.

—¿Arriba, dentro de la vagoneta, hay alguien más?

Y por encima de todo oye algo muy frágil y suave, que aun así se sobrepone al caos que la rodea.

—¿Mamá?

Gira sobre sí misma. Tiene a pocos metros a una empleada de aspecto maternal, con Kate cogida de la mano.

—La he encontrado en el Mundo de Dora, dormida como un tronco, pobrecilla.

—¡Kate!

Ruth toma en brazos a su hija, sin ver, oler ni oír nada más, y hunde la cara en su pelo oscuro.

—Mamá —dice Kate con voz de dormida.

—Mi bebé…

A su lado está Nelson, aunque no lo haya llamado. Ruth cree ver que está llorando, aunque no está segura. Oye que Tim le pide al encargado que vuelva a poner la montaña rusa en marcha.

—Lo más deprisa que pueda, sin hacer todo el circuito.

Se oyen gritos al retroceder las vagonetas. Acaba de pasar una ambulancia, rodeada de mirones, pero Ruth, con su hija agarrada de la mano, no puede pensar en nada más. Se da cuenta de que Elaine también está llorando. La montaña rusa se para con un chirrido. Sandy corre a sacar a la mujer de su asiento. La careta y la peluca se caen al mismo tiempo.

Y Ruth se queda mirando atónita el rostro franco y amistoso de Sam Elliot.

Y, mientras, en Norfolk, Judy grita; grita con tanta fuerza que despierta a su bebé.

34

Es el día perfecto para el entierro de un druida. Sobre la colina de Pendle acaba de salir el sol, y las cuatro figuras cubiertas de túnicas alzan los brazos como para levantarlo aún más hacia el cielo azul claro. La oficiante principal, una tal Olga, declama con una voz aguda, pero que se oye hasta muy lejos.

—Oh, gran espíritu, Madre y Padre de todos, pedimos que bendigas esta ceremonia de agradecimiento, honra y bendición. Henos aquí en un umbral, un umbral que todos debemos cruzar en algún momento de la vida.

Tiritando con Kate en brazos, Ruth piensa en los conocidos que ya cruzaron ese umbral. Erik, Dan, la pequeña Scarlett, la niña cuya muerte, bien mirado, fue el principio de todo… ¿Será cierto que están todos esperando más allá del alba? Una vez, Cathbad le dijo algo parecido: que él había viajado a la tierra situada entre la vida y la muerte para salvar a Nelson, y que había visto a Erik custodiando la puerta al más allá. Nelson lo tachó de tontería, claro, pero Ruth lo notó bastante incómodo. Sospecha que el año pasado, cuando estuvo a punto de morir, tuvo una experiencia cercana a la muerte. Pero no será él quien lo reconozca.

Antes, Olga ha explicado que los cuatro druidas representan los cuatro elementos: tierra, fuego, agua y aire. La ceremonia los despoja de la responsabilidad de dar sustento al alma muerta. Los druidas entonan su salmodia.

> Tierra, mi cuerpo,
> Agua, mi sangre,
> Aire, mi aliento,
> Fuego, mi espíritu.

El sol sigue subiendo mientras una bandada de ocas se desplaza hacia el oeste, en dirección al mar. Cathbad dijo que eran aves sagradas, para los romanos y quizá también para los antiguos británicos que en su día adoraban al Rey Cuervo.

Olga da media vuelta y levanta la urna de barro.

—Que su alma quede inmersa en la brillante luz de la unidad que es Madre y Padre de todos.

Coge un puñado de polvo y lo arroja al aire, donde lo recoge una oportuna ráfaga de viento que lo hace subir en espiral. Brilla fugazmente antes de dispersarse hacia los cuatro puntos cardinales. Los otros druidas

van metiendo uno por uno sus manos en la urna.

Tierra, mi cuerpo,
Agua, mi sangre,
Aire, mi aliento,
Fuego, mi espíritu.

Olga ofrece el receptáculo a Ruth, que sacude la cabeza.

—Quiero —dice Kate, pero en voz baja.

Para sorpresa de Ruth, no solo Nelson, sino también Tim, cogen un puñado de ceniza y lo lanzan al aire. Le sorprende que haya tanta. Al final, Olga coloca la urna del revés para que se vea que no queda nada. Los cuatro druidas se juntan y hacen una reverencia.

—Ve en paz, amado nuestro —dice Olga—. De su espíritu brotará una llama pura. Salve, y adiós.

—Salve, y adiós —contestan los otros.

Ruth levanta la vista hacia el cielo, sorprendida por unas ganas repentinas de llorar. Los druidas ya están bajando de la colina, seguidos por Tim, Nelson y el resto del cortejo fúnebre.

Una de las figuras con túnica se para junto a Ruth.

—Bonita ceremonia.

—Sí.

—¿Has visto los pájaros volando contra el sol?

Ruth pone cara de escepticismo.

—Supongo que ahora me dirás que era señal de algo.

—Todo es señal de algo —dice Cathbad.

La caída de Cathbad se vio amortiguada por un puesto de granizados gigantes. Tim, que acudió corriendo, describió su horror al ver el rostro de Cathbad cubierto por un líquido de intenso color rojo que, misteriosamente, parecía contener mucho hielo.

—Pobre hombre… —dijo alguien entre los reunidos—. Se le ha helado la sangre al caer desde tan alto.

—¡Pero qué sangre ni qué coño! —fue la respuesta de Sandy, mientras se abría paso entre el gentío—. Es una de esas tonterías que beben los niños.

Cathbad había abierto los ojos y parpadeaba entre trozos de hielo con sabor a fresa.

—¿Kate?

—La han encontrado —dijo Tim—. Sana y salva.

—Alabados sean los dioses —contestó el druida, y volvió a cerrar los ojos.

La policía cree que Sam drogó a Kate, y que por eso la niña se quedó tan dormida detrás de una estatua gigante de Dora. Su amenaza de arrojarla desde la montaña rusa pretendía meter miedo a Ruth y hacer

que desistiera de investigar los huesos del rey Arturo, pero, al llegar la policía, debió de darse cuenta de que la cosa no daba más de sí. Tal vez el saludo con la mano dirigido a Ruth al iniciar su ascenso en la montaña rusa solo fuera una última broma que lo hizo sonreír detrás de la careta de payaso. A menos que tuviera pensado saltar él… La policía encontró en su casa una nota de suicidio, e instrucciones acerca del cuidado de su perro. No se olvidó de su fiel familiar, como tampoco se olvidó Pendragon del suyo. La diferencia es que Sam, en vez de lanzarse a la fatal caída, se dejó arrestar por las fuerzas del orden, a las que en estos momentos trata de convencer de que es un desequilibrado.

—Quizá haya estado siempre loco —dijo Elaine—. Difícil saberlo, ¿no?

En el abrecartas había huellas de Sam, que esa misma noche confesó haber asesinado a Clayton Henry y Dan Golding. Elaine, libre de cualquier cargo, manifestó el deseo de hablar con Ruth a toda costa. Esa noche, Nelson se llevó a Ruth y Kate a casa de su madre, que estuvo cuidándolas con la seguridad de que Ruth estaba loca de preocupación por «su encanto de novio, Cuthbert». En efecto, estaba loca de preocupación, pero, una vez recibida la noticia de que Cathbad no corría peligro (la caída se saldó tan solo con una conmoción cerebral y dos costillas rotas) sintió una especie de euforia demencial. Kate estaba a salvo. No la habían raptado, ni la habían tirado de la montaña rusa más alta del país. Estaba a salvo con su madre… y su padre. Esa noche la contempló mientras dormía, con la felicidad culpable de pensar que Nelson lo hacía bajo el mismo techo. Poco importaba que la atenta mirada de su señora madre (y el hecho de pasarse casi toda la velada hablando por teléfono con Sandy) le impidiera estar mucho con la niña: estaban todos juntos, aunque solo fuera una noche.

El día siguiente, al volver en coche a Beach Row, la esperaba Elaine. Ruth se acordó de cuando se había presentado la otra vez en su puerta, cargada de historias sobre el rey Arturo. Lo que omitió entonces fue el dato más importante de todos: la identidad del Archimago.

—Yo no lo sabía —le dijo a Ruth, que estaba intentando contener la frenética bienvenida de *Cosa*.

Nelson había venido la noche anterior para darle de comer y sacarlo de paseo, pero estaba claro que *Cosa* se sentía salvado *in extremis* de un segundo abandono. De hecho, Ruth tardó varios minutos en darle de comer y acomodar a Kate con un zumo y sus coches de juguete, y para entonces Elaine ya estaba arrellanada en el sofá.

—Algo te olerías —dijo Ruth.

—De verdad que no. Creía que el Archimago era Guy, en serio; por eso tenía tanto miedo. Ni siquiera sabía que Sam fuera miembro de la Mano Blanca. Si te digo la verdad, me aburría bastante con sus rollos de

la guerra y todo eso. Lo consideraba como un anorak: agradable, pero soso, ya me entiendes.

«Pero ¿qué mejor señal de tener simpatías fascistas —piensa Ruth— que estar obsesionado con la Segunda Guerra Mundial?» ¿No aparecía el nombre de Adolf Hitler en las primeras palabras que le había dirigido a Ruth? Luego, al encontrársela en la biblioteca, le dijo que iba a dar una conferencia sobre la guerra. Parece, sin embargo, que el interés de Sam no se limitaba solo a la historia local. La policía ha encontrado material nazi en su casa, aparte de cientos de libros sobre el rey Arturo, y un jack russell bastante preocupado. Es el perro que vio Ruth en Beach Row, paseado por la mujer rubia.

Sorprendentemente, parece que Elaine sabía o sospechaba lo del travestismo.

—Dan dijo que una vez lo había pillado. Se presentó sin avisar y se encontró a Sam con un vestido y unos tacones, *sexy* a tope. La verdad es que no le di muchas vueltas. Total, que cada uno haga lo que quiera. —Miró a Ruth con seriedad y una cara franca y vulnerable, como de actriz sin maquillar—. Todos tenemos algo que esconder. Seguro que te has enterado de todo lo de mi pasado.

Nelson se lo contó a Ruth la noche anterior. A Elaine Morgan le diagnosticaron esquizofrenia en su juventud, y a los quince años le clavó un cuchillo a su madre a consecuencia de una discusión por los deberes. Su ingreso en una institución fue el principio de un ciclo de crisis y hospitalizaciones, con paréntesis de estudio en los que obtenía resultados espectaculares. La aparición de Guy marcó un antes y un después. Su influencia la estabilizó de manera considerable, con el resultado de que llevaba cinco años viviendo con él una relativa tranquilidad, más allá, claro está, de disfrazarse de personajes artúricos y mezclarse con grupos supremacistas blancos.

—A nosotros la política nos daba igual —explicó—. Solo nos importaba Arturo.

Pero ¿y Guy, el hombre que, estando enamorado de ella, tuvo que aguantar su relación con el vecino de al lado, amigo de él, para colmo? No cabe duda de que Guy era miembro de la Mano Blanca, conocía mucho a Pendragon y sabía que Cathbad había estado en la casa de Dame Alice, donde había encontrado el portátil. ¿Se lo dijo Sam? ¿Sabía Guy que Sam era el Archimago? Ruth lo duda mucho. Ella cree que Sam se amparó siempre en la falsa identidad de un entusiasta de la guerra más bien friki, siempre un poco al margen del grupo, siempre en la sombra. Se acuerda de que el nombre de Guy salió a relucir en boca de Terry Durkin el día de la visita a CNN Forensics, y llega a la conclusión de que ahí está el vínculo que busca: debió de ser Terry quien le habló a Guy sobre el ordenador. Probablemente Terry fuera la única persona que sabía lo de Sam, que le reveló su identidad porque necesitaba un infiltrado. La policía ha acusado a Terry Durkin del robo del ordenador.

Como integrante del equipo forense, tuvo oportunidades de sobra para borrar pruebas. Sandy no cabe en sí de gozo ante la posibilidad de abochornar a Peter Greengrass. Terry también ayudó a Sam a cambiar los huesos. ¿No dijo que en CNN Forensics no entraba ni salía nada sin que él lo supiera?

¿Y Dan, cuánto sabía? El diario deja claro que se fiaba de los dos, Guy y Sam. Creía que Clayton protegía a alguien, pero no tenía la menor idea de a quién. Su principal preocupación era que Clayton se enterase de que estaba acostándose con su mujer. Una vez más, Ruth se pregunta quién le importaba de verdad a su antiguo compañero de estudios. Elaine no, seguro. Pippa tampoco, porque en su diario a duras penas le dedica unas palabras. De hecho, la única persona a quien menciona con algo de pasión es el propio Rey Cuervo, el rey Arturo.

Dan era un enamorado de la leyenda del rey Arturo, y el descubrimiento de su tumba le deparó la mayor emoción de su vida, tanto en lo profesional como en lo personal. No obstante, cometió un error que le salió muy caro. Debió de hablarle a su amigo Sam, con quien compartía despacho, de los asombrosos resultados que demostraban que Arturo, rey de los británicos, pese a haber nacido en el norte de Inglaterra, tenía ADN norteafricano y era, casi con certeza, negro. A partir de ahí, su destino estaba escrito. Sam dice que fue él quien metió los trapos encendidos por la puerta de Dan, pero la policía ve imposible que no tuviera cómplices, otros miembros de la Mano Blanca. ¿Terry? ¿Algún otro integrante del grupo? Sandy y Tim tienen mucho trabajo por delante: identificar a todos los neofascistas de Pendle.

Seguro que Sam, por otro lado, tenía sus dudas sobre Clayton, un hombre con grandes problemas económicos que veía en la tumba del rey Arturo su posible salvación. ¿No dijo Elaine, la noche en que se presentó en la casa, que Clayton quería seguir con la investigación? Y fue él quien hizo venir a Ruth, la supuesta experta en huesos. Ella comprende que debió de estar en peligro desde su llegada a Lytham. Y Clayton… Clayton firmó su sentencia de muerte.

Fue Sam quien mandó los mensajes. Han encontrado el teléfono en su poder. También debía de ser él la figura encapuchada de la orilla del río. El caso es que casi logró asustar a Ruth hasta quitársela de encima. De no ser por la última visita a la universidad y el descubrimiento del cadáver de Clayton Henry…

Elaine le contó a Ruth que esa mañana la llamaron por teléfono para una entrevista en la universidad.

—Me había presentado a varios puestos de profesora adjunta, pero nunca me hacían caso. —Miró a Ruth con sus ojos azules de loca—. No sé por qué.

Después de ponerse el vestido negro de las entrevistas y unos zapatos de tacón, fue a la universidad y se encontró a Clayton muerto al otro

lado de su mesa.

—Me entró pánico. No sabía qué hacer. Me puse a correr, buscando un escondite.

Al acordarse de la horrible figura de la mesa y del taconeo en el piso de arriba, Ruth no tiene más remedio que compadecerse de la chica. Una cosa es que esté loca y tenga serias carencias de sentido común, y otra que se mereciera que le endosaran un asesinato. Porque la intención de Sam debía de ser esa, ¿no? Con su historial, era la sospechosa perfecta. Si a Sandy no lo hubiera distraído la llamada de Nelson, es probable que hubiera acusado a Elaine sin dilación, y ella, con su frágil estado emocional, podría haber llegado incluso a confesar. Y si daba la casualidad de que Ruth recordaba la presencia en las inmediaciones de su casa de una misteriosa mujer rubia, ¿no apuntaría también eso a Elaine?

Ruth se acuerda de la imagen de la joven, acurrucada en el sofá. Elaine se creía Ginebra, y en un momento dado, como sugería su nombre, Ruth le había asignado el papel de Morgana, pero en realidad era un personaje secundario de la obra. Ni Dan la había querido, ni Clayton se había fiado de ella. Sam la había visto como el perfecto chivo expiatorio. El único leal en todo momento, Lancelot hasta el fin, es Guy. Ruth espera que Elaine sepa valorarlo.

Ruth y Cathbad cruzan la verja de la casa de Dame Alice. Su amigo ha preparado un desayuno para todos los presentes en el funeral de Pendragon. Al acceder a quedarse algunos días más en Lancashire para poder asistir a la ceremonia, Ruth se sorprendió de que Cathbad le anunciara su intención de instalarse en la casa.

—Creo que es lo que habría querido Pendragon —dijo él—, y a *Cosa* también le gustará.

—¿Y por qué no te quedas en Lytham con nosotras? —rezongó ella.

Lo ocurrido en Pleasure Beach le había demostrado lo mucho que Cathbad quería a Kate, más allá de sus carencias como canguro. Se había jugado la vida por salvarla: con eso estaba todo dicho. Aunque Nelson diga que es «un insensato de cojones», la verdad es que Ruth está bastante impresionada con su amigo. ¿Ella habría trepado casi sesenta metros para salvar a su bebé? Bueno, intentarlo seguro que lo habría intentado, pero lo increíble es que Cathbad estuvo a punto de lograrlo. «Joder, si parecía Spider-Man», dijo Sandy. La proeza de Cathbad ha tenido incluso eco en la prensa local. «Trepa como Spider-Man para salvar a una niña», ponía en un periódico, omitiendo el dato de que en ese momento la niña en cuestión dormía como un tronco a cientos de metros del supuesto hombre araña. «Superman al rescate», rezaba otro. Si bien Cathbad asegura que no ha visto los titulares, Ruth sospecha que ha disfrutado bastante con su cuarto de hora de fama. Entonces, ¿a qué

venía su propuesta de abandonarlas por una casa deshabitada (y probablemente encantada)?

—No te lo puedo explicar —dijo él—. Tengo que pensar en muchas cosas.

Ruth lo entiende. A fin de cuentas, fue ella quien se puso al teléfono y habló con Judy mientras acompañaba a su amigo al hospital con Kate.

—Está muerto, ¿verdad? —se puso a chillar Judy, histérica—. Cathbad está muerto.

Ruth tardó varios minutos en convencerla de que estaba herido, pero no muerto. Judy solo se calmó cuando Ruth acercó el teléfono al oído de Cathbad, y él articuló sin fuerzas «aún no estoy muerto, cariño». Cariño… Por alguna razón, la palabra provocó que a Ruth le entraran ganas de llorar. Pero ¿cómo se había enterado Judy?

—Tenemos una conexión psíquica muy fuerte —dijo Cathbad más tarde, al hablar del tema.

A pesar de todo, se le veía bastante satisfecho de sí mismo.

—Yo creo que te quiere de verdad —dijo Ruth.

—Y yo a ella, sí, pero con eso no basta, ¿verdad?

«Sí basta», pensó ella al mirarlo en la cama del hospital, mientras Kate, a sus pies, jugaba tan feliz con un cartel de en ayunas. ¿O no?

Dos días después sonó el teléfono a una hora intempestiva.

—¿Qué pasa? —preguntó al ver el nombre en la pantalla.

Después de otro día de no parar en el parque acuático con Caz, estaba exhausta. Le fue bien olvidarse de todo durante unas horas. Es verdad que tenía miedo de perder de vista a Kate, aunque solo fuera un minuto, pero ya se le pasaría. ¿Mantendrá el contacto con su amiga? No lo tiene del todo claro. Le ha encantado estar con ella, pero no está segura de que tengan muchas cosas en común más allá del pasado. Caz es una mujer casada con tres hijos adolescentes, una casa de diseño y un 4x4. Ruth es una madre soltera con un Renault que se cae casi a pedazos. Ya no están en igualdad de condiciones.

A juzgar por su tono, Cathbad, que casi seguro que será amigo suyo toda la vida, estaba muy despierto, aparte de loco de atar.

—Lo he encontrado —dijo.

—Pero ¿de qué me estás hablando?

—Del rey Arturo. Lo he encontrado.

La mañana siguiente, al llegar Ruth a la casa, Cathbad la acompañó al jardín.

—Siempre he sabido que este huerto tenía algo —dijo—. En ese árbol había siempre un cuervo. Estaba seguro de que intentaba decirme algo. Por no hablar del poema…

—¿Qué poema? —preguntó ella, desconcertada.

—Al lado de la cama de Pendragon había un libro viejo con un poema, una balada que habla de alguien que «yace en fría fosa». Primero pensé que Pendragon se refería a su propia tumba, pero creo

que nos estaba dirigiendo hacia la del rey Arturo.

—¿Diciéndonos que estaba enterrado en el huerto?

—Exacto —afirma él con total seriedad—. Ayer por la noche, cuando saqué a *Cosa* para que corriera un poco, no quiso volver a entrar. Corría en círculos y le ladraba a la luna.

—Igual es que se estaba convirtiendo en hombre lobo.

—Total, que salí y vi que la luna iluminaba intensamente la zona del jardín donde están las hierbas. Y oí la voz de Dame Alice, diciendo: «Está aquí. El Rey Cuervo está aquí».

—¿Entre las hierbas?

—Yo creo que sí. ¿Tú no? Siempre me había extrañado que Pendragon no hubiera cavado en ningún otro sitio. Todo encaja, ¿verdad?

Lo curioso es que encajaba, en efecto. Sam le llevó el ordenador a Pendragon para que lo pusiera a buen recaudo, y tenía su lógica que eligiera el mismo sitio para salvaguardar los huesos de Arturo. Ruth miró a Cathbad, que le sonreía.

—¿Has traído tu kit de excavación, Ruthie?

—Sí.

—Pues en el cobertizo hay una pala. Vamos a buscarla.

Y así fue como Ruth supervisó la excavación. En rigor, naturalmente, no era tal, sino solo la extracción de unos huesos enterrados hacía poco, pero la sensación era la misma. Después de cavar solo unos metros, cuando el esqueleto empezó a despuntar, la emoción fue idéntica a la descrita por Dan en su diario: «¡Dios mío, qué momento ver el esqueleto por primera vez! Estaba bocarriba, regio y sereno, con las manos sobre el pecho». Y así seguía Arturo, en posición supina y apacible. Se notaba que lo habían enterrado con gran veneración. Con la lentitud de una sonámbula, Ruth hizo fotos de los huesos antes de extraerlos, limpiarlos, numerarlos y ponerlos cada uno en una bolsa. (Pendragon tenía una sorprendente cantidad de bolsas de congelación en la nevera.) Cathbad estuvo irreprochable en su papel de ayudante que verificaba los números y los marcaba en el esquema óseo de su amiga. Trabajaron en silencio mientras un pájaro cantaba encima de ellos, y *Cosa* y Kate jugaban contentos entre la hierba alta. Al acabar, Ruth llamó por teléfono a Guy, casi el único superviviente del Departamento de Historia de Pendle.

—No me lo puedo creer —dijo él—. Creía que habían quemado los huesos.

Como señaló con cierto regocijo Cathbad, Guy no estaba en situación de llevar la contraria, así que el gran hallazgo de Dan quedó en manos de Ruth, como quizá hubiera querido su descubridor. Aun así, Ruth estaba casi segura de que a Guy le servirá para un libro. Con algo de suerte, a ella también.

Tim baja otra vez por la colina, a distancia respetuosa de los druidas. Está aquí como representante de la policía, ya que Sandy se ha negado en redondo a asistir al funeral. («¿Un montón de tíos raros haciendo tonterías por la montaña? No, gracias.») En cambio, Tim no se ha hecho de rogar. Le gustan las experiencias nuevas, y ha disfrutado viendo amanecer (otro aspecto que despertó las suspicacias de Sandy). De todas formas, él ya se levanta cada día a las seis para ir al gimnasio, pero tiene que reconocer que tiene su gracia estar al aire libre, notando el frío en la cara y oyendo el canto de los pájaros en las alturas. Siempre podría salir a correr. El problema es que vive en una parte de la ciudad muy poco segura. En cinco minutos se habría quedado sin móvil, y en diez, sin rótulas.

También le ha fascinado el ritual pagano. De familia profundamente religiosa, asocia ir a la iglesia con una especie de fervor histérico que lo incomoda desde siempre. Ya de niño prefería la ciencia, que se puede demostrar, a otras actividades más artísticas y sin demostración posible. Es probable que fuera lo que lo llevó a ser policía. El rollo de la «puerta mística» no se lo cree ni de lejos, pero al menos el fuego, el agua, la tierra y el aire son realidades tangibles, a diferencia del Gran Padre que está en el cielo, personaje al que su madre se refiere siempre como Dios Padre. Tim con uno ya ha tenido bastante. Tenía diez años cuando el suyo se fue de casa y nunca ha tenido ganas de buscarlo.

Mientras sujeta la puerta de la valla para que pase el resto de la comitiva fúnebre, piensa en Pendragon, Dan Golding y Clayton Henry. Ninguno de los tres era padre, salvo que se cuente a la hijastra de Henry, a la que conoció al interrogar a Pippa Henry acerca de la muerte de su esposo. Dado que para entonces Sam ya había confesado ser el asesino, la visita era un puro trámite. De hecho, Sam lo confesó todo a los diez minutos de entrar en la comisaría de Bonny Street.

—Jugará la carta de hacerse el loco —había predicho Sandy—, pero está igual de cuerdo que tú y que yo.

No parecía haberse fijado en que Sam aún llevaba la falda y los zapatos de tacón. Tim admiró a su jefe por comprender que el travestismo no indicaba de por sí un trastorno mental. Tampoco se le pasó por alto el fuerte olor a Ma Griffe que desprendía Sam.

La agente que había dado la noticia de la muerte de Henry describió a Pippa como «una estirada», e informó con tono de reproche de que ni una sola lágrima había brotado de los ojos de la desconsolada viuda. Tim fue más comprensivo. Es verdad que Pippa estaba muy serena, pero las cosas no afectan de la misma manera a todo el mundo. La que estaba disgustada, y mucho, era la hijastra, Chloe, hasta el punto de enjugarse el llanto mientras explicaba la ilusión que le hacía a Clayton pasar el verano en la Toscana, como tenían planeado. Tim se preguntó si las vacaciones ya estaban pagadas. Según Sandy, Clayton estaba endeudado hasta el cuello, y el molino, hipotecado hasta las aspas. Por lo visto,

Pippa tenía dinero propio, pero si hubiera bastado para sufragar el tren de vida de los Henry, seguro que Clayton no habría recurrido a robar fondos del departamento.

El hermetismo de Pippa mientras acariciaba a su perrito y extendía de vez en cuando hacia su hija una mano consoladora, había sido total.

—Yo le avisé —fue lo único que dijo al acompañar a Tim hasta la puerta—. Estaba segura de que no saldría nada bueno de todo lo del rey Arturo. Por aquí hay gente muy rara.

Era la primera señal que daba de estar al corriente de la pertenencia de su marido a la Mano Blanca.

Tim se mostró de acuerdo en que había gente muy rara, aunque en su fuero interno no le parecen más raros los paganos que los correligionarios de su madre en Basildon. La necesidad de rituales y ficciones para sobrevivir es algo universal. Él está convencido por completo de que es una excepción, en la medida en que puede existir en un mundo puramente racional, pero aún es joven, y sabe que le queda mucho que aprender.

También Nelson ha acabado disfrutando de la extravagante ceremonia pagana. Bueno, la palabra no es exactamente «disfrutar». Quizá «valorar». Está claro que le ha visto más sentido que a algunos de los funerales cristianos que ha tenido que aguantar en su vida, actos deprimentes en crematorios anónimos donde al sacerdote le costaba recordar el nombre del difunto, y donde los asistentes ponían más cara de tedio que de aflicción. Un funeral católico a lo grande ya es otro cantar, como el que ha planeado Maureen para sí misma con todo lujo de detalles.

—Pero si vivirás más que yo, mamá —le ha dicho Nelson esa misma mañana al consultar la interminable lista de acompañamientos musicales (la mayoría de los cuales necesitarían a la Filarmónica de Berlín para sacarles todo el jugo).

—No digas eso —ha contestado ella mientras se santiguaba—, que no hay nada peor que un padre que sobrevive a su hijo.

Es el destino que temió el propio Nelson la semana pasada, durante unas horas espantosas en las que creyó que perdería a una hija a la que sigue sin poder reconocer del todo, y que se vería condenado a llorarla en silencio el resto de su vida. La idea le ha inspirado una tolerancia insólita hacia su madre, a quien ha dado un abrazo tan inesperado como breve.

—Aún te quedan unos años —ha dicho.

—No, si eso ya lo sé —ha contestado Maureen—. Cuthbert me leyó las hojas del té y dijo que llegaría a los noventa.

La ceremonia de hoy, no obstante, ha sido distinta. Parecía, en cierto modo, que todo tuviera su razón de ser: la hora tan temprana, lo

despejado del cielo y las figuras de los oficiantes. Sin haber llegado a conocer a Pendragon, Nelson está seguro de que le importaban más el aire y la tierra que ninguna deidad medio imaginaria. Recuerda el día en que fue con Cathbad a la casa de Dame Alice; cuando, sin saberlo ninguno de los dos, Pendragon estaba ahorcado en el cobertizo. ¿Por qué lo hizo? Eso ya no se sabrá, aunque quizá lo explique un poco la enfermedad terminal que sufría, según Cathbad. También pudo tener su peso el sentimiento de culpa por la muerte de Dan Golding, sumado a haberse dado cuenta de qué tipo de organización se escondía tras el postureo artúrico de la Mano Blanco. En fin, que Nelson no entiende nada. Solo ha venido a petición de Cathbad, que le ha dicho: «Creo que es importante que vengas». El reciente heroísmo del druida hacía difícil negarse. La que no ha venido es Michelle. No le va mucho retozar por las colinas. Además, Nelson tiene la esperanza de poder cruzar más adelante algunas palabras con Ruth. «Descansa en paz, Pendragon —se dice, y mira la casa blanca sobre la colina—, allá donde estés.»

Al empezar a subir por el camino, ve que a su lado está Tim. Los dos policías se sonríen, aunque el sargento se esmera en mantener una expresión respetuosamente neutral. Nelson se dice que llegará lejos.

—Un funeral pagano —dice Tim, subiendo por la cuesta a pasos largos y sin esfuerzo —. Ya puedo tachar algo más en mi lista.

—¿Qué más hay? —pregunta Nelson, jadeando un poco.

Lo único que no le gusta de Tim es que le hace sentirse viejo y en baja forma.

—Nadar con delfines —contesta el joven policía—. Leer el *Ulises*. Aprender italiano. Ver el Taj Mahal. Irme de Blackpool.

Nelson se gira a mirarlo. Ya están casi en la casa. Oye ladrar a *Cosa* en el interior, junto a un trémulo coro de voces celtas. Por favor, que Cathbad no ponga música de Enya…

—¿Lo dices en serio? —pregunta.

—Sí —contesta Tim—, me gustaría volver a vivir más al sur. La verdad es que soy de Essex. Acabé aquí, en el norte, por la universidad, y me gustaría probar algo nuevo.

—¿Y Norfolk? —dice Nelson, no del todo en broma.

Tim se gira hacia él.

—¿Me daría trabajo?

—No puedo prometerte nada. Mi jefe es muy tiquismiquis con la normativa, pero sí que hablaría bien de ti.

Sonríe para sus adentros al pensar en la que montaría Tim en King’s Lynn. Está seguro de que Cloughie lo odiaría, y a Judy y Tanya tampoco les llenaría de gozo la presencia de un sargento joven, inteligente y ambicioso. Pero siempre va bien que llegue sangre nueva. Tanya aún no está preparada para ser sargento, y a veces Nelson tiene dudas de que Judy vuelva algún día de la baja por maternidad. El otro día habló con ella por teléfono y fue muy raro: casi lo acusó de encubrir el accidente

de Cathbad.

—Si se hubiera muerto —dijo—, ¿usted me lo habría dicho?

—Oye, Johnson —contestó él—, que para matar a Cathbad hace falta algo más que una caída de sesenta metros.

Es Cathbad, justamente, quien los recibe en la puerta de la casa, ofreciéndoles café o beber de un «cáliz» de aspecto francamente dudoso. Nelson opta por el café. El contenido del cáliz se ve potente, y sospecha que si la policía local lo pilla conduciendo bajo los efectos del alcohol, no se mostrará igual de laxa que con Sandy. La verdad es que no le da pena irse mañana de Lancashire. Ha sido genial volver a ver a Sandy y patrullar otra vez los bajos fondos, pero ya no es su casa. Se ha pasado años trabajando con la idea errónea de que algún día —quizá cuando se fueran las niñas de casa— volvería con Michelle a Blackpool, pero ahora sabe que no será así. Ha perdido el acento y, según Sandy, se ha ablandado. Va siendo hora de reconocer que sería incapaz de regresar a su época de alcohol en vena, exceso de velocidad e incorrección política; y no solo porque Norfolk lo haya ablandado, sino porque el Nelson de Blackpool era fruto de su educación, un reflejo de lo que esperaba Archie Nelson de su hijo, mientras que el Nelson maduro es fruto de su matrimonio con Michelle y, para ser sincero, de su relación con Ruth. Ahora es en primer lugar marido y padre, y en segundo, policía. Por Dios, acaba de admitirlo… Solo le falta soñar con jubilarse en Cromer, en una casita junto al mar. No, eso ya sería pasarse. Cuando se jubile, será en un sitio con buenas conexiones ferroviarias.

Dentro hay una mesa larga sobre caballetes, llena de comida y de bebida. Nelson se acerca recordando lo que Ruth le dijo sobre Cathbad como cocinero, pero se lleva la decepción de no encontrar mucho beicon, y sí otras cosas como *kedgeree* y compota de pomelo. Ve al fondo a dos de los druidas poniéndose las botas. Coge un panecillo con un poco de queso, pero luego, pensándolo mejor, vuelve a por un pastel danés. Ya puestos, mejor aprovechar al máximo los últimos días previos a la tradicional dieta pos-Blackpool.

—Inspector Nelson…

Es la mujer rubia, Elaine Nosequé, la que estuvo enredada en el asesinato de Clayton Henry. No es que vaya vestida para la ocasión (lleva un vestido largo con un chal), y su mirada hace que Nelson, sin decirlo, piense en la palabra «majara». Nada de lo que le ha contado Sandy sobre el Departamento de Historia lo impulsa a matizar este dictamen. Por lo visto, Sam Elliot se pasaba el día vestido con ropa de mujer. Elaine y todos los demás formaban parte de una secta de chalados que bailaba de noche por el monte fingiendo ser el rey Arturo y los caballeros de la Mesa Redonda. Se acuerda de Clayton Henry dando brincos sobre una pelota de goma gigante en su molino reformado. No es la mejor publicidad para la educación superior.

—Hola —dice con cautela.

—No sabe cuánto me alegro de conocerle —dice Elaine—. Ruth me lo ha contado todo sobre usted.

Nelson mira de reojo a Ruth, que está en la puerta del jardín, conversando con Cathbad. Por su manera de coger a Kate en brazos, el druida tiene toda la pinta de ser su padre. Nelson sofoca su irritación, consciente de que no es quién para poner reparos. De todas formas, no se cree lo que ha dicho Elaine. Ruth nunca se lo cuenta todo a nadie.

—A mí es que Ruth me encanta —dice Elaine—. Es una persona tan cariñosa y entrañable…

Justo entonces, Ruth levanta la vista y sorprende a Nelson mirándola. Ella se fija en Elaine y arquea las cejas. Ni «cariñosa» ni «entrañable» son las primeras palabras que le acuden a la mente.

—Bueno, a ratos —dice Nelson.

—¿Sabe que ha encontrado los huesos del rey Arturo? Va a investigarlos a fondo. ¡El rey Arturo volverá a vivir!

Elaine levanta su vaso de zumo de naranja, y pone más cara de desquiciada que nunca.

—¿Y a usted no le importa el color que pueda acabar teniendo? —pregunta Nelson con mordacidad.

—¡No, no —dice Elaine—, eso era cosa de Sam! Los otros nunca tuvimos nada que ver con esa faceta de la Mano Blanca.

Al acordarse de alguna de las cosas que le dijo Sandy sobre las actividades del grupo, Nelson no ve clara la disociación que Elaine acaba de hacer tan a la ligera. Por lo que dice Ruth, la chica sospechaba que la Mano Blanca estaba detrás del asesinato de Dan Golding, de lo cual se infiere necesariamente que sabía muy bien de qué tipo de organización se trataba. De todas formas, gracias al arresto de Sam Elliot, Sandy y Tim por fin han podido infiltrarse en el grupo, y, con algo de suerte, ya no habrá que hablar más de los neopaganos de la Universidad de Pendle. Sin su maligna influencia, es incluso posible que Elaine pueda vivir con (cierta) normalidad.

—Ah, y me he apuntado a Alcohólicos Anónimos —dice ella, agitando el zumo de naranja—. Guy y yo estamos pensando en casarnos.

Nelson aún no conoce a Guy, pero tiene muy claro qué le aconsejaría.

—Enhorabuena —dice—. Perdón, pero es que tengo ir a hablar con un amigo.

Ruth y Cathbad están mirando el jardín. Donde estaba enterrado el esqueleto de Arturo queda aún una zanja de líneas muy pulcras. Ruth la mira con orgullo. Mañana habrá vuelto a Norfolk y podrá empezar a preparar el nuevo curso. Le dará mucho trabajo redactar sus observaciones sobre el Rey Cuervo, pero está resuelta a dedicarse más a la arqueología propiamente dicha. Quizá pueda subir a Ribchester con

un equipo.

—¿Qué, con ganas de volver? —pregunta Cathbad, y hace gala una vez más de su tradicional sexto sentido.

Ella sonríe.

—Bueno, la verdad es que me muero de ganas de ver a *Sílex*, y también me apetece quedar con Shona antes de que se acaben las vacaciones.

—Dale recuerdos.

Ruth lo mira.

—Eso es que no vienes, ¿no?

Él sacude la cabeza.

—Lo siento, Ruth.

—¿Te quedarás a vivir aquí, en la casa de Dame Alice?

—Sí, es una casa que me gusta. Tiene buenas energías.

—¿A pesar de… lo que pasó?

Acaricia a *Cosa*, que ha acudido al galope, atravesando el seto. No parece que le importe que el perro deje un rastro de barro y ramas de espino.

—Sí. Siento que Pendragon está en paz. Esta mañana hemos liberado su espíritu, y creo que quiere que yo viva aquí.

—¿No estarás muy solo?

Sonríe.

—No, tendré a *Cosa*, y Guy cree que podrá encontrarme trabajo en la universidad. Además, ya sabes que a mí la soledad me gusta.

—¿Y Judy?

Se queda un momento callado mientras acaricia a *Cosa*, que está en éxtasis, con los ojos cerrados.

—Tengo que darle la oportunidad de que funcione lo suyo con Darren, y estando yo en Norfolk sería imposible. No podría quedarme lejos de ella.

—¿Aunque Michael sea tuyo?

Vuelve a sonreír, esta vez con tristeza.

—Los niños no son de nadie, sino del universo.

Ruth mira a Kate, que se ha sentado a arrancar margaritas en la hierba. «Será del universo —piensa—, pero de momento es mía y pienso quedármela todo el tiempo posible.» Le avergüenza notar que se le están poniendo los ojos llorosos.

—Te echaré de menos —dice.

—Yo también —contesta Cathbad—, pero podéis venir a verme. Y siempre tenemos nuestra conexión psíquica.

—Y Skype.

—También Skype tiene su lugar dentro del universo.

—¿Qué es lo que tiene su lugar dentro del universo? —Es Nelson, que ha aparecido detrás de ellos—. Ruth, ¿está bien que Katie se siente en el suelo? Puede que esté mojado.

Ella no le hace caso.

—Cathbad se queda en Lancashire —dice.

Lo ve asentir y se da cuenta de que ya lo sabía.

—Eres un hombre con suerte —dice—. Ruth y yo tenemos que volver a Norfolk, ese sitio dejado de la mano de Dios.

—No creo que Dios os haya soltado todavía de la mano —dice Cathbad.

—Pareces mi madre.

Cathbad se anima.

—Espero ver mucho a Maureen mientras viva aquí. Así te sentiré más cerca, Nelson.

Nelson y Ruth salen al jardín. Kate se acerca corriendo. Él se la pone encima de los hombros. «Eso también lo hace Max», piensa Ruth, cayendo en la cuenta de que lleva días sin pensar en él.

—Han sido unas vacaciones un poco raras para ti —dice Nelson.

Ruth se acuerda de cuando encontró muerto a Clayton, y de cuando vio al encapuchado en la orilla del río, y del horrible momento en que pensó que Kate moriría. Luego piensa en la arena de la playa de Blackpool, en los burros y en el bote de plástico rosa de los rápidos artificiales.

—Algún que otro buen momento hemos pasado —dice.

—Y encima has hecho un descubrimiento arqueológico que a lo mejor te hace rica.

Sonríe de oreja a oreja.

—Los arqueólogos nunca se hacen ricos. Lo que es verdad es que podría ser bueno para mi carrera.

—¿Y nosotros? —pregunta Nelson.

Ella aparta la vista.

—No hay ningún «nosotros», ya lo sabes.

—Lo dices pero no lo piensas.

Ruth se gira hacia él. Desde que se conocen, se le ha puesto el pelo más gris y se le han marcado más los surcos de ambos lados de la boca. De alguna manera, saberse enamorada de él le facilita verbalizar lo que tiene que decir.

—Tú a Michelle nunca la dejarías —dice—. Yo tampoco querría que la dejaras.

—¿En serio?

—En serio —miente—. Yo tengo mi vida, y tú la tuya.

—¿Y en tu vida hay sitio para el tío ese, Max?

—No —contesta, diciéndose que en realidad debe de hacer mucho tiempo que tomó esa decisión—. En mi vida solo estamos Kate, *Sílex* y yo.

Nelson parece a punto de decir algo, pero al final se limita a sonreír



y, con una reverencia, se baja a Kate de los hombros y se la devuelve a Ruth.

Agradecimientos

La mayoría de los escenarios de la novela existen de verdad. El bosque y las brujas de Pendle son muy reales, aunque no lo sean Dame Alice, ni su casa. También es ficticia la Universidad de Pendle. Blackpool y Pleasure Beach existen, cómo no, en todo su esplendor. Gracias a Katie Stainsby por la información sobre el parque de atracciones. Con la excepción de Raven Falls, todas las atracciones citadas en la novela se pueden encontrar en Pleasure Beach, aunque los hechos que se describen sean del todo ficticios.

Este libro está ambientado en 2010, cuando el Blackpool acababa de ascender a la Premier League. La estatua de Jimmy Armfield en Bloomfield Road no se inauguró hasta mayo de 2011, pero espero que los hinchas del Blackpool sepan perdonarme esta pequeña distorsión de los hechos. Solo quería que Nelson pudiera hablar con su ídolo.

Gracias a Matt Pope por hablarme del mundo de los neopaganos, aunque la Mano Blanca es ficticia (por suerte). Gracias a Andrew Maxted por la información arqueológica, a pesar de que solo he seguido sus consejos en la medida en que se ajustaban a la trama, y cualquier error al que pueda haber dado pie es exclusivamente mío.

Un agradecimiento especial a Michael Whitehead por los datos de contexto sobre Blackpool. Este libro está dedicado a él, a Sarah y a mi suegro, John Maxted.

Gracias, como siempre, a mi editora, Jane Wood, y a mi agente, Tim Glister. Gracias de corazón a todo el personal de Quercus y de Janklow and Nesbit por esforzarse tanto por mí.

Todo mi amor y gratitud, ahora y siempre, a mi marido, Andrew, y a nuestros hijos, Alex y Juliet.

* La traducción de todas las citas de obras de Shakespeare corresponde a Ángel-Luis Pujante.

* Traducción de María Inés Castagnino y Susana V. Caba.